

## PRESENTACION

¡Felicidades, Oaxaca y Tehuantepec!

Ambas Diócesis cumplen en diciembre cien años de fundadas. Su compromiso por los indígenas ha sido claro. También son conocidas de nuestros lectores los sufrimientos y la incomprensión que sus proyectos pastorales han padecido últimamente. Su fe ha sido probada en la cruz de las amenazas, de la represión, de las sospechas en diferentes instancias. Y han seguido firmes.

Don Bartolomé Carrasco, arzobispo de Oaxaca, ha aportado a la Iglesia universal un trabajo sumamente importante: con Mons. Llaguno fueron coordinador y relator de la comisión que preparó el documento sobre la Opción por los pobres.

Don Arturo Lona ha sido un luchador por los derechos de los indígenas y porque reciban en verdad buenas nuevas; ha sido amenazado y se ha fogueado en la adversidad por el Evangelio.

Son, sin duda, obispos de la Iglesia de los pobres, esa que esperaba Juan XXIII que naciera, esa que ha predicado en Brasil el papa Juan Pablo II. Esa que muchos quisieran ver muerta. Pero para eso necesitaría morir el Evangelio.

No sólo les deseamos felicidades; les agradecemos su testimonio y el ayudarnos a creer con su compromiso.

## EN ESTE NÚMERO

EDITORIAL	2
CUADERNO	5
Introducción al Cuaderno	
Invitación a la eclesialidad Luis del Valle	7
La Iglesia de Lucas Francisco López	10
Vaticano II: Iglesia que opta por los pobres	
Alvaro Quiroz	19
Marginales sobre la eclesialidad	
Javier Jiménez Limón	28
La lucha por el Reino ¿en esta Iglesia?	
Sebastián Mier	32
Hacia una espiritualidad eclesial para hoy	
José Ma. Rambla	35
Carismas y ministerios de los pobre en la Iglesia y la sociedad	
Alberto Parra	44
La Iglesia ante el fenómeno social de las sectas	
Antonio González Dorado	50
DOCUMENTOS	
Seguir a Jesucristo en esta Iglesia	
Carta pastoral de los obispos vascos	55
COLABORACIONES	
Aclaraciones en torno a <i>Jesús, hombre en conflicto</i>	
Carlos Bravo	67
PALABRA	
La palabra a fondo: ideas para la homilía	77
INDICE	
Índice temático de CHRISTUS 1991	83

## Justicia secuestradora. El P. Joel Padrón.

El P. Joel lleva 26 años de trabajo sacerdotal en la Diócesis de San Cristóbal de las Casas. Desde 1982 trabaja en favor de los indígenas tzotziles, los más pobres entre los indígenas de esa región chiapaneca. Decir "los más pobres" equivale a decir "los más despojados, los más explotados". Y cuando hay un despojo y una explotación hay un explotador y uno que despoja.

La Selva chiapaneca ha sido desde hace tiempo convertida en terreno ganadero; quemada, arrasada, convertida de bosque en pastizal, es tierra de latifundios, tierra de caciques. Simojovel ha sido escenario de conflictos por la tenencia de la tierra. Tierra que para los indígenas significa sobrevivencia, y para los ganaderos significa sobreexplotación y enriquecimiento. Desde el 19 de enero de 1989 es un municipio sitiado. Llegaron entonces 350 policías... para una población de 10-12,000 habitantes. Uno de los lugares en los que la estructura agraria está más atrasada y en los que más tensiones hay entre terratenientes e indígenas.

Con los pobres de la tierra ha echado su suerte el P. Joel. Buscó la manera de organizar cooperativas, programas de salud, educación, ayuda técnica. Abrió su casa a jóvenes estudiantes que buscan prepararse para ayudar un poco mejor a su pueblo.

El apoyo al pueblo en su organización es mal visto por los que se aprovechan de ellos: grupos de comerciantes, ganaderos y pequeños propietarios quisieran que la Iglesia fuera garante del (mal) estado de la propiedad de la tierra. Le reclaman el que denuncie proféticamente las violaciones a los derechos humanos en la represión sistemática que se realiza contra los indígenas, y no reclame con la misma fuerza las invasiones de tierra que el hambre lleva a cabo.

Esos grupos ya habían acusado al obispo D. Samuel Ruiz ante el Papa en costosos despliegados de plana completa en la prensa nacional y han pedido repetidas veces su 'destitución'. Entrados a teólogos, secuestraban textos de la doctrina social de la Iglesia en favor de la propiedad y contra la lucha de clases y los convertían en principios absolutos en favor de sus intereses.

Ahora, en un despliegado de página entera en varios periódicos de circulación nacional, los ganaderos y pequeños propietarios, apoyados por el PRI,

cuyo logotipo se encuentra al pie de la página, dicen, entre otras cosas, lo siguiente:

«El 10 de mayo de 1990, aparecieron publicados en el periódico Excelsior de circulación nacional, sendos (sic) despliegados dirigidos al Papa Pablo (sic) II, con motivo de su visita a México, denunciando, por un lado (sic) 18 asociaciones ganaderas, el activismo del clero político con sede en el obispado de San Cristóbal, que patrocinaba enfrentamientos y convocaba al odio de clases en lugar de concertar soluciones de unidad. Pedían, entre otras cosas, la destitución del sacerdote de Simojovel.

«Por otra parte, 20 comisariados ejidales de Venustiano Carranza, denunciaban invasiones a pequeñas propiedades, despojo del patrimonio a familias enteras y el establecimiento de un clima de odio, confusión y resentimiento, responsabilizando de ello al obispo de la Diócesis de San Cristóbal de las Casas, a la cual pertenecía antes de ser detenido, Joel Padrón González...

«Este tipo de conductas se inscriben en el padrón (sic) de la lucha de clases que promueve la teología de la liberación, de la cual otros teólogos afirman que, ni es teología ni libera. Conocida por sus hechos la afiliación del cura Joel Padrón González, es obvio que no solamente incurrió en violaciones al orden jurídico que nos rige, sino que también ignoró el orden moral que regula su vocación religiosa.

«No se trata pues de una confrontación política, históricamente liquidada. Ante los hechos y las reacciones, es evidente que la conducta del párroco, no solamente es reprobada por la ley desautorizada (sic) por sus feligreses, sino particularmente, condenada por la más alta jerarquía religiosa a la cual pertenece como siervo de Dios.»

A continuación se meten a teólogos sociales, citando fuera de contexto frases de Encíclicas pontificias, fundamentalmente respecto de la lucha de clases. Una cita dicen ser de la *Quadragesimus Annus* (sic), cuya autoría atribuyen a Juan Pablo II.

### La detención

La detención del P. Joel estuvo colmada de irregularidades por parte de quienes se supone que defienden y ejecutan la justicia. El día 18 de septiembre cuatro personas armadas, sin identificación y sin presentar orden de aprehensión, se lo llevaron. Eso se llama secuestro en cualquier parte del mundo.

Después de unas horas se le localizó en la cárcel de Cerro Hueco, en Tuxtla Gutiérrez, capital de los poderes del Estado de Chiapas. O sus secuestradores fueron enviados por autoridades más altas, y entonces las irregularidades de su aprehensión recaen sobre ellos, o procedieron por su cuenta, y entonces la irregularidad de ese secuestro y la impunidad con que se les permitió proceder, recae sobre las autoridades involucradas en el hecho. Las declaraciones de supuestos testigos son copias al carbón, ni siquiera originales cada una, firmadas con huellas digitales por personas que no pudieron leer lo que se les hacía firmar. Las copias, --fieles cual debe serlo una copia-- repetían incluso una equivocación mecanográfica: se acusaba al P. Joel de hacer cursillos de guerrilla, mismos que distribuye para que se repararan (sic) a todos los campesinos.

La reacción del pueblo es inmediata. Pero no en la línea de la violencia que se atribuye a la predicción del párroco. Al darse cuenta de que se lo llevaron hacia Tuxtla, echaron las campanas a vuelo y tomaron el templo para evitar que pudieran introducir en él propaganda o armas como pruebas para comprometer al sacerdote. Y los tzotziles deciden permanecer en oración y en ayuno, para conseguir la libertad de su párroco. Los ganaderos siguen con su cantinela: «los pulpitos han servido de instrumento para incitar a la violencia».

Gonzalo López Camacho, líder de los ganaderos, acusa a los catequistas de ser los principales impulsores de la violencia; acusa a la Diócesis de San Cristóbal de lo mismo. Pero no tiene pruebas. No puede aportarlas porque, dice, la gente se calla.

El juez tercero del ramo de lo penal, Edgardo Robles Sasso, en cambio, no quiso oír a los testigos de descargo que presentó la defensa del párroco, y que querían hablar... Eran testigos de que, el día en que lo secuestraron, el padre se encontraba muy lejos del lugar de los hechos que se le imputan.

### Las condiciones de liberación

El secuestro del P. Joel sucede durante la ausencia de D. Samuel, que se encontraba en Europa, para entrevistarse con agencias internacionales de apoyo que ayudan a la Diócesis.

Cuatro días antes, D. Samuel Ruiz, obispo de San Cristóbal, había denunciado por enésima vez la cada vez más grave violación de los derechos humanos en Chiapas. Cuando regresa, busca una entrevista con el secretario de Gobernación, y con el presidente de la Comisión Nacional de Derechos Humanos. Pero deja muy en claro que no existen condiciones para el diálogo con el Gobierno.

El Gobierno busca una salida a esa situación que se vuelve tensa y embarazosa; y pone condiciones para liberar al párroco. Las condiciones son

que se ar...  
dos por militantes...  
zingo, lejos de la...  
que...  
participar en...  
Diócesis de...

siones y...  
ceros»;

internac...  
ción «se hizo...  
hensión exped...  
la ley»;

que el sacer...  
Chiapas.

D. Samuel califica esta...  
cilar: «Estamos ante un suceso don...  
hén, un chantaje y un pliego petitorio». Un...  
que la Iglesia le resuelva al Estado un problema...  
de repartición de tierras, que es de su competencia...  
pero que choca con su incompetencia-. Un chantaje...  
para que la Iglesia le limpie el rostro a la injusticia. Y en...  
su pliego petitorio el gobierno exige que la Iglesia se...  
confiese responsable de dirigir a las organizaciones...  
campesinas en las tomas de tierras. Y con la misma...  
claridad evangélica el obispo notifica al gobernador del...  
estado:

«Si además de la expulsión arbitraria del Padre Marcelo, es también ahora este hecho otro precio a pagar por contribuir con nuestra denuncia al mejoramiento en el respeto a los Derechos Humanos, continuaremos pagando esa cuota en beneficio de quienes se encuentran sin capacidad de defensa».

La injusticia en este proceso ha sido tan evidente, que motivó la condena unánime de la Conferencia Episcopal Mexicana. Ante la creciente presión de la opinión pública el gobierno reaccionó aislando al sacerdote en una celda de máxima seguridad y prohibiendo toda visita, fuera de la de su abogado y uno de sus hermanos. «Por órdenes superiores» se prohibió la entrada incluso al obispo de Tuxtla, Mons. Aguirre Franco, que iba acompañado de un obispo brasileño, Mons. Smith. Igualmente se impidió a D. Samuel entrevistarse con su sacerdote.

### La voz de los indígenas

Para el 18 de octubre, los indígenas ya se habían cansado de esperar la libertad del P. Joel. Y decidieron ponerse en marcha hacia Tuxtla Gutiérrez. 123 kilómetros de marcha desde Simojovel hacia la capital del Estado. Porque eran demasiadas promesas de que se iban a acelerar los trámites de su libertad, y ya había pasado para entonces más de un mes.

(Sigue en la página 82)



# **CUADERNO**

## **INVITACIÓN A LA ECLESIALIDAD**

**¡INVITACIÓN A LA ECLESIALIDAD**

**Luis del Valle**

**LA IGLESIA DE LUCAS**

**Francisco López**

**VATICANO II: IGLESIA POR LOS POBRES**

**Álvaro Quiroz**

**mARGINALES SOBRE LA ECLESIALIDAD**

**Javier Jiménez Limón**

**LA LUCHA POR EL REINO ¿EN ESTA IGLESIA?**

**Sebastián Mier**

**UNA ESPIRITUALIDAD ECLESIAL PARA HOY**

**José Ma. Rambla**

**CARISMAS Y MINISTERIOS DE LOS POBRES**

**Alberto Parra**

**LA IGLESIA ANTE LAS SECTAS**

**Antonio González Dorado**

---

## INTRODUCCION AL CUADERNO

---

Este CUADERNO trata de la conciencia cristiana de que seguir a Jesús tiene una dimensión eclesial. Aceptar a Jesús como la manifestación definitiva del compromiso de Dios con su creación, nunca puede ser un acontecimiento exclusivamente individual. La fe en la resurrección de Jesús congutina en comunidad, convoca a vivir en Iglesia.

Los autores afrontan los aspectos problemáticos, cuando el conflicto interno se ha hecho huesped de la vida eclesial. Propician la reflexión en los grupos apostólicos que viven su pertenencia con tensión.

Para los lectores mexicanos las aportaciones de este CUADERNO tendrán una resonancia particular, ahora que en el país se plantea la renovación de las relaciones de la Iglesia con el Estado. Podrán ayudar a poner en su contexto más teológico las discusiones que se han venido a propósito. Para todos los lectores servirán también a situar asuntos que cuestionan dolorosamente a lo largo del continente, como el de la presencia desintegradora de las sectas.

Hoy el cristiano que vive su fe como un compromiso con Dios y con el pueblo en las luchas populares se siente marginal a la Iglesia. Algunos prefieren no estar afiliados a ninguna confesión. Luis del Valle, en su aportación, hace algunas afirmaciones generadoras de reflexión sobre el sentido profundo de pertenecer a la Iglesia.

El artículo de Francisco López hace luz sobre lo que la Biblia, particularmente la obra lucana, dice sobre la eclesialidad. Tanto en el evangelio como en los Hechos de los Apóstoles encontramos que la invitación de

Jesús a su seguimiento es ciertamente eclesial, como una tarea *redentora* (curar y echar demonios), con un *destino* (cargar la propia cruz) y con una *modalidad* inevitable (el conflicto).

Alvaro Quiroz vuelve a leer algunos textos del Vaticano II, como quien se encuentra ante un acontecimiento aún vivo y que sigue aportando vida a nuestra Iglesia, a la que ya ha ido enriqueciendo.

Javier Jiménez Limón dejó unas reflexiones valiosas para el tema que nos interesa, especialmente para los cristianos que viven su ser Iglesia como una experiencia de «periferia, desierto y de frontera».

Si la pertenencia eclesial resulta para algunos cristianos comprometidos una fuente de tensiones ¿qué sentido tiene el que la mantengan? Sebastián Mier ofrece varias fuentes de respuesta a esta pregunta.

La aportación de José Ma. Rambla apunta algunos elementos que mantienen a la Iglesia en actitud de peregrina, de quien avanza, dejando atrás el camino: la Palabra de Dios, el sentido de lucha por los más pobres, el movimiento comunitario...

Una auténtica vivificación eclesial se traduce espontáneamente en nuevas manera de servir. El trabajo de Alberto Parra muestra cómo el servicio eclesial (los ministerios) requiere hoy transformaciones de fondo, y no sólo retoques.

La reflexión sobre el ser Iglesia en Latinoamérica nos pone inevitablemente ante una situación problemática: la presencia casi arrolladora de las sectas. Antonio Gonzáles Dorado se pregunta qué podemos aprender del *éxito* que han tenido las sectas.

Más allá del CUADERNO pero en el mismo tema, CHRISTUS presenta una selección de un documento muy valioso: *Seguir a Jesucristo en esta Iglesia*, de los obispos de Pamplona y Tudela, de Bilbao, de San Sebastián y Vitoria. Es un ejemplo de cómo el magisterio eclesial puede venir a responder a situaciones y problemas que viven los cristianos.

---

# INVITACION A LA ECLESIALIDAD\*

---

Luis G. del Valle  
Director del Centro de Reflexión Teológica

Nos reunen aquí dos intereses, dos compromisos, dos constelaciones de valores. El interés por Dios y por el pueblo; el compromiso con Dios y con el pueblo; los valores del Reino de Dios y los valores de una sociedad justa.

Digo esta frase y, aunque me suena y es verdadera, como que queda hueca. No nos reúne una percepción intelectual; nos reúne algo vital. Es interés, es compromiso, es constelación de intereses... Pero nosotros, cada uno y en totalidad, estamos involucrados. Poseídos de lo que nos mueve a los humanos. Nos mueven nuestros amores. Nos reúne el amor de Dios y el amor de nuestro pueblo. Movimiento de Cristianos Comprometidos con las Luchas Populares (MCCLP) es un título que dice precisamente los dos amores: cristianos comprometidos con las luchas populares; en movimiento. Cristianos: hombres de fe. Fe recibida y aprendida de nuestros padres, en la familia, en los ambientes en que crecimos, sabiéndonos de la Iglesia. La mayoría en la Iglesia católica; algunos en otras Iglesias cristianas. De la Iglesia y en la Iglesia recibimos la fe en Jesucristo por la que somos cristianos.

En nuestros andares en lo que hemos visto, vivido, luchado contra la injusticia, también participado en ella (pues también nos sabemos pecadores) la Iglesia se nos ha desdibujado. A unos de una manera, a otros de otra. Hay quienes se confiesan cristianos sin Iglesia. Los hay que se confiesan católicos, lo de tal otra Iglesia (metodistas, presbiterianos, etcétera), con vínculos más o menos débiles con ella. O con vínculos más estrechos.

Puesto que estoy persuadido de que no se puede en realidad vivir a la larga y transmitir la fe en Jesucristo sin Iglesia y con la conciencia de que hoy no es fácil ser de la Iglesia y estar en un compromiso con luchas populares, presento estas reflexiones que son, espero, a la vez invitación a que seamos eclesiales e invitación a la Iglesia a que también lo sea.

Si nosotros recuperamos nuestra eclesialidad como cristianos comprometidos con las luchas populares, y si la Iglesia recupera su eclesialidad de estar al servicio de la fe cristiana que se vive en comunidad y se operativiza por la caridad, viviremos más creativa y constructivamente la tensión que de todos

modos significa ser fieles a la Iglesia en una fidelidad crítica. Aquí *recuperar* no lo he dicho en el sentido fuerte de volver a adquirir lo que se ha perdido, sino de volver a adquirir la brillantez, la calidad de lo que se ha visto disminuido en eso.

¿Cuál es nuestra situación respecto de lo eclesial? No he preguntado simplemente cuál es nuestra situación en la Iglesia. Podría equivaler la pregunta a nuestra situación en lo eclesial. Pero generalmente *situación en la Iglesia* se refiere al orden jurídico. *Situación en lo eclesial* pregunta por todas las dimensiones que tengan que ver con la Iglesia: la dimensión jurídica, la dimensión de tendencia finalística, la dimensión afectiva, etcétera.

La fe cristiana que profesamos incluye, o por lo menos incluyó en algún tiempo, el ser de la Iglesia (cada quien de la suya). Esto fue lo normal y natural hasta que algún factor o varios juntos disgregaron nuestra fe de nuestra pertenencia a la Iglesia. Y no todos los factores actuaron en el caso de cada uno. Quizá algunos factores en unos, y otros en otros.

La predicación dominical en los templos nos fue pareciendo cada vez menos relevante: abstracta, alejada de la vida, o quizá sólo preocupada de la vida material del templo. La confesión perdió sentido sea porque no nos pareció que tenemos que humillarnos confesando nuestros pecados ante un hombre igual que nosotros, sea porque conocimos pecados de los *confesores*, o por ambas cosas. O nos ha dado vergüenza confesarnos católicos ya que la ciencia ha dejado atrás a la religión. O nos hemos rebelado contra un dios que siendo todopoderoso, deja que los humanos suframos simplemente porque le encanta el dolor. O sin que nos hagamos ningún razonamiento simplemente hemos ido dejando de practicar en la Iglesia, con lo que eso haya significado en la tradición de cada uno: ir a misa o al servicio dominical, confesarse, comulgar con más o menos frecuencia, hacer oración antes de acostarse, bendecir la mesa, rezar el rosario; y hemos dejado de cultivarnos en lo religioso, contentándonos con lo que aprendimos, sea para la primera comunión en alguna catequesis, sea lo que estudiamos en el colegio si estuvimos en uno de orientación religiosa, o en la escuela dominical mientras asistimos a ella.

Muchos de estos motivos y razonamientos son los mismos o parecidos a los que han hecho que otros mexicanos se alejen de la Iglesia y/o de la religión. Pero creo que hay otros que son más propios de la mayoría de los que nos hemos reunido aquí bajo la convocación del MCCLP.

Nos confesamos cristianos. Y lo más común es que lo seamos desde niños. Nos consideramos católicos, o respectivamente metodistas, o de nuestra Iglesia en la que nacimos. Nos consideramos algo marginales en la Iglesia, o sea, no identificados con los planteamientos, visiones, juicios de la mayoría de las autoridades de nuestras Iglesias, ni con los de la

mayoría de nuestros correligionarios, en materia social y política. Pero estamos conscientes y podría decir orgullosos (en el mejor sentido de la palabra) de ser cristianos. De ser hombres de fe. De sabernos con una vocación que nos viene de Dios por Jesucristo. Una vocación a vivir ya en lo posible el amor de hermanos con los demás hombres y a ir logrando que lo vivan cada vez más y más hombres. Y con ese impulso nos hemos comprometido con las luchas populares.

En otros momentos ya hemos examinado la relación entre la fe y ese compromiso social y político. Y lo que ahora creo que nos queda claro es que la fe como impulso de Dios, como carga utópica y como modo de actuar en el seguimiento de Jesús, no nos da ni propone un proyecto de convivencia humana concreto. Pero sí nos exige que cualquier proyecto sea congruente con la utopía a la que nos impulsa Dios y con el ideal humano que es Jesús. Este es el sentido en que la fe es para nosotros instancia crítica de nuestros proyectos. Porque siempre estará con la pregunta: ¿Es de veras lo que te propones signo de amor de hermanos y va hacia ese amor vivido por todos? Y cuando la fe nos pregunta por el amor nos está preguntado si nuestro amor, el que vivimos y el que buscamos para todos, es como el de Dios: gratuito.

Otros también se confiesan cristianos, pero su compromiso no es con los movimientos populares. Sus simpatías y apoyos son para otros caminos de buscar la utopía del amor fraterno entre todos los humanos. Ellos están en la Iglesia. Algunos de ellos incluso piensan que el compromiso con los movimientos populares es incompatible con la fe de la Iglesia. Y entre los jerarcas y fieles de nuestras Iglesias mexicanas (la católica y las otras) son muchos los que así piensan, porque a su parecer las luchas de los movimientos populares están fincadas sobre el odio de clases, o porque esas luchas no tienen en cuenta los derechos de Dios y de su Iglesia, o porque al estar inspirados en el marxismo en realidad se está luchando por el ateísmo, y por otra parte, el pueblo es ignorante y no puede saber qué es lo que realmente le conviene; el pueblo es envidioso y de suyo sólo buscará apoderarse de los bienes que no tiene y de los que disfrutaban legítimamente aquellos ricos que lo han conseguido con su trabajo honrado. Quien sí puede saber qué es lo que le conviene al pueblo para que todos realicemos mejor el Reino de Dios son los actuales rectores de la sociedad, si se imbuyen de los valores del Reino tal como los expresa la doctrina social de la Iglesia.

Y se suele valorar esta situación por medio de juicios globales y acrílicos. Entre otros: *La jerarquía eclesiástica es el aparato ideológico de reforzamiento del sistema vigente; siempre ha estado del lado de los poderosos y de los enemigos del pueblo; siempre ha frenado el avance de la revolución y de la ciencia. Y esto hace incómoda la pertenencia a la Iglesia. Y para algunos tan incómoda que simplemente se afir-*

*man cristianos sin afiliación a ninguna Iglesia, o afiliados a la «Iglesia de Cristo» ideal, no existente.*

Haré ahora algunas afirmaciones, que someto a su consideración, y de las que yo estoy convencido. En ellas expreso de alguna manera lo eclesial de mi fe.

1.- Por la Iglesia la fe cristiana se conserva y se transmite.

La afirmación no es exclusiva. La fe cristiana se conserva y transmite por otras mediaciones también. Sólo que a final de cuentas sin la Iglesia las otras mediaciones dejarían de existir. La experiencia de la mayoría de nosotros es que recibimos la fe cristiana en la Iglesia y por la Iglesia. Si queremos que la fe se conserve en el mundo es necesaria su institucionalización. Y precisamente la institucionalización de la conservación y transmisión de la fe cristiana es la Iglesia. Sin duda que toda institucionalización está sujeta a la condición humana: la limitación, la tendencia nunca culminada de recibir el designio del Dios siempre mayor, y el pecado. Pero es la única condición de posibilidad humana de que el don de Dios persevere a través de las generaciones. Por otra parte profesamos desde los principios que creemos en la Iglesia. Esto es, que las comunidades cristianas cuando empiezan a producir formulaciones de su fe incluyen la fe en la Iglesia. La Iglesia es la comunidad de seguidores de Jesús en continuidad histórica con él. Y esa continuidad histórica está garantizada por la Iglesia y sólo por ella.

2.- En la Iglesia la fe cristiana es pública.

La fe cristiana no es individualista. La experiencia religiosa de Jesús, que es la que nos robó el corazón y la mente para hacernos conscientemente cristianos una vez que nos fuimos haciendo adultos, es la de ser Hijo de Dios. Y nos la comunica revelándonos explícitamente la realidad: que somos hijos de Dios. Que Dios, su Padre, es *nuestro* Padre. Padre de todos los humanos; y todos los humanos, hermanos entre nosotros. Envió, y sigue enviando, a sus seguidores a que hagamos discípulos de él a todas las naciones, pueblos... Discípulos de Jesús, seguidores de Jesús significa adoradores como hermanos de un solo y mismo Dios y Padre. La fe que no hermana, no es fe cristiana. Y hermanar es necesariamente público. No basta publicar lo privado. Ha de imbuir de espíritu fraterno a todas las relaciones sociales, y no meramente en abstracto. También en los concretos institucionales. Y esta fuerza pública de la fe sólo puede prosperar si está enraizada en lo institucional de ella: en la Iglesia. Por supuesto que no estoy postulando con esto que el envío de Jesucristo a todos es a que hagamos de todas las instituciones, instituciones confesionales. Así lo entendió el régimen de cristiandad; y así lo quieren entender los regímenes de neocristiandad. De lo que se trata es de que por la Iglesia (jerarquías, fieles, grupos, individuos ...) las instituciones todas sean interpeladas



para ser fraternas en el reconocimiento de un solo Dios y Padre. No que queden sujetas en alguna manera a la Iglesia.

3.- En la Iglesia la fe cristiana es histórica.

Nuestra fe es histórica en varios sentidos. Histórica porque es respuesta a la interpelación que nos hace Jesús de Nazaret, personaje histórico. Histórica porque esa interpelación nos llega por la sucesión histórica de una tradición. Histórica porque nuestra respuesta es en la historia (no en el puro pensamiento). Hay en consecuencia una conexión histórica entre Jesús con su interpretación y pregunta sobre el destino de Dios y sobre la tarea del hombre, y nuestra respuesta. Y esa conexión histórica es la Iglesia.

Con estas tres primeras tesis respondo a la pregunta: ¿Por qué estoy en la Iglesia? Con las que siguen a: ¿Cómo estoy en la Iglesia? ¿Cómo es la Iglesia en la que estoy y cómo me sitúo en ella? Si estoy en ella, si vivo de ella, si allí encuentro la mediación de mi fe cristiana, pública e histórica, por eso mismo digo -y decimos- que le soy fiel. Pero con una fidelidad crítica y también criticada por mí, puesto que como toda realidad humana, es limitada, incapaz de comprender al Dios mayor, y pecadora.

4.- La Iglesia que Jesús quería no existe como tal; no subsiste en su perfección en ninguna Iglesia. Pero todas tienden hacia aquella dentro de la realidad humana de ser santas y pecadoras.

5.- Hay grupos religiosos que se dicen cristianos y que no son Iglesia normada por la Iglesia que Jesús quería. No son Iglesias, sino sectas. Nos importa por eso establecer criterios por los cuales discernir si un grupo es Iglesia cristiana o no. Estos ayudarán también a discernir las tendencias internas de la Iglesia a hacerse secta. La Iglesia -cada una de ellas- es al mis-

mo tiempo católica y sectaria. Encontraremos en nosotros y también en otros la tendencia a sectarizarla desde distintos horizontes.

6.- La Iglesia actualmente en su realidad histórica no es una. Vemos la variedad de confesiones. Pero además cada una de ellas está también fracturada en su propio interior puesto que diversas corrientes propugnan proyectos sociales y eclesiales distintos y, en aspectos, contrarios entre sí. Analizando las raíces de esas discrepancias sabremos respetar y colaborar en pluralismo al enriquecimiento mutuo de las legítimas pretensiones diversas y apartarnos e incluso oponernos contra las ilegítimas.

7.- La Iglesia está edificada sobre el fundamento de los apóstoles. Esto significa configurar su vida y misión conforme a los consejos evangélicos (relación con las cosas, relación con las personas, relación con el poder). Pero también ha centrado su tarea en conservar un depósito sólo doctrinal sin su necesaria referencia al estilo de vida apostólica de las primeras comunidades. La Iglesia es apostólica y burocratizada.

Con estas siete afirmaciones, propuestas aquí a manera de tesis, profundizándolas, matizándolas, corrigiéndolas, reformulándolas, en la reflexión de cada uno y en el intercambio entre nosotros podremos y de hecho afianzaremos más, espero, nuestros lazos de pertenencia y de amor a nuestra Iglesia, siempre fiel y siempre necesitada de reforma. Sabiéndonos siempre pecadores, amados por Dios gratuitamente, impulsados por él a luchar contra el pecado poniendo por obra cada vez mejor nuestro doble amor: a Dios y a su pueblo.

\*Texto de una Conferencia pronunciada en una reunión del Movimiento de Cristianos Comprometidos con las Luchas Populares.

---

# LA IGLESIA DE LUCAS

---

Francisco López Rivera  
Teólogo. Profesor del Inst. Teológico S.J.

## INTRODUCCION

• A qué eclesialidad nos invita Lucas? A la misma a la que invitaba a sus contemporáneos.

Nos invita a vivir la pertenencia a una comunidad que es la mediación escogida por Dios para llevar adelante la proclamación y construcción del Reino, en continuidad con la obra de su Hijo Jesús.

La Iglesia no es un brote fortuito de un grupo de exaltados, sino una mediación pretendida por Dios en un Plan Salvífico muy concreto.

Nos invita Lucas a pertenecer a una Iglesia en movimiento, en discernimiento de la voluntad de Dios en la historia. Le da un énfasis particular a uno de los momentos más trascendentales de la vida de fe en Jesús, lo cual conlleva la traumática ruptura con el judaísmo.

Y esto último pone de relieve otro rasgo de la eclesialidad a la que invita Lucas: es una eclesialidad conflictiva. *El tiempo de la Iglesia* es un tiempo de tribulación, de conflicto. La Iglesia lo vive desde fuera, con el judaísmo y con el imperio. Pero, más doloroso aún, lo vive desde dentro. El discernimiento de la voluntad de Dios en la historia no se puede hacer de manera no conflictiva. En esta doble forma, Lucas invita a seguir al Señor Jesús en la Pasión, dentro de la Iglesia.

Pero ahí está el Espíritu, garante por un lado de que la Iglesia viva en movimiento y de que ese movimiento vaya en la dirección querida por el Padre. Garante, por otro lado, de que los cristianos tendrán la fuerza necesaria para salir adelante en la tribulación.

Finalmente, nos invita Lucas a una eclesialidad encarnada, concreta, y eso supone la asunción de lo eclesiástico. Es cierto que Lucas no describe con detalle este aspecto de la Iglesia, pero ahí está la comunidad cristiana, con sus grupos diversos, sus jefes, sus *estructuras*. A esa Iglesia necesariamente organizada se nos invita.

## DIOS QUIERE A LA IGLESIA COMO MEDIACION DEL REINO

Aportación eclesiológica esencial de Lucas

Parece posible afirmar que Lucas ha querido presentar a la Iglesia, ante todo desde el punto de vista de la *historia salvífica*; más aún que desde el punto de vista de la organización.

A Lucas le importa, más que nada, hablar de la Iglesia como de la continuadora del trabajo de Jesús en cuanto al Reino de Dios. Y eso, como una realidad bien ubicada en la historia.

Se puede afirmar que Lucas, en los Hechos de los Apóstoles, pasa del Jesús que predica el Reino, a la Iglesia que predica a Jesús y al Reino.

No se substituye -como a veces se dice- la predicación sobre el Reino por la predicación sobre Jesús. Más bien se hace ver que, así como Jesús fue el proclamador del Reino antes, ahora lo es la Iglesia.

Lucas empieza el libro de los Hechos diciendo que: «(Jesús) les habló (a sus discípulos) del Reino de Dios, actuando y enseñando» (He 1, 1.3: *poiein te kai didaskein, legon ta peri tes basileias tou theou*), y termina el mismo libro constatando que: «(Pablo) proclamaba el Reino de Dios y enseñaba lo referente al Señor Jesucristo» (28, 31: *kerysson ten basileian tou theou kai didaskon ta peri tou kyriou Iesou Xristou*).

Entre los dos extremos de esta inclusión viene el relato de cómo la Palabra se ha expandido «hasta el extremo de la tierra» (1, 8).

Muestra Lucas cómo la comunidad se ha abierto a los paganos, a partir del hecho doloroso de la cerrazón de los judíos y los judaizantes<sup>1</sup>.

Se enseña, pues, *lo de Jesús*: la gran novedad de la Historia de la salvación, la concretización del Reino de Dios. Se nos dice que Felipe «anunciaba la buena noticia del Reino de Dios y del nombre de Jesús» (8,12). En esta fase, tanto reino de Dios como nombre de Jesús dependen de la misma preposición *peri*: *to Philippo euangelizomeno peri tes basileias tou theou kai touo onomatos Iesou Xristou*. Así pues, la buena noticia tiene ese contenido único que se desdobra: el Reino de Dios y el nombre de Jesús.

De ninguna manera resulta que «Cristo predicó el Reino de Dios y en su lugar apareció la Iglesia», como han dicho algunos, siguiendo a Loisy<sup>2</sup>.

Es decir, no se puede contraponer el surgimiento de la Iglesia a la predicación del Reino por Jesús. Creo que Lucas muestra magistralmente en los Hechos la relación entre ambas realidades. Nos hace ver cómo la comunidad de Jesús se autocomprende como la portadora del mensaje sobre el Reino. No lo hace en una ruptura inmediata con el judaísmo. En los hechos captamos el proceso por el cual se fue independizando la comunidad cristiana, la «secta de los Nazarenos» (*he ton Nazoraion hairesis*, He 24, 5), de la comunidad judía.

En este sentido decimos que la Iglesia no surgió como un *accidente lamentable*, efecto de una mala comprensión de lo que Jesús quería. Ciertamente, Jesús no pensó directamente en la Iglesia. El concebía a su comunidad, no como un sustituto de Israel, sino como una representación simbólica de todo Israel. Pero su idea era claramente la de convocar a todo Israel a la *reunión escatológica*. Así lo ha mostrado ampliamente G. Lohfink, al estudiar detenidamente el pasaje de Mt 5, 13-16. Dice ahí: «Certo, Jesús no habló de la Iglesia. Pero reunió en Israel y para Israel, personas en torno a sí; personas que eran para él la nueva familia de Dios, el verdadero Israel, la escatológica ciudad de Dios»<sup>3</sup>.

La Iglesia es, según Lucas, la mediación querida expresamente por Dios para llevar adelante su plan salvífico. Esta comunidad, con todas sus limitaciones, es una pieza clave en la continuación de la tarea de Jesús. Y esto lo quiere decir Lucas a sus contemporáneos, cuando ya la Iglesia había vivido terribles conflictos internos y externos, cuando ya se empezaba a ver desgarrada por el sectarismo<sup>4</sup>.

En los discursos de los Hechos, Lucas trata de mostrar la continuidad entre la Historia salvífica del Antiguo Testamento y la vida de la Iglesia. El esquema de dichos discursos tiene como elemento clave la «profecía que se cumple en Jesús». Y la Iglesia es precisamente la continuación de este Jesús en quien se cumplen las profecías.

Veamos dos esquemas de discursos, como los presentan Wikenhauser y Dodd.

<i>Wikenhauser (Hechos)</i>	<i>Dodd (La predicación...)</i>
1. Mensaje de Cristo: Vida-Pasión-Muerte	1. Profecía que se cumple
2. Prueba de Escritura Muerte-Resurrección	2. a) Promesa a David b) Vida de Jesús c) Muerte d) Resurrección
3. Exhortación a penitencia	3. Exaltación 4. El Espíritu 5. Parusía 6. Exhortación

El esquema profecía-cumplimiento pervade los discursos. Así que la Iglesia no es vista por Lucas como un *accidente*, sino como un acotecimiento claramente pretendido por Dios en su Plan.

Es interesante que E. Hänchen, hipercrítico en muchos aspectos, defiende esta continuidad contra Käsemann y Wilkens. Dice Hänchen que para Lucas, un poderoso arco se extiende desde Abraham hasta la Parusía, y que nuestro tiempo (y el de Lucas)..., en el cual la 'Palabra de Dios', la proclamación cristiana, se difunde victoriosa por toda la tierra, pertenece... al plan salvífico de Dios, tanto como el tiempo de Jesús»<sup>5</sup>.

## Postura de Lucas respecto a la Iglesia

Es, según vamos viendo, más «histórico-salvífico» (*heilsgeschichtlich*) que descriptiva de las «estructuras eclesiales» (veáse más adelante).

Lucas crea todo un marco histórico-salvífico (con elementos de la historia religiosa y la historia profana) y en él ubica a la Iglesia:

Antiguo Testamento (Profetas)-Jesús-Iglesia-Parusía.

La conexión entre Jesús y la Iglesia son los «testigos presenciales» (Lc 1, 2; He 1, 21-22). Pedro da testimonio del Reino, como Jesús: con predicación, milagros y reuniendo a la comunidad. Pero, además, predica a Jesús como cumplimiento de las promesas. Pablo, por su parte, continúa (no en estricta sucesión evidentemente) la obra de Pedro, de la misma manera<sup>6</sup>.

La conexión entre la Iglesia de los años 80-90 y Jesús es la Iglesia primitiva. Así, Lucas conecta la historia contemporánea con la historia pasada, en el marco de una misma historia salvífica.

En este contexto, Lucas ubica la caducación del judaísmo (cosa que la comunidad judío-cristiana fue entendiendo con mucha dificultad).

Dios, pues, actúa ahora privilegiadamente por la Iglesia, como lo hizo antes por Israel. Ella es el espacio privilegiado desde el cual proclamar el Reino de Dios: «campo de dominio y órgano en el mundo de Cristo ensalzado, hasta su retorno en majestad», dice Schnackenburg<sup>7</sup>.

La Iglesia está llamada a ser ella misma concretización del Reino, fundamentalmente por la *koinonía* sobre todo: *hen kardía kai psyjé mia*. Esta *koinonía* incluye la oración común, en especial la *klasis tou artou*, el «partir del pan». Este acto es seguramente la Eucaristía, que ya en el Evangelio se señalaba como la *memoria de Jesús*, «hasta que (la comunidad de mesa) llegue a su forma definitiva» en el Reino (Lc 22, 16.18.30a). Así pues, la Iglesia tiene el encargo de hacer presente a Jesús y a todo lo que él significó: su amor al Padre y a los hermanos hasta dar la vida por ellos (cf. Jn 15, 13), su trabajo por el Reino, sus exigencias, y todo ello precisamente en la Eucaristía.

Evidentemente, la *koinonía* se manifiesta también en la comunidad de bienes (*en panta koina*), de manera que «a nadie le falte lo necesario» (He 2, 42-47; 4, 32-37; 5, 12-16). Así, la Iglesia cumple la bendición del Deuteronomio: «no habrá pobres en tu medio» (Dt 15, 4s). Se confirma, pues, que la Iglesia es una concretización del Reino.

Es obvio, por lo tanto, que Lucas no pretende invitar a sus contemporáneos a reproducir sin más las experiencias que haya podido tener la primitiva Iglesia como quiera que se deba entender la cuestión de la comunidad de bienes, la cual aparece estilizada en la narración lucana. Conzelmann tiene razón al decir que Lucas no presenta a la Iglesia primitiva como un

modelo por reproducir. Entre otras diferencias, la Iglesia contemporánea de Lucas ya había consumado la separación respecto al judaísmo.

Con todo, tampoco se puede aceptar que Lucas presente a la Iglesia primitiva con una intención tan *neutra*. Es decir, en cierta forma sí la presenta como la *Utopía*, al menos en cuanto a las vivencias y actitudes fundamentales. Por ejemplo, la insistir tanto en el Evangelio en el compartir los bienes, seguramente lo hace teniendo a la vista la situación de la Iglesia en la cual él vivía. Tiene razón Fitzmyer al decir que Lucas «obviamente no está satisfecho con lo que ha visto respecto al uso de la riqueza en su comunidad eclesial y utiliza dichos de Jesús para corregir actitudes que en ella se daban»<sup>8</sup>.

Notemos que Lucas ofrece estos elementos de fe en la Iglesia, a cristianos que sin duda conocían desigualdades socioeconómicas entre ellos mismos. No podemos pensar que el problema se hubiera restringido a Corinto (cf. 1 Cor 11, 17-34).

Hemos hablado de *fe*. Lucas presenta, ante todo, a la Iglesia que cree en Jesús, en Dios y en su Reino. Desde ahí despliega su visión histórico salvífica. Pero, ¿invita Lucas a la *fe en la Iglesia*? Conzelmann observa que en Lucas, ni la Iglesia ni su historia aparecen claramente como objetos de fe: pero, afirma, «el requisito previo para ello ha sido creado... al describir la existencia de la Iglesia como historia, con las categorías de la historia de la salvación»<sup>9</sup>.

De hecho, Lucas afirma que a la Iglesia se accede por la fe en Jesús, que en ella se recibe al Espíritu, que el Espíritu es quien la conforma y la mueve. Lucas presenta el profundo nivel en el que se sitúa la pertenencia a la Iglesia y esto no significa como quiere S. Schulz, una subordinación de la cristología a la eclesiología.

Schulz afirma que, en Hechos, la eclesiología pasa al centro del relato, con la tradición y sucesión apostólicas. Por lo tanto, la vida de Jesús se capta como un fenómeno del pasado. De esta manera, la cristología se subordina a la teología y, sobre todo, a la eclesiología. Esta es una concepción contraria a la de Pablo.

Sin embargo, como lo hace ver G. Schneider, no hay tal subordinación de la cristología a la eclesiología<sup>10</sup>. En Hechos es el Señor Jesús -ahora exaltado- el que interviene en la propagación del Evangelio. Jesús dice a Pablo: «Anda que yo te enviaré lejos, a los gentiles» y «Animo, pues como has dado testimonio de mí en Jerusalén, así debes darme también en Roma» (22, 21; 23, 11; cf. 9, 4-6; 18, 9s). El *logion* de Lc 16, 16 no se debe entender en el sentido de que el *tiempo de Jesús* pasa y deja lugar al *tiempo de la Iglesia*, del cual no sería más que una preparación.

Para Lucas es el *tiempo de la Ley y los profetas* el que prepara el *tiempo de Jesús* (Lc no habla de un tiempo de Jesús, sino más bien del anuncio de la buena noticia del Reino de Dios). Jesús sigue pre-

sente en el *tiempo de la Iglesia*, la cual reconoce que no hay otro nombre merced, al cual podamos salvarnos (He 4, 12). El tiempo de Jesús es, pues, el definitivo. El tiempo de la Iglesia continúa el tiempo de Jesús por la acción del Espíritu como ya hemos mostrado, tanto el tiempo de Jesús como el de la Iglesia están íntimamente unidos por el anuncio del Reino de Dios. Jesús anuncia el *Reino*, la *Iglesia* anuncia el *Reino en Jesús*.

Quizá convenga precisar cómo entiende Lucas el Reino de Dios en los Hechos. Lo primero que hay que decir es que nunca explica directamente el contenido del término. Sin embargo, sí da elementos para captar el contenido que él le da. Menciona el Reino (de Dios) en los siguientes pasajes: He 1, 3; 8, 12; 14, 22; 19, 8; 20, 25; 28, 23.31.

En 1, 6 dice qué no es el Reino de Dios, cuando hace frente a la expectación de los discípulos por la instauración del *Reino de Israel*. Ese no es el Reino por el que ellos van a trabajar. En cambio, deberán ser *testigos de Jesús* por todo el mundo (1, 8). Aquí tenemos una transición lucana, del Jesús que predica el Reino a los discípulos que predicán a Jesús y al Reino. En el Evangelio de Lucas el Reino de Dios tiene básicamente el mismo contenido que en Mateo-Marcos (aunque con matices propios de Lucas, que ahora no es del caso explicar). Por otra parte, Lucas refleja la idea de Yahvé como Rey, idea recibida del Antiguo Testamento.

Ya en 16, 16 Lucas se planteaba la necesidad de una respuesta radical ante el anuncio del Reino: «se anuncia la buena noticia del Reino de Dios y todos se esfuerzan por entrar a él».

En Hechos seguirá ofreciéndose el Reino de Dios como parte del *kerigma* -aunque no aparece en los discursos de Pedro, sino solamente en boca de Felipe, Bernabé y Pablo.

¿Cuál es, pues, el contenido del término Reino de Dios en Hechos? Tanto Felipe como Pablo ligan, en la predicación, el Reino de Dios con Jesús («el nombre de Jesús», *lo de Jesús*: 8, 12; 28, 31). Tenemos así, que Jesús, su vida, muerte, resurrección, son el contenido del Reino de Dios. En 4, 12 se habla del «nombre de Jesús» como fuente de salvación. Hablar del Reino es, por lo tanto, hablar de salvación, la salvación que viene de y en Jesús. Además, los discursos -forma en la que Lucas expresa de manera privilegiada el *kerigma* apostólico- hablan de la salvación que nos ha llegado en Jesús, como cumplimiento de las promesas. Ahí se hace un breve recuento de «lo de Jesús», su vida (ministerio), muerte y resurrección. O sea, se confirma que el Reino en los Hechos significa la salvación que llega en Jesús<sup>11</sup>.

Otro elemento que muestra cómo a la Iglesia se accede por la fe, es el tema del *camino*. Varias veces en los Hechos se llama al cristianismo, a la Iglesia, *camino* (*hodos*). Se identifica al «camino» que es la Iglesia (o la fe de la Iglesia) con el «camino del Señor»,

o el «camino de la salvación», o el «camino de Dios» (He 9, 2 par; 16, 17; 18, 25.26). Este camino es objeto de la fe. Naturalmente, es un objeto de la fe subordinado a Jesús, a Dios y su Reino, los *objetos* fundamentales de la fe. Ya mostramos antes la conexión entre el Jesús que proclama el Reino y la Iglesia que proclama a Jesús y al Reino.

### Dios quiere una Iglesia en movimiento

Dios no quiere una Iglesia anquilosada y estática, sino en movimiento, en búsqueda, en discernimiento de su voluntad en la historia.

El gran reto que se le presentaba a la Iglesia era la elección entre: 1) Quedarse donde estaba, al abrigo de lo ya dado -el judaísmo, la Ley, la circuncisión. O bien, 2) salir hacia los paganos, a la inseguridad, a lo nuevo, al riesgo -y el dolor, el conflicto.

Podía quedarse en la conservación de la tradición, incorporando a ella el mensaje sobre Jesús, o bien podía dejar actuar al carisma profético -que discernie la voluntad de Dios en la historia- y dejarse cuestionar tan a fondo como fuera necesario.

Una vez más, era la disyuntiva entre ser una religión del *status quo* o, fiel a la herencia israelita profética, de un profundo sentido histórico, optar por la apertura al cambio, al avance.

La Iglesia, en medio de un fuerte conflicto teológico-cultural (como veremos más adelante), acaba por reconocer la voluntad de Dios en la apertura a los paganos. El carisma profético se va imponiendo.

Al igual que muchas veces sucedió con los profetas del Antiguo Testamento, en este caso la tradición sirvió al impulso profético como plataforma de lanzamiento para el cambio -que cuestionaría aspectos importantes de la misma tradición... Es en la tradición donde algunos cristianos verán la llamada de Dios a una mayor apertura -esto, obviamente, a la luz de los acontecimientos presentes, es decir, del flujo de paganos hacia la nueva comunidad.

En el *Concilio de Jerusalén*, Santiago muestra cómo la entrada de los paganos al nuevo pueblo de Dios no es algo accidental, desconectado de la historia salvífica de Israel. Lucas nos muestra a Santiago argumentando a partir de un texto de Amós -según la versión de los LXX- que modificaba substancialmente el original hebreo (Am 9, 11-12). El hebreo decía que, al fin, «Dios daría a Israel la victoria sobre Edom», su perpetuo enemigo. El texto griego, por su parte, dice que «todos los hombres buscarán al Señor». Así, resulta que Amós ya profetizaba la entrada de los paganos a la fe de Israel. Y esto se cumple últimamente con la entrada de los paganos a la comunidad cristiana.

Pero ésta no es la única modificación que sufre el texto, en su emigración del texto hebreo a los Hechos, pasando por los LXX. Lucas enmarca el discurso de Santiago en una inclusión con la idea de que todo esto ya lo tenía Dios previsto *desde antes* (*proton*,

v. 14), y de que su proyecto es conocido *desde siempre* (*ap'aionos*, v. 18). Esta última frase la añade Lucas por cuenta propia al texto de los LXX, para hacer la inclusión mencionada.

Otra muestra del apoyo en la tradición la tenemos en los discursos de los Hechos. Si los tomamos en su conjunto, vemos que contienen dos líneas en el uso de la tradición (a veces, las dos líneas están presentes en el mismo discurso).

1) Unos conectan a la naciente comunidad con Israel y las promesas. Así, los discursos de Pedro en 2; 3; 4; 5; 10; de Pablo en 13; 24 (de pasada); 26.

2) Otros señalan cómo el plan de Dios era la entrada de los paganos a la fe en Jesús, a formar parte del nuevo Pueblo de Dios. Así, Pedro: 10; 11; 15; Santiago: 15; Pablo: 22; 26; 28.

**Aunque Lucas no presenta la oposición entre fe y ley con la misma fuerza que Pablo, la sostiene inequívocamente**

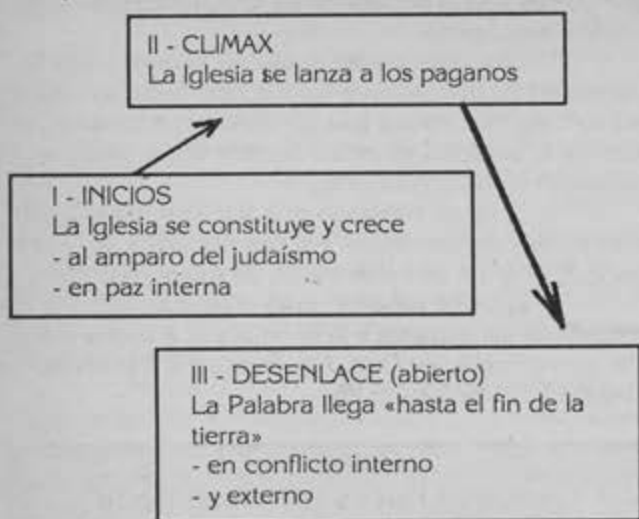
En estos discursos, Pedro se muestra conciliador. Pablo, en cambio, polémico, de manera que alude a la ruptura con el judaísmo, especialmente en 28, 25-29, donde cita a Is 6, 9-10 (alusión al endurecimiento de Israel): «¡Bien habló el Espíritu Santo a sus padres por el profeta Isaías que dice...!» «Sépanlo, pues, es a los paganos a quienes se ha enviado esta salvación de Dios; ellos escucharán» (28, 25.28; cf. Lc 7, 22; *makarios estin hos ean me skandalisthe en emoi* «feliz en el que no se escandalice de mí»).

No se trata, pues, de eliminar la tradición, sino de aprovecharla como elemento dinamizador en la búsqueda de la voluntad de Dios en la historia. No se ve en ella un freno, ni se la maneja como tal.

Con toda razón podemos considerar los capítulos 10 y 15 como el centro del libro de los Hechos. Ahí se muestra cómo el papel mediador de la Iglesia lo es con respecto a toda la humanidad. Y esto, precisamente en obediencia a la voluntad de Dios, manifestada *desde siempre* (*ap'aionos*): Dios ya al principio intervino para procurarse entre los gentiles un pueblo para su nombre «El hace que estas cosas sean conocidas desde la eternidad» (He 15, 14.18).

Aunque Lucas no presenta la oposición entre Fe y Ley con la misma fuerza que Pablo, la sostiene inequívocamente. Lucas admite alguna componenda en los *Acuerdos de Jerusalén*. Pablo es más drástico en la carta a los Gálatas, si bien esboza una concepción dialécticamente integradora en Romanos: «Pues Dios encerró a todos en la desobediencia, a fin de tener misericordia con todos» (11, 32; cf. 9-11).

Podemos representar así la dinámica de la vida y actividad eclesiales, en los Hechos:



Una Iglesia, pues, en búsqueda de la voluntad de Dios, de un Dios siempre mayor, tantas veces sorpresivo y que muchas veces exige el sacrificio del propio hijo, como a Isaac. Esta es la Iglesia que Lucas nos presenta.

#### El Espíritu, impulsor del movimiento eclesial

En el Evangelio de Lucas, el Espíritu impulsa a Jesús a la misión. Jesús está «lleno del Espíritu Santo» cuando va del Jordán al desierto. Es «conducido (hacia allá) por el Espíritu» (Lc 4, 1). Irá a Galilea «por la fuerza del Espíritu» (4, 14). Y, en la «presentación programática» de la misión de Jesús, de nuevo aparece el Espíritu: «el Espíritu del Señor está sobre mí... me ha ungido» (4, 18)<sup>12</sup>

De igual manera, el Espíritu será quien impulse la acción de la Iglesia. Los autores han hecho notar la frecuencia con que se menciona al Espíritu en los escritos de Lucas (17 veces en el Ev; vs. 6 en Mc; 12 en Mt y 57 veces en He).

Ya en el Evangelio, Jesús promete a los discípulos que serán «revestidos de fuerza de lo alto». En He 1, 8 se retoma la promesa: recibirán «la fuerza... del Espíritu Santo» (*lēmpesthe dynamin tou hagiou pneumatos*; cf. Lc 24, 49: *endyesthe ex hypsous dynamin*; 4, 14: *en te dynamei tou pneumatos*). En Pentecostés se cumple esa promesa (He 2, 1-4). Jesús, que lo ha recibido del padre, lo comunica (He 2, 33).

En la Iglesia se da, se difunde el Espíritu. Incluso, se hace presente con vinculación a los jefes. Pedro: 8, 14-17; 10, 44-48; 11, 15; 15, 8 (cf. 1-2); Pablo: 19, 6. Fitzmyer dice que «en los Hechos aparece con claridad que el Espíritu se da sólo cuando los Doce están presentes o un miembro o delegado de los Doce está en escena»<sup>13</sup>

El Espíritu impulsa a la comunidad a la misión. Pedro predica «lleno del Espíritu Santo» (4, 8). La comunidad toda se lanza a predicar, «habiendo recibido al Espíritu» (4, 31; cf. 2, 4). Esteban habla con la fuerza del Espíritu (6, 10). El Espíritu impulsa a Felipe hacia Samaria (se le llama también «ángel del Señor»: He 8, 26.29.39). Dirige a Pablo y Silas (16, 7: aquí se le llama «Espíritu de Jesús» por única vez).

Pero queremos hacer notar que el Espíritu es quien impulsa a la Iglesia a la apertura, al cambio. En He 10, 19-20, el Espíritu anima a Pedro a tomar una posición abierta a los paganos. En la redacción lucana, es primero un *ángel* el que habla a Cornelio (v. 3). A Pedro, al principio le habla una *voz* (vv. 13, 15). Pero, cuando se trata de explicar la visión, aparece el *Espíritu*, el cual asume la responsabilidad de lo que acontece: «soy yo quien los envía (a los hombres)» (19-20). Más adelante, es el *Señor* el que envía el mensaje. Luego, Pedro atribuye todo el asunto a *Dios* (que es imparcial). Y, finalmente, se explicita el centro del mensaje: «la buena noticia de Jesús, Señor de todos los hombres» (v. 36). Lo menos que se puede decir sobre el papel del Espíritu es que, a nombre de Dios, impulsa a Pedro hacia la apertura.

Es también el Espíritu el que avala los acuerdos logrados en el *Concilio de Jerusalén*, que daban carta de ciudadanía a los paganos en la Iglesia: «nos pareció al Espíritu Santo y a nosotros» (He 15, 28). Nótese que el Espíritu era el que había iniciado el impulso misionero de Bernabé y Pablo (13, 1-4: «... Dijo el Espíritu Santo: «separenme ya a Bernabé y a Pablo para la obra a la que los he llamado»). Pero el Espíritu no actúa solo, toda la Iglesia queda involucrada en la decisión: «apóstoles, presbíteros, hermanos... de acuerdo con toda la Iglesia» (15, 22-23)<sup>14</sup>

El mismo Espíritu, pues, que lanzó a la comunidad hacia fuera de sí misma, hacia la misión (He 2), es el que la seguirá impulsando a caminar «hasta el extremo de la tierra» -en sentido primariamente geográfico, pero también racial, cultural. El Espíritu lleva a la Iglesia a romper con todo etnocentrismo (entonces era el etnocentrismo judío, después serían otros etnocentrismos...).

El Espíritu ayudará a los hombres a superar sus vacilaciones, como lo hace con Pedro que se rehúsa a comer (He 10, 13-16), o con Pablo y Silas, a los que invita a pasar a Macedonia (16, 7-10). Esto nos hace recordar cómo el Espíritu ha guiado a muchos otros cristianos en su itinerario hacia el cumplimiento de la voluntad de Dios. Por ejemplo, a Ignacio de Loyola en su peregrinación desde España hasta Roma, vía París... El Espíritu interviene en los momentos en que los agentes humanos necesitan ser iluminados para acertar o impulsados para vencer las vacilaciones<sup>15</sup>.

Finalmente, es el Espíritu el que da a los cristianos las palabras que han de decir ante los enemigos. Así, a Pedro ante el Sanedrín (5, 29.32: «nosotros somos testigos... y también el Espíritu Santo»). A

Esteban: «no eran capaces de oponerse a la sabiduría y al Espíritu con los que hablaba» (6, 10; cf. 7, 55; 4, 8). Esto ya lo había prometido Jesús a sus discípulos, nos dice Lucas en el Evangelio (12, 11-12; con todo, Lucas parece atribuir un papel más activo a los discípulos que Mt 10, 20 y Mc 13, 11).

En la Iglesia se sigue a Jesús en la Pasión

El «tiempo de la Iglesia» está marcado por la cruz: persecución desde el exterior y conflicto al interior. Con esto, no queremos mistificar el conflicto intraeclesial, como si éste fuera un bien en sí mismo. Jesús no buscó el conflicto por el conflicto. Este vino cuando Jesús emplazó a sus oyentes a una definición ante (pro o contra) el Reino de Dios. En la Iglesia, ninguno de nosotros es Jesús. Pero tenemos el derecho y la obligación, de comunicarnos nuestros puntos de vista, nuestros atisbos de verdad, con la única finalidad de ayudarnos unos a otros a ser fieles a Jesús y al Reino del Padre. Ahí, es inevitable que surja el conflicto. Y este conflicto es un sufrimiento eclesial. Y lo ha de asumir la Iglesia como un aspecto de la cruz de Jesús, que se encuentra en su seguimiento.

Pero, sucede a veces que unos infligimos a otros injustamente algún sufrimiento, cuando estos honesta y proféticamente nos comunican una visión más evangélica de las cosas y nosotros la rechazamos. En este caso, el que padece injustamente el sufrimiento, padece por el Reino, lleva la cruz de Jesús. Este tipo de sufrimiento debería evitarse, aunque de hecho resulta inevitable en la Iglesia.

Ambos tipos de conflicto se dieron en la Iglesia primitiva y, en ambos, alguien padeció conflicto por el Reino.

Ya el Evangelio habla del seguimiento de Jesús por parte de los discípulos; un seguimiento hasta la cruz: «si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día y sígame» (Lc 9, 23; 21, 12-17, etcétera).

ahora se realiza en concreto ese seguimiento en la cruz, los seguidores de Jesús irán experimentando, uno a uno, ese aspecto del seguimiento.

Así sucederá con «los Apóstoles» (He 5, 41); con Esteban (c. 7); con los Helenistas (8, 16s); con Santiago el Zebedeo (12, 1-2s); con Pablo (pass.). La Iglesia es una institución creada y equipada para el tiempo intermedio, que lo es de tribulación. Ella hace posible la perseverancia. Se puede decir, con Conzelmann, que «constituye un elemento esencial (del con-



cepto de Iglesia) la elaboración de una ética del martirio»<sup>16</sup>.

Este será un tiempo de vigilancia (Lc 12, 35-38). Por otro lado, y paradójicamente, es la persecución la que desata el ímpetu misionero. En concreto, el martirio de Esteban es el detonador de este lanzamiento misionero. «Los que se habían dispersado iban por todas partes *anunciando* la buena noticia de la palabra» (8, 4; cf. 8, 1-11.26).

Pero, ante todo, la Iglesia sufrirá por el conflicto interno. Este fue muy real y muy fuerte. Aparece suavizado por Lucas, ciertamente, pero no tanto como algunos han afirmado. Lucas pone claramente el hecho y los elementos del conflicto. Incluso subraya la fuerza que llega a tomar. En 6, 1s, el conflicto entre helenistas y hebreos, por el servicio a las viudas. En 15, 1s, al narrar cómo los de Judea pretenden inquietar a los hermanos. En 15, 5, los ex fariseos insisten en el punto. En 15, 7, «la discusión se torna aguda». En 15, 36-40, Pablo y Bernabé entran en conflicto y rompen como equipo misionero. En 21, 17s, Santiago alude al conflicto que había entre Pablo y los judaizantes.

No parece, pues, que Lucas oculté o suavice demasiado los conflictos. Si bien, es cierto que no escribe las cosas con la vehemencia de Pablo -y esto, por una razón obvia: Lucas no fue participante directo de los acontecimientos, como Pablo.

No podemos negar que el especial interés en el conflicto interno a la Iglesia es quizá más nuestro que de Lucas. tal vez se podría decir que a Lucas le impresionaban más los conflictos con el mundo exterior a la Iglesia (pero sólo *tal vez*...).

Hay que subrayar que es precisamente el discernimiento de la voluntad de Dios en la historia lo que lleva al conflicto. Puede ser que, en ocasiones, se diera una verdadera lucha por el poder. Pero, muchas veces, también, el conflicto nació de visiones legítimas, sinceras y comprensibles, pero encontradas<sup>17</sup>.

En otro lugar he tratado de precisar las tendencias que se daban en la Iglesia en cuanto a los avances pedidos por la misión<sup>18</sup>. Ahí me he fijado más bien en las actitudes con que se enfrentaban los retos de la misión y las actitudes con que se enfrentó el conflicto. Pero haría falta un estudio psico-sociológico, para clarificar otros aspectos.

De hecho, el tiempo fue avalando una de las tendencias cómo la más correspondiente al Plan de Dios: la de Esteban, Pablo y seguidores. Pero, en el momento de la búsqueda inicial, fue inevitable el conflicto. Hay, quizá, que reivindicar a los judío-cristianos, en cuanto a lo comprensible de su posición y aun de sus temores e inseguridades<sup>19</sup>. Lo mismo vale para Pedro en sus esfuerzos moderados y conciliadores, y sin embargo, sin los cuales se habría roto el puente entre los judío-cristianos y los gentil-cristianos. Como hemos dicho, el futuro estaba con Pablo.

Pablo, por su parte, parece tener unos comienzos más intransigentes y polémicos (especialmen-

te visibles en la Carta a los Gálatas). Luego se le ve más moderado, en las maneras, ya que no el fondo de la cuestión (cf. Rom 14-15). Algunos, como Hänchen, han dicho que Lucas hace a Pablo más judaizante de lo que era en realidad. Yo no creo que Lucas nos presente una figura falsa de Pablo. El mismo Pablo tiene momentos conciliadores, que coinciden con la imagen que de él nos da Lucas; confiere con «los notables», para ver si no corría en vano; busca la comunión con «las columnas» (Santiago, Cefas y Juan; Gal 2, 2.9); manifiesta un gran respeto hacia los «débiles en la fe» (Rom 14-15; cf. 9-11).

Esto no implica el negar que, con las buenas intenciones se habrán mezclado la falta de lealtad y la mezquindad, lo cual llevaría a Pablo a llamar a los «judaizantes», «falsos hermanos», *pseudoadelfoi* (Gal 2, 4).

Tenemos, pues que decir, que el paso más importante que dio la Iglesia primitiva estuvo envuelto en el conflicto. Muy importantes fueron las actitudes con que los cristianos enfrentaron dicho conflicto. Visto desde una perspectiva histórico salvífica, el conflicto llevó a dar un paso adelante: la Iglesia se abrió, la fe en Jesús se extendió. Pero el Espíritu no entró a resolver las cosas como un *deus ex machina*; los problemas eclesiales no terminaron..., ni han terminado.

#### Una Iglesia con estructuras

Lucas no se fija mucho en este punto. No lo desarrolla especialmente. No era su interés principal. Incluso, parece presentar diversas concepciones de comunidad. De hecho, presenta al menos dos tipos: la de Jerusalén y la de Antioquía.

No es, pues, Lucas un «católico temprano» a (*frühkatholik*). En este punto, hay que superar las posiciones, tanto de la apologética protestante, como de la católica.

Es un hecho que Lucas no presenta desarrollada la estructura tradición-sucesión. Pero sí presenta la incipiente organización de la Iglesia primitiva. ¡Y no presenta la, sin duda más compleja, organización de la Iglesia contemporánea a él!

En la Iglesia hay jefes, «líderes»: Pedro, Santiago, Pablo. Hay un grupo especialmente significativo: «los Doce». Ellos son el vínculo con el Jesús histórico (y, en este sentido, garantes de la tradición). Lucas es muy cuidadoso, además en el uso del nombre de *apóstol*: «Matías... fue agregado al número de los doce apóstoles (Mc 1, 26). Apóstoles son solamente los «testigos presenciales». Por eso, para Lucas, Pablo no alcanza el título de apóstol (cf. 1, 2.26; 2, 37.42; 4, 33; 16, 4; en 14, 4.14 tenemos dos «descuidos lucanos» en el uso del término)<sup>20</sup>.

Hay también un liderazgo colectivo en Jerusalén: «los ancianos» (14, 23; 15, 6.22-23; 20, 17). Nos recuerdan a los ancianos de la sinagoga. Sus fun-

ciones serían similares a las de los ancianos de las comunidades paulinas.

Es interesante la omisión del cargo de «diácono», función que sería ya conocida cuando Lucas escribía (cf. Cartas Pastorales 1 Tim 3, 8.12; 4, 6). Lucas menciona el servicio que prestaban, pero no usa el término *diakonos* (cf. 6, 1s).

Hay en la Iglesia diversos carismas: *profetas*, los que *serven a las mesas*, los que *predican la palabra*. Se podría decir que Lucas, ni minimiza los cargos de la Iglesia tanto como Juan, ni los enfatiza tanto como las Pastorales.

Nos presenta las estructuras eclesiales como sirviendo a la «edificación» de la comunidad. Nos presenta una comunidad que interviene activamente en las determinaciones de la misión. «La Iglesia de Jerusalén» envía a Bernabé; «los discípulos» de Antioquía envían a Bernabé y Saulo; los «apóstoles y presbíteros (deciden) de acuerdo con toda la Iglesia» (He 11, 22.29-30; 15, 22).

### Proyecto de Dios

Para terminar, nos preguntamos cuál es el Proyecto de Dios, según Lucas, tanto en el Evangelio como en los Hechos. Este Proyecto, en el fondo, mira a todo hombre, a la humanidad. Ahora bien, la Iglesia tiene un lugar en ese Proyecto de Dios. Trataremos, pues, de explicitar, aunque sea de manera breve, la doble vertiente del Proyecto de Dios: respecto a la humanidad y, más en relación con nuestro tema, respecto a la Iglesia.

#### a. La Humanidad

Dios se ha propuesto *enviar a su Hijo*, Jesús dirá: «para esto he sido enviado» (*epi touto apestalen*, Lc 4, 43; según Marcos, Jesús dice: «para esto he salido», *eis touto gar exelthon*, 1, 38). El Padre ha ungido a Jesús para enviarlo: «El Espíritu del señor está sobre mí..., me ungió..., me ha enviado» (Lc 4, 18; cf. Is 61, 1-2). ¿Para qué lo ha enviado? Fundamentalmente, para anunciar el Reino de Dios» (Lc 4, 43; cf. 16, 16). Ha de anunciar el Reino a los pobres: «A dar la buena noticia a los pobres» (Lc 4, 18). «Los pobres reciben las buenas noticias» (Lc 7, 22). «Felices (ustedes) los pobres, porque de ustedes es el Reino de Dios» (Lc 6, 20), y esa buena noticia consiste en dos cosas: expulsión de demonios y curación de enfermos (Lc 4, 40-4; 7, 18-22; cf. Mc 3, 13-17). Es decir, la buena noticia es que Dios está por la vida, en todos sus aspectos, en el sentido más total del término. Jesús ofrece, de parte del Padre, la vida contra la muerte, la verdad contra la mentira, la luz contra las tinieblas; y esto, en el sentido más pleno de estos términos.

#### b. La Iglesia

Aquí es donde entra la Iglesia. Jesús invita a sus discípulos a *seguirlos*. Como ha mostrado M. Hegel, el seguimiento de Jesús es algo mucho más serio y profundo que una mera imitación<sup>21</sup>. Los discípulos

deben seguir al Maestro en tres aspectos. Primero, en la tarea: «ser pescadores de hombres» (Lc 5, 10); curar y echar demonios (Lc 9, 1-6; cf. 6, 12-19; Mc 3, 13-19; aquí Marcos es más explícito que Lucas, pero Lucas une de alguna manera el llamado con la actividad curativa y el exorcismo). Segundo, en el destino: «niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día y sígame» (Lc 9, 23-26; 14, 27). Tercero, en el conflicto: «los agarrarán y los perseguirán...» (Lc 21, 12-17). Los seguidores de Jesús entendieron esto muy bien, por eso «salieron de la presencia del Sanedrín contentos por haber sido considerados dignos de sufrir ultrajes por el Nombre» (He 5, 41).

Los discípulos han de dar testimonio: «Darán testimonio de mí» (He 1, 8). Lo dicho a los seguidores del Bautista, vale con mayor razón para los de Jesús: «Anuncien lo que han visto y oído» (Lc 7, 22). La predicación del Reino se resume en *lo de Jesús*, «pues no se ha dado otro nombre a los hombres bajo el cielo, que sea necesario para nuestra salvación» (He 4, 12). Los discípulos han de unir la predicación del Reino (en palabras y obras) con el conflicto y el sufrimiento. Antes predicaban y actuaban «por el Nombre», ahora han padecido por él.

El proyecto de Iglesia es proyecto de unidad y comunión, aun en medio del conflicto. Así se habrá de resolver la crisis de ruptura con el judaísmo, la cual provoca una crisis al interior de la Iglesia. Pero se llega a una concesión mutua, para salvar lo esencial. Pablo aparece conciliador (no necesariamente porque Lucas nos presente una imagen falseada de él; en todo caso, nos presenta una imagen *selectiva*). La comunidad jerosolimitana sigue su propio camino, pero, el impulso del Espíritu va por la apertura: con Pablo..., ¡hasta Roma!

La Iglesia ha de ser una comunidad de discernimiento. Esta es la manera de *seguir al Espíritu*. Este es el que impulsa. A la Iglesia le toca seguirlo, *dejarse llevar*. El Concilio de Jerusalén, aun cuando es un relato estilizado, esconde tras de sí a elementos de discernimiento: se narra la vida, los problemas y conflictos; se narra también la acción del Espíritu en la acción de los hombres (Pedro, Pablo y Bernabé); se ilumina la situación con la Palabra de Dios (así lo hace Santiago); se sacan conclusiones sobre la voluntad concreta de Dios. Que en el fondo de todo, se trataba de un discernimiento, lo expresa Lucas con la frase de la comunidad. «Hemos decidido el Espíritu Santo y nosotros» (He 15, 28).

En el proyecto, como ya veíamos, se incluyen algunos elementos organizativos (*institucionales*, hay que decirlo, aun cuando esta palabra evoca, muchas veces con razón, aspectos no muy felices de la vida de la Iglesia).

Finalmente, el proyecto de Iglesia está en movimiento. Jesús no ha dejado un proyecto acabado, que incluya los detalles. La Iglesia tiene que buscar

continuamente, bajo el impulso y la guía del Espíritu, cómo ha de seguir realizando ese proyecto. Pienso que Lucas nos ha hecho una aportación fundamental, al presentarnos precisamente a una Iglesia en búsqueda en apertura y en cambio. No nos presenta una Iglesia estática, petrificada, satisfecha de sí misma, que tuviera como criterio fundamental el evitarse riesgos y conflictos.

Y esa búsqueda tiene un punto de referencia fundamental: el hombre, que el hombre tenga vida, la vida que Jesús nos trajo. Nunca aparece en la eclesialidad lucana una *Iglesia-fin-en-sí-misma*. Y no teme



## NOTAS

1. Si bien, de entrada, Lucas valora positivamente a Israel, portador de las promesas (Lc 1, 68.77; 2, 10.32; 7, 16; 24, 14; He 4, 10; 13, 17). Sólo al final, a la luz de una historia de cerrazón, Lucas recuerda las terribles palabras de Isaías 6, 9-10 (He 28, 26s).
2. LOISY A., *L'Evangile et l'Eglise*, Paris (1902), 111.
3. La Iglesia que Jesús quería, Bilbao (DDB) 1986, 79-80. Dice a este propósito L. Boff: «Existe, pues, una discontinuidad entre la predicación del Reino y la Iglesia: la muerte de Jesús en la cruz; existe también una continuidad entre Jesús y la Iglesia: la resurrección por la cual Cristo continúa presente», en «El Jesús histórico y la Iglesia», *SERVIR* 63/64 (1976), 269.
4. He 20, 29s. Para la primera mitad del s. I había ya un gnosticismo pre cristiano. Algunos hacen a Simón de Samaria (He 8, 4-25) portavoz de dicha corriente. Según eso, para los años 80-90 ya habría brotes gnóstico-cristianos. Cf. *LThk*, 4 y *Sacramentum Mundi*, 3, (esp.).
5. *Acts of the Apostles*, 132.
6. BROWN R. E., *Las Iglesias que los Apóstoles nos dejaron*, 63-65. Es interesante notar que Pedro nunca usa la expresión «Reino de Dios», mientras que Pablo y Felipe sí lo hacen. Esto alude al uso de diversas fuentes por Lucas. Apolo, por otra parte, enseñaba «todo lo referente a Jesús» (He 18, 25).
7. *La Iglesia del Nuevo Testamento*, 82.
8. *The Gospel According to Luke*, I, 247.
9. *El Centro del Tiempo*, 313.
10. SCHULZ S., *Die Mitte der Schrift*; cit. por G. SCHNEIDER, *Die Apostelgeschichte*, I (HTKNT), 148-151.
11. Cf. Fitzmyer J.A., *The Gospel According to Luke*, I, 153-157.

Lucas presentar a la Iglesia pagando el precio de la búsqueda: el conflicto. Según Lucas, todos tienen algo que aprender: Pedro, Pablo, Santiago, los judío-cristianos, los gentil-cristianos. Por otra parte, Lucas nos ofrece, encarnadas en esos hombres, las auténticas actitudes cristianas con las que se debe realizar la búsqueda y manejar el conflicto<sup>22</sup>.

He tratado de presentar, si bien brevemente, los rasgos de la eclesialidad a la que nos invita Lucas. Me parece sinceramente que vale la pena aceptar la invitación a trabajar por el Reino de Dios, en, con y desde la Iglesia de Jesús.

12. Lucas enfatiza la acción del Espíritu, por encima de Mateo y Marcos (cf. Mt 4, 1; Mc 1, 12).
13. *Op.cit.*, 231 (ahí mismo matiza un poco esta afirmación).
14. Otra variable menos probable omite «hermanos».
15. BROWN R.E., *Las Iglesias*, 68. Brown nos pone acertadamente en guardia contra una actitud quietista que espera siempre del Espíritu una intervención que lo arregle todo, a la manera de un *deus ex machina*.
16. CONZELMANN H., *El Centro*, 292s. Estamos experimentando ahora la verdad de esta afirmación en la Iglesia latinoamericana.
17. Estos conflictos entre personas sinceras y bien intencionadas son, tal vez, los que Ignacio de Loyola dice que se sufre «sin dar ocasión alguna de ello» y «sin pecado de ninguna persona ni desplacer de su divina majestad» (cf. *Ejercicios Espirituales*, 98, 147, 167).
18. LOPEZ F., «Unidad y Pluralismo en la Iglesia primitiva -en medio del conflicto», *Boletín de Espiritualidad*, SJ, México, mar-abr 1989.
19. Cf. MUSSNER F., *Der Galaterbrief* (HTKNT), 1981, 135-136. Ahí cita a KITTEL G.: Para los piadosos judío-cristianos, «se trata de una unidad que trata de afianzarse en dos partes finalmente inseparables. Permanecen aún como miembros plenos de la comunidad judía y se saben ligados a ella; y al mismo tiempo pertenecen a una cristianidad que, en ese momento, ya no es solamente una secta judía, sino es a la vez una comunidad libre del judaísmo y libre de la ley. Ellos quieren cuidar la fraternidad con esta comunidad que ya no es judío-cristiana; pero, al hacerlo, son conscientes de que se desprenden del judaísmo...» (*ZntW* 30 (1931) 147s).
20. ROLOFF J., *Hechos de los Apóstoles*, 62-64.
21. *Seguimiento y Carisma*, Santander 1981.
22. Cf. LOPEZ F., «Unidad y Pluralismo».

---

# VATICANO II: IGLESIA QUE OPTA POR LOS POBRES EN LA FUERZA DEL ESPIRITU\*

---

Alvaro Quiroz  
Teólogo. Rector y profesor del Inst. Teológico S.J.

## INTRODUCCION: UN CONCILIO EN PROCESO DE RECEPCION.

### A. La recepción del Vaticano II.

Si consideramos a la Iglesia como la comunidad de los que "reciben" el Evangelio podemos también considerar al Concilio Vaticano II como un instrumento decisivo para esa recepción. En efecto, no fue otra la intención o el sentido del Concilio que contribuir a que la Iglesia recibiera más hondamente el Evangelio, viviera más de cara a su Señor, en una fidelidad renovada<sup>1</sup>.

Ahora bien, el Concilio Vaticano II había de pasar también por un proceso de recepción fecundo y penoso a la vez; más aún, está todavía pasando por un proceso de recepción que no ha terminado. Es ya casi un tópico hablar de la necesidad de asumir, de profundizar, de llevar a cabo las enseñanzas y poner en práctica las directrices que nos legó el Concilio<sup>2</sup>.

Tal proceso de recepción es de una riqueza y una complejidad que no debiéramos minusvalorar; más aún debiéramos tenerlas muy en cuenta a la hora de impulsarlo. Complejidad y riqueza que formula bien este párrafo de Giuseppe Alberigo escrito hace 5 años: "Interrogarse sobre el Vaticano II veinte años después de su clausura exige moverse entre historia y presente, entre acontecimiento, recepción y perspectivas futu-

ras. No es una indagación fácil, ni menos aún unívoca"<sup>3</sup>.

### B. ¿Una nueva etapa en ese proceso?

El Concilio Vaticano II está, pues, en un proceso de recepción todavía no concluido. Incluso podríamos decir que, desde un determinado punto de vista, apenas está por concluir una primera etapa en el posconcilio. En efecto, todavía viven buen número de los obispos que fueron sus protagonistas. Todavía viven teólogos que fueron sus impulsores. Hace apenas un mes falleció Mons. Lefebvre, uno de sus más bravos oponentes. Será interesante para las nuevas generaciones la siguiente etapa de recepción del Concilio en un momento en que, desaparecidos los testigos, hayan quedado de él sólo los testimonios<sup>4</sup>.

Obviamente, la pervivencia de un núcleo de sus protagonistas no es el único ni el principal factor que determina el inicio de una nueva etapa en la recepción del Vaticano II. La historia ha caminado, los contextos sociales y eclesiales son distintos. Impresionan los cambios que se han ido dando, v.gr., en el Este Europeo. Plantean cuestiones hondas las proclamas que hablan del final de la historia entendido como la consolidación definitiva del capitalismo<sup>5</sup>; inquietan las actitudes que parecen negar toda posibilidad a las utopías precisamente cuando las aspiraciones de los pueblos pobres por la justicia y la libertad se presentan con mayor urgencia.

Todo esto significa, pues, una nueva etapa en la recepción del Concilio. Etapa que nos exige reasumirlo en una nueva situación manteniendo esa actitud de fidelidad abierta que nos enseñó el Vaticano II.

### C. Este Congreso, un acto de recepción y un instrumento para la recepción del Concilio.

En ese sentido, para quienes valoramos la gracia del Vaticano II tiene su importancia este Congreso. El es, simultáneamente, un instrumento para contribuir a que continúe ese proceso vivo de recepción del Concilio y un acto de recepción del mismo. Este Congreso significa volver a decir que el Vaticano II fue y sigue siendo importante para la vida y la misión de la Iglesia. En ese sentido, quizás, análogamente, también se puede dar a este Congreso Teológico el calificativo de *pastoral*.

No olvidemos que el Papa Juan XXIII insistió en calificar al Vaticano II como un Concilio Pastoral. Ahora bien, esto nos da ocasión para preguntarnos qué significa que el Concilio haya sido un concilio pastoral. ¿Tienen razón los que se apoyan en esa característica del Vaticano II para quitar fuerza a sus decisiones y para rehusarse a seguir su dirección? ¿O es algo no percibido adecuadamente por algunos y que sin embargo reviste una especial profundidad? "El carác-

ter 'pastoral' asignado por Juan XXIII al Concilio -cito de nuevo a Alberigo- ha sido muchas veces infravalorado, como si fuera una singularidad del Papa o una idea original para excluir el carácter dogmático del mismo. En realidad, en el lenguaje de Roncalli *pastoral* tiene una densidad excepcional y constituye, sin sombra de duda, el nivel supremo de la vida de la Iglesia. Con este adjetivo se asignaba, por tanto, al Vaticano II un objetivo eclesial absoluto, no sólo doctrinal y disciplinar. Es indispensable una comprensión adecuada de este tipo de Concilio para situar correctamente el posconcilio<sup>6</sup>.

#### **D. El sentido y el alcance de esta ponencia.**

Lo anterior ayuda a ubicar el sentido y el alcance de esta ponencia. Quisiéramos, que ella fuese un momento más de toma de conciencia común y una contribución a ese proceso multivalente y lleno de vida de recepción creativa del Concilio en nuestra Iglesia.

Intentamos en ella mirar globalmente el caminar de nuestra Iglesia en estos años desde una óptica a la vez parcial y sumamente importante.

Tratamos de mostrar y testimoniar que la gracia de Dios ha estado viva y actuante en nuestra Iglesia. Y que una mediación privilegiada de esa gracia ha sido precisamente el Concilio Vaticano II como acontecimiento, como mensaje y enseñanza, como impulso de gran vitalidad.

Sería objeto de una tesis doctoral (o de varias) seguir la pista a la incidencia del Concilio Vaticano II en medio de nuestra Iglesia de México. En este trabajo nos limitamos a mostrar cómo el Concilio fue un verdadero impulso y una auténtica y permanente inspiración para lo que luego se ha ido dando en medio de nosotros como opción por los pobres, como impulso de una Iglesia que renace en medio de ellos.

### **I. UN HECHO: NUESTRA IGLESIA HA CAMINADO, HA IDO OPTANDO POR LOS POBRES Y VA RENACIENDO EN MEDIO DE ELLOS POR LA FUERZA DEL ESPIRITU.**

#### **A. Un cambio en múltiples y variados niveles.**

Quisiéramos comenzar por los hechos. Quien compara nuestra Iglesia de hoy con la de hace 25 años no puede menos que percibir una gran diferencia. Algo novedoso ha operado en ella el Espíritu de Dios.

Ese cambio ha significado vida eclesial auténtica; se ha manifestado de muchas maneras en el renacer de nuestra Iglesia posvaticana: en la espiritualidad, en el mayor compromiso cristiano. De ese cam-

bio dan testimonio los movimientos, los proyectos de pastoral de muchas diócesis, las manifestaciones escritas de talante profético de varios nuestros obispos, la vida de las Comunidades Eclesiales de Base, el impulso dado a la liturgia, la renovación bíblica, lo vivido por la vida religiosa...

Este movimiento de renovación, que se ha dado en medio de inevitables conflictos, al lado de inercias, inmovilismos y verdaderos pecados, lo hemos vivido, por supuesto, al interior del movimiento y la vitalidad de la gran Iglesia y, muy particularmente, al interior de nuestra Iglesia Latinoamericana. Al interior de esta Iglesia bendecida con una nube de testigos; Iglesia de seguidores de Jesús, de mártires, de profetas.

**Hay una gran diferencia entre nuestra Iglesia y la de hace 25 años. Algo novedoso ha operado en ella el Espíritu del Señor**

#### **B. Una manera de presentar esa novedad.**

La renovación posconciliar vivida por nuestra Iglesia de México puede tipificarse de muchas maneras. En ese sentido han sido ya múltiples los aportes de este Congreso. Una manera sencilla, pero importante de hacerlo es expresar ese caminar diciendo que, durante el posconcilio y en la inspiración del Vaticano II, nuestra Iglesia ha avanzado hacia la opción por los pobres, y, por la fuerza vigorosa del Espíritu de Jesús, ha vivido un renacimiento eclesial a partir de los mismos pobres.

##### **1. Hechos especialmente significativos.**

A continuación vamos a enumerar algunos rasgos de esa renovación que nos parecen de importancia y que constituyen netamente un avance en la línea de lo que el Concilio señaló a la Iglesia. No pretendemos ser exhaustivos; simplemente vamos a ofrecer un elenco, a nuestro parecer suficiente, de indicadores que confirmen lo que estamos diciendo.

a) Renovación eclesial formulada de múltiples maneras en opciones pastorales de diócesis y regiones eclesiásticas.

Antes del Vaticano II no era común comenzar los planes pastorales con un análisis de la realidad, con una consideración y un discernimiento cuidadosos de la situación social y en ella de la situación de los empobrecidos. Sobre todo, no era común incluir como algo definitivo en la formulación de los objetivos

pastorales de las diócesis a la opción por los pobres, tal como lo hace, por ejemplo, la diócesis de Torreón en su proyecto pastoral 1988-1992.

*Objetivo General de la Diócesis: Impulsar una Evangelización Nueva en nuestra diócesis, en comunión y participación, desde las bienaventuranzas y la opción preferencial por los pobres, para hacer presente el Reino de Dios, responder a los anhelos del hombre y transformar su realidad.*

Esta opción por los pobres no es algo periférico en el proyecto pastoral. Es algo central, altamente evangélico, para una Iglesia renovada que quiere impulsar una Evangelización Nueva; es algo que marca y orienta toda la pastoral diocesana en la línea del seguimiento de Jesús y el servicio del Reino de Dios.

La opción por los pobres no ha quedado solamente en los escritos; ha movilizó visiblemente a las Iglesias en donde obispos, sacerdotes, laicos y religiosos han tratado de acercarse al pueblo pobre y de llevarle un mensaje liberador. Y, acercándose al pueblo para evangelizarlo, se han sentido evangelizados por él<sup>8</sup>.

b) Una Iglesia que se involucra en la defensa de los derechos humanos.

Tampoco era común hace 25 años que la preocupación por los derechos humanos estuviera en el centro de la pastoral de nuestra Iglesia. Hoy día, y ése es un rasgo de novedad eclesial entre nosotros, comienza a entrar esa preocupación y va considerándose central en la vida de más y más diócesis. Valga esta cita de una carta pastoral del Obispo de la Tarahumara como ejemplo de esto novedoso que está ocurriendo:

"De todo eso podemos afirmar que la defensa de los Derechos Humanos es parte muy importante de la misión de la Iglesia. La Iglesia no sólo tiene una doctrina sobre los derechos humanos y predica sobre ella, sino que lucha porque esa doctrina y esa predicación se hagan realidad como parte de su misión; para que la lucha por los Derechos Humanos y la defensa de la vida de los pobres se conviertan en actual y eficaz sacramento de salvación"<sup>9</sup>.

La lucha por los Derechos Humanos y la defensa de la vida de los pobres hacen eficaz y actual a la Iglesia como sacramento de salvación. Hay aquí una expresión de una nueva forma de ir comprendiendo la misión evangelizadora de la Iglesia. Misión que no puede prescindir de la realidad injusta y desgraciada en la que viven las mayorías empobrecidas y que tiene que ver intrínsecamente con su transformación en la fuerza del Evangelio.

c) Opción por apoyar el surgimiento de una Iglesia autóctona.

En este último cuarto de siglo ha surgido y se ha ido fortaleciendo una nueva convicción. Se ve la necesidad ineludible de impulsar y acompañar el nacimiento y la consolidación de una Iglesia autóctona en la que realmente sean respetados y promovidos los valores de las culturas indígenas, ricas y a la vez marginadas y oprimidas. Convicción que formulaba así, en 1988, la Comisión Episcopal para Indígenas:

"En la comunidad eclesial católica deben existir Iglesias autóctonas particulares (L.G. 13) de modo que la catolicidad sea una realidad concreta y no sólo una abstracción que exclusivamente se da en otros continentes"<sup>10</sup>.

Esto es algo más que un deseo; se va ya haciendo realidad, como un fruto precioso de una evangelización realmente inculturada, en diversas zonas de nuestro país.

"En la Pastoral Indígena -dicen más adelante nuestros Obispos- vemos cómo va surgiendo la Iglesia nuevo pueblo de Dios, con rostro propio, desde los sectores más pobres de la sociedad, desde los indígenas y campesinos; porque 'la Iglesia nace de la respuesta de fe que damos a Cristo'<sup>11</sup>.

Claro que el reto que hay aquí es todavía muy grande. Distamos mucho de haber llegado a la aparición de Iglesias autóctonas maduras en medio de las múltiples etnias de nuestro país. Pero los movimientos de catequistas indígenas, de prediáconos y diáconos, la experiencia eclesial más viva y comunitaria, la integración de los diversos aspectos de la vida en una sola vida cristiana, son indicadores que debiéramos valorar, impulsar, apoyar.

d) Movimiento de la vida religiosa, sobre todo femenina, hacia la inserción en medio de los pobres.

A lo anterior habría que añadir ese verdadero éxodo de la vida religiosa, sobre todo femenina, hacia los pobres. Ese intento de hacerse cercanos, de compartir el Evangelio con ellos, de hacerse Iglesia que resurge en medio de ellos; esa experiencia de encontrar en ellos a Dios de una manera nueva.

Así se dirigían hace dos años los religiosos de nuestro país a nuestros Obispos reunidos en Asamblea:

*Los dos últimos acontecimientos eclesiales latinoamericanos (Medellín y Puebla) han marcado vivamente a la Iglesia y por lo tanto a la Vida Religiosa. Esta, respetando el carisma fundacional de cada Congregación, desea, con la gracia de Dios, vivir las opciones prioritarias que la Iglesia latinoamericana ha hecho: los pobres, la justicia, la familia... Nuestra respuesta se está dando desde la experiencia de Dios que integra oración y acción; la inserción en la vida de la Iglesia particular con el aporte propio del carisma; la búsqueda de una vida comunitaria más fraterna, más sencilla y más in-*

*sertada en medio del pueblo; la opción preferencial por los pobres que ha llevado a la revisión de obras y estilo de vida; el anuncio y la denuncia profética dentro de la historia*<sup>12</sup>.

e) Una Iglesia que se renueva en medio de los pobres en las Comunidades Eclesiales de Base.

Nuestra Iglesia en México, a partir de los impulsos dados por Medellín y Puebla, ha encontrado en las Comunidades Eclesiales de Base una forma de auténtica renovación en la vida eclesial. Ha sido verdad para ella que las Comunidades Eclesiales de Base son signo del amor preferencial de la Iglesia por los pobres, que son ellas espacios fecundos de evangelización liberadora. Tampoco este caminar ha estado exento de dificultades y fallas, pero sus frutos confirman que, en medio de su humildad, las Comunidades Eclesiales de Base son esperanza, promesa y futuro para la Iglesia<sup>13</sup>.

Veamos cómo hablaban de ellas un grupo de nuestros Obispos en 1989, en un mensaje pastoral dirigido a las Comunidades Eclesiales de Base presentes en sus diócesis.

*Las Comunidades Eclesiales de Base son y están llamadas a ser Iglesia de Jesús que renace por la fuerza del Espíritu en el pueblo. Son un proceso vivo de fe, esperanza y amor, de conversión, de construcción eclesial, de compromiso creyente. Cada una de ellas es 'célula de la gran comunidad' (PUE 641).*

*Por ello ya habíamos afirmado que 'las Comunidades Eclesiales de Base no son un movimiento en la Iglesia sino la Iglesia en movimiento', desde la base a modo de fermento (Doc. de Obispos de Concordia, 9 Oct. 83, no. 8).*

*Y precisamente porque son una forma rejuvenecida de vivir el proyecto de Jesús, impulsan una novedosa configuración histórica de la Iglesia: una nueva manera de vivir la Iglesia más encarnada, más participativa -como lo muestran la riqueza y variedad de los nuevos ministerios-, más pascual al solidarizarse con los cristos sufrientes de hoy. Son las Comunidades Eclesiales de Base nivel básico de Iglesia; centros de comunión y participación que renuevan la Iglesia.*

*Las Comunidades Eclesiales de Base asumen esta perspectiva de los pobres y así editan con nueva profundidad las notas esenciales de la Iglesia: una, santa, católica, apostólica. En ellas aparece rejuvenecida en medio de los pobres la única Iglesia de Jesús, servidora, profética, misionera. Las Comunidades Eclesiales de Base son Iglesia convocada por la palabra del Padre, son Iglesia santificada, orante, fraternidad, solidaria, comprometida. Son Iglesia que vive y celebra su fe agradecida y evangelizadamente en medio de la religiosidad del pueblo pobre*<sup>14</sup>.

f) Una Iglesia que camina encarnada en medio del pueblo pobre, oprimido y creyente.

Este es un rasgo muy decisivo de la renovación posconciliar en medio de nosotros. El pueblo pobre ha irrumpido en el escenario social y eclesial. En muchos lados la Palabra de Dios ha levantado e impulsado a un pueblo multiseccularmente oprimido y marginado. En medio de una opresión terriblemente injusta el pueblo camina. Y es el Evangelio, es ser y saberse Pueblo de Dios, lo que lo sostiene en ese caminar, erizado de dificultades, es verdad, pero en el que asoman realizaciones de vida.

He aquí un testimonio de agentes de pastoral entre los muchos que pudieran aducirse:

*Hemos visto que el pueblo explotado y creyente camina; que en esta historia de sufrimiento indecible y opresión despiadada el pueblo da pasos; que en ellos despunta la aurora del Reino de Dios. Estamos seguros de que el Dios de Jesús, el Dios de los pobres, el Dios de esta historia, ha actuado y sigue actuando misericordiosa y liberadoramente en medio y a través de nuestros hermanos a quienes acompañamos. Y eso que hemos visto queremos narrarlo. Nos importa mucho que no se pierda. Nos parece decisivo que el pueblo mismo lo narre; y que esa narración suya -a la vez memoria, reconocimiento, acción de gracias y proyecto- sea impulso para que eso nuevo siga aconteciendo*<sup>15</sup>.

g) Los programas de formación sacerdotal y religiosa.

Como último indicador no quisiéramos dejar de mencionar lo que ha ido ocurriendo en los programas de formación sacerdotal y religiosa. También en ellos va dejando huella este movimiento vital de nuestra Iglesia. Han de ser programas de formación que sitúen a los formandos en la realidad, que los lleven a asumir la opción por los pobres, la defensa de la justicia del Reino.

Unas citas de las Normas Básicas para la Formación Sacerdotal en México ilustran lo que estamos diciendo:

*Aprendan todos a vivir la opción preferencial por los pobres mediante una vida sencilla. (...) En esta doble vertiente y a la luz de las enseñanzas de la Iglesia el alumno debe fundamentar la búsqueda de la justicia, la promoción y defensa de la dignidad humana y el ser voz de los que no la tienen, en orden a una acción transformadora y liberadora de las personas y de las estructuras temporales para colaborar desde su propia identidad sacerdotal al Advenimiento del Reino de Dios en nuestra patria. (...) Aprendan los alumnos a estudiar y analizar con rigor científico la realidad socio-cultural; conozcan las diversas respuestas que las corrientes teológicas en México y Latinoamérica van ofreciendo a la problemática particular de nuestra Iglesia latinoamericana*<sup>16</sup>.



## 2. Renovación en lo fundamental cristiano.

Podría alguien argumentar que esa renovación de nuestra Iglesia en la opción por los pobres y en una encarnación eclesial en medio de ellos no es un fenómeno general; se trataría, más bien, de algo restringido a algunos sectores eclesiales, a determinadas regiones pastorales. Y, en buena parte, y por desgracia, tendría razón.

Tampoco nosotros estamos postulando ingenuamente una generalización de este tipo de renovación posconciliar en nuestra Iglesia. Hablamos de algo que ocurre -como toda renovación y reforma- a manera de semilla, pequeña y a la vez importante; a manera de llamada del Espíritu; a manera de vocación para la Iglesia entera.

Y eso quisiéramos subrayarlo porque pensamos que los anteriores indicadores tienen que ver con la renovación eclesial en un nivel muy hondo. Estamos hablando de lo que el Espíritu opera en la fe de los *consagrados*; de eso que constituye a la Iglesia como comunidad de *fieles*. Nos estamos refiriendo a la respuesta a la gracia de Dios que opera en medio de su Iglesia y la llama a una conversión y a una fidelidad mayores cada día. Estamos hablando de la fe, de la esperanza, de la caridad, de lo teologal que hace que la Iglesia realmente lo sea.

No se trata, en efecto, de algunos cambios meramente exteriores; se trata de algo muy profundo y fundamental que podría formularse en los siguientes enunciados:

+ Al vivir así, nuestra Iglesia ha vivido más el Evangelio. Ha vivido más de la Palabra de Dios.

+ Al vivir esto nuestra Iglesia ha crecido en la unión de la fe con la vida y ha vivido una nueva experiencia de Dios. La experiencia de un Dios tierno y misericordioso con su Pueblo, un Dios que siendo Dios de todos los hombres es en primer lugar Dios de los pobres<sup>17</sup>. Y en ese mismo sentido se ha renovado en la experiencia del amor y del seguimiento de Jesús.

+ En todo esto aparece que nuestra Iglesia ha comprendido con una nueva profundidad la misión cristiana, el anuncio del Reino de Dios, como anuncio de una salvación integral que incluye y mantiene intrínsecamente relacionadas la salvación histórica y la salvación escatológica; esa salvación que es salvación de todo el hombre y de todos los hombres, que inaugurada en el tiempo apunta a la consumación definitiva en la eternidad. Por eso ha querido nuestra Iglesia evangelizar anunciando, desde los pobres, la justicia del Reino de Dios a todos los hombres, denunciando proféticamente cuanto se opone al Reino, testimoniando con la vida y actuando transformadoramente.

+ Con todo lo anterior nuestra Iglesia ha renovado la constitución misma del sujeto eclesial. Superando concepciones y prácticas excesivamente clericalistas y piramidales, se ha visto como Iglesia de comunión en donde los pobres evangelizados irrumpen comunitariamente con un gran potencial evangelizador. Iglesia donde va surgiendo un laicado adulto, señal indispensable de madurez eclesial<sup>18</sup>.

+ En esa experiencia va emergiendo el pueblo pobre y oprimido con el carisma de la profecía. El pueblo de Dios que, con su vida y con sus palabras, es una denuncia viva de la situación de injusticia que vive; con su alegría y esperanza festiva es un anuncio del Reino de Dios; con su trabajo y su organización comienza a transformar esta realidad desde abajo. Es como el Siervo de Yavé, que con su dolor y sufrimiento carga sobre sus hombros el pecado del mundo y alumbró una nueva humanidad<sup>19</sup>.

+ En síntesis, pues, nuestra Iglesia ha caminado porque, en la fuerza del Espíritu, ha experimentado la gracia de optar por los pobres y encarnarse en ellos, y porque ellos, como gracia increíble, como pobres con espíritu, han irrumpido en la escena eclesial. Esa opción por los empobrecidos y la encarnación consiguiente en medio de ellos la han llevado a una profundización en su vida, en su ser y misión. Han sido su forma privilegiada de apertura al mundo, han sido el más claro resultado de su discernimiento de los "signos de los tiempos".

## ESE CAMINAR DE NUESTRA IGLESIA NO SE EXPLICA SIN EL VATICANO II.

A. El Concilio como acontecimiento, como enseñanza, como experiencia recibida y prolongada en la Iglesia.

### 1. Las líneas vertebrales del proyecto conciliar.

No vamos a caer en el simplismo de atribuir esa novedad en nuestra Iglesia única y exclusivamente al Concilio Vaticano II. Pero podemos afirmar con certeza que sin el Concilio no hubiera eso ocurrido, al menos de la manera como ocurrió. Dicha renovación es algo íntimamente ligado a esa gracia y a esa promesa del Espíritu que fue y sigue siendo el Concilio. Eso novedoso es fruto del Vaticano II, considerado él como enseñanza y como acontecimiento.

Y nos parece natural que haya sido dado que se trató de un Concilio que quiso profundizar en la naturaleza de la Iglesia y así renovarla en su vida y en su misión<sup>20</sup>.

Un Concilio que, abierto y entregado a la Palabra de Dios, quiso atender a los signos de los tiempos para así reformular la presencia y la acción de la Iglesia en el mundo.

Un Concilio que, en definitiva, resultó portador de un proyecto eclesial que preparaba muy bien esta renovación entre nosotros. Ahora bien, ¿cuál es ese proyecto del Concilio?

Sin pretender en forma alguna ser exhaustivos, podemos decir que el proyecto eclesial del Concilio Vaticano II puede esquematizarse en los siguientes enunciados:

a) Una Iglesia que, en Cristo, es y está llamada a ser sacramento universal de salvación, de comunión con Dios y de los hombres entre sí.

b) Una Iglesia que es y está llamada a ser Pueblo de Dios en esta historia.

c) Una Iglesia que es y está llamada a ser misionera, servidora de la humanidad, especialmente de los pobres y de los que sufren.

d) Una Iglesia apostólica y carismática, con estructuras renovadas aptas para su vida y misión.

e) Una Iglesia que se reconoce peregrina, a la vez llamada a la santidad y necesitada de conversión; una Iglesia en actitud ecuménica que sabe pedir perdón.

f) Una Iglesia consciente de su condición escatológica, que ve en María su figura permanente<sup>21</sup>.

Es decir, el Vaticano II soñó con una nueva forma de ser Iglesia, con una Iglesia renovada que pudiera estar a la altura de su misión en medio de los múltiples retos que le planteaba la época.

Y ese sueño y ese proyecto los vemos realizados en la evolución de nuestra propia Iglesia que surge como sacramento de liberación en una historia de opresión; que se hace Pueblo de Dios haciéndose Iglesia de y en medio del pueblo pobre; que se renueva en sus estructuras de servicio y ve surgir en medio de ella nuevos carismas y ministerios renovados; que sabe que está llamada toda ella a la santidad en el servicio del Reino a la manera de Jesús, que sabe que cada día ha de convertirse y pedir que le sean perdonadas todas sus deudas<sup>22</sup>; que se reconoce en la María del Magnificat y de la Cruz, de la Resurrección y de Pentecostés.

### 2. El Vaticano II impulsó expresamente la renovación de la Iglesia en medio de los pobres.

Ya ese proyecto eclesial del Concilio explica bastante de lo ocurrido entre nosotros. Pero no todo. Había en el Vaticano II algo más: una intuición, una semilla, que vino a dar en medio de nosotros esos frutos. Una semilla que el Sínodo Extraordinario de 1985, precisamente para verificar la puesta en práctica del Vaticano II, ha mirado germinar y crecer. Oigamos sus sobrias palabras: "Después del Concilio Vaticano II, la Iglesia se ha hecho más consciente de su misión para el servicio de los pobres, los oprimidos y los marginados"<sup>23</sup>.

El propósito de renovarse haciéndose Iglesia de los Pobres formaba parte de la intención programá-

tica del Papa Juan XXIII al convocar el Concilio. Incluso podríamos decir que ese propósito concentraba el triple deseo de Juan XXIII al hacer dicha convocación: apertura al mundo, unidad de los cristianos y ser Iglesia de los pobres<sup>24</sup>.

Estas vivas palabras de Gustavo Gutiérrez expresan adecuadamente lo que, a este respecto, ocurría en los umbrales del Vaticano II:

*En forma sorpresiva, pues, Juan XXIII plantea la cuestión de la Iglesia de los pobres un mes antes del comienzo de las sesiones conciliares. El Papa recuerda que Cristo es nuestra luz y que desde él la Iglesia debe servir a la humanidad. Para el efecto señala algunos puntos importantes: la igualdad de todos los pueblos en el ejercicio de sus derechos y deberes, la defensa de la familia, la necesidad de salir del individualismo y asumir una responsabilidad social. El Papa añade: 'Otro punto luminoso. Frente a los países subdesarrollados, la Iglesia se presenta tal como es, y quiere ser la Iglesia de todos y, particularmente, la Iglesia de los pobres'. Líneas más abajo hablará de 'las miserias de la vida social, que claman venganza en la presencia de Dios' (Mensaje del 11 de Septiembre de 1962)<sup>25</sup>.*

Con esto, el Papa Juan marcaba una perspectiva, una ruta que habría de estar presente en las actividades conciliares. Fue el Cardenal Lercaro, Arzobispo de Bolonia, uno de quienes la impulsaron con mayor claridad y vigor. He aquí algunas de sus palabras: "No responderemos a las verdaderas y más profundas exigencias de nuestro tiempo (incluyendo nuestra gran esperanza de favorecer la unidad de los cristianos), más bien huiríamos de ellas, si tratáramos el tema de la evangelización de los pobres como uno de los numerosos temas del Concilio". Y añadía: "El tema del Concilio es la Iglesia en tanto que ella es, sobre todo, la Iglesia de los pobres<sup>26</sup>". Con todo, los resultados, en los documentos del Concilio, fueron más bien modestos. Así los valora el mismo Gutiérrez:

*Los resultados en cuanto a la presencia de esta perspectiva en los documentos se revelaron más bien modestos. El número 8 de la Lumen Gentium busca recoger estas inquietudes en un texto rico y cristológico, pero breve. Se tiene también el hermoso texto de Ad gentes (núm. 5), más corto todavía, así como alguna que otra alusión en otros documentos.*

Esta perspectiva del Concilio la ha recordado más recientemente Juan Pablo II en la encíclica *Laborem Exercens* sobre el trabajo humano:

*La solidaridad debe estar presente allí donde lo requiere la degradación social del sujeto del trabajo, la explotación de los trabajadores, y las crecientes zonas de miseria e incluso de hambre. La Iglesia está vivamente comprometida con esta causa, porque la considera como su misión, su servicio, como verificación de su fidelidad a Cristo, para poder ser verdaderamente 'la Iglesia de los Pobres'<sup>28</sup>.*

## B. El Concilio "recibido" en el mundo de la pobreza.

Ahora bien, un Concilio con tal proyecto de Iglesia y con tal intención, al menos en semilla, no bastaba para dar lugar a lo que ocurrió en nuestras tierras latinoamericanas y mexicanas. Era preciso que el Concilio fuera "recibido" desde la realidad de nuestro propio "mundo", desde nuestra propia situación. Hacía falta que nosotros atendiéramos a nuestros propios signos de los tiempos.

En ese sentido, sobre todo Medellín y Puebla constituyeron momentos claves de recepción del Vaticano II. Una recepción creativa que nos permitiera ser la misma Iglesia en condiciones históricas muy diferentes, en el reverso mismo de la historia.

Una recepción que se aprecia así desde la óptica de las Iglesias del primer mundo. Cito de nuevo a Alberigo:

*En otro plano, y con diversa inspiración cultural, se ha puesto en marcha el posconcilio en las áreas cuyos episcopados habían intervenido en el Vaticano II, pero desempeñando en él un papel marginal. En este ámbito, el acontecimiento decisivo es el Sínodo latinoamericano celebrado en Medellín en 1968. Es notorio cómo acertó en aquella ocasión la Iglesia de América Latina a discernir, partiendo precisamente de una situación histórica de marginación y de sufrimiento, uno de los aspectos característicos del acontecimiento conciliar, responsabilizándose de volver a definir su presencia en el subcontinente. Fue una actitud de gran fecundidad, que hizo de aquellas iglesias las protagonistas de la existencia cristiana en este final del siglo XX<sup>29</sup>.*

En ese contexto, contexto difícil y amargo que todavía persiste y aun se agrava, hubo de vivir nuestra Iglesia su concilio y su posconcilio. Y por eso se renovó así, optando por los pobres y renaciendo en ellos por la fuerza recreadora del Espíritu Santo.

## III. LA GRACIA Y LAS VIRTUALIDADES DEL CONCILIO, DELANTE DE NUEVOS RETOS.

### A. Volver al Concilio. Mantenernos en su espíritu.

A la luz de esta historia presentada en sus rasgos más destacados podríamos concluir preguntándonos cómo va siendo hoy día en nuestra Iglesia la recepción del Concilio Vaticano II.

¿Sigue siendo una recepción en la intención del Concilio, en su espíritu, en su proyecto eclesial, en la intención convocadora del Papa Juan? ¿Una recepción que lee el Concilio desde nuestros propios signos de los tiempos, desde nuestra historia? ¿Una recepción

que acoge agradecida y comprometidamente la gracia de la renovación de nuestra Iglesia peregrina?

Es posible que nuestra respuesta a estas preguntas pueda sinceramente ser afirmativa. Que sea expresión del compromiso de seguir alentando aquello que, gracias al Concilio, el Espíritu del Señor ha hecho y va haciendo en medio de nosotros. Es posible que, por amor al Concilio, nos sintamos de nuevo impulsados a continuar alentando el caminar de nuestra Iglesia. Es posible que, por amor al camino recorrido por nuestra Iglesia, nos sintamos alentados a valorar y a acoger con nueva disposición todo lo que fue y va siendo el Vaticano II.

Pero es posible también que descubramos, en nosotros mismos o en ambientes en los que participamos, posiciones que tiendan a postergar el Concilio, posiciones temerosas que se sientan más a sus anchas olvidando la experiencia y los compromisos que significó el Vaticano II. Es posible que descubramos posiciones que prefieran ignorar lo que el Espíritu de Dios ha obrado en medio de nosotros en la fecundidad del posconcilio.

### **B. Superar la indiferencia y el desafecto, la sorda agresividad para con el Vaticano II.**

Hay, pues, que contribuir a superar todo lo que signifique indiferencia y desafecto respecto del Concilio, como si estuviéramos en un contexto de tal manera nuevo que el Vaticano II poco o nada tuviera ya que decirnos. El siguiente párrafo retrata bien ese tipo de actitudes:

*Frente a esta exigencia (la de apreciar con rigor el Concilio) está el hecho de una amplia desatención, y con frecuencia incluso desafecto, respecto al Concilio. No sólo las generaciones más jóvenes, crecidas después de los años sesenta, sino también las que asistieron durante su juventud al Vaticano II se sienten 'en otro lugar', parecen desinteresadas en comprender si, y en qué medida, el Concilio ha entrado en la vida de las iglesias y son refractarias a reconocer una deuda de su experiencia cristiana para con él. A primera vista parece que hay una 'mayoría silenciosa' de cristianos para quienes el Vaticano II es ya un hecho del pasado, sin una efectiva vitalidad actual, y, junto a ellos, una minoría agresiva que continúa interesándose por el Concilio para reducir su alcance y para denunciar sus efectos negativos. Paradójicamente, parecería que el Vaticano II hubiera suscitado una oposición aguerrida, sin encontrar, en cambio, defensores decididos<sup>30</sup>.*

En efecto, no sólo se dan actitudes de indiferencia o desafecto respecto del Concilio. Incluso emerge una especie de agresividad mal disimulada en relación al Vaticano II. La siguiente advertencia no es superflua: "En estos últimos años han tenido sorprendente fortuna posiciones que en los años sesenta caracterizaban los ambientes más conservadores de la

Curia romana y del episcopado. Se asiste, en efecto, a una clara reaparición de actitudes que el Vaticano II desechó inequívocamente y consiguió superar, y que habían quedado circunscritas a grupúsculos nostálgicos. Parece extenderse una valoración pesimista de la historia, penetrada de maniqueísmo, un rechazo de la invitación del Concilio a las iglesias para que vuelvan a una actitud peregrina y misionera, como si ello implicase un abandono de la tradición y, finalmente, una reaparición de la eclesiología 'cerrada' del período posttridentino, a favor de una Iglesia parapetada como una fortaleza, celosa de su pureza y provista de condenas<sup>31</sup>.

Y eso es de una gravedad tanto mayor cuanto que entre nosotros tal distancia, tal indiferencia y desatención, tales formas de agresividad se pueden traducir y se traducen de hecho en un cansancio que no es evangélico. Un cansancio que se convierte en escepticismo delante del anuncio del Reino y en resignación a la opresión de los pobres por parte de los poderes de este mundo<sup>32</sup>.

Un cansancio que es, en la práctica, dilución de los compromisos y olvido del pobre, desconocimiento de lo que el Espíritu va haciendo en su Iglesia en medio de los pobres.

### **C. Impulsar la recepción creativa del Concilio.**

Superar ese cansancio y volver al Concilio equivale a retomar con nuevo vigor la opción por los pobres, a seguir alentando el surgimiento de una Iglesia de los pobres que sea, así, la Iglesia de todos. Sin duda que hay aquí buena tarea para la Conferencia Episcopal de Santo Domingo y para la tarea preparatoria que se está dando en medio de nuestras Iglesias.

Se impone, pues, proseguir el esfuerzo de recepción del Concilio Vaticano II. Es necesario retomarlo desde nuestros propios signos de los tiempos, desde la óptica eclesial que, como gracia, se nos ha ido dando.

En efecto, la opción por los pobres es gracia, es seguimiento, es invitación a la conversión, es lugar de relectura del Concilio. Hacernos, cada vez más, Iglesia de los pobres, es también gracia. Es reconocer la presencia activa del Espíritu en medio de nosotros. Hacernos Iglesia que renace en medio de ellos por la fuerza del Espíritu, encarnarnos en las culturas de los pobres realizando una auténtica evangelización liberadora es, a la vez, recepción sincera del Concilio y proyección vigorosa hacia ese capítulo en la vida de nuestra Iglesia que se llama Nueva Evangelización.

### **NOTAS**

\* Ponencia presentada el 25 de abril de 1991 en el Congreso Nacional de Teología A los 25 años del Concilio Vaticano II, organizado por la Universidad Pontificia de México.

1 Ese era el sentido hondo del *aggiornamento*. En definitiva con el Concilio se trataba de que la luz de Cristo brillara con nuevo resplandor en el rostro de la Iglesia: cf. L.G. 1.

2 "Se necesita todavía una recepción más profunda del Concilio... Se sugiere que en las iglesias particulares se haga para los próximos años una planificación pastoral para un conocimiento y aceptación del Concilio, nuevos, más amplios y profundos". Sínodo Extraordinario. Relación final: *La Iglesia, bajo la Palabra de Dios, celebra los misterios de Cristo para la salvación del mundo*, 1985, I, 5 y 6. También el Papa Juan Pablo II ha recordado esto en varias ocasiones.

3 ALBERIGO G./JOSSUA J.-P., *La recepción del Vaticano II*. Madrid, Cristiandad, 1987, p. 15



4 Al final de esta primera etapa quizá en algunos lados siga siendo verdad todavía que: "Hoy, el posconcilio es en gran medida una proyección de las tensiones que penetraron la asamblea, y no es casual que sus protagonistas sean ante todo personajes del Concilio mismo. Este es un fenómeno que ya se produjo, por ejemplo, después del Calcedonense o del Tridentino, y que hoy se ve favorecido por el aumento de la duración media de la vida". *Id.* p. 25.

5 Cf. FUKUYAMA, *El fin de la historia*.

6 ALBERIGO G./JOSSUA J.-P., *op. cit.* p. 36, nota 35.

7 DIOCESIS DE TORREON, *Plan Diocesano de Pastoral: 1988-1992*, p. 221. Se pueden ver también los objetivos diocesanos de Ciudad Juárez, Ciudad Guzmán, San Cristóbal de Las Casas, Oaxaca, Tehuantepec, Tarahumara...

8 Cf. PUE. 1147.

9 LLAGUNO JOSE, Obispo de la Tarahumara, *Derechos Humanos*, Carta Pastoral, Enero de 1991. Se pueden ver además v. gr. en DIC.

otros escritos pastorales de nuestros obispos sobre refugiados, elecciones y democracia, situación de la tierra, tortura...

10 COMISION EPISCOPAL PARA INDIGENAS, *Fundamentos Teológicos de la Pastoral Indígena en México*, México, 1988, p. 66. Cf. A.G., 6.

11 *Ib.*, 105-106.

12 CIRM, *Comunicado en vistas al diálogo entre obispos y religiosos que tendrá lugar en Durango dentro de la XLV Asamblea de la CEM*. Instrumento de trabajo. México 20 de julio de 1989.

13 Cf. PUE. 629,643. Cf. también la descripción tan positiva y alentadora de las CEB que hace el Papa Juan Pablo II en el número 51 de su reciente encíclica *Redemptoris Missio*.

14 GRUPO DE 15 OBISPOS, *Mensaje Pastoral de las Comunidades Eclesiales de Base presentes en nuestras Iglesias particulares*. Guadalajara, 7 de abril de 1989. Cf. También OBISPOS DE LA REGION PASTORAL DEL NORTE, *Mensaje pascual de las CEB*, 25 de mayo de 1985, DIC 1985, pp. 429-430

15 "Dios es el Dios de los pobres. El Señor realmente camina con su pueblo", Taller de Teología, S. Cristóbal de Las Casas, mimeo, 1988, 1-2.

16 *Normas Básicas para la Formación Sacerdotal en México*, 1986, nn. 88, 96, 122.

17 Cf. JIMENEZ LIMON J., "Meditación sobre el Dios de los pobres", en *Id.*, *Con Dios y con los pobres*, México 1989, 47-57.

18 "La Iglesia no está verdaderamente formada, ni vive plenamente, ni es representación perfecta de Cristo entre las gentes mientras no exista y trabaje con la jerarquía un laicado que merezca el nombre", A.G., 21.

19 Cf. CODINA V.-ZEVALLOS N., *Vida Religiosa. Historia y Teología*, Madrid 1987, p. 184.

20 Decía Paulo VI en la inauguración de la 2a. etapa del Concilio -29 de Sept. de 1963: "La Iglesia es un misterio, es decir, una realidad íntimamente penetrada por la presencia de Dios y, por tanto, de tal naturaleza que puede admitir siempre nuevas y más profundas exploraciones de sí misma." El mismo Paulo VI se referirá al Vaticano II como "uno de los mayores acontecimientos de la Iglesia": Breve In Spiritu Sancto en la clausura del Concilio, 8 de Diciembre de 1965. Ver también el número 1 de la "Redemptoris Missio" de Juan Pablo II.

21 Cf. QUIROZ A., "Una Iglesia Nueva para una Nueva Evangelización", *Christus* 640-641 (nov-dic. 1990) 29-32.

22 Sus destallecimientos y alianzas con los poderes terrenos, su incompleta visión pastoral... dirá Puebla. Cf. PUE. 10.

23 SINODO DE LOS OBISPOS, Diciembre de 1985, Relación final: "La Iglesia bajo la Palabra de Dios celebra los misterios de Cristo para la salvación del mundo", DIC 1985, 813-821. En seguida, la relación final recoge la sugerencia de profundizar "¿Qué es la opción preferencial por los pobres?".

24 GUTIERREZ G., *La recepción del Vaticano II en Latinoamérica. El lugar teológico: la Iglesia de los pobres en op. cit.* 217-218.

25 *Ib.*, 221-222. Cf. A.A.S 54 (1962) 682.

26 *Ib.*, 223-225.

27 *Ib.*, 223.

28 JUAN PABLO II, *Laborem Exercens*, 8.

29 ALBERIGO G./JOSSUA J.-P., *op. cit.* 40.

30 *Ib.*, 18.

31 *Ib.*, 42. Sigue, pues, siendo verdad aquello que Karl Rahner -uno de los teólogos del Vaticano II- afirmaba a los pocos días de su culminación: "Es un tremendo error y una terrible ceguera de los corazones pensar que después del concilio se puede seguir obrando como antes... Tenemos la responsabilidad de hacer lo que hemos dicho, de llegar a ser lo que hemos reconocido." Y lo que decía, poco antes de morir, en 1983: "La Iglesia dista mucho de haber asimilado la letra y el espíritu del Vaticano II".

32 Los acontecimientos, v.gr. del Este, no deberían hacernos pactar con la miseria injusta sino estimularnos a seguir buscando aquello que quiere decir Evangelización Integral para nuestros pueblos.

---

# MARGINALES SOBRE LA ECLESIALIDAD

---

Javier Jiménez Limón (+)

**P**ara madurar nuestra eclesialidad desde *la periferia, el desierto y la frontera*, constituidos por el pueblo, oprimido, creyente y en camino de liberación.

## Cuatro epígrafes; cuatro claves de eclesialidad.

El desafío central para la eclesialidad contemporánea: la urgencia de ser con los pobres una sola comunidad eucarística como signo de unidad escatológica: un texto de Metz:

*Lo escandaloso no es que el cristianismo se presente como religión de los desdichados, como religión de los*

*esclavos, sino algo más grave: que la Iglesia congrege en su seno a los desgraciados y a los espectadores de la desgracia, a muchos que sufren y a muchos que se desentienden del dolor, y que se designe al conjunto como a la única comunión de los fieles. ¿No deben los miembros de esta Iglesia mantener a toda costa la voluntad de formar una sola comunidad eucarística del Señor en unión con los indios guatemaltecos, como signo levantado de unidad escatológica? Si la Iglesia permaneciera impasible ante tal pregunta y dejara que se reprodujeran en su propio seno los antagonismos sociales del mundo, daría la razón con su actitud irresponsable a quienes consideran la religión y la Iglesia como meras superestructuras? (J.B. Metz, *La fe en la historia y en la sociedad*, pp. 155 y 244).*

La irrenunciable fecundidad de la *convocatio-congregatio*, de un texto de la carta a Diogneto:

*Para decirlo con brevedad: lo que es el alma en el cuerpo, eso son los cristianos en el mundo (...). Tal es la responsabilidad que Dios les ha señalado, de la que no sería lícito para ellos desertar. (Carta a Diogneto, VI, 1.10). Para nosotros, ser cristianos y ser eclesiales son uno y lo mismo, de un texto de Orígenes:*

*En cuanto a mí, mi deseo irrevocable es el de ser verdaderamente eclesial» (vir vere ecclesiasticus). (Orígenes, Hom. in Lucam, XVI, 6; cf. Hom in Lucam II, 2).*



La eclesialidad es reforma y paciencia: mutuas desde el crucificado y en el Espíritu, de un un texto de Gregorio Magno:

*En la santa Iglesia cada quien es llevado por otros y lleva a otros (In sancta Ecclesia unusquisque et portat alterum et portatur ab altero). Si yo me niego a soportar las limitaciones y fallas de ustedes, y ustedes no quieren tolerar las mías, ¿cómo va a surgir aquella edificación del amor mutuo en la que nos ha unido, por su pasión y paciencia, el amor vicario de Jesús, único fundamento que soporta a todos, sin ser soportado por nadie? ( Gregorio Magno, In Ezequielem, P.L. 76, 939).*

### **Situar, discernir y cualificar la invitación a la eclesialidad.**

Más que *invitación (unilateral) a la eclesialidad*, se trata de una *invitación (mutua) a madurar la eclesialidad*.

Situar la eclesialidad: a partir de Vaticano II y de Medellín y Puebla, la Iglesia está entrando dificultosamente en una nueva etapa de su historia. Caracterizada entre otras cosas por ser: a) una iglesia culturalmente policéntrica (vs. monocentrismo europeo y romano); b) una iglesia que va asumiendo el desafío de convertirse en iglesia de los pobres (vs. una iglesia que deja que se reproduzcan en su seno los antagonismos sociales del mundo); c) una iglesia que va pasando de ser una iglesia de masas sacramentalista y clerical, a ser una iglesia de pertenencia personal, comunitaria y con variedad de ministerios junto a los ministerios estables ordenados (que son expresión necesaria de su apostolicidad).

Este cambio epocal está lleno de tensiones, oportunidades y peligros, análogamente a momentos semejantes en la historia pasada. (Es posible incluso que se trate de un cambio histórico mayor a todos los que la Iglesia ha conocido en su ya largo peregrinar). Para afrontar este cambio las comunidades creyentes y los cristianos en ellas requerirán de una maduración de su fe, de su esperanza y de su amor de gran radicalidad cristológica, teológica y específicamente eclesial. Sólo una maduración así les permitirá discernir las oportunidades en medio de los peligros, y les dará la fuerza y la esperanza para una audacia quizás inédita dentro de una inquebrantable comunión verdaderamente apostólica.

Situar la eclesialidad de los religiosos latinoamericanos intensamente llamados a vivir su fe en compromiso con los pobres: tales religiosos han de vivir su fe y su eclesialidad en medio de los pobres como periferia, desierto y frontera de la historia y la sociedad y también de la Iglesia-gran-institución. Han de ser como una terapia de *shock* del Espíritu para la gran Iglesia. Pero para ello requerirán de una gran maduración cristiana y específicamente eclesial, pues han de afrontar tensiones muy fuertes, y han de discernir entre

oportunidades y peligros, entre tentaciones y llamados, su caminar carismático y eclesial.

Discernir los impulsos de invitación a la eclesialidad: la "invitación a la eclesialidad" puede ser una expresión sublimada de la angustia ante los cambios y los riesgos necesarios de la misión y la transformación eclesial. Un llamado a volver a los carriles de una "restauración eclesiástica" en la que el temor y la búsqueda de seguridad se visten de obediencia. Y la desobediencia al Dios de la vida se reviste de resignación ante el peso de los poderes eclesiásticos, que reflejan en parte la dureza inquitante del perigrinar eclesial, y en parte la fuerza de los poderes de este mundo.

Por otro lado el servicio a los pobres y a su liberación puede ocultar -o ir produciendo insensiblemente- una falta de fe en la comunidad cristiana y su misión como alma del mundo y una oculta deserción de esa responsabilidad irrenunciable y fecunda. Puede ocultar una impaciencia maniquea y verdaderamente sectaria que no es capaz de soportar a nadie, en su limitaciones y fallas, como él mismo es soportado por otros a causa de la pasión y la paciencia de Dios en Jesús. Y en esta dinámica puede ocultarse -no la reforma de la Iglesia en fidelidad a un carisma evangelizador- sino la disolución de la Iglesia, y de la vida religiosa, en movimiento meramente popular.

Entre la angustia regresiva y la indignación desafecta, ha de ir naciendo -en la periferia, el desierto y la frontera- la fidelidad creadora.

Cualificar la *invitación a la eclesialidad*: Quizás más que una invitación a la eclesialidad -que puede suponer demasiado fácilmente, y movida por la angustia, la inexistencia de tal eclesialidad- sea cristianamente más sabia una invitación a ir madurando hacia una eclesialidad muy radical, cuyos rasgos hemos de ir descubriendo. Y quizás hemos de irnos haciendo esta invitación de una manera muy testimonial y paciente, y expresamente mutua. Ni el fanatismo intolerante ni el positivismo calculador corresponden a la sabiduría y a la verdad de Dios tal como se nos han manifestado y participado en Jesucristo. Es decir: más que hacer a los hermanos jóvenes críticas aparentemente concluyentes, hemos de plantearles de una manera testimonial y paciente preguntas y sugerirles horizontes, y hemos de abrirnos ampliamente a la fuerza de sus preguntas y al dinamismo de su testimonio y de sus horizontes. Así seremos llevados por ellos y los llevaremos en la pasión y la paciencia de Jesús.

### **Algunos rasgos de la eclesialidad cristiana, fundados en la gran tradición, que son irrenunciables en una maduración actual de la eclesialidad.**

La eclesialidad cristiana es ante todo eucarístico sacramental, por un lado; y apostólico misionero, por otro.

Es también -inseparablemente- institucionalidad de envío y comunión apostólicas.

Que la eclesialidad cristiana sea, ante todo, eucarístico-sacramental significa:

1) que es la convocación que proviene de la Trinidad y del costado abierto de Jesús: es decir, del misterio de Dios comunicado a los hombres gratuitamente en la encarnación, vida, ministerio, pasión y resurrección de Jesús y en la donación del Espíritu;

2) que esa convocación se recibe y realiza en la celebración creyente del memorial de la pasión, expresada en la fraternidad servicial de la cena del Señor;

3) que dicha celebración agradecida -en configuración con el cuerpo y la sangre del Señor entregados por la vida del mundo- son la fuerza y la norma interiores de toda eclesialidad, en su vida interna y externa: fraternidad hasta el extremo, primacía de los pequeños y pobres, igualdad radical, misericordia mutua, hambre y sed del Reino de Dios en el seguimiento de Jesús, compartir solidario, etcétera.

Que la eclesialidad cristiana sea, ante todo, apostólico-misional significa:

1) que el misterio eucarístico-sacramental de la Iglesia no se ha de realizar de una manera eclesio-céntrica, sino en el servicio al Reino de Dios en la historia, del proyecto de Dios en la historia;

2) que en este servicio la Iglesia ha de invitar, en indefensa libertad, a los hombres y a los pueblos a unirse a la comunidad del seguimiento y la fraternidad;

3) que su práctica (sus obras) y su esperanza en medio de los hombres y los pueblos, de sus situaciones y problemas, han de ser tan radicalmente evangélicas que resulten alternativa (o fermento) liberadora y redentora, crítica y salvadora, a las prácticas dominantes de las sociedades vigentes: que la Iglesia sea *alma de el mundo*.

Que la eclesialidad cristiana sea -también e inseparablemente- institucionalidad de envío y comunión apostólicas significa:

1) que el único fundamento -la donación escatológica de Dios en Jesucristo y su Espíritu- sólo puede mantenerse en su fecunda plenitud sacramental y misionera al servicio del Reino mediante la comunión creyente en el espacio y en el tiempo con la Iglesia apostólica presidida por el colegio de los obispos con (*sub et cum*: 'más *cum* que *sub*' (Congar) los sucesores de Pedro;

2) que esta institucionalidad apostólica, que por la historicidad y el pecado de la iglesia, ha adquirido formas históricas contingentes y otras evangélicamente deficientes ha de irse transformando de acuerdo a las nuevas oportunidades históricas y siguiendo la fuerza y el dinamismo de la eclesialidad eucarístico-sacramental y misionera;

3) que la reforma de la Iglesia -de sus formas institucionales y también de las prácticas de los fieles-: a) no se realiza contra la Iglesia (ni contra el colegio de los obispos y el Papa) sino con ellos y a través de ellos, y desde el recuerdo profético y la práctica sacramental;

es decir con criterios y fuerzas eclesiales, y no con criterios y fuerzas no eclesiales; b) se realiza de acuerdo al modo testimonial y paciente de la sabiduría de Dios manifestada en Jesús: por la que no se impone la verdad, sino se colabora a que vaya triunfando el amor en la densidad de una historia libre.

Una invitación a madurar hoy la eclesialidad sólo tiene garantías de ser cristiana, si invita primero y ante todo a ahondar la eclesialidad eucarístico-sacramental y apostólico misional, y desde ese nuclear sentir en Iglesia invita también a reafirmar el sentir con la Iglesia, que es también e inseparablemente institucionalidad de comunión apostólica -institucionalidad normada, potenciada, configurada y eventualmente criticada por el misterio y el proyecto de la Iglesia-.

### Para madurar la eclesialidad desde y con los pobres.

Quizás toda eclesialidad contemporánea -pero ciertamente la eclesialidad de los religiosos (situados en el polo carismático de la Iglesia)- ha de llegar a ser una eclesialidad fundamental y crecientemente de convicción creyente y animada por la libertad de los hijos de Dios, y no una eclesialidad fundamentalmente marcada por dinámicas sociológicas o ideológicas.

Supuesto el desafío mayor contemporáneo a la Fe y a la Iglesia, especialmente en América Latina, los religiosos han de vivir y madurar su eclesialidad desde y con los pobres. Este *lugar* histórico, social, teológico y eclesiológico puede concebirse como *periferia, desierto y frontera* de la historia, de la sociedad y de la Iglesia. ¿Qué oportunidades y desafíos de maduración de la eclesialidad aparecen en estos lugares?

Si miramos la dimensión *periférica* del mundo de los pobres, oprimidos y creyentes, quizás podríamos decir:

1) La gran oportunidad de eclesialidad está en vivir a fondo las comunidades eclesiales de base, como eclesialidad eucarístico sacramental y como eclesialidad apostólico misional. En medio de los pobres se puede ir viviendo a fondo el recuerdo y el seguimiento de Jesucristo, la fraternidad radical, la solidaridad mutua, la primacía de los pequeños: en una palabra, la comunidad que Jesús quería. Se puede vivir la gran pasión de Jesús por la evangelización de los pobres, y la paradoja gozosa de ser evangelizados por ellos.

2) Quizás un desafío central de maduración de la eclesialidad en la periferia puede ser la superación de un doble peligro: a) un pietismo de los pobres que no se atreve al riesgo de fermentar la historia con ellos, sino se queda en un eclesialismo de los pobres; b) un racionalismo liberador que no percibe ni el misterio ni la fecundidad sacramental de pequeñas realizaciones radicales de la comunidad cristiana, sino todo lo subordina instrumentalmente al proyecto socio político concebido unívocamente como la realización del

Reino de Dios. ¿Cómo superar este doble escollo de una manera creyente y responsable? ¿Cómo formular siquiera este desafío sin provocar una parálisis equilibrada, o una reactividad quizás justificada por el temor a dicha parálisis.

3) En mi personal opinión, toda la posibilidad de una maduración de la eclesialidad se juega en la experiencia creyente verdaderamente profunda de la fraternidad eucarística con los pobres: iglesia al mismo tiempo de los pobres y *ex latere Christi*, en radical solidaridad y esperanza. Allí está todo como in nuce, incluso la fidelidad a la tradición apostólica y la comunión y obediencia al papa.

Si miramos la dimensión *desértica* del mundo de los oprimidos y los pobres, quizás podamos decir:

1) La reforma de la Iglesia sólo podrá hacerse a través de creyentes que pasen por el desierto; es decir, que superen las tentaciones del hambre, del prestigio y del poder, que alcancen ahí -ante Dios sólo y en solidaridad con la Iglesia- una humilde y firme libertad profética; que aguanten largamente la inevitable contradicción eclesial, sabiéndose sin embargo llevados por la Iglesia madre; que logren encontrar ahí la convicción y la fuerza de funciones y misiones eclesiales y evangelizadoras que "no dependen de investiduras jurídicas o afectivas" (A. Paoli).

2) La falta de poder que da la convivencia con los pobres y la solidaridad con sus luchas, en relación a la sociedad secular y frecuentemente a la gran Iglesia, por un lado; y la falta de poderes liberadores contabilizables y específicamente cristianos, en relación a las urgencias del pueblo y de los líderes políticos seculares, configuran sin duda para los religiosos una situación que es también -y por épocas podrá ser acentuada- una situación de desierto.

3) En el recuerdo creyente de Jesús y de los *padres del desierto* (de los que todavía vivimos) estas situaciones pueden ser una gran oportunidad de eclesialidad: porque lo que ahí se necesita es lo imposible, lo que sólo es don: en la pasión y la paciencia solidarios. El gran peligro es no aprender a morir al poder, al prestigio, a las compensaciones, y fijarse en la amargura, la pura rebeldía, la parálisis. En cambio, de esos desiertos puede salir la oferta libre y solidaria de lo realmente nuevo y proporcionado a las situaciones, y la esperanza sin condiciones.

Si miramos la dimensión *fronteriza* del mundo de los pobres, oprimidos, creyentes y en marcha de liberación, quizás podamos decir:

1) En la medida en que las luchas liberadoras de los pobres sean una auténtica frontera histórico social, los cristianos y los religiosos que las acompañen experimentarán en ellas una aparente paradoja que puede desgarrarlos o lanzarlos a una más radical eclesialidad. De un lado sentirán la urgencia evangélica de fecundar la marcha liberadora de los pobres con el fermento evangélico; y de otro lado se sentirán en

un verdadero desierto eclesial, a causa de la desconfianza de muchos miembros de la gran Iglesia, tanto fieles como representantes del ministerio oficial. Esta doble sensación tiene su base en dinámicas estructurales, y no tanto en generosidades o pecados personales: la fuerza del Espíritu a abrir un futuro de vida; y la opción encarnatoria de Dios, que implica la aceptación de la inercia.

2) Por muchas dificultades que haya, los cristianos y religiosos en la frontera han de ser fieles al llamado imperioso que experimentan a llevar el fermento evangélico en las marchas liberadoras de los pobres; y han de ser cuidadosos para poner las condiciones de esa animación. Tal es la responsabilidad que Dios les ha señalado, de la que no sería lícito para ellos desentenderse. Han de pasar por un aparente y muy doloroso desierto eclesial, sin amargarse en un sentimiento anticlerical, sin politizarse unilateralmente sino manteniendo la fe en la fuerza liberadora y redentora del *aporte extraño* (para la mentalidad político secular) de la fe cristiana y manteniendo la búsqueda de formas eclesiales y políticas de operativizar dicho aporte. Esta maduración eclesial es necesaria e imposible para los hombres. Se invoca y se recibe como un don que tiene la figura eclesial del soportarse mutuo desde la pasión y la paciencia de Jesucristo.

3) A mi juicio las tensiones y las tentaciones de la eclesialidad en la frontera no pueden sobrellevarse y superarse sin: a) Un carisma cierto del Espíritu, que no tiene por qué ser de muy pocos, pero que ha de probarse sobre todo en el signo de una motivación fundamentalmente evangélica y no fundamentalmente ético política; b) Una experiencia renovada de eclesialidad eucarístico sacramental y apostólico misional en la base de los pobres; c) Una convicción creyentemente adulta de la apostolicidad episcopal y papal de la Iglesia de Jesucristo; d) Una experiencia renovada del Dios siempre más grande y de obediencia sin reservas y sin cálculos al misterio santo de su voluntad, incluso a través de la propia muerte (obediencia de suyo imposible; pero hecha posible detrás de Jesucristo y en El).

4) El necesario entusiasmo político por lo que parecen ser las fronteras sociohistóricas del futuro no ha de sacralizarse. Aunque se sienta decisivo fecundar evangélicamente este futuro, se trata de un futuro histórico y no del futuro absoluto del Reino pleno. Como futuro histórico puede fracasar por equivocaciones y pecados de los hombres. Pero se trata del fracaso del éxito y no del fracaso del hombre, ni del fracaso de la convocación escatológica de Dios. Por ello no se ha de ver más Reino o anti-Reino en el éxito o el fracaso del proyecto socialista por ejemplo -aunque se deba uno empeñar del todo en buscar su éxito y fecundación evangélica- que en una auténtica celebración eucarística o en su perversión; que en una auténtica fidelidad *fracasada* a Dios o en una infidelidad a El, aparentemente *exitosa*.

---

# LA LUCHA POR EL REINO ¿EN ESTA IGLESIA?

---

Sebastián Mier  
Teólogo del CRT

Esta pregunta yace en el fondo del planteamiento de todas las reflexiones sobre la invitación a la eclesialidad. Quizá a algunos les resulte sorpresiva y molesta; pero es muy real, y entonces hemos de abordarla con sinceridad y serenidad en la fe. Los problemas no quedan resueltos con sólo ocultarlos.

Es cierto que esta pregunta no se les presenta a todos. Hay cristianos para quienes la pertenencia a la Iglesia sigue teniendo un carácter evidente. Y hay también algunos antiguos católicos que de tal manera se han alejado de la Iglesia -consciente o inconscientemente- que ya ni siquiera se les ocurre esta cuestión. Pero hay otro grupo relativamente numeroso de cristianos deseosos de vivir su fe en Jesús con intensidad y generosidad para quienes la pertenencia a la Iglesia presenta tales obstáculos que se preguntan seriamente si para seguir mejor a Jesús no es más conveniente ahorrarse todas las trabas institucionales y dedicarse más plenamente al servicio del pueblo. En estos casos, no se trata pues de alejarse por pura comodidad; sino precisamente de la búsqueda de un mejor servicio.

¿Hemos de tomar en serio esta postura? ¿O se trata solamente de una manera de presentar la cuestión en la que se ocultan otras intenciones? Me parece que, sin negar que pueda darse una mezcla de motivaciones, nos enfrentamos a un problema planteado con sinceridad. Lo cual nos lleva también a reconocer con humildad que dentro de nuestra Iglesia, junto con muchas ayudas (de las que luego hablaré más en detalle), encontramos también obstáculos reales para una vivencia más plena de la fe en Jesús y en su Padre. Seguramente esto suena paradójico, pues precisamente la misión de la Iglesia es cultivar dicha fe. Sin embargo tal es la realidad.

## Punto de partida para una respuesta.

A fin de encontrar una respuesta más persuasiva hemos de partir de un punto que esté sólidamente asentado para aquéllos a quienes se les presente este problema. (En términos ignacianos podríamos hablar de un *principio y fundamento* personal y profundamente asimilado). Considero que en el caso de los cristianos de quienes estoy hablando, este punto

de partida es el Reino de Dios entendido desde la fe en toda su amplitud y profundidad histórica y escatológica. Este Reino exige una profunda transformación de las personas y las sociedades, transformación que requiere de una colaboración nuestra, de todos los seres humanos, cristianos y no cristianos. Pero, tratándose de los cristianos, la fe tiene un aporte fundamental. (Esta afirmación nos lleva de alguna manera a la discusión de si existe algo específicamente cristiano y en qué puede consistir; ahora no me detengo en ello.) Algo que ofrecer al creyente mismo y por medio de él a toda la sociedad. La fe explícita y consciente en Jesús (histórico) que es el Cristo (resucitado) de Dios ha sido experimentada y vivida como algo enriquecedor y fundamental por las personas a las que me refiero. Ese es el supuesto de este artículo. Esa fe ha sido recibida por gracia y requiere ser cuidada y cultivada perseverantemente. Eso supuesto, ahora paso a insistir más detenidamente en su carácter comunitario y eclesial.

## Necesidad de la dimensión comunitaria de la fe en Jesús

La verdadera fe en Jesucristo no puede permanecer anónima. Necesitamos expresarla, compartirla. Ya nos advertía Jesús que de la abundancia del corazón habla la boca. Si de veras llevamos esa fe en el corazón, no puede menos que hacerse notar de alguna manera. Por eso nos anima la carta de Pedro a «estar siempre preparados para dar razón de la esperanza que hay en nosotros» (1Pe 3,15). Supone que nuestro comportamiento es tal que llevará a quienes conviven con nosotros a la pregunta de por qué actuamos de ese modo. Entonces tendremos que ofrecer nuestro testimonio sobre la fe que nos ilumina e impulsa.

En nuestro tiempo han cambiado algunas circunstancias, y no podemos hacer una simple referencia a Jesucristo sin que ello remita simultáneamente a la conducta de otros muchos cristianos, de la cual nos sentimos distanciados. A veces incluso la distancia es percibida como incompatibilidad. Tenemos entonces la tentación de mejor disimular nuestra calidad de cristianos. Sin embargo esa no es la solución, antes al contrario hemos de esforzarnos por ofrecer un testimonio coherente con el Evangelio de Jesús y de añadir la palabra conveniente según las personas y grupos de que se trate.

Además del testimonio, tenemos la necesidad de compartir nuestra fe para profundizarla y robustecerla. De lo contrario se va diluyendo. Esta experiencia, entre otras razones, ha llevado a un estilo comunitario más vital tanto en la vida religiosa como en la Iglesia en general. Mas se presenta de nuevo una tentación: hacer comunidad, sí y muy viva, pero nada más con aquéllos con quienes me entiendo, y dejar de lado a otros grupos y autoridades.

Por eso, además del carácter comunitario de la fe cristiana, hemos de hablar de su dimensión ex-

presamente eclesial. Para ello presentaré en primer lugar un argumento negativo y luego varios que positivamente nos impulsen a fortalecer y renovar nuestra vivencia eclesial.

### Hay que evitar los sectarismos

Las tentaciones enumeradas tenderían a llevarnos a caer en la multiplicación de sectas, en la que rota toda comunión, cada grupúsculo tiende a subdividirse según van brotando las dificultades.

Esta tentación se presentó ya en la primitiva Iglesia de diversas maneras. Recordando el ejemplo de Bernabé y Pablo, hemos de buscar el modo de mantener la unión, los vínculos profundos, más allá de las diferencias que nos aconsejan tomar una cierta distancia para que no broten demasiadas chispas. Claro que no es éste el ejemplo de comunión más plena a la que aspiramos (de ella tenemos otros paradigmas tanto en los Evangelios como en los Hechos); pero sí un modo de mantener la unión en circunstancias difíciles.

Los sectarismos aparentemente cuidan de la perfección de la coherencia, pero en realidad surgen de la exclusivización de mi punto de vista. Esto incluye tanto la autosuficiencia como el menosprecio de los diferentes a nosotros. (Cierto que hay diferencias que no constituyen una mayor riqueza, sino una oposición que destruye; mas no hemos de decretar la incompatibilidad demasiado fácilmente.)

Cuando brotan las dificultades sentimos instintivamente la tendencia a separarnos. Sobre todo cuando esas dificultades se hacen más profundas, permanentes, cuando hemos buscado la solución y esta no aparece de modo satisfactorio. Sin embargo la experiencia más prolongada, tanto personal como social nos muestra muchas veces cómo esas separaciones definitivas resultan más perjudiciales que benéficas. Es cierto, por otra parte, que tampoco el simple soportar nos lleva a una solución profunda, a un avance verdadero. Por eso es necesario combinar la paciencia con la creatividad en búsqueda de soluciones más reales. La experiencia muestra igualmente cómo esas soluciones no pueden ser encontradas tan rápido como a nosotros nos gustaría, como nos parece que exige no sólo nuestro gusto personal, sino la situación misma y el provecho de las mayorías. Muchas veces se requiere de una paciencia prolongada para obtener el fruto profundamente anhelado.

### El proyecto mismo de Jesús tiene un carácter comunitario

Además de las razones aducidas, de corte más bien antropológico, podemos ver que Jesús mismo dio siempre a su seguimiento un carácter comunitario en estrecha vinculación con la dinámica de la salvación en el Antiguo Testamento. La historia de Israel es la de la formación de un pueblo liberado por Yavé.

Las personas siempre se entienden al interior de ese pueblo y no aislados de él. Del mismo modo Jesús va convocando una comunidad con diversas funciones al interior de ella (sin entrar aquí en la discusión de cuáles elementos se remontan originalmente a Jesús mismo y cuáles le fueron atribuidos posteriormente), con la misión de fermentar la masa, el pueblo todo. Esa comunidad de Jesús, esa asamblea-convocación-eclesial-Iglesia, constituye un signo sacramental fundamental de la unidad de todo el pueblo. Y además de ser ese sacramento, la Iglesia debe ser un instrumento importantísimo en la colaboración a la venida del reinado.

Es cierto que en el cumplimiento de esta doble misión tenemos en la práctica muchas incoherencias, que siempre van mezclados el trigo y la cizaña; pero ello no invalida ni la misión recibida ni los logros también reales que van siendo obtenidos. El camino para superar el triunfalismo no es el derrotismo, sino la verdad en la humildad.

### El pueblo es religioso y eclesial.

Otro rasgo muy importante de los cristianos que venimos considerando es su cariño por el pueblo y la importancia que le dan a su servicio. Dentro del servicio a Dios Padre, lo que se refiere a su pueblo sea indirecta y más aún directamente tiene un enorme relieve. Y con razón, pues va en la línea profunda de lo que nos enseñan Yavé mismo y Jesús.

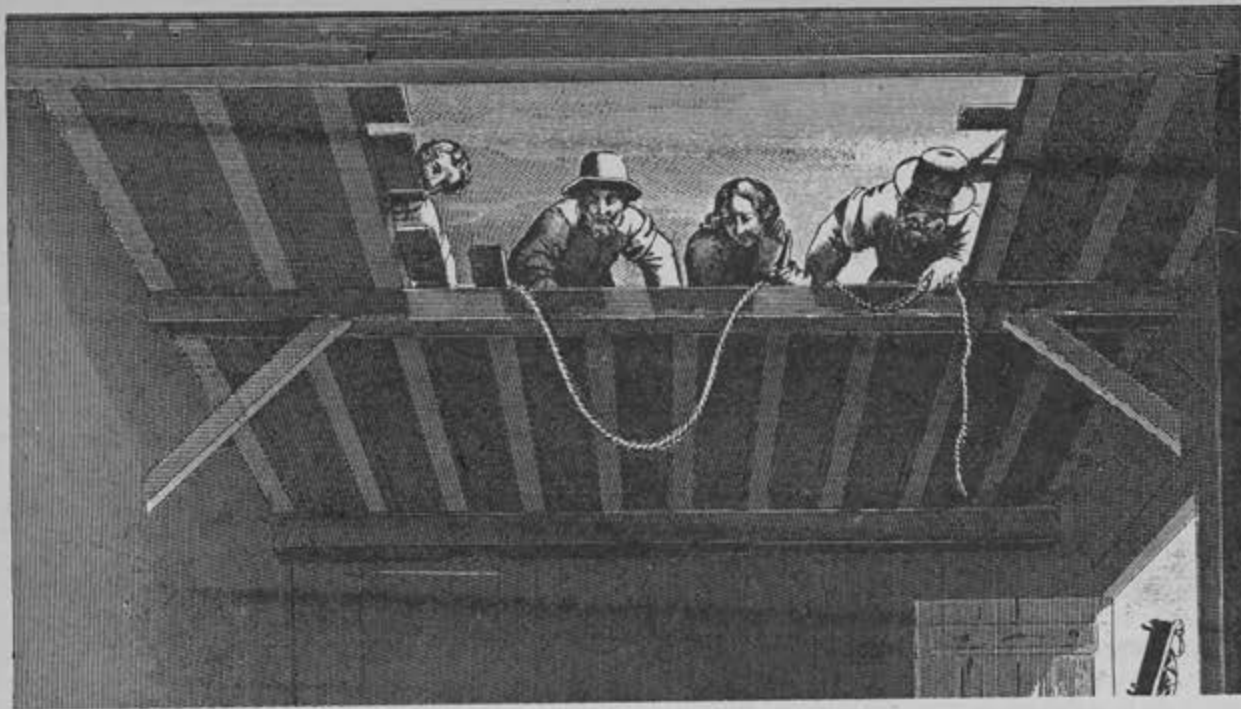
Ahora bien ese pueblo aquí en México, y en el conjunto de América Latina, tiene un marcado carácter religioso y eclesial. Cierto que ese carácter tiene alguna tendencia a disminuir con el proceso de urbanización y modernización, y también que no está exento de ambigüedades; pero aun así constituye una importante característica de nuestro pueblo en la actualidad.

Más aún en diversas circunstancias de la historia y también en la actualidad esta característica ha mostrado claramente su potencial liberador. En particular recientemente la experiencia de las Comunidades Eclesiales de Base es muy ilustrativa a este respecto, con variantes de consideración según los diversos países de nuestro continente.

La experiencia de las comunidades en donde encontramos un pueblo que además de estar oprimido es también creyente, comprometido, organizado y festivo; fortalece grandemente el sentido eclesial

### El origen eclesial de nuestra propia fe

Frente a la tentación de alejarse de la Iglesia para poder vivir la fe *con mayor libertad*, resulta muy útil preguntarse *¿dónde recibí yo mismo la fe que ahora me mueve? ¿cuál es la historia concreta de mi fe con todas sus luces y sombras? Descubriremos que de, una u otra manera, hemos sido engendrados en la Iglesia, que ella es verdaderamente madre nuestra.*



En ella encontramos, al igual que en nuestra madre, tanto virtudes como defectos; pero el amor y la adhesión van más allá de estas cualidades.

Si ahora nos hacemos más conscientes de los defectos e incluso incoherencias de nuestra madre (como todo adolescente respecto a sus papás a quienes idolatraba cuando infante), eso no debe llevarnos a una ruptura, sino a un amor más crítico y no menos auténtico.

### Un concepto más complejo de la Iglesia

En todo lo anterior hemos de recordar que la Iglesia no se limita a sus instancias jerárquicas. En efecto, la Iglesia es una comunidad más amplia en la que las autoridades desempeñan una función importante, pero no única. Cuando tenemos un buen entendimiento con ellas, eso constituye un impulso magnífico; pero cuando brotan las dificultades, también las sentimos como aplastantes. En todo caso, es sumamente sano cultivar una conciencia eclesial más amplia. En ello insiste el Vaticano II al desarrollar el concepto de colegialidad en diversos ámbitos.

El cultivo de una vivencia eclesial en la que cada uno de los cristianos -individualmente o agrupados- se siente y desarrolla como integrante pleno, deberá darle una mayor vitalidad a la Iglesia en el cumplimiento de su misión. Ciertamente que ello dificulta la coordinación de las actividades, que es más fácil cuando uno sólo toma todas las decisiones y ejerce el control; pero Jesús convida a cada uno de sus seguidores como persona adulta, libre y responsable.

Después del Vaticano II hemos avanzado en esta línea. Conviene reconocerlo y agradecerlo, y también recordarlo en momentos más críticos. Y así conti-

nuar fomentando vinculaciones fraternales con los diversos componentes del cuerpo de la Iglesia: personas, comunidades, grupos, movimientos...

### Repasar la historia de la Iglesia

Evitando los extremos triunfalista y vergonzante, hemos de reconocer los aportes de la Iglesia en la historia de la humanidad a lo largo de ya siglos, y en particular en nuestro continente en los 500 años que estamos por completar. Teniendo cuidado de evitar anacronismos, reconociendo con paciencia la lentitud del proceso histórico, podremos apreciar el aporte del fermento cristiano, la presencia del Espíritu liberador de Yavé *también* al interior de la Iglesia. De nuevo, entendiendo Iglesia en su sentido amplio que incluye a sus autoridades, pero no se reduce a ellas. Así podemos mencionar, por ejemplo, el paulatino reconocimiento de la misma dignidad de todos los seres humanos: esclavos, indios, pobres, mujeres, niños... (aunque muchas veces es un reconocimiento más formal que real); y también el avance de la ciencia y de la técnica que han mejorado la alimentación, medicina, vivienda, comunicación... (aunque su reparto sigue siendo muy injusto, y amenaza la subsistencia de la misma naturaleza).

Los ejemplos mencionados dejan patente que el avance de la historia de salvación va por caminos desconcertantes y dolorosos (lo mismo descubrimos en el proceso de Israel, tanto en el éxodo como en los demás episodios). A veces nos gustaría ahorrarnos la pasión y acceder directamente a la vida (*eterna*). Frente a esto, Jesús no nos dio una explicación; sino que solidariamente con la condición humana asumió su cruz camino de la resurrección.

## Vivir en la fe el misterio de la Iglesia.

En todo lo anterior y en particular en el último párrafo nos vamos topando con la dimensión misteriosa de la Iglesia. Misterio que nos confiere mucha luz y vida, y que simultáneamente nos desborda y desconcierta. Así no podemos pretender encerrarlo dentro de los estrechos límites de nuestra racionalidad. Hemos de utilizar nuestra razón en los diversos servicios que nos presta; pero hemos también de evitar la tentación de convertirla en absoluto, y de negar por consecuencia todo lo que no podemos comprender. La experiencia nos ha mostrado muchas veces cómo lo que no comprendíamos en determinado momento, se esclarece después; y así cómo hubiera sido *irrazonable* atenernos a los límites de nuestro entendimiento.

También es antievangélico apelar al carácter misterioso de la Iglesia para imponer a los demás las propias opiniones e intereses, o para huir de los sacrificios y compromisos que el seguimiento de Jesús y el servicio del pueblo claramente nos están pidiendo. Son muchas las injusticias cometidas o solapadas con este pretexto. Por eso Yavé nos advierte que no hemos de tomar su nombre en vano, tentación más propia de quienes tienen una conciencia muy religiosa.

Por todo ello es muy necesario un discernimiento lleno de fe y realizado en auténtica comunión eclesial. Comunión que requiere de mucha fidelidad y paciencia, y que no excluye las tensiones e incluso los

conflictos; pero que han de ser vividos en la búsqueda sincera y confiada de la voluntad del Padre, de lo que puede colaborar a que su reinado esté más presente entre nosotros.

## A modo de conclusión

Supuesto que para nosotros es significativo y fundamental vivir para la construcción del reino de Dios en el seguimiento de Jesús, hay una serie de razones y conveniencias para vivir ese seguimiento permaneciendo en la Iglesia. Captables en ocasiones a la luz de la fe ordinaria, pero en otras sólo por una fe acrisolada por una oración profunda que nos hacer ir más allá de nuestras reacciones espontáneas a otras más maduras evangélicamente.

Cuando hablo de permanecer, no me refiero a un quedarse dentro por simple inercia; sino a una participación y comunión activa, creativa que procura una verdadera eficacia evangélica. Y esto con un genuino amor crítico. Que es auténticamente amor: busca empeñosamente el bien del amado, manteniendo con él una relación cariñosa en un compartir mutuo y vital... Y también crítico (evidentemente no en el sentido de andar buscando defectos para echarlos en cara): no consintiéndose y solapándose mutuamente, sino ayudándose a *discernir* cuáles son realmente los mejores caminos hacia el Reino con los compromisos que requieren aunque sean muy exigentes y nos pidan dejar nuestras costumbres, gustos y falsos intereses.

---

# HACIA UNA ESPIRITUALIDAD ECLESIAL PARA HOY\*

---

J.M. Rambla

Profesor de teología en Barcelona. Director espiritual

## DE DÓNDE VENIMOS

Toda la vida de nuestra Iglesia, de manera más o menos consciente, está marcada por el Vaticano II. Sin embargo, ahora parece que la utopía conciliar se esté desdibujando. Por lo tanto es necesario, ante todo, *revivir el punto de partida* de la renovación actual en la Iglesia.

---

Cuando los israelitas se encontraban ya lejos de la experiencia liberadora de Egipto, perdidos entre la inseguridad del camino, las inclemencias del desierto y el silencio de Dios, oyeron la interpelación repetida del Señor que les remitía a su origen liberador «Recuerda, Israel». Es decir, no dejes caer en el olvido lo que viviste cuando Dios con mano fuerte te sacó de la esclavitud, cuando te llamó a formar un pueblo nuevo y a empezar un estilo propio, cuando te escogió para aportar al mundo una esperanza viva, cuando te garantizó su presencia a pesar de toda clase de contradicciones... También a nosotros se dirige este «recuerda», no para perdernos en el pasado, sino para avanzar por la ruta que abrió el acontecimiento eclesial de nuestro tiempo: el Vaticano II. Este *memorial* se puede concretar en dos actitudes.

## Con el norte claro

En el bosque frondoso de documentos conciliares hay que retener sobre todo aquello que se expresó a través de ellos, lo que fue el norte del Concilio: *una manera de colocarse frente al mundo actual*.

El Vaticano II no quiso volver la espalda al mundo con sutiles sofismas o razonamientos pseudoevangélicos, sino que decidió dirigirse a la sociedad de su tiempo. Se convirtió en el concilio del diálogo con el mundo. Esta actitud

conciliar ha de perdurar contra toda tentación de eclesiocentrismo de los individuos y de las comunidades.

Aún más este diálogo con nuestro mundo estuvo en tiempo del Concilio marcado por una *disposición claramente positiva*.

- la Iglesia quería alejar a los «profetas de calamidades»,
- aplicar a los males del mundo la «medicina de la misericordia»,
- mostrarse «amable», benigna, paciente, llena de bondad» con los no cristianos.

Estas expresiones del Papa Juan, a menudo repetidas más tarde, son algunos indicios de esta manera positiva de relacionarse con el mundo de hoy. Juan XXIII y la constitución *Gaudium et Spes* han quedado como símbolos de la voluntad de apertura y de la actitud positiva hacia la sociedad. «La antigua historia del samaritano ha sido el modelo de la espiritualidad del concilio», afirmó Pablo VI. Esta espiritualidad sigue siendo de candente actualidad en nuestras relaciones con la sociedad actual. Mas no basta con mirar la brújula y no perder el norte.

## Hemos de apresurar el paso

Los casi ya veinticinco años de posconcilio han hecho madurar toda una serie de proyectos y realizaciones en nuestra vida cristiana que no deberían ser maltrechos por ningún tipo de helada invernal, principalmente porque el concilio sólo fue «el principio del principio» como dijo Karl Rahner. Por lo tanto, aunque a veces nos pese el cansancio de muchos esfuerzos y desencantos, deberíamos *sostener, madurar y llevar adelante* tanto las realizaciones que solamente han sido iniciadas como las que ya se han realizado con éxito. Veamos algunas que creo importantes.

### a) La palabra de Dios en el centro

La Escritura ha recuperado su lugar en la liturgia, en la oración y en el estudio personal y de grupos, lugar que durante siglos habían ocupado otros libros y devociones. Es innegable el esfuerzo por un conocimiento más serio y más crítico de la Biblia. El terreno ganado no se perderá fácilmente si no nos vence la fatiga y la monotonía.

¡Pero... todavía queda mucho por hacer! Y hoy disponemos de herramientas y ayudas importantes para ello.

### b) Sentido de la historia y lucha por los más pobres

La dimensión histórica entró con fuerza en la vida cristiana a raíz del Concilio. Incluso la palabra *historia* en lugar de la palabra *evolución*. fue una novedad.

La convicción de que el tejido de la historia humana es el lugar propio del Evangelio ha penetrado ya en la conciencia de muchos cristianos. La convicción de que debemos colaborar en la marcha de la historia de hoy como lo hizo Jesús con la de su tiempo, que debemos infundirle el impulso renovador del Evangelio. Que para ello, hemos de ponernos al lado de los más pobres, que hemos de sentirnos responsables, más allá de nuestras fronteras de los empobrecidos del tercer mundo.

Esta conciencia ha producido sus frutos. Personas y comunidades han participado en acciones y en luchas sociales y políticas, han colaborado de formas muy variadas en los esfuerzos y luchas por la liberación de los pueblos de América Latina y también de África.

Aún no hemos llegado al término de las exigencias y posibilidades pero tenemos una dirección válida que debemos seguir.

### c) El movimiento comunitario

El florecimiento de comunidades ha sido una de las manifestaciones más destacadas de la etapa posconciliar.

Comunidades de base, populares, comunidades monásticas de nuevo estilo... juntamente con la renovación de muchas comunidades ya existentes (parroquiales, religiosas, monásticas...). Comunidades que han insistido en la comunicación y corresponsabilidad de sus miembros, comunidades que han buscado la inserción en el mundo de los más pobres... Los objetivos y las formas concretas han sido variadísimas y de resultados diferentes.

Sin embargo aquí hay una realización que todavía debe desarrollarse mucho más (y que corre el peligro de bloquearse por miedos, desánimos y planteamientos simplistas). La renovación comunitaria se enraza en la naturaleza propia de la Iglesia como comunión, y tiene un gran significado en el mundo de hoy.

Pero así como la Iglesia quiere ser «sacramento para el mundo», ¿no podríamos añadir que todo este movimiento comunitario es para la Iglesia un «sacramento» de su futuro?

### d) Corresponsabilidad eclesial

Se ha empezado a dar el paso de una Iglesia de creyentes-protegidos (creyentes-objeto), a una Iglesia de creyentes responsables (creyentes-sujeto). La participación en la responsabilidad eclesial (diócesis, parroquia, movimiento, comunidad religiosa o de otra clase, etcétera) ha progresado enormemente.

No creo que podamos estar satisfechos todavía. Más bien estamos aquí amenazados. La participación de los laicos en la Iglesia se mueve aún demasiado en el ámbito de la colaboración, más que en el de la corresponsabilidad; la vida religiosa femenina es demasiado dependiente de la dirección de los hombres, por poner tan sólo unos ejemplos.

### e) Renovación litúrgica y espiritualidad más encarnada

En el terreno de la *liturgia* se han abierto muchas puertas y las hemos atravesado. Sin embargo, a la vista de un amplio abanico de comunidades, podemos decir que lo que se ha conseguido se encuentra todavía por debajo de las posibilidades ofrecidas. A pesar de ello, se trata de una realidad en marcha, amenazada también por la rutina y el cansancio, que señala una tarea que seguimos teniendo entre manos.

También en el campo de la *espiritualidad* muchos han avanzado. Hay personas y grupos que no sólo han cultivado la espiritualidad, sino que han procurado insertarla en una vida de trabajo y de lucha en la sociedad. El divorcio de místicos y militantes, de carismáticos y sociales se encuentra lejos de ser superado, pero se han dado pasos serios y hay que reafirmar la dirección y el ritmo.

### f) Teología en diálogo con el mundo

En estos últimos años, más que antes, la Palabra de Dios se ha reflexionado en comunión con «los gozos y las angustias» de los hombres de hoy y al servicio de la comunidad cristiana, que tiene la misión de comunicar la Buena Nueva de Cristo a nuestro mundo.

En efecto, los teólogos se han situado a un mismo nivel con movimientos y comunidades cristianas, con luchadores en el campo social y político, con mujeres y hombres del mundo de la cultura, con inmigrantes, pobres y marginados... Nunca como en estos años, los teólogos habían resultado tan familiares para las comunidades y las parroquias, para la gente de acción y los contemplativos, para la gente de la ciudad, la del campo o la de los suburbios.

Naturalmente, esto no es más que una perspectiva (no es el retrato completo de la realidad) pero es una perspectiva real llena de promesas para la profundización de la fe de las comunidades y el enraizamiento de la teología en la vida de la Iglesia y del mundo.

*g) El impacto de América Latina*

Ciertamente, como dice Balducci, «las carabelas retornan».

Unas cuantas palabras que hablan suficientemente claro del impacto latinoamericano: comunidades de base, teología de la liberación; Nicaragua y El Salvador, Oscar A. Romero y Casaldáliga... No se trata de importar ahora una especie de dogma nuevo, el *américalinismo*, ni menos aún de caer en mimetismos estériles. Lo cierto es que en muchos lugares de América Latina (¡ya sabemos que no en todas partes!), en medio del empobrecimiento físico y moral de masas inmensas, se vive una esperanza activa en el interior de las luchas populares, una seria adhesión a la comunidad eclesial, una espiritualidad seria y dinámica, una reflexión bien conectada con la realidad del pueblo y de la comunidad cristiana.

Esta vida que nos llega de América Latina puede inspirar y estimular la tarea que debemos hacer los europeos de manera inculturada y creativa. Y puede contagiarnos la esperanza, fuente de una necesaria «segunda ingenuidad». La «meridionalización de la Iglesia» (Zizola) puede hacernos salir del invierno hacia una nueva primavera, piensa con razón Clodovis Boff.

*No perder el norte y apresurar el paso son dos actitudes* que resumen nuestra referencia viva a la utopía conciliar. Se habrán cometido errores de una u otra clase durante los últimos años. Sin embargo, lo cierto es que no hemos pecado por excesos. Si alguna cosa se puede decir

en relación al Concilio es que podemos y debemos ir más a fondo. Las orientaciones que he indicado señalan un camino. Veamos ahora más indicadores de nuestra ruta.

## AHORA ES EL TIEMPO FAVORABLE

Las peculiaridades de la hora presente nos aconsejan unas actitudes que podemos resumir en estas tres:

### Sentirnos Iglesia desde la experiencia evangélica de Dios

a) Experiencia de un Dios creador de su pueblo

La cuestión definitiva para el creyente es Dios, no la Iglesia. Por supuesto.

La Iglesia puede hacer más fácil o más difícil el creer. Pero también la experiencia de Dios influye en la vivencia de la Iglesia.

Es evidente que algunas de las instituciones eclesiales y la Iglesia misma no siempre resultan interesantes y cautivadoras. Incluso a veces lo son menos que otras instituciones o grupos humanos, pero supongamos que las instituciones de la Iglesia consiguieran un funcionamiento de la más alta calidad, que sus miembros fuesen de una gran competencia en las distintas tareas y de una notable virtud. Si la Iglesia fuese eso y nada más, sería un edificio aún no lo suficientemente sólido, y su capacidad convocatoria no sería irresistible.

En cambio, nuestro sentido de pertenencia eclesial sólo se revitalizará a fondo y se apoyará en una buena base si partimos de una renovada experiencia de Dios. Si guiados por el Evangelio y la totalidad del Nuevo Testamen-



to, nos adentramos en esta experiencia de Dios. Si, a la vez que nos entregamos con fe confiada al Padre -que es iniciativa amorosa y gracia infinita-, aceptamos las mediaciones que El mismo ha escogido para obrar la salvación.

La primera de ellas es Jesús el Cristo. Pero también la Iglesia que tiene una misión salvífica esencial querida por Dios.

Naturalmente hablo de la Iglesia en cuanto pueblo de Dios universal (de todos los lugares, no sólo de uno), pueblo de Dios que se extiende a través de los tiempos (no solamente de hoy), pueblo de Dios con un gran número de carismas y servicios (y no sólo de un estamento eclesial o de un carisma determinado). Iglesia de personas y comunidades que comparten luchas y esperanzas con los que han hecho la opción por una sociedad más justa... Claro está que esta Iglesia necesita estructurarse. Pero mediación de Dios es la Iglesia, no la estructura, como quedó claro en los dos primeros capítulos de este libro.

#### b) *Vivir positivamente nuestra Iglesia...*

En la vivencia de Dios uno puede sentirse Iglesia sin militar a superar las tentaciones contra ella, sino de manera más positiva, porque la entiende como verdadero don de Dios.

En efecto, este pueblo de Dios sólo tiene una cabeza, Cristo; sólo tiene un estilo propio que la distingue, la santidad del Espíritu; sólo tiene una ley irreformable, el Evangelio... Y la vida del Espíritu sigue produciendo frutos en muchos cristianos y comunidades en Cataluña y en América, en la oración y en la entrega desinteresada a los demás, en el gozo de la vida y en el sufrimiento humano... Frutos en forma de compromisos y luchas; en asociaciones de vecinos, sindicatos y partidos, en la lucha contra el hambre y contra la carrera de armamentos.

Si no fuera así, si la Iglesia no fuera este pueblo que participa del Espíritu de Cristo, no sería más que un mausoleo, pero nunca llegaría a ser lo que es la razón de su misión: luz del mundo, sal de la tierra. Entonces no sería más que una herramienta que se usa cuando se necesita y se tira cuando no interesa.

#### c) *...como realidad frágil y relativa*

Y con todo, añadimos en seguida; en la experiencia de Dios captamos más plenamente el carácter relativo de la Iglesia. Porque obviamente la Iglesia no es Dios, sino el pueblo de Dios y la amada de Cristo, *signo e instrumento de salvación*. Pueblo que camina con la fuerza del Señor y el peso de su debilidad. «Casta y prostituta», según una gráfica fórmula de la tradición cristiana. Por lo tanto, necesitada de reforma constante.

Este es el verdadero realismo eclesial, fundamentado en la experiencia evangélica de Dios, que integra dos vertientes del sentido de Iglesia la trascendencia -el misterio de la Iglesia, en la realidad muy concreta, llena de posibilidades y limitaciones de grandes realizaciones y de ambigüedades y pecado, la Iglesia histórica.

Este sentido de Iglesia comporta una amplia gama de sentimientos. Ante todo, el alegre reconocimiento de ser llamados a esta comunidad, a este pueblo, tan especialmente vinculado a Cristo para extender su luz y su esperanza activa.

Pero también sentimiento de humildad, teniendo en cuenta la infinita distancia entre la Iglesia y Dios. Esta actitud humilde es antídoto de aquel fanatismo eclesiástico.

- que empuja a algunos a defender a la Iglesia como quien defiende su club o su partido, a ciegas y contra quien sea

- que cierra los ojos al pecado propio por falta de confianza en Dios de quien viene la única salvación verdadera

- que confunde costumbres y tradiciones con el mismo tesoro del Evangelio

- que hace de la Iglesia el centro en lugar de la sirvienta de los hombres.

Animados por esta actitud humilde

- no tendremos miedo de reconocer autocríticamente nuestros errores y pecados eclesiales, no tendremos miedo de denunciarlos cuando sea necesario y, por lo tanto, estaremos abiertos a la conversión continua que urge a individuos y comunidades.

- Desde la actitud de modestia eclesial tampoco nos negaremos a colaborar con todos aquellos que en nuestra sociedad actual «sociedad de deliberación», como la llama Paul Valadier, se hallan en la búsqueda constante de sentido; sin querer atribuirnos ningún protagonismo en el debate social, menos todavía nos negaremos a compartir la lucha de aquellos que se entregan a la transformación de nuestro mundo en un mundo más humano.

- Desde nuestro gozoso y humilde sentido de Iglesia, puede ser que nos volvamos más dinámicos, subversivos y por consiguiente más evangélicos. Porque de la viva experiencia de Dios brotan el amor a la Iglesia, la ardorosa denuncia de sus lacras, la generosa y comprometida entrega a la reforma, la comunión práctica con la vida eclesial como nos lo han enseñado Francisco de Asís, Teresa de Jesús, Teilhard de Chardin... y actualmente Pedro Casaldáliga (por citar alguien cercano a nosotros en el tiempo y en el origen geográfico).

## AVANCE EN COMUNION CREATIVA

En un mundo de cambios profundos y en una Iglesia amenazada por el miedo y el replegamiento, nuestra comunión eclesial ha de ser, hoy más que nunca, creativa. Manifestación viva del Espíritu creador, que nos conduce sin parar hacia la plenitud de la verdad nunca conseguida del todo. He aquí algunos rasgos de esta comunión creativa.

#### a) *La lección de Emaús*

Resistir a la tentación de huida es la primera reacción indispensable.

Sea cual sea mi posición actual, mi valoración del momento presente de la Iglesia, evitemos el dejarnos arrastrar por una corriente centrífuga. Puede que ahora no sienta que se tambalee mi adhesión eclesial y viva la comunión en paz y serenamente. O tal vez mi estado interior sea muy diferente: quizás sienta poca atracción y afecto hacia la Iglesia, tentado de acelerar un alejamiento ya iniciado. O, aún más, puede que sea como aquel *tercer hombre* de quien se habló a raíz del Concilio; ni atraído por las luchas de los progresistas ni, todavía menos, por las resistencias conservadoras, me haya ido distanciando de puntillas y sin ruido de la Iglesia, institución gigantesca, aburrida y poco inspiradora.

Para hacer frente a situaciones como ésta y otras parecidas no saldremos adelante alimentando un optimismo superficial e ingenuo. No superaremos la desesperanza cerrando los ojos a los nubarrones que oscurecen el horizonte, pero tampoco huyendo hacia Emaús, mal aconsejados por la tristeza y el desencanto. Debemos escuchar la Palabra de Cristo que no nos deja en nuestro camino que nos habla del triunfo escondido en la derrota de su cruz, que nos garantiza que también ahora en Jerusalén podemos «ser revestidos de la fuerza de arriba».

En la Iglesia tal como es, *comunidad universal y pluralista y no sólo de un lugar o de unos estamentos*, porque el Padre es bueno y se sirve de ella para el bien de la humanidad, «oímos la Palabra de Dios» y «encontramos su gracia». En ella encontramos un Espíritu que une fraternalmente a hermanas y hermanos *en muchos grupos y comunidades* que nos ilumina con sus vidas... Un Espíritu que, por supuesto, está actuando en mi propio corazón *como en el corazón de los de Emaús* cuando puede ser que desanimado o indiferente piense que ya no queda nada de vivencia eclesial. También aquí tienen sentido las palabras de Antonio Machado:

*creí mi hogar apagado  
y revolví las cenizas  
... me quemé la mano.*

Sí, tristes y con los ojos enturbiados porque parece que todo se ha venido abajo y toda esperanza ha quedado enterrada, sentimos la inclinación de huir hacia Emaús, escuchemos la voz de la fe que nos invita a volver a Jerusalén. Es decir: a rehacer la vinculación con alguna comunidad (movimiento, parroquia, comunidad de base, grupo o asociación...), imperfecta naturalmente. A participar con regularidad en la fracción del pan, en la que se celebra en comunidad la epifanía del amor irrevocable de Dios a la humanidad en la Iglesia. Esta situación espiritual *emaúsina* creo que nos afecta un poco a todos al menos de vez en cuando.

Sin embargo si soy de aquellos que viven más serenamente y sin grandes dificultades la comunión eclesial, tendré que procurar que mi firmeza y seguridad colaboren fraternalmente a que la comunidad cristiana sea hogar de esperanza y no cementerio de ilusiones.

Por eso, con espíritu de fe en la acción actual de Dios en su pueblo y con un amor que lleva pacientemente sus limitaciones hemos de pasar a una actitud totalmente positiva.

#### *b) Hagamos crecer la Iglesia donde estamos*

Sí, no esperemos llamadas ni convocatorias. Donde nos encontremos, hagamos crecer la vida evangélica, que es el contenido de la verdadera vida eclesial. Dedicuemos a la tarea estructural e institucional -muy necesaria, ciertamente- lo que sea imprescindible, pero procuremos que el Evangelio tome cuerpo en cada uno de nosotros y en nuestras comunidades.

#### Individualmente

«Tú, sígueme», dijo Jesús a Pedro. También nuestra vida cristiana y la vivencia de la Iglesia se apoya en una llamada personal, individual (¡no individualista!) al seguimiento de Cristo. Nadie puede creer en Cristo por mí, nadie puede seguir a Cristo por mí. En lo más profundo del acto de fe, de la opción al seguimiento, está la sociedad. Nadie me puede sustituir en el encuentro personal y cálido con el rostro de Cristo que me revela al Padre.

Esta opción personal es el núcleo de una Iglesia adulta, hecha de personas libres y responsables. Cultivar por lo tanto *la experiencia personal de Dios* es poner los *cimientos* de una Iglesia viva y a la vez *alimentar esa vivencia* que me hace reconocer en el pueblo de Dios su valor más auténtico el que le viene de la vinculación a Cristo y a su Espíritu. Y, por tanto esta experiencia me conducirá también a un sentido eclesial humilde, sereno y libre.

Eso sí, el encuentro personal con Dios tiene unos costos personales que no nos podemos ahorrar: entrar en aquel despojamiento total que pidió Jesús a sus seguidores. Y también, con Cristo, abrirse ilusionadamente a la tarea del reino de Dios en el mundo.

La familiaridad con la *Pascua de Dios* será la tierra firme para que la experiencia espiritual personal no se degrade en subjetivismo y afianzará aquel sentido de la historia de salvación que abre una perspectiva adecuada para comprender la realidad y la misión de la Iglesia: la relación de Dios con el pueblo escogido para una misión universal. Recurriendo con frecuencia a la Palabra de Dios, conseguiremos con más facilidad liberarnos de las tradiciones falsas o envejecidas que se han incrustado en la Iglesia a través de los tiempos.

Más aún, aunque la experiencia personal de fe no se reduce al ámbito de la intimidad oracional y la Palabra de Dios no es únicamente para ser escuchada en la soledad y el silencio, no se puede olvidar la imperiosa necesidad de la *oración personal*, en el recogimiento y en el ritmo vital de cada individuo (¡que no puede disolverse en el grupo!). «La fe es la madre y la oración, la hija; pero es la hija quien ha de alimentar a la madre», decía Kierkegaard. Oración, por lo tanto, que brota de la fe personal, que la expresa y la alimenta.

La Iglesia orante sólo lo será si hay personas que rezan de verdad también según las situaciones irrepetibles de cada uno, con el aire típicamente personal de la relación con Dios, a la vez que confesando con el acto gratuito de la plegaria que la Iglesia *no vive* por la fuerza humana (menos todavía por el poder de «*políticas eclesásticas*»), sino por el amor infinito y gratuito del Padre de todos los hombres que quiere comunicarse de manera particular por medio de la Iglesia.

Experiencia de Dios, escucha de la Palabra, y oración, implican la labor de una ininterrumpida *conversión*. Conversión a un Dios que transforma nuestro corazón de piedra en corazón de carne y que produce el cambio de nuestros comportamientos individuales y sociales. Conversión en definitiva al Dios «defensor del huérfano y de la viuda», al «Padre misericordioso». Encontrando a Dios, nos encontramos al lado de los más pobres. La conversión girará, por lo tanto, alrededor del Dios que desea reinar haciendo triunfar su amor, su justicia, la fraternidad.

Hasta aquí, la labor individual, más necesaria que nunca cuando hemos de vivir la fe en un contexto donde vivir cristianamente no es obvio, donde el cristianismo no tiene la aceptación que tuvo en otros tiempos, y donde la institución eclesial ha perdido la capacidad de convocatoria de hace unos años.

#### Comunitariamente

El polo individual de la vida cristiana no excluye, sino que más bien implica el polo comunitario. Porque la llamada totalmente personal a la fe y al seguimiento nos hace entrar en la comunidad del pueblo de Dios. Trabajemos, por tanto, para que en nuestras comunidades (parroquiales, de base religiosas, movimientos asociaciones, equipos, consejos...) se vaya edificando, aunque sea a pequeña escala, la Iglesia que soñamos y queremos. Sería ridículo y sarcástico que lo que pedimos a círculos más amplios o a altas esferas directivas de la Iglesia no lo procuráramos en nuestras comunidades. Hago mención de unos cuantos capítulos que creo merecen atención.

- Participación más plena de todas las personas en las responsabilidades comunitarias (pensemos especialmente en las mujeres y en los jóvenes); crear medios aptos para que se haga oír y se escuche la voz de las personas o grupos que no tienen una presencia institucionalizada en ningún movimiento o comunidad (muchos casos de obreros, profesionales, parados, marginados...); ejercicio más de-



mocrático de la autoridad; respeto a todas las personas y a sus derechos.

- Apertura e incidencia práctica en la vida social a través de la palabra que ilumina o denuncia a través de la ayuda material, y a través del estímulo a compromisos políticos sindicales, cívicos (dejando claro que no todas las opciones están en la misma sintonía evangélica y de acuerdo con el progreso del Reino de Dios).

- Cultivo de la oración: Acción de gracias y alabanza, escucha de la Palabra, conversión e intercesión. Momento de gratitud y también de confesar que todo lo que es bueno viene del Padre del cielo.

- Hechos que muestren de verdad que la Iglesia es sobre todo la Iglesia de los pobres: en opciones pastorales, en decisiones económicas en ayudas asistenciales, en el estilo de hacer la pastoral...

- Atención particular a los jóvenes -la prioridad de las prioridades- no sólo dedicando personas y recursos generosos a la pastoral de los jóvenes (movimientos, comunidades, etcétera), sino desarrollando un tipo de comunidad cristiana que ofrezca respuesta a sus necesidades y anhelos.

- También las comunidades han de invertir esfuerzos en practicar y enseñar una espiritualidad que no sea espiritualismo alienante, sino el estilo de vivir humano y solidario de Jesús de Nazaret, conducido por el Espíritu.

- En toda comunidad, que cada uno se sienta corresponsable -como en su casa- considerándose piedra viva.

Pero también -como en una especie de movimiento circular- las comunidades han de responder a la situación personal que viven sus miembros. Estos deberían encontrar en las comunidades no simplemente una platafor-

ma de actividades o una escuela de enseñanzas doctrinales, sino un verdadero hogar donde la fe de quien la vive *en tierra extraña* en la intemperie encuentre plausibilidad (se sienta clarificado y confirmado en su opción cristiana); donde también encuentre la iluminación y el magisterio espiritual necesarios para aprender a tomar aquellas decisiones nuevas y personales que exige el seguimiento de Cristo en medio de una sociedad que nos presenta tantos retos inéditos dentro de un pluralismo cultural y eclesial crecientes.

#### Amor a la Iglesia con lucidez

A la Iglesia, este pueblo de Dios inmenso, que tiene a Cristo como cabeza, al Espíritu como fuerza y al Evangelio como constitución fundamental, la amamos prácticamente cuando la hacemos crecer. Pero hay que amarla con lucidez.

Un amor lúcido, porque no se puede amar a una Iglesia inmóvil y rígida como un cadáver, sino movida y renovada por el Espíritu que continúa hablándole y llevándole «hacia la verdad completa». Amor clarificante y creativo, siempre atento a la novedad del Espíritu, cuya voz hemos de escuchar y hacer oír dentro de la Iglesia. Lucidez también de Cristo que ve a la Iglesia afeada con manchas y arrugas.

#### Como consecuencia el amor eclesial

- es crítico, porque no se ciega ingenuamente
- es profético, porque denuncia con valentía el pecado de la Iglesia;

- es autocrítico, porque se siente solidario y quizá cómplice del mal de la Iglesia;

- es dinámico porque se compromete en la reforma y la conversión constante.

- es un amor que a veces no puede obedecer -si llega el caso en que se ha de obedecer antes a Dios que a los hombres.

pero siempre es un amor que hace el bien y no el mal a nadie, que busca los caminos más evangélicos y eficaces para reformar lo que haga falta y, si no obedece mantiene la actitud franciscana de *no romper la comunión*.

## Iglesia del Espíritu en medio del mundo

Hasta aquí la actitud de comunión creativa en la Iglesia. Ahora una tercera actitud que no se diferencia de manera definida de lo que ya he dicho, sino que es como un aire o estilo que debería empapar lo que somos y lo que hacemos.

La Iglesia como gran comunidad necesitada de una organización y de unos medios para llevar a cabo su misión, corre siempre el riesgo de convertirse en un gran aparato burocrático frío y grisáceo.

Asimismo, como vive del Espíritu de Jesús, tiene que alimentarse de la vida del Espíritu, tiene que guiarse en su acción por la luz del Espíritu, tiene que irradiar la claridad del Espíritu de Cristo, ser epifanía del Espíritu del Señor. Por lo tanto, a todos nos urge la tarea de extraer el agua viva que es el Espíritu del Señor. Comprometernos con la actitud de hacer a la Iglesia más *espiritual* he aquí una labor ineludible.

Pero hay que entenderlo bien. Porque eso quiere decir, *seguir el estilo de vida y acción de Jesús de Nazaret, el carpintero*, que es lo que nos transmitían los primeros capítulos de este libro.

a) *Cultivo de una verdadera espiritualidad cristiana*

Hoy son muchos los que buscan una profunda experiencia religiosa, espiritual. en el tupido campo de las corrientes y prácticas *espirituales* se encuentra de todo. El «retorno de lo religioso» es tan indefinido que quizá sea mejor hablar más vagamente de retorno de lo «sobrenatural».

Nosotros, sin embargo, hemos de preguntarnos si, como individuos y como comunidades, ofrecemos algo sólido en este terreno de la experiencia espiritual, y si, en la práctica, valoramos el patrimonio de la verdadera espiritualidad cristiana. Una espiritualidad que no se identifica con cualquier clase de interiorización o vivencia religiosa, sino que es experiencia del Espíritu de Cristo. Empapada de apertura confiada al amor del Padre que, por el Espíritu «obra todo en todos» (1 Cor 12,6). Guiada siempre por la vida y la palabra de Cristo y, por tanto, enraizada siempre en la vida de los hombres de nuestro tiempo, impulsora del servicio a los hombres y de la acción transformadora de la sociedad.

La espiritualidad cristiana es experiencia del Espíritu y por eso mismo no se ciñe al campo de la vida interior, sino que abarca toda la existencia haciéndola *espiritual*. Es reflejo de Aquél de quien se podía decir: «todo lo ha hecho bien», «nadie ha hablado como éste», «enseña una doctrina con autoridad»... Nuestro *maestro espiritual* no es ningún ser exótico, extravagante o elitista, sino *el carpintero*, una persona de la calle. Una existencia espiritual será, pues una existencia marcada por el *estilo* de Cristo. Será un actuar, amar «como yo he amado» (con el sentido fuerte del *kathós* griego del evangelio).

Eso comporta (a la vez que se colabora con los que trabajan por una sociedad más justa y se respeta en el campo temporal la autonomía que le corresponde) hacer

unas cosas y no otras, guiarse por unos determinados valores, seguir una determinada manera de hacer, moverse a impulso de una fuerza que creemos incondicional, mantener operante el horizonte escatológico<sup>1</sup>.

b) *Serio trabajo del hombre interior*

El hacernos Iglesia espiritual nos exige a todos el serio trabajo del hombre interior, que es trabajo del corazón. Porque «el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo» (Rom 5, 5). Esto pide ciertamente progresar en la *oración*.

Vivimos la época de la oración adjetivada: oración secular, oración a la intemperie, rezar en la ciudad, oración en tiempo de crisis, oración y política, oración de los revolucionarios, oración y lucha por la justicia. Con razón, porque la oración, como manifestación viva de la fe, ha de ser contextualizada adaptada continuamente a situaciones personales y sociales cambiantes. Y, por tanto, sometida a un aprendizaje permanente.

Esta vía de la oración, sin embargo, comporta dedicación generosa de tiempo y sobre todo conversión de las actitudes del corazón, más que técnicas especiales (aunque a menudo son utilísimas). Entonces la guía de personas experimentadas y el aprovechamiento de la sabiduría orante que nos viene de otras tradiciones, incluso no cristianas, puede ser de una gran utilidad. Pero, además de los ratos de oración serán fuente de revitalización espiritual cristiana períodos más largos de cara a cara con Dios en la soledad: tiempos de desierto. Es lo que nos enseña la tradición de grandes creyentes y grandes cristianos: Abrahán, Moisés, los Profetas, Pablo, Benito, Ignacio, Teresa y Juan de la Cruz, Charles de Foucauld...

Esta experiencia de desierto, fomentada y ayudada por las comunidades, pero tarea totalmente individual, robustece el núcleo fundamental de toda vida de fe, aquel o creo que cada uno ha de pronunciar en la profunda sociedad de sí mismo. Pero, personas portadoras de este peso interior ayudarán a las comunidades a adquirir una nueva densidad y más fuerza subversiva y transformadora.

Finalmente, el trabajo interior deberá dirigirse también a realizar aquella *integración* nunca del todo conseguida entre la vida de fe y la vida humana corriente (Dios-hombre, fe-historia, contemplación-lucha, espíritu-materia...). El Espíritu de Cristo empuja en esta dirección: que todo lo que hacemos lo hagamos en nombre del Señor, en acción de gracias (Col 3,17). Esta fue la *mística* de Jesús siempre conducido por el Espíritu pero su vida nunca fue una existencia de compartimientos o dualista. Por consiguiente, la madurez del hombre interior y la experiencia de la soledad necesitan el fundamento sólido de la escuela de la humanidad, de los hombres corrientes, la escuela de Jesús de Nazaret: vivir codo a codo con la gente, compartir ilusiones y preocupaciones, participar solidariamente en la vida de la sociedad.

c) «Donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad» (2 Co 3,17)

Nuestra palabra sobre Dios será una palabra vacía y muerta si no manifestamos con hechos que Señor sólo hay uno y por lo tanto, nos mostramos libres ante el poder político y económico, libres ante el dinero y toda forma de riqueza, libres para no dejarnos aprisionar por privilegios sociales, libres ante toda forma de burla social o de *respeto humano*, libres para abandonar toda forma de dominio mostrando que somos seguidores de un Señor que se hizo esclavo de los hombres y no vino a «ser servido, sino a ser-

vir». *Cómo creemos y qué creemos* son igualmente importantes.

En fin, es necesario confesar con hechos que entre el miedo y la libertad escogemos la libertad de hijos para ser hermanos -no amos- de los hombres, seguros de que nuestra vida y el reino -para el cual existe la Iglesia- se encuentran bajo la mirada del Padre. Sólo si avanzamos hacia esta libertad (nunca conseguida del todo, por cierto), podremos decir la palabra del segundo Isaias que también hoy esperan escuchar muchas mujeres y hombres. «Aquí tenéis a vuestro Dios» (Is 40,9). Y puede ser que viendo nuestras obras glorifiquen al Padre del cielo.

*d) Hemos de dejarnos conducir por el Espíritu al corazón de la sociedad*

Si, como se ha dicho, «el Espíritu es el sujeto divino de la historia» (Jürgfen Moltmann), hemos de dejarnos conducir por él -como lo hizo Jesús- al corazón de nuestra sociedad.

El Espíritu que lo hará todo definitivamente nuevo, nos empuja ya desde ahora a una presencia y acción transformadora de la sociedad. Una Iglesia espiritual, porque es comunidad del Espíritu de Cristo, -por eso precisamente- será una comunidad totalmente inmersa en la historia de los hombres de hoy, una Iglesia realmente *militante* en favor de los pobres y empobrecidos, al lado de los que luchan por hacer este mundo nuestro más humano y, por lo tanto, más divino. «El Espíritu del Señor está sobre mí para anunciar la buena noticia a los pobres...» Hay que tener oídos para escuchar lo que el Espíritu sigue diciendo hoy a las comunidades en medio de los gozos y las angustias de los hombres.

Esta escucha de la palabra del Espíritu no nos ahorra el análisis de la realidad, ni el estudio de las mediaciones más aptas para llevar adelante el reino de Dios que es justicia y paz. Porque no todas las mediaciones sociales y políticas son evangélicas, ni lo son de igual forma. Individuos y comunidades hemos de acostumbrarnos a reconocer los signos de Dios en los signos de los tiempos. Iluminados por el Espíritu, también hoy seremos llevados por él mismo a situaciones duras y conflictivas, ante poderes e intereses que se dan en la sociedad y en la Iglesia.

Finalmente, el Espíritu nos inspirará una palabra profética. Estos últimos años se han mencionado a menudo aquellas palabras de Dietrich Bonhoeffer escritas desde la prisión. «Las palabras antiguas van a perder su fuerza y enmudecer; de modo que la existencia de los cristianos consiste sólo en orar y hacer justicia entre los hombres». Pero añadía Bonhoeffer. «Todo el pensamiento, todas las palabras, y toda la organización de las cosas del cristianismo han de nacer de nuevo de este rezar y de este actuar». Creo que hemos de ser más modestos y más sobrios al hablar; sin embargo, no podemos enmudecer en la Iglesia y en medio de nuestra sociedad. Hemos de recrear el lenguaje la palabra. Por el camino de esta espiritualidad descrita, insistiendo en la oración y en la lucha por la justicia, también nuestra palabra se volverá más espiritual, más profética: «lenguaje de una nueva justicia y verdad, el lenguaje que anuncia la paz del Señor con los hombres y la proximidad de su reino».

Al terminar esta descripción de nuestra vida cristiana en el Espíritu, puede que nos preguntemos: ¿dónde se encuentra aquella paz y alegría que, según Pablo, el Espíritu da a los que buscan la justicia del Reino (Rom 14,17)? Los frutos del Espíritu ¿no están marcados por el gozo y la paz (Gal 5,22-24)? Aunque hasta ahora me he referido poco y por encima de esta paz y alegría, quiero hacer notar que todo lo que he dicho es camino que lleva a ellas.

Porque la paz evangélica no es una realidad consistente en sí misma, sino que, como todo fruto, es resultado de una vida, o fruto de un árbol. Creo que, fieles a la palabra del Señor que de manera muy modesta he tratado de proyectar sobre nuestra situación, experimentaremos la verdad de lo que Jesús dijo al despedirse de sus discípulos: «Os he dicho estas cosas para que mi alegría esté en vosotros, y vuestro gozo sea completo» (Jn 15,11). Eso sí, la alegría de Cristo en momentos como el actual revestirá formas muy variadas: humor, confianza, seguridad interior, fuerza para la lucha, empuje para seguir adelante, etcétera. Pero el Espíritu no dejará de hacerse oír. Como individuos y comunidades, «vivimos por el Espíritu, actuemos por lo tanto según el Espíritu» (Gal 5,25).

## APROVECHAMIENTO DE LA OPORTUNIDAD PRESENTE

Acabo con tres propuestas. Apuntan a tres campos interrelacionados: el hombre interior, la corresponsabilidad eclesial y el servicio a los hombres, sobre todo a los pobres.

### Aprovechamiento de todos los recursos existentes para promover la experiencia personal de Dios

Se trata de la experiencia de Dios inspirada en la palabra y praxis de Cristo de que hemos hablado. La propuesta se orienta a un mejor aprovechamiento de los muchos recursos de que disponemos las personas y comunidades más que buscar o crear otros nuevos. Por ejemplo:

- A mejorar las celebraciones de la fe y la oración. Eucaristía y otros sacramentos, oraciones comunitarias que se hacen en circunstancias muy diferentes (equipos, grupos de oración, reuniones de consejos pastorales, etcétera), oración personal, retiros, ejercicios. A Procurar no quedarse puramente en adoctrinamiento, en instrucción moral en práctica de ritos, sino ayudar a vivir un encuentro personal con Dios.

- A fomentar la ayuda espiritual personal. En diálogo o seguimiento personal de consejeros espirituales, o también en diálogo grupal: iniciar y acompañar en la oración personal y en una vida espiritual seria.

- A hacer mejor uso de los lugares de acogida y silencio: templos y capillas, locales parroquiales, monasterios, casas de espiritualidad, etcétera. Y perfeccionar la calidad de las actividades espirituales que allí se realizan.

### La corresponsabilidad de la Iglesia en todos los niveles

Debemos ejercer la corresponsabilidad allí *donde nos movemos habitualmente*: parroquias, comunidades, movimientos, consejos, instituciones apostólicas, etcétera. Esto nos pide a todos:

- aportación de iniciativa (ideas, proyectos...).

- Acción para llevar a término proyectos personales y colaboración con proyectos colectivos.

- palabra profética..., sin esperar que se nos pida. Pero esta propuesta exige de los que tenemos cargos y responsabilidades:

- escuchar, comprender y acoger las iniciativas de los demás, respetar el principio de subsidiariedad a fin de no

interferir en aquello que otros pueden y quieren hacer, sensibilidad y humildad para recibir las críticas.

Haciendo eficaz la corresponsabilidad desde los ámbitos más reducidos hasta los más amplios, progresaremos como pueblo de Dios de todos y estaremos más dispuestos para responder a los retos del mundo de hoy.

### Un paso adelante en la opción por los pobres

En cuestión de amor siempre seremos deudores. Y por los pobres todavía no hemos hecho bastante. Propongo avanzar más en estos frentes:

En nuestra vida personal, evitemos gastos y comportamientos insultantes en una sociedad donde abunda la pobreza, busquemos una austeridad que nos haga más sensibles a las situaciones en que se encuentran tantos pobres, para poder compartir; realicemos los compromisos que he propuesto en otros foros: dar el 4% de las ganancias para ayudar a los más necesitados, hacer objeción fiscal en beneficio de alguna institución que trabaje por la paz, dedicar tiempo y capacidad profesional a alguna forma de voluntariado.

- En el uso de los medios de evangelización, hagamos una revisión seria de los presupuestos, los gastos y los medios de apostolado de comunidades e instituciones, contrastándolos con la precariedad con que trabajan muchas personas e instituciones de la Iglesia en nuestro país (barrios, zonas empobrecidas, etcétera), y también con la situación de indigencia de muchas personas y familias. Como la situación de indigencia de muchas personas y familias. Como consecuencia de la simplificación y reducción de gastos, compartir los excedentes con otras instituciones eclesiales y con los pobres.

- En el servicio a los mismos pobres, por parte de las instituciones de la Iglesia (parroquias, comunidades, asociaciones, centros educativos, sanitarios, asistenciales, etcétera): dediquemos más recursos de los ya existentes (personas, tiempo, servicios, etc) a los más pobres (por ejemplo,

africanos, parados, pensionistas). Por parte de los que tienen responsabilidades en el campo empresarial, en el sindical o político: hagan más de lo que ya están haciendo, para satisfacer desde estas responsabilidades las necesidades de la sociedad.

En resumen, no nos quedemos donde estamos, avancemos desde el punto donde nos encontramos. Puede que la opción por los pobres llegue a ser un principio dinámico y unificador de nuestra Iglesia. En definitiva, nuestro comportamiento en relación a ellos será la asignatura del examen final de la historia...

Estas tres propuestas deberían ser precisadas por persona y comunidades hasta llegar a opciones bien concretas, y esto creo que es muy posible si no nos atascamos en un perfeccionismo que quizá esconda un miedo a aceptar lo modesto de toda acción y compromiso concreto.

No sería honesto, ni eficaz en absoluto, endulzar cándidamente la interpretación de la realidad eclesial presente. No todos los momentos de la historia de la Iglesia son igualmente buenos o malos. Hay los que ayudan más que otros a vivir cristianamente. En determinadas situaciones tenemos que remar contra corriente más que en otros momentos. Por parte de Dios, sin embargo, todo momento es un *kairos*, un tiempo favorable una oferta de salvación. Ahora bien, tampoco esta oferta de Dios es automáticamente eficaz. Hay que acogerla con actitud de conversión y con entrega generosa a la acción; y es posible hacerlo. Pablo nos dirá: «El momento es apremiante» (1Cor 7,29). Si conseguimos, por lo tanto, reaccionar con vigor, evangélicamente, en la actual situación de la Iglesia, poco a poco iremos comprendiendo, no de manera evidente y diáfana, pero sí con la seguridad confiada y serena de la fe, el significado del grito que hace poco alzó Pedro Casaldáliga:

*A pesar de todo,  
levantemos la cabeza, que se acerca  
nuestra liberación!*

(\*) Tomado del libro *Iglesia, ¿de dónde vienes, a dónde vas?*, Centro de Estudios Cristianismo I Justicia.



---

# CARISMAS Y MINISTERIOS DE LOS POBRES EN LA IGLESIA Y EN LA SOCIEDAD

---

Alberto Parra

Profesor de teología en la Universidad Xaveriana de Bogotá

La práctica viva de los ministerios en las Iglesias pobres y la correspondiente práctica teórica de reflexión sobre esa praxis ministerial de los pobres no son, como dijo Gustavo Gutiérrez, de toda praxis y teología de la liberación, un nuevo tema para la reflexión, sino una nueva manera de ejercer el ministerio en la Iglesia y en la sociedad, en orden al cambio y a la transformación.

Esa nueva manera no señala ruptura ni con la práctica ni con la teología de los ministerios tradicionales. Pero tampoco entra, sin más, en continuidad cualitativa con ellos. Se trata de una forma cualitativamente diversa. Por lo cual, en la América pobre preferimos hablar de ministerios *diversos*, antes que de ministerios *nuevos*. Porque los nuevos podrían no ser más que una forma modernizada y progresista de las mismas prácticas ministeriales de siempre. O porque los ministerios nuevos pudieran no ser más que una condescendiente ampliación participativa de las tradicionales funciones clericales a nuevos sujetos, incluso laicos e incluso mujeres, que se mantienen en las perspectivas de lo acostumbrado y también de lo esclerotizado.

Trazar, pues, la fisonomía propia de los ministros y ministerios de las Iglesias pobres en la línea de la transformación eclesial y social nos lleva a presentarlos como ministros y ministerios *de base*. Y eso hace indispensable diferenciarlos de ciertos ministerios que hoy surgen *de arriba* y que, como tales, pueden ser *nuevos*, pero no *diversos*. O de ministerios que *de arriba* hoy se participan *abajo*. O que *de arriba y de abajo* se ponen al servicio de *la base*, pero que no son los servicios y ministerios alternativos propios de *la base*.

Situar en su contexto específico los ministerios de *la base* obliga a señalarles su múltiple relación con el drama económico, socio político, cultural y eclesial del mundo pobre. Nos lleva, además, a trazar las relaciones de estos ministros y ministerios con el proyecto de un nuevo modelo de Iglesia en un nuevo modelo de sociedad. Nos conduce, en fin, a identificar a los sujetos ministeriales, que son los empobrecidos de la tierra: los que fueron privados secularmente de su ministerialidad, de su sacerdotalidad, de su protagonismo en la Iglesia y en la sociedad, de su misión y vocación, de su propio estatuto sacramental.

Acercar al lector a lo anterior es ofrecerle la perspectiva fundamental de la praxis y teología de la liberación acerca de los ministerios de los pobres. Y eso en una óptica en la que se refleja más una práctica pastoral, antes que una teoría teológica.

## LOS «NUEVOS MINISTERIOS LAICALES» EN EL PROGRESISMO TEOLOGICO-PASTORAL

La irrupción de «nuevos ministerios laicales» en la Iglesia del posconcilio tuvo que ver con las determinaciones de Vaticano II para restaurar el diaconado como grado permanente de la jerarquía y de permitir que ese diaconado fuera ejercido por hombres casados. Ese auge ministerial laical tuvo que ver, además, con los debates y peticiones que, durante el Concilio, reclamaron la supresión o revisión de las órdenes menores (ostiariado, lectorado, exorcistado, acolitado) y del subdiaconado, que llegaron a ser en la Iglesia latina nombres huecos y ministerios sin contenido, a no ser que se tratara de peldaños promocionales de los clérigos en su ascenso al presbiterado o sacerdocio. El asunto de nuevos ministerios pasó también por las determinaciones del Papa Pablo VI de transformar esas órdenes decorativas en *servicios y ministerios* y específicamente en dos, lectorado y acolitado, que fueran ejercidos por hombres seglares, en forma permanente y no por ordenación clerical, sino por institución, sobre el fundamento de la dignidad bautismal y de la misión propia de todo cristiano. Esos ministerios conocieron una sugerente ampliación en la Carta del mismo Pablo VI sobre el Anuncio del Evangelio, en la línea de catequistas, animadores de la oración y del canto, servicio de la Palabra, asistencia a los necesitados, jefes de pequeñas comunidades, responsables de movimientos apostólicos, además de otros oficios y servicios que pudieran ser de utilidad en la Iglesia.

La intención de esta restauración ministerial era, sin duda, retornar al realismo del ministerio, pasados los días del nominalismo de funciones fantasma. Ampliar la participación de los laicos, como para contrarrestar, en alguna medida, el habitual monopolio clerical. Y reconocer el bautismo como verdadera fuente de ministerios en la Iglesia, diversos a los ministerios que derivan del sacramento del orden. Estas mismas pautas progresistas son las que se hallan reiteradas e inmodificadas, tantos años después, en la Exhortación Apostólica sobre los Laicos, recientemente promulgada por el Papa Juan Pablo II. Si hay aquí progresos teológicos, tal es el mérito del progresismo. Pero en lo doctrinal mismo y, sobre todo en lo práctico, el progresismo se queda, una vez más, a mitad de camino.

Porque la presencia de las categorías «*ministerios ordenados*» y «*ministerios sin orden sagrado*» o «*ministerios confiados a los laicos*», como dijo Puebla y el actual Papa reitera, son refuerzo para la profunda brecha divisoria entre clérigos y laicos, ordenados y no ordenados. Ahí se alimenta la figura de ministerios principales y secundarios, ministerios constitutivos de la Iglesia y ministerios de laicos, que se perciben como de simple ayuda a la jerarquía para que ella realice su misión. Y eso en ciertas funciones y oficios marginales, sin entronque ni en la responsabilidad real en la Iglesia, ni en la transformación y cambio social y eclesial. Y no es porque entre el sacerdocio de los fieles y el ministerio conferido por el orden no haya o no deba haber diferencia esencial, sino porque esa diferencia esencial no quiere y no puede significar que los ministerios que fluyen del bautismo sean, con respecto a los que fluyen del orden, ministerios menores, inferiores, secundarios, menos impor-

tantes o menos constitutivos de la ministerialidad de la Iglesia. La diversidad de ministerio e igualdad de misión que el Papa ha reiterado, de inspirarse adecuadamente en la Escritura y en la verdad de la realidad, conduciría a una perspectiva de *funciones orgánicas, pero no inferiores ni superiores, en un cuerpo total, de única dignidad y de diversificada funcionalidad* (1Cor 12, 12-31).

Además, en la restauración ministerial progresista, el espacio para el ejercicio de los *nuevos ministerios* está circunscrito al servicio de la Palabra y del Altar; es decir, en un contexto de culto que delimita las funciones de los ministerios nuevos.

Se trata, pues, de ministerios litúrgicos, no de ministerios de misión y envío, de presencia y testimonio, de acción transformadora en la realidad misma de la sociedad y de la Iglesia. Tal es el caso del diácono, a quien se le señalan con detalle sus funciones rituales, sacramentales, litúrgicas y culturales, pero casi no sus responsabilidades apostólicas y verdaderamente ministeriales en un horizonte específico y propio de servicio a la comunidad eclesial y a la sociedad. Tal es el caso también del lector, a quien se le indica como responsabilidad y competencia hacer las lecturas en la asamblea litúrgica. Es el caso, en fin, del acólito, cuya tarea consistiría en ayudar al sacerdote y al diácono en la celebración eucarística, a semejanza del clásico monaguillo distraído. Una vez más se tiene la impresión de que el progresismo teológico-pastoral llega hasta sacudir el polvo a lo de siempre, pero no a innovar remando mar adentro, quizás en dirección de lo desconocido y de lo no sabido.

Entonces es lástima que el origen probable de los diáconos, como servicio a las mesas de los huérfanos y de las viudas (He 6, 1-7), no inspire la reestructuración de un diaconado para hoy, que oficie en medio del agudo conflicto social, de las ideologías opresoras, del reparto injusto, de las tenencias desafortadas, del mercantilismo y consumismo, de la marginalidad y del subdesarrollo, del desempleo y subempleo, del hambre cruel de las dos terceras partes de la humanidad. Es decepcionante que la práctica de la Iglesia antigua y que la misma semántica del vocablo «acólito» (*akulutho*, ofrezco compañía) no inspire un ministerio de acompañamiento y de consolación cristiana, allí donde se vive y se agoniza en el anonimato, en el desconuelo y en la soledad de una chabola, de un hospital, de una cárcel, de un asilo para indeseados. Es muy sensible, en fin, que el ministerio del lector venga a ser una función efímera y casi inocua, y no el ministerio del seglar especialista en la Palabra, que lee (*legit*) y que en-tiende (*intus-legit*) y por eso expone, enseña, ilumina, guía la iluminación de nuestras praxis cristianas, políticas y sociales con la luz indeficiente del Evangelio y de las Escrituras cristianas.

Por lo demás, el desequilibrio ministerial aumenta por la determinación de que el clérigo aspirante al presbiterado deba ser previamente equipado con los ministerios del lector, del acólito y del diácono. Porque aquello que en los laicos se supone que debe ser un ministerio permanente, sobre la base de un carisma discernido y serio y hasta de una formación responsable, en los clérigos pasa a ser un ministerio transitorio, requisito jurídico o método pedagógico para dos, seis meses o un año. Se llega así de nuevo a lo mismo que se rechazaba: a ese nominalismo vacío de ministerios tránsito que no se ejercen, para los que no existen ni idoneidad humana ni carisma correspondiente, como tampoco la responsabilidad ante la comunidad cristiana para un servicio eficaz, estable y permanente. Eso sin decir que uno tiene derecho a preguntarse por la razón teológica o dogmática de

que el clérigo haya de tener el carisma y la idoneidad ministerial propia del lector; a los pocos meses la de acólito; y en plazo breve la de diácono. Simplemente para que como presbítero sea como una colección ministerial. Y para si fueran ministerios reales, en el hombre orquesta y en un verdadero fenómeno de habilidades humanas y de carismas espirituales. Así hay quienes leen hoy la canónica y medieval *plenitud de potestad y plenitud del sacerdocio*.

Se han requerido, en fin, varios lustros antes de que la autoridad competente se decida a modificar la determinación de que los ministerios de laicos «según la venerable tradición de la Iglesia, se reservan a los solos varones». La cierta liberalidad hacia ministerios laicales femeninos, que afloró en el Sínodo de 1987, ha significado un incluir a la mujer en formas ministeriales que se perciben hoy en la Iglesia como menores y subalternas, y su definitiva exclusión de las formas ministeriales que se perciben como mayores, principales y constitutivas. Así los ministerios oficiales pueden seguir siendo como ciertos perfumes: *for men only*, sólo para hombres.

## EL DESPLAZAMIENTO PROGRESISTA DE «ARRIBA» HACIA «ABAJO»

Los ministros y ministerios de las Iglesias pobres son ministros y ministerios *de base*. Describirlos supone registrar las acciones ministeriales eclesiales de aquellos grupos humanos que sociológica y teológicamente pueden ser denominados *de base*. Esclarecerlos cuidadosamente es tanto más necesario, cuanto más persistente es la confusión que se origina por la habilidad del aparato eclesiástico para apropiarse de las categorías y de los vocablos, pero no de las realidades significadas por ellos. Es así como hoy cualquier teología progresista se etiqueta de *liberadora*. Los grupos más recalitrantes en la Iglesia se autodenominan de *comunidad y liberación*. Y cualquier clásica cofradía, asociación o movimiento se cobija con el prodigado término *de base*.

Los ministerios *de base* son los típicos del mundo de los pobres. Debemos caracterizarlos más adelante. Pero, es desde la experiencia *de base* y desde esa conceptualidad, desde donde debe medirse el alcance y las limitaciones transformadoras de la realidad que puedan tener, o no tener, esas otras prácticas ministeriales *nuevas* que, a su modo y desde sus contextos, estén siendo debloqueadoras de un ministerio eclesial que llegó a operar desde *arriba* y que hoy tiende a desplazarse hacia *abajo*.

La familia, por ejemplo, ha reconquistado un lugar sobresaliente en el horizonte ministerial de la Iglesia, a raíz de la renovada conciencia de que la familia constituye la primera célula de la sociedad y de la Iglesia, y que es verdaderamente «Iglesia doméstica». Entonces llega a ser también *primer sujeto ministerial* de la Iglesia en ese campo privilegiado del amor y del don de sí, del recíproco acompañamiento y perfeccionamiento humano y cristiano, de la educación de los niños y de su primera evangelización, del primer testimonio vital tanto humano como cristiano, de maestra primera de los valores, de las virtudes, de los hábitos de comunión, de participación, de solidaridad. Se trata de una ministerialidad nueva y de abajo, *laical y participativa*. Pero en ese progreso ministerial permanece totalmente indeterminado, no dicho y no abordado el tipo de sociedad y de Iglesia de la cual la familia ha de ser primera célula y primer núcleo ministerial. Y la determinación o indeterminación de asunto tan capital es un evidente condicionante de la calidad y de la orientación de los ministerios que se ejercen en

ese santuario que es la *Iglesia doméstica*. Porque si es núcleo primario y célula de una sociedad y de una Iglesia acrítica, instalada, nivelada con el orden imperante en lo socioeconómico y político-cultural, la familia ejercerá un ministerio educativo, evangelizador y transmisor de valores y de hábitos, ciertamente en forma nueva y desde abajo, pero en unión y continuidad, consciente o inconsciente, con lo que está siendo opresor, explotador y dominador, negante por sí mismo de lo fundamentalmente evangélico y liberador. Es que la responsabilidad ministerial de la Iglesia doméstica no puede estar desarticulada de su responsabilidad ética, política, social y cultural.

Algo similar debe señalarse con respecto a esa eclosión de *grupos y movimientos* que el Cardenal Ratzinger calificó de «nueva primavera pentecostal» y que, en su Informe sobre la Fe, viene a ser lo único positivo en ese panorama sombrío que él traza sobre la Iglesia del posconcilio. La tradicional Acción Católica, que antes del Concilio fue como la última oportunidad para la organización laical y para su tímido apostolado en dependencia de la jerarquía, ha conocido ahora una nueva versión en los grupos y movimientos de oración, renovación carismática, *focolari*, cursillos de cristiandad, comunión y liberación, talleres bíblicos, movimientos familiares y de esposos, comunidades de vida cristiana, grupos juveniles, institutos seculares, etcétera. Tal vez porque se caracterizan por la ausencia de mediaciones analíticas y de compromisos efectivos en el plano de la liberación de los pobres y de la transformación de estructuras abominables, estos grupos y movimientos son apoyados y dinamizados por el alto gobierno de la Iglesia, quizás como contrapartida a las Comunidades de Base y a una ministerialidad revolucionaria y transformadora de la realidad, tanto eclesial como social y política. Pero, de todas formas, en los grupos y movimientos debe reconocerse una ministerialidad nueva y de abajo que se desarrolla en los círculos generalmente pudientes en los que florecen estos movimientos y en la línea formativa de sus miembros, en lo celebrativo de su fe, en lo comunitario y participativo, en lo terapéutico grupal, en lo asistencial a los pobres y necesitados.

También las *parroquias*, tradicionales o progresistas, ensayan nuevas formas de participación ministerial desde el arriba clerical hacia lo de abajo laical. La catequesis presacramental de niños y de adultos corre, generalmente, por cuenta de muchachos y muchachas, de religiosas y señoras de la parroquia. Las celebraciones litúrgicas son servidas y animadas por lectores, cantores y monitores. En el tejido parroquial se entrecruzan los grupos juveniles, los talleres de expresión cultural y artística, los visitantes familiares, las brigadas de salud, los animadores de la recreación comunitaria y del deporte, los asesores sociológicos, los recolectores y distribuidores de víveres para las personas y los sustratos comunitarios más deprimidos, los voluntariados para autoconstrucción de vivienda o de servicios comunes. La pastoral profética y litúrgica y la pastoral social son los polos que aglutinan un trabajo mucho más de equipo que antes, más participativo e integrador de las cualidades y aptitudes de los miembros de las comunidades parroquiales para un trabajo común y articulado. Las parroquias ensayan incluso su transformación en red de comunidades menores y de grupos, que contrarresten el gigantismo territorial, el anonimato, la masificación, el burocratismo y la formalidad que fueron endemias en la parroquia, especialmente en la urbana. Entonces la parroquia renovada viene a ser como un oasis en medio del asolado panorama de nuestra sociedad con su drama político, económico y cultural. La parroquia progresis-

ta opera generalmente en medio del desempleo y subempleo de los parroquianos y de su pobreza casi absoluta, y convive o coexiste con las peores injusticias de un ordenamiento social, contrario a los valores que proclama el Evangelio del Reino. Y en tanto que la parroquia se renueva hacia dentro, el gran monstruo social permanece intacto e inalterado por la parroquia renovada y por los nuevos ministerios que, esta vez desde abajo, reeditan las mismas fallas de los modelos eclesiales clásicos y de los ministerios de siempre.

## EL DESPLAZAMIENTO MINISTERIAL DE «ARRIBA» Y DE «ABAJO» HACIA LA BASE

Si en el progresismo la nota característica ha sido el desplazamiento de ministerios de arriba hacia abajo, como queda ejemplificado, en la experiencia latinoamericana y tercermundista el desplazamiento se condensa en la expresión compleja y, para algunos confusa, de *opción por los pobres*. Y es porque los pobres, tanto en el sentido bíblico-teológico, como en el socioeconómico, constituyen la gran mayoría de los seguidores de Jesús, reunidos en Iglesia en nuestros países. Entonces la Iglesia tiene que pasar ineludiblemente por el asunto de la pobreza, sin que pueda permitirse el rodeo del judío y del sacerdote para no enfrentar la pavorosa situación del que cayó en manos de ladrones y salteadores que lo han dejado medio muerto. Desde entonces la Iglesia se reencuentra a sí misma como Iglesia pobre (*Ecclesia pauper*), Iglesia de los pobres (*Ecclesia pauperum*) e Iglesia liberadora de la miseria y de las condiciones inhumanas o infrahumanas de vida, que son incompatibles con la pobreza evangélica; que son el producto de ordenamientos sociales, políticos y económicos repudiados; y que son el medio de muerte en que se debaten las grandes mayorías en nuestros países.

No entramos aquí en el significado, alcance y consecuencias que debe tener la *opción por los pobres*. Pero sí deseamos que se trate de una opción hecha por una porción rica, instalada y satisfecha de la Iglesia, que se abaje paternalistamente hacia la otra porción de parias del destino. Como tampoco puede significar una melodramática opción sentimental y efímera, que lleve a condolerse del infortunio general de los pobres de Jesucristo, pero que no lleve a tomar opciones políticas y revolucionarias que subviertan las causas reales de la miseria, o que prescindan de las mediaciones socioanalíticas que develen los mecanismos de la opresión, o que no planifiquen las estrategias y las tácticas para organizar la esperanza cristiana de los pobres. Es que la opción por los pobres, sin la praxis de liberación de los pobres, es como el mercader inmensamente rico en agujas que le repitió a María el acostumbrado discurso erudito, teológico y ortodoxo sobre las bondades de dar y de ayudar, pero que no le prestó a la Madre de Jesús la aguja que encarecidamente solicitaba para remendar el vestido rasgado de su Hijo.

Por eso, en el marco de esa opción por los pobres, más o menos realista, debemos registrar un hondo y sintomático desplazamiento de ministerios de *arriba* y de *abajo* hacia la base empobrecida y subyugada.

Referimos, en primer lugar, el servicio y ministerio que está ejerciendo hoy ese incontable número de *maestros y enseñantes* en los diversos niveles y entidades -formales o no, eclesiásticas o no- en el campo de la educación popular. Implementan ellos una educación popular, una educación liberadora, no tanto para tener, sino para enseñar a ser. No tanto para escribir, sino para enseñar a escribir con toda la

autonomía de lo propio personal y cultural. No tanto para leer, sino para enseñar a leerse y a interpretar el gran texto de la vida y de nuestra historia. No para el goce narcista y economicista del saber, sino para enseñar a vivir en la solidaridad y participación. No para reeditar los mismos modelos sociales comprobadamente opresores, sino para enseñar a buscar otros posibles en estructuras más humanas y fraternas. En esa educación liberadora, cualitativamente diversa a la establecida, está presente el análisis crítico de nuestra realidad, la formación de la conciencia cívica y política y el diseño ético y moral de nuestras responsabilidades como hombres y como cristianos desde estos bajos fondos del submundo.

Además, los científicos sociales están ejerciendo un ministerio, tanto más repudiado y perseguido, cuanto más al servicio de la causa liberadora de los pobres. Los métodos y el saber de las ciencias crítico-sociales han sido puestos por ellos al servicio de la base para permitirle que lea la realidad económica, política y cultural de la que es víctima, y para que haga desde ahí las opciones políticas y estratégicas que exige el caminar liberador de los pobres. Ese camino de liberación humana y cristiana está pasando, pues, por el ministerio comprometido de los economistas, politólogos y sociólogos que, desde el *arriba* de sus ciencias, sirven al despertar de la base, a su formación y organización.

Los artistas, acercándose al alma popular, se han dado a la tarea de rescatar de las ruinas dejadas por nuestro genocidio cultural, el espíritu de nuestra América indígena. Se ha tratado de un verdadero rescate y liberación del hombre, secularmente subyugado por la conquista y la dominación y ahora por el neocolonialismo de las modas y de los modelos, de las ideologías y de las propagandas, de las músicas y parlas, de las visiones y de las religiones con que se aniquila y se sustituye lo nuestro: «nuestra raza, nuestros valores, nuestras expresiones, nuestra religiosidad, nuestra lengua y folklor, nuestra cultura y cosmovisión, nuestros mitos y nuestro talento. Ellos no son inferiores ni vergonzantes, sino diferentes y alternantes con las culturas de la metafísica, del consumismo y de la conciencia diferenciada, posiblemente incapaz para lo plástico y lo poético, para el mito y la ensoñación. El gran movimiento de nuestros artistas populares, pintores y músicos, escultores y literatos, es uno de los ministerios que hoy reconstruyen el ser del hombre pobre y débil, inmensamente rico en tradiciones y cosmovisiones, diversas al establecimiento y a la dominación.

Otros, desde el *arriba* de su tener, de su poder y saber, están oficiando ministerialmente en ese inmenso mundo de una *comunicación social* desde el pueblo y para el pueblo, por cierto en contravía de los canales oficiales de comunicación al servicio de la penetración ideológica y cultural. Su ministerio pone a disposición del pueblo y de la base ese libro y esa cartilla, ese mural y ese material de taller que concientiza y ejercita para la conciencia crítica, para el análisis de la realidad, para la educación hacia la liberación humana y cristiana.

El vertebral e insustituible *ministerio episcopal* de la Iglesia está reencontrando hoy su larga y bien ganada tradición de amor eficaz y de servicio evangélico en la gran causa de la liberación de los pobres de Jesucristo. Y si el pudor aconseja no escribir nombres, todos sabemos que la liberación de los pobres en las Iglesias de tercer mundo está pasando a través del servicio episcopal que se va desplazando desde *arriba* hacia la sede de los pobres y va dejando vacante la sede del *confort*, del honor y de las dignidades mundanas y vanas, así como la real o aparente alianza con los anti-

guos y modernos dominadores. Es que «ser obispo al estilo de Helder Cámara se puede ser con tranquilidad, porque así se arriesga la cabeza y el cuello por los pobres. Pero hay que pensar bien en dónde se hallan las sedes episcopales, o como se las quiera llamar hoy, en las que no conviene sentarse, aun cuando pueda demostrarse que son indispensables en la Iglesia». A su vez, el *ministerio de presbíteros* en esa misma línea de servicio evangélico liberador está engrosando el martirologio de nuestra América pobre, como el trigo en el zurco que asegura la espiga cargada de mañana.

El generalizado desplazamiento de los religiosos, hombres y mujeres, hacia la inserción en el corazón de mundo marginado y empobrecido está demostrando su anterior aburguesamiento y su preferente atención apostólica al mundo de *arriba*, opulento y pudiente. Va mostrando también los niveles de compromiso cierto y eficaz, en los que hay desde ese periférico y externo cohabitar geográfico con los pobres, no carente de ilusionismo y vanguardismo inoperante, hasta esa renuncia real al poder y al tener que vuelve a hacer del religioso y de la religiosa un pobre de Jesucristo que camina con los pobres, hombro con hombro, en la tortuosa calle de la subyugación y de la liberación. Desde ahí, los religiosos, hombres y mujeres, están reeditando esas formas de servicio ministerial en que fueron insignes, según sus carismas, y que van desde la cama del hospital hasta la educación de la juventud trabajadora, desde la cárcel hasta el ancianato o hasta la misión perdida con nuestros indígenas. Otros no reeditan, sino que ensayan nuevas formas de presencia ministerial en las resbalosas fronteras de lo político, en el cruce peligroso de las ideologías y en los círculos de notables que debaten y deciden la suerte de los débiles.

Registramos, en fin, el servicio o ministerio de los teólogos de profesión y oficio que están siendo evangelizados por los pobres y que entonces reorientan su ministerio hacia una teología narrativa, de raigambre popular, acompañante de los procesos de la gente del pueblo, y no por ello menos rigurosa y científica. Muchos teólogos del tercer mundo entregan su ciencia, el poder de su saber, su tiempo y su prestigio convertido en desprestigio, al servicio incondicional de los pobres de Jesucristo y a su dignificación humana y cristiana. Muchos teólogos de *arriba* se hacen de *abajo*, piensan y sienten como la base, se identifican en vida e intereses con ella y, a través de un ministerio teológico perseguido y martirizado, devuelven paulatinamente al pueblo la usurpada prerrogativa de hacer teología.

## LOS MINISTERIOS DE LA BASE

Las personas, grupos y comunidades de *arriba* o de *abajo* o que trabajan en la perspectiva de la base están ejerciendo hoy una ministerialidad amplia, benéfica, diversificada y renovadora de la usual ministerialidad de la Iglesia, que fue casi siempre clerical, no laical, no participativa, no comunal.

Esa ministerialidad, que anteriormente hemos ejemplificado, no puede llamarse ni ser confundida con los ministerios de la base, siguiendo a Puebla, piensan algunos que la base es cuestión de números y no de calidad. Puebla, en efecto, en ese lugar en que describe su concepción de las Comunidades Eclesiales de Base, trasmite una concepción de base como «estar constituida por pocos miembros, a manera de célula de la gran comunidad». Con tal criterio cuantitativo, estas comunidades podrían darse lo mismo abajo que arriba.

Debemos afirmar que la base no es lo de arriba y que se debe ser respetuoso, no solamente con la semántica de los vocablos, sino sobre todo con las realidades por ellos significadas. Tampoco es simplemente lo de abajo. Es que lo de abajo puede estar, y de hecho está muchas veces, en una misma línea ideológica, política, económica y potestativa con lo de arriba. En el caso de los ministerios eclesiales de abajo, observemos que entran, más de una vez, en línea de convergencia, de dependencia, de representatividad, de derivación, de participación y afinidad con los usuales ministerios de arriba. Los de abajo pudieran ser ministerios nuevos, pero no diversos.

No son cualitativamente de base quienes en la comunidad civil o en la eclesial detentan el poder, el saber, los medios de producción, los resortes de las ideologías, los canales de la información, el aparato burocrático y administrativo, las instancias de decisión. La base es tal, precisamente porque está desprovista de todo eso. He ahí los elementos fundamentales de lo que puede y debe ser entendido por base en el plano sociológico.

En el plano teológico son inequívocamente grupos y comunidades de base los que están conformados por esos hombres y mujeres, pobres y creyentes, de tercer mundo, que ejercen su sacerdocio y ministerialidad, es decir, su servicio evangélico y fraterno, en el altar de nuestra cruda y amarga realidad social, económica y política. Allí viven y padecen por instaurar los valores fundamentales del Reinado de Dios, evangelizados por Jesucristo y servidos por la Iglesia. Por eso, característica inconfundible de los grupos y comunidades de base es la articulación de sus servicios ministeriales con el estilo y los compromisos de vida y de praxis transformadora en el horizonte de la liberación humana, presente y trascendente.

Sociológica y teológicamente, lo ministerial de la base se resuelve en *quiénes* y en el *qué tipo de acciones* ministeriales, profundamente eclesiales y profundamente liberadoras, se están poniendo hoy en la Iglesia, de cara a la situación del submundo.

## Los ministerios en el movimiento popular

No hace falta suscribir la tesis de la lucha de clases como motor de la historia para darse cuenta de la significación histórica, pasada y presente, de los movimientos populares, como la gran reserva de las bases frente a las hegemonías, autoritarismos, imperialismos y monarquismos, ajenos a la participación ciudadana y a la democracia. El levantamiento anárquico u orgánico contra el imperio, la organización de los esclavos, las guerras de campesinos, los levantamientos obreros y los actuales movimientos de liberación son hijos legítimos de las tiranías y dictaduras, de las hegemonías de nobles y aristócratas, de los regímenes de terror y de los inhumanos desarrollos capitalistas.

El movimiento popular busca los necesarios espacios para ser, para pensar y actuar frente al ahogamiento de las libertades o a la restricción de las mismas. Persigue la apertura democrática, más allá de los canales permitidos por los amos desde arriba. Busca la liberación de insoportables condiciones de vida por tributos, cargas e impuestos o carencia extrema. Organiza el poder popular, frente al comportamiento hegemónico de los fuertes sobre los débiles.

En la América pobre el complejo movimiento popular se expresa, en primer lugar, por ese incipiente pero vigoroso *sindicalismo obrero*, cobijado hoy por un verdadero mar de siglas que identifican a las federaciones y confedera-



ciones nacionales e internacionales. En segundo lugar se expresa por los movimientos populares de *tipo gremial*, tales como el de los educadores, de los trabajadores del cobre o del carbón, los estivadores, las federaciones agrarias y campesinas, las asociaciones de usuarios y consumidores. El movimiento popular se canaliza, en fin, por la *acción comunal* para la construcción comunitaria de vivienda popular, la organización del trabajo comunitario, la microempresa y la cooperativa, la gestión comunitaria de la escuela primaria y del jardín infantil para hijos de madres trabajadoras, el dispensario mínimo de salud y urgencias, la construcción de pequeños acueductos y caminos veredales, la defensa cívica, las juntas de mejoras y ornato.

La Iglesia de Jesucristo, si no ha de construirse en las nubes, sino en la carne y en los huesos de la humanidad y, particularmente, en el sudor y las lágrimas del mundo pobre, deberá encontrar la significación profundamente válida, aunque anónima, de la gran ministerialidad liberadora que, a su modo, está ejerciendo hoy el movimiento popular en la liberación de los pobres de la tierra. Y no es que estemos alargando el término *ministerio eclesial* para cobijar con él todo servicio, toda acción humanitaria, toda profesión y oficio. Lo que no podemos es restringirlo al espacio acostumbrado de lo clerical, sin reconocer la ministerialidad hondamente cristiana, rotundamente evangélica y liberadora ejercida, hoy como ayer, por ese buen samaritano, ajeno precisamente a la consabida ortodoxia religiosa y a las castas sacerdotales oficiales.

La salvación de Nuestro Señor Jesucristo, su gracia y su redención pasan por el centro mismo de la historia humana. Y antes de que podamos etiquetar y controlar los canales oficiales por los que discurre la gracia y la salvación, debemos confesar sin reticencia que la semilla pequeña del Reino crece allí donde no lo sabemos y a la hora que menos lo pensemos. Sea que velemos o durmamos, consciente o inconscientemente, la semilla del Reino crece en surcos no inventariados y pastoralmente no regados, pero en los que el buen Sembrador también ha sembrado. La salvación abundante, temporal y eterna, está pasando a través de los rostros curtidos, de las manos callosas y de los pies polvorientos de los obreros, de los campesinos y de los marginados, tal vez inconscientes ellos mismos de la significación admirable de sus vidas y de su acción para la liberación humana y cristiana y, en definitiva, para el Reino y Reinado de Dios.

En ese mismo horizonte, el *movimiento indígena* que está recorriendo al continente en la coyuntura de los 500 años de la conquista y de la evangelización primera, se organiza para exigir el respeto de sus tierras infinitamente diezmadas, de su cultura alevosamente avasallada, de su lengua sacrilegamente despreciada, de sus valores violentamente sustituidos y amenazados, de su religión injustamente mal leída y despreciativamente exorcizada. De nuevo debe leerse ahí esa ministerialidad de base, anónima pero genuina, cualitativamente diferente a la acostumbrada, al servicio del más débil entre los débiles, desde el centro del espíritu y de la letra del Evangelio de Jesucristo y en continuidad con la genuina evangelización liberadora, que no fue ajena a la Iglesia de Jesucristo en nuestro medio.

### Los ministerios en las Comunidades Eclesiales de Base

Si nos hemos referido al movimiento popular e indígena y a su posible, aunque anónima, ministerialidad de

base es porque el Reino de Dios es más amplio que la Iglesia visible y su contenido primero es todo lo que es fruto de la verdad, justicia y amor, donde quiera que eso acontezca. Igualmente, su realización es obra del Espíritu a través de los cristianos, más también a través de todo hombre de buena voluntad.

Por lo demás, es claro que hoy, en la práctica, las CEB, que congregan a las personas pobres y simples de la zona rural y de la periferia, necesitan situarse ante los movimientos populares que recientemente han surgido como instrumento de las luchas del pueblo por una sociedad más justa. Y este *situarse* ante los movimientos populares conlleva, tanto el «no destruir los lazos fraternos», como el «mantener claramente la distinción entre CEB y movimientos populares».

No es este el espacio para presentar toda la configuración sociológica y eclesiológica de las Comunidades de Base. Son ya incontables los documentos eclesiásticos de todo nivel que han procurado diseñar el justo perfil de lo que es o debe ser una Comunidad Eclesial de Base. La bibliografía teológica al respecto es abundantísima. Tal vez un particular relieve pueda tener el Documento del Consejo Permanente de la Conferencia Nacional de Obispos del Brasil.

El asunto que nos compete es el de la ministerialidad. Y ello toca más directamente a la misión y al hacer de la Comunidad, antes que a su constitución y a su ser. Pero si hubiéramos de afirmar, como dijeron los clásicos, que el hacer se especifica por el ser y la misión por la constitución, entonces habrá que enfatizar lo que hemos venido diciendo. La comunidad Eclesial de Base es *de base*. No es de arriba, ni de abajo, ni siquiera *de abajo con interés de base*. Es lisa y llanamente de base, vale decir, constituida, no tanto por pocos miembros estables (criterio cuantitativo), sino por aquellos que social y eclesialmente carecen del poder, del saber y del tener. En esa condición son Iglesia de Jesucristo por su misericordiosa convocación. Y desde ahí articulan su vida humana y cristiana con las prácticas de liberación, que son exigencia absoluta de su seguimiento histórico del Crucificado Resucitado (criterio cualitativo).

Además, ciertamente la Comunidad Eclesial de Base no es ninguno de los movimientos anteriormente descritos. Simplemente porque ella «no es un movimiento, sino la nueva forma de ser Iglesia», o «la forma más excelente de realización del ideal de la comunidad eclesial», o «la primera célula del gran organismo eclesial», o, como dice Medellín, «la célula inicial de la estructuración eclesial». Por eso, debido a esa radical eclesialidad que le es propia, la Comunidad Eclesial de Base conserva las características fundamentales que Cristo quiso dar a la comunidad eclesial.

Esas características pueden esbozarse sintéticamente. Porque la Comunidad Eclesial de Base es la Iglesia, es decir, elemento inseparable del plan o *economía de salvación*, misterio revelado en Jesucristo; institución que tuvo origen en la persona histórica de Jesús de Nazaret; comunidad de hermanos, comunión de los santos, congregación de los fieles, históricamente situados, convocados y reunidos por Jesucristo, en virtud y a imagen de la Trinidad, para ser signo e instrumento de la comunión íntima con Dios y con los hermanos.

La Comunidad Eclesial de Base es, además, uno, aunque el más excelente, de los modelos históricos o formas de ser, que la única Iglesia de Jesucristo ha asumido a través de una larga tradición bimilenaria. Tal modelo es el de Iglesia de los Pobres en el sentido teológico y sociológico de irrenunciabiles raíces populares. Es también el modelo Iglesia Li-

beradora, frente a las mordientes realidades de índole económica, política y cultural.

La Comunidad Eclesial de Base es la Iglesia que reencuentra en el Bautismo en Cristo y en la Confirmación en su Espíritu la raíz esencial de su consagración y misión. Por ello, la Comunidad de Base es Iglesia que se percibe como esencial y totalmente ministerial; debido a los dones de gracia para el ministerio (carismas) con los que el Señor enriquece a la comunidad. De ahí que los cristianos de la Comunidad de Base tienen y ejercen una ministerialidad que les es propia, no delegada de arriba, no representativa de arriba, no repetitiva de la ministerialidad usual de arriba. Sin que eso pueda significar o hacer suponer que la constitución y la misión de la Comunidad Eclesial de Base no entra en la comunión de fe y caridad, de vida sacramental y disciplinar con la Iglesia total de Jesucristo, que camina hacia el Padre dirigida por «aquellos que el Espíritu Santo puso para pastorear la Iglesia» (He 20, 28).

En las Comunidades Eclesiales de Base, de su eclesialidad fluye su ministerialidad; y una ministerialidad que, por ser de base, construye una nueva eclesialidad o nueva forma de ser la única Iglesia de Jesucristo. Además, de su radical condición de base fluye una ministerialidad que es cualitativamente diversa a la usual de arriba o progresista de abajo. Y, en fin, de su rotunda eclesialidad fluye una ministerialidad también cualitativamente diversa a la posible de los movimientos populares de base que, como las CEB mismas, están empeñados en luchas históricas de liberación.

¿De qué ministerialidad eclesial de base se trata? De una ministerialidad inherente a las características propias de las CEB. No desbordándonos hacia la caracterización típicamente eclesial y comunitaria de la ministerialidad de las CEB, aproximemos aquí descriptivamente sus más destacadas prácticas ministeriales de base.

*\* Ministerio de interpretación y de discernimiento, característico de las Comunidades, es su esfuerzo por una lectura racional y una reflexión creyente del texto de la vida y de la historia, de la situación, de la institución, del sistema, de la marginalidad, del subdesarrollo y de sus causas. Esta práctica se denomina generalmente análisis de realidad. Y tiene como finalidad el auscultar la locución de Dios desde los acontecimientos de la historia, y discernir ahí mismo la presencia del misterio de iniquidad, como fuerza de muerte contrario al plan salvador y liberador del Señor de la Vida.*



# LA IGLESIA ANTE EL FENÓMENO SOCIAL DE LAS SECTAS

Antonio González Dorado  
Profesor de teología en Granada. Asesor del CELAM

Durante los últimos años, la multiplicación y proliferación de las sectas<sup>1</sup> se han constituido en un importante fenómeno social en pleno desarrollo. El hecho no se reduce a España, ya que podemos detectarlo en casi todas las partes del mundo. Lógicamente este acontecimiento ha despertado la preocupación de la Iglesia. Pero lo más significativo es que en naciones, en las que constitucionalmente se afirma como fundamental la libertad religiosa, los gobiernos comienzan a inquietarse principalmente ante las denominadas sectas destructivas<sup>2</sup>.

Dada la variedad y multiplicidad de las sectas, el hecho es demasiado complejo para abarcarlo bajo todos sus aspectos. En este artículo sólo pretendo colaborar en la reflexión que inconscientemente las sectas desencadenan en nuestra Iglesia, y precisamente en un período en el que se siente urgida por las consignas de la renovación y de la adaptación dadas por el Concilio Vaticano II.

## LA BUSQUEDA DE UNA NUEVA RELIGIOSIDAD

Independientemente del contenido y modo de realizarse de cada una de las sectas, lo significativo sociológicamente es el importante número de personas que se vinculan a ellas, muchas procedentes, al menos por razón de su bautismo, de nuestra Iglesia católica y de otras Iglesias históricas. Sin duda han de ser varios los factores sociales y múltiples las motivaciones personales que impulsan este fenómeno social<sup>3</sup>.

La positiva conquista del valor de la libertad y, más específicamente, de la libertad religiosa alcanzada por la modernidad y la secularización, facilita todo tipo de corrientes religiosas. Pero no es un factor suficiente para explicarlos. Probablemente, como ha sugerido Jean-Marie Mayer, la causa más determinante de la marcha a las sectas es, en nuestros ambientes, la búsqueda de una nueva religiosidad o de una nueva espiritualidad<sup>4</sup>, tema que recientemente ha sido analizado por J. Sudbrack<sup>5</sup>. Nos encontramos ante una actitud religiosa que enfrenta simultáneamente las limitaciones de nuestra cultura dominante y las deficiencias y esclerosis de las Iglesias y religiones históricas.

## De la modernidad a la posmodernidad

El nuevo momento cultural, en nuestras sociedades europeas, denominado postmodernidad, supone una crisis de la modernidad y una revisión de sus postulados, de sus valores y de sus sistemas. Hoy se encuentran cuestionados el marxismo de izquierdas y el positivismo de derechas, e incluso el mismo racionalismo cerrado sobre el que se sustentaban. La razón tiende a hacerse más *razonable*, sapiencial y humana.

Dentro de este contexto no sólo se someten a discusión las clásicas y decimonónicas tesis sobre la religión, sino que comienzan a advertirse importantes movimientos humanos que buscan en la fe, la espiritualidad y la religión caminos de salvación, de liberación y de plena realización. Esto es lo que muchos esperan encontrar en las sectas. Pero, ¿por qué en las sectas?

## El hombre religioso actual ante las Iglesias históricas

Lo que no debemos ignorar es que estos movimientos sociales, que buscan una religiosidad y una espiritualidad nuevas, se encarnan en generaciones que han asumido culturalmente los valores positivos de la modernidad y el nuevo estilo de vida de la posmodernidad, manteniendo una postura de crítica e insatisfacción, no siempre plenamente clarificada, frente a las desviaciones y limitaciones del medio ambiente, en el que se desenvuelven. Buscan una religión que sintonice con su manera de ser, y que responda a sus más profundas aspiraciones y necesidades, que con frecuencia son desatendidas e incluso reprimidas por la sociedad en la que viven.

Pero es precisamente esta sana orientación la que puede hacerles entrar en conflicto con las Iglesias históricas, originando que personas que en ellas nacieron y en ellas fueron bautizadas busquen una alternativa a sus aspiraciones en las sectas. En efecto, las Iglesias históricas fácilmente se encuentran sometidas a determinados riesgos en su expresión existencial, debidos al peso de los siglos y a la acumulación de experiencias, no siempre oportunamente discernidos.

El primero de estos riesgos es el visualizarse y el insistir más en su dimensión institucional, con su correspondiente peso legal y jurídico, que en la entidad profunda de su ser como fuente de vida y espíritu para los hombres. En nuestro mundo de hoy existe una decidida tendencia a aligerar la fuerte carga institucional que impuso la modernidad, y en el ámbito religioso prevalece la prioridad por el encuentro con las fuentes de agua viva.

Otro riesgo de la Iglesia histórica es la resistencia conservadora a mantener como intocables expresiones religiosas, normas eclesíásticas y estilos de vida que no tienen su origen en el Evangelio, sino que fueron elaborados para otras culturas en su plurisecular paso por la historia. El hombre de hoy es consciente de que tales culturas quedaron ya superadas y espera, con la expresión de Pablo VI, una Iglesia rejuvenecida, es decir, fiel al Evangelio e inculcada en la cultura actual. La falta de adaptación de la Iglesia histórica le hace al hombre moderno recordar con insistencia las páginas negras de la historia de estas Iglesias, y el temor de que puedan reproducirse en el futuro.

Todos estos factores, unidos con frecuencia a una deficiente formación cristiana, explican o pueden explicar el corrimiento de no pocos creyentes al mundo de las

sectas, que aparecen ante ellos como una novedad salvífica y religiosa más acorde con sus aspiraciones y en mayor sintonía con su manera de ser.

## Actitud evangélica ante el fenómeno de las sectas

La Iglesia y las Iglesias necesitan conocer las nuevas sectas que van apareciendo para orientarse sobre ellas, e incluso para tener las oportunas intervenciones cuando algunas aparezcan como destructivas. Fuera de estos casos, siempre se debe mantener una postura ecuménica con ellas, aunque positivamente la rechacen. El ecumenismo es una exigencia evangélica ante el «otro-religioso». Pero me parece más importante el saber recoger el mensaje que nos envían las sectas.

Hoy solemos insistir en la corriente de laicismo agresivo y militante que todavía se advierte en Europa y especialmente en determinados sectores españoles. Pero, en realidad, se trata ya de un fenómeno trasnochado y decimonónico, que pertenece al pasado. La posmodernidad abre paso a dos nuevas tendencias: la indiferencia ante lo religioso, como ha subrayado Lipovetsky<sup>6</sup>, y los impulsos hacia una nueva religiosidad o espiritualidad, como ya hemos indicado anteriormente. Son dos dimensiones que pretenden desarrollarse en un ambiente de respeto mutuo e incluso de diálogo. La atracción de las sectas nos ayuda para descubrir el empuje del nuevo movimiento religioso e incluso para poder comprender sus aspiraciones internas, que no implican un rechazo del Evangelio, aunque sí la exigencia de una Iglesia nueva en su ardor, en sus métodos y en su expresión, para recordar la conocida consigna de Juan Pablo II.

Pero, ¿cómo debe ser esa Iglesia? Creo que, teniendo en cuenta las diferencias, debemos aplicar a las sectas el mismo principio que establecía S. Pablo en el momento de la controversia entre cristianos y judíos: «Considerando el Evangelio, son enemigos para ventaja nuestra» (Rom 11,28).

Ciertas virtualidades de convocación de algunas sectas y de sintonía con los nuevos movimientos religiosos nos ayudan para iluminar nuestros vacíos, nuestros errores y desorientaciones pastorales y misioneros, impulsándonos a una fidelidad mayor al Evangelio que nos abra a la renovación y adaptación de la Iglesia, algo tan deseado y tan añorado durante estos años.

## LAS SECTAS Y LOS VACIOS PASTORALES

La experiencia nos da que los vacíos pastorales y misioneros, donde la Iglesia no se hace prácticamente presente, suelen ser lugares privilegiados para la implantación y el desarrollo rápido de las sectas. Lo que nos ayuda a descubrir el potencial religioso que se oculta en dichos ambientes. Esto nos abre a una pregunta: ¿por qué nuestra ausencia evangelizadora en tales espacios? Sólo ofrezco algunas sugerencias.

## Vacios geográficos: periferia de la Iglesia organizada

El hecho suele advertirse sobre todo en las grandes parroquias, y suele aducirse como justificación la falta de sacerdotes, fenómeno que previsiblemente cada vez va a ser más agudo en los próximos años. Pero detrás de esta explicación subyace una mentalidad clericalista de la Iglesia, que todavía no ha sabido asumir operativamente la vocación, mi-

sión y posibilidades de los laicos, reconociendo los amplios márgenes de autonomía, creatividad y corresponsabilidad que les pertenecen en el ejercicio de su participación en la actividad eclesial.

Más aún, encuentro un segundo problema de no menor importancia: el rígido centralismo geográfico de la iglesia parroquial, donde tienden a concentrarse todos los servicios pastorales, culturales y administrativos. Esto marca una pervivencia de una organización de la época de cristiandad y de una cultura rural, en la que denominaban los pueblos reducidos y de pocos habitantes. Hoy se hace necesaria una descentralización y un impulso de las parroquias a promover iglesias domésticas al estilo de S. Pablo, en las que puedan desarrollarse con más facilidad las comunidades cristianas. En ciertos sitios ya se tiene una larga experiencia de las comunidades eclesiales de base. En algunas de las sectas encontramos mucha mayor agilidad frente a estas necesidades que en la Iglesia histórica.

### Vacíos culturales: ausencias de inculturación

También nos encontramos con importantes vacíos pastorales en determinados ambientes culturales. Entre ellos sobresalen el mundo de los científicos, el sector obrero y algunas minorías étnicas, como es el caso de los gitanos.

En los ambientes científicos el vacío comenzó a producirse a partir de la Ilustración. La afirmación de la autonomía de la razón, acompañada de la correspondiente secularización, es decir, de su liberación del tradicional control eclesiástico<sup>7</sup>, no fue oportunamente comprendido por la Iglesia.

Esto originó unas relaciones conflictivas entre científicos y eclesiásticos, que impidieron un sabio y constructivo diálogo. La consecuencia fue un distanciamiento cargado de desconfianzas y agresividades mutuas, cuyas secuelas todavía seguimos percibiendo.

Un fenómeno similar ha acontecido con el mundo obrero. Las radicalizadas ideologías, que envolvieron desde su nacimiento al movimiento obrero, coincidieron con fuertes corrientes restauracionistas en el interior de la Iglesia. Así se originó un enfrentamiento, con su consiguiente vacío. Sólo el progresivo desarrollo de la doctrina social de la Iglesia, el surgimiento de los sacerdotes obreros, el diálogo entre marxismo y cristianismo y la reciente Teología de la Liberación han ido consiguiendo reconstruir los puentes de comunicación, incluso con sorprendentes resultados en algunas zonas del mundo. Curiosamente en este sector han tenido menos éxito las sectas.

Otro vacío se advierte ante determinadas minorías étnicas, y, en nuestro caso, ante los gitanos. Probablemente han influido nuestro desconocimiento de la cultura y de la religiosidad gitanas, así como una inconfesada tendencia integracionista con pretensiones de incorporarlas a la cultura y a la eclesialidad «payas». Sin embargo, los «Aleluyas» han sabido canalizar el rico potencial religioso que subyace en las comunidades gitanas y sintonizar con él<sup>8</sup>.

Hoy corremos el peligro de abrir una nueva brecha entre la Iglesia y los amplios sectores de la religiosidad popular. Son claras algunas de las insuficiencias, desviaciones e incoherencias de esta religiosidad, e incluso las manipulaciones de las que está siendo objeto con la tendencia a reducirla a un folklorismo religioso. Pero quizás tampoco nos estamos tomando la molestia de descubrir el trasfondo positivo que la sustenta, ni de preguntarnos si, para determina-

dos sectores, no sintoniza más con la nueva religiosidad del hombre posmoderno que las alternativas que de nuevo los clérigos hemos elaborado en nuestros laboratorios pastorales.

Quiero dejar aclarado que estas reflexiones no se encuentran motivadas por una inquietud proselitista indiscriminada, sino por el deseo de una renovación de la Iglesia que le permita un más fácil acercamiento entre el Evangelio y los hombres de hoy, dada que ésta es su misión y la razón histórica de su existencia, como ya dejó clarificado Pablo VI.

### SINTONIA PASTORAL Y MISIONERA CON LA NUEVA RELIGIOSIDAD

Es importante la demolición de los muros que separan a la Iglesia de determinados sectores sociales y culturales. Pero también son necesarios un nuevo estilo de Iglesia y una revisión de sus orientaciones pastorales. Bühlman ha destacado las numerosas defecciones que se están produciendo en la Iglesia históricas, el incremento de falta de asistencia a sus celebraciones culturales, el distanciamiento entre las orientaciones de sus autoridades y la vida de los fieles<sup>9</sup>. No es un problema sólo de los alejados, sino también de los creyentes, que hasta hace pocos años se sentían perfectamente integrados en sus comunidades eclesiales. Esto nos hace preguntarnos: ¿qué sucede en la Iglesia?

Más aún, muchos de estos fieles marchan hacia las sectas, unas veces tras una franca ruptura con su Iglesia original, y otras manteniendo la ambigüedad de una doble pertenencia. ¿Qué han encontrado en las sectas que no hallan en sus propias Iglesias? Algunas de las sectas y algunas de sus ofertas nos permiten clarificar un grupo de respuestas a nuestra pregunta.

### La necesidad de la experiencia de una fe salvífica y liberadora

En la época de cristiandad, la fe era un presupuesto para todos los que nacían en el ámbito de la Iglesia. Por eso, de una manera simplificada, la catequesis se reducía a enseñar lo que se tenía que creer y lo que se tenía que vivir, normas de vida y leyes de la comunidad cristiana. La coherencia con este esquema definía al buen cristiano.

Ese modelo de transmisión del cristianismo y de pertenencia a él aparece ante el hombre moderno como una jaula opresiva y programada que le impide volar. El impulso de la nueva religiosidad suscita en él la necesidad de una experiencia de conversión personal, permanente, gratuita y libre. Busca una fe en la que primariamente sobresalga su fuerza salvífica y liberadora, sanante y elevante de su propia personalidad en el horizonte del amor proclamado por el Reino de Dios. Teológicamente podemos afirmar que siente la urgencia de participar de la experiencia de Pablo y de las primeras comunidades cristianas. Quizás ésta sea la oferta más importante y sugestiva que muchos encuentran en algunas sectas.

Las que tienen raíces cristianas suelen priorizar una predicación testimonial, proclamadora de Jesús y de su fuerza salvadora, enfrentando esta fuerza de las necesidades y problemas de los oyentes. Vuelve a actualizarse la palabra de S. Pablo a su carcelero en Filipos: «Crece en Cristo Salvador, y tú y tu familia seréis salvos». De ahí también su insistencia en comentar la Biblia y comunicarla como fuente de alimento. Este tipo de orientación, aunque libera a la predicación de una carga racionalista y excesivamente didáctica,

incide con frecuencia en un cerrado y peligroso fundamentalismo. Pero las desviaciones no deben ocultar el acierto de sintonía.

Algunas de las sectas de origen oriental propician, con objetivos similares, el camino de la oración contemplativa y trascendental, con sistemas distintos, según las secuelas de las que proceden. En ellas la fe se hace experiencia en una oración liberadora.

Nos encontramos ante un importante capítulo para revisar nuestros catecumenados y nuestras homilias. Conviene recordar un dicho del pasado siglo: «En Francia cada domingo se predicaban 40.000 homilias, y a pesar de todo Francia continúa siendo católica».

### **Pastoral de crecimiento y estructuras de servicio**

Institucionalismo y legalismo son dos actitudes que han entrado en crisis en nuestra cultura actual, como lo demuestran la sensibilidad ante los derechos humanos y la promoción de la dignidad de la persona. Esta postura del hombre moderno se agudiza, e incluso se radicaliza, al entrar en contacto con el ámbito religioso.

Y es lógico. Al esperar de la revelación del Misterio y de la experiencia de la fe una fuerza salvífica y liberadora, exige consecuentemente que la institución que la proclama y expresa, tanto en sus actividades como en su estructura y organización, aparezca animada por los mismos dinamismos de la fe. Se rechaza un servicio de la fe intransigentemente legalista y coactivo. No se entiende la figura del pastor o del maestro espiritual identificado con la imagen del juez o del policía. Se le busca como orientador; como médico paciente, comprensivo y humano; como amigo y hermano que ayuda y colabora en un constante crecimiento, flaqueado con frecuencia por problemas muchas veces inesperados y difíciles de superar. En el fondo se añora la imagen del Buen Pastor.

Hoy se aspira en las instituciones a estructuras y organizaciones ágiles y sencillas, funcionales y claramente orientadas al servicio de toda la comunidad y de cada uno de sus miembros, favorecedoras del diálogo y de la participación de todos. Cuando éstas se hacen demasiado complejas, se teme la hipertrofia de la burocracia, que tiende a esclerosar la institución y a dificultar los verdaderos servicios que la comunidad y sus miembros necesitan. Decididamente la nueva religiosidad pretende encontrar este sistema en las entidades religiosas.

En las Iglesias históricas es donde existe un mayor peligro, a todos los niveles, de mantener una desmesurada carga de estructuras y organizaciones, acumuladas a través de los siglos, cuando muchas de ellas ya han perdido su funcionalidad. Con relación a la Iglesia Católica, Pablo VI, en la *Eclesiam suam*, ya pidió una revisión en este campo. Pero todavía, incluso en muchas parroquias, continuamos observando las dificultades pastorales que genera el burocratismo, como estilo de actuar y de relacionarse.

Las sectas, con frecuencia, aparecen desprovistas de esta pesada armadura, pero tampoco faltan otras marcadamente legalistas y rígidas, a las que fácilmente se acogen personas inseguras y necesitadas de asumir un férreo dirigismo exterior.

### **Del cumplimiento cultural a la celebración litúrgica**

El predominio de la teoría legalista del cumplimiento cultural ha sido una de las causas de mayor deterioro

de las Iglesias históricas. Obviamente, dentro de dicho esquema se mantiene la importancia de determinadas acciones culturales, pero subrayando más su dimensión objetiva que la subjetivo-celebrativa. Así nace un estilo: los fieles van a cumplir, y los ministros realizan la función que les corresponde. El resultado es la aparición de un círculo conflictivo y vicioso entre cumplidores y funcionarios, que termina deteriorando el valor y la trascendencia de la vida litúrgica.

Un hecho en que se muestra esta realidad es la frecuente preocupación, tanto de sacerdotes como de laicos, por abreviar las celebraciones litúrgicas, aunque sea por distintas motivaciones. Lo mismo aparece en la progresiva desvaloración de los sacramentos de la reconciliación y de la unción de enfermos, e incluso en la erosión que quizá ya inadvertidamente comience a padecer el mismo bautismo. En la nueva religiosidad hay una alergia frente al mero cumplimiento. En ella se ha concientizado el adagio del siglo XVII: Cumplimiento viene de cumplimiento y miento.

La mayoría de las sectas celebran comunitaria y festivamente el ingreso de los nuevos adeptos, los cultos de iniciación, los encuentros para la oración y para la escucha de la palabra de Dios. La importancia de estos acontecimientos queda así expresada en una verdadera celebración. Es el mismo fenómeno que aparece en las expresiones más significativas de la religiosidad popular. Pero esto sólo se hace posible en un ambiente de comunidades auténticas y vivas.

### **De la masificación religiosa a la experiencia comunitaria**

Anonimato, aislamiento, soledad y masificación en ambientes cada vez más planificados y organizados son características de nuestro mundo de hoy. Como compensación higiénica, sobre todo en las sociedades de la abundancia, se ofrecen tiempos de ocio cada vez más amplios, y se impulsa a los ciudadanos a todo tipo de diversión placentera, sin la necesidad de asumir responsabilidades. Pero en muchas personas brota otra alternativa como una necesidad: la experiencia comunitaria, y se aspira a ella con una concepción determinada de comunidad: comunidad libremente elegida; donde las personas se conocen, se respetan, se ayudan, se apoyan; ambiente favorable a la participación y al diálogo; agrupación donde, dentro de un marco reconocido, se proyecta y se decide en común.

La nueva religiosidad rechaza tanto la masificación como el intimismo y la privatización de la religión, tan impulsados éstos últimos por las corrientes laicistas del siglo XIX. Espera encontrar en la religión una respuesta a su necesidad comunitaria, revestida de determinadas características.

Las Iglesias históricas tienen un peligro de masificación. Influyen en esto el elevado número de sus miembros, la prevalencia de su crecimiento vegetativo, y la inadecuación de algunas de sus instituciones y organizaciones tradicionales. Entre ellos sobresale el rígido parroquialismo, que hoy queda tan cuestionado en la nueva concepción teológica de las Iglesias particulares y en la comprensión de una Iglesia radicalmente evangelizadora. Por eso no faltan personas que esperan encontrar esta respuesta en las sectas. En algunas de ellas logran hallarlo. Pero en muchas se tropiezan con una rigidez fundamentalista que no esperaban, produciéndose las previsibles defeciones.

## Entre el Misterio y los compromisos temporales de nuestro tiempo

La necesidad de encontrar una ágil conexión entre la fe y los grandes compromisos ante la sociedad es otra de las notas del hombre religioso de hoy, que se siente responsable del mundo en el que le ha tocado vivir.

Dicha conexión ha sido fuertemente explicitada en estos años por importantes sectores de las Iglesias históricas con resultados evidentes. Pero quizás, en algunas ocasiones, el fuerte subrayado sobre el compromiso haya opacado la importante dimensión interior del encuentro personal con el Misterio. Así se puede explicar que personas más sensibles a este aspecto se hayan encaminado hacia sectas en las que prevalece un ambiente de más interioridad.

## Del proteccionismo pastoral a la audacia misionera

La nueva religiosidad ha asimilado otras dos importantes características de nuestra cultura actual: la conciencia de adultez y de igualdad fundamental en todas las personas, y la necesidad de afirmar la propia identidad y de comunicar la propia verdad en medio de la sociedad.

Esta sensibilidad entra en conflicto con una vieja pastoral proteccionista y paternalista de las Iglesias históricas, y con una cierta timidez que actualmente advertimos en ellas en el despliegue de su acción misionera en los nuevos ambientes, con un desproporcionado celo del respeto a los demás.

El hombre moderno espera encontrarse en el contexto religioso con comunidades donde todas las personas son reconocidas como adultas y responsables. Acepta la diversidad de funciones y servicios, que han de existir en su interior, pero prevaleciendo el sistema de relaciones fraternales y de ayuda mutua en todas las direcciones. En último término está descubriendo el ideal de comunidad propuesto por el mismo Jesús (Mt 23, 8-12).

Además, es especialmente sensible a la libertad de expresión. A partir de la experiencia religiosa, dicha libertad se hace misionera, proponiendo generosamente a los demás el don que el creyente ha recibido y ofreciéndolo respetuosamente a todos. Es un fenómeno que aparece muy marcadamente en las actuales sectas, aunque en algunas ocasiones pueda encontrarse contaminado de agresividad y proselitismo.

## CONCLUSION DE UNAS REFLEXIONES

Al término de estas breves y rápidas reflexiones, personalmente llego a una conclusión. El problema primordial no reside en las sectas, aunque en ellas se puedan encontrar algunas desviaciones, e incluso, en ciertos casos, descubramos sectas positivamente desintegradoras. Este fenómeno era previsible en una época de intensas comunicaciones internacionales y en una era en la que felizmente nuestro mundo estrena un amplio panorama de libertad religiosa.

El problema reside en nosotros y en nuestras Iglesias históricas a veces poco sensibles a captar los signos de los tiempos y poco flexibles para adaptarnos a sus exigencias, que nos invitan a una realización cada vez más confor-

me al Evangelio. El fenómeno social de las sectas nos ayuda a descubrir que el laicismo agresivo y militante, todavía vigente y que lógicamente tanto nos preocupa, pertenece al pasado, y que las nuevas corrientes históricas y culturales están ya abriendo su piadosa sepultura. Más aún, nos muestra en un amplio sector de la humanidad el nacimiento de un nuevo movimiento sediento de religiosidad y de espiritualidad, que busca fuentes que puedan saciarlo.

El estudio sereno, acompañado de un necesario discernimiento, de los polos de atracción de las sectas, unido a una clarificación antropológico-cultural de nuestro hombre de hoy, nos ha de ayudar a comprender las características de la nueva religiosidad y a penetrar en el diseño que la configura. Me parece importante el descubrimiento de este diseño porque él, como otro signo de los tiempos, es el que nos cuestiona nuestra manera de ser Iglesia hoy.

Nos encontramos, sin duda, sensibilizados para este tipo de análisis gracias al impulso del Concilio Vaticano II. Más aún, hay un compromiso de abandonar el viejo modelo de cristiandad y de abrimos con actitud positiva a nuestra nueva cultura. Pero, al mismo tiempo, nos resulta difícil porque el modelo de cristiandad no se reducía a un estatuto jurídico, sino que constituía un estilo de vida, una manera de ser, una mentalidad que penetraba a toda la Iglesia, orientando sus sistemas de relaciones con la sociedad y de renovación que ha de tener como puntos claves de referencia el Evangelio y la nueva cultura en la que nos desenvolvemos. No debemos olvidar que en el evangelio está Jesús, y en la nueva cultura los signos de los tiempos, que son los signos de Dios. Aquí está el desafío profundo de la Nueva Evangelización. Imitando las palabras de san Pablo, quiero terminar diciendo: «Considerando el Evangelio, las sectas son para nuestra ventaja». Ellas nos iluminan a un esperanzador sector de nuestro mundo, e iluminándolo nos ayudan a nuestro proceso de conversión a los caminos del Señor.

Tomado de *Proyección* 38 No. 57-68.

## NOTAS

1. Entiendo por sectas, sin carga valorativa, todos los movimientos religiosos que aparecen al margen y desconectados de las iglesias históricas y de las grandes religiones.
2. A. TORNO, *Psicopatología de las sectas religiosas*, en: *Memoria académica del Instituto Fe y Secularidad*, Madrid 1990, pp. 34-35; P. SALARRULLANA, *Las sectas*, Madrid 1990.
3. Para una orientación sobre las diversas sectas puede consultarse: H. RELLER, *Handbuch der religiösen Gemeinschaften*, Gütersloh 1979; J. GARCIA HERRERO, *Pluralismo religioso en España*, Vol. II: *Sectas y religiones no cristianas*, Salamanca 1983; *Cristianos divididos en un continente en cambio*, Bogotá 1987.
4. J.F. MAYER, *Sectes nouvelles. Un regard neuf*, París 1985, pp. 18-19.
5. J. SUDBRACK, *La nueva religiosidad. Un desafío para los cristianos*, Madrid 1990.
6. G. LIPOVETSKY, *La era del vacío*, Barcelona 1988, pp. 36-37.
7. L. GONZALEZ-CARVAJAL, *Tres exigencias de la Nueva Evangelización: Misión Abierta* (1990/5) 127-131; W. BUHLMANN, *Ojos para ver. Los cristianos ante el tercer milenio*, Barcelona 1990, pp. 45-64.
8. F. JORDAN PEMAN, *Los Aleluyas*, Madrid 1990.
9. W. BUHLMANN, *Idem*, pp. 230ss.

---

# SEGUIR A JESUCRISTO EN ESTA IGLESIA

---

## CARTA PASTORAL DE LOS OBISPOS DE PAMPLONA Y TUDELA, BILBAO, SAN SEBASTIAN Y VITORIA (Selección)

CUARESMA - PASCUA DE RESURRECCION, 1989

### INTRODUCCION

1. EL motivo (...)
2. El contenido (...)
3. El desarrollo(...)
4. Finalidad y Destinatarios

El motivo de la Carta nos insinúa ya su finalidad: suscitar aquella adhesión *eclesial* postulada por la naturaleza y la misión de la Iglesia. Una adhesión *cristiana*, igualmente alejada de la mitificación y de la descalificación. Una adhesión *lúcida y serena* que sepa ver críticamente sus luces y sombras con objetividad y con equilibrio. Una adhesión *cálida* que ame a la Iglesia concreta y real con el afecto del corazón, como a un patrimonio que le pertenece. Una adhesión *fiel* que acoja e interiorice el mensaje y el proyecto de su Iglesia. Una adhesión *activa* que contribuya con toda la persona a hacerla más «respetable» más «amable».

Nuestro escrito tiene ante sí a *varios interlocutores o destinatarios*. En primer término, aquéllos cuya adhesión eclesial es sólida y rica. Queremos ayudarles a apreciar este don, a liberarlo de cualquier posible adherencia de pasividad o de conformismo y, sobre todo, a entregarse generosamente a la inmensa tarea de enriquecer y purificar para el bien de todos el gran signo de la Iglesia. En segundo término, deseamos dialogar con los creyentes molestos e insatisfe-

chos en el seno de la comunidad eclesial. Quisiéramos dejarlos interpelar por sus críticas con toda apertura y formularles con toda libertad nuestras observaciones. En tercer lugar, tenemos ante nosotros a los creyentes que no conservan ya lazos habituales con la comunidad eclesial. Deseamos comprender el porqué de su lejanía y comentarles las graves consecuencias que esta desconexión tiene para la fe que

aún mantienen. Por fin, deseamos conectar con aquellas franjas sociales que no se sienten pertenecientes a la Iglesia y formulan frente a ella, desde esta distancia, serias reservas. Nos proponemos escuchar con toda seriedad estas reservas e invitarlos, con la misma seriedad, a una mayor cercanía mutua que esperamos sea saludable para unos y otros.

### I. LOS DIFERENTES NIVELES DE LA ADHESION A LA IGLESIA(...)

#### 1. El grupo de la adhesión renovada

Nos encontramos ante un grupo eclesial bastante homogéneo y minoritario, pero vigoroso y creciente.

Está viviendo un itinerario que va de la pertenencia personal; de la acostumbrada naturalidad de ser fieles de la Iglesia a la gozosa novedad de descubrirse miembros de la Iglesia.

Su vinculación a la Iglesia tiene para ellos más densidad y relieve que otras vinculaciones cívicas importantes. La Iglesia es su *gran familia*. En ella refrescan el sentido de la vida y los motivos para esperar y trabajar.

Son conscientes de las debilidades y mediocridades de la comunidad y de sus pastores, sin que tal conciencia congele en ellos un movimiento de fundamental confianza. La Iglesia para ellos es humana, pero es más que humana. Un afecto fresco y gozoso, ajeno a todo resentimiento, les conduce a alegrarse sinceramente de sus avances y a apenarse de sus tropiezos.

Ciudadanos de esta sociedad concreta e impregnados de su sensibilidad, no siempre sintonizan fácilmente con algunas formulaciones doctrinales y morales de la Iglesia. Pero esta tensión, nacida de su pertenencia simultánea a la comunidad humana y a la comunidad cristiana es bien asumida y superada. Una actitud hecha de fidelidad y libertad es su talante habitual.

Participan activamente en la vida eclesial. Encuentran en la Iglesia espacios de relación más cálidos y cauces de colaboración más abiertos que en la sociedad.

Tres factores son, ordinariamente, los responsables de esta adhesión renovada. El primero es la formación. Ella les hace comprender de manera más vital y estimuladora la fe católica y, por supuesto, su eclesialidad. El segundo es la oración compartida. Ella va creando una nueva sensibilidad para percibir lo que se oculta a la mirada de otros muchos. El tercero es el compromiso apostólico. Su implicación activa en la Iglesia favorece su identificación con ella. Estos tres factores han generado en su interior *una nueva experiencia de Iglesia*.

Este grupo *tiene* sus tentaciones eclesiales. Una consiste en cierta inclinación al eclesiocentrismo. La realidad secular puede quedar desdibujada ante la realidad eclesial. La sensibilidad para con los grandes problemas de la sociedad puede palidecer ante la sensibilidad, más acusada, para con los problemas de la Iglesia. La preferencia por el com-

promiso intraeclesial sobre el compromiso cívico puede ser un indicador de esta inclinación.

## 2. EL GRUPO DE LA ADHESION «FIEL Y SILENCIOSA»

Estamos ante un grupo mucho más numeroso y más heterogéneo que el anterior. Dentro de él la calidad creyente y eclesial es muy desigual. Pero todos sus miembros presentan algunos caracteres comunes.

El primer elemento común es su relativa satisfacción con respecto a la Iglesia. El nivel de descontento es bajo y ocasional. Es un grupo que no pide mucho a la comunidad ni a sus pastores: ni talante evangélico, ni denuncia profética, ni compromisos heroicos.

Son practicantes habituales que piden principalmente a la Iglesia unos servicios religiosos que les proporcionan luz, consuelo y fortaleza. Conciben su colaboración al sostenimiento económico de su Iglesia como una contra-prestación elemental, que ofrecen de buen grado.

En general asimilan bien las renovaciones y cambios eclesiales, porque se fían de sus pastores, que son «los que saben». La Iglesia «tiene que adaptarse». Con todo, se sienten aturridos a veces por modificaciones que tocan cosas muy sensibles de la fe heredada de los mayores. Pero se reponen bastante fácilmente de estas conmociones.

Por debajo de sus rasgos comunes encontramos aquí dos subgrupos bien diferentes. Uno, formado por gentes de honda fibra religiosa, de fina conciencia moral y de arraigada vinculación eclesial. Son, con frecuencia, personas de condición social y cultural humilde. Nuestros proyectos de formación permanente no se acomodan a sus necesidades y deseos. Pero tienen una exquisita sensibilidad para el Evangelio. Son los *pobres de Yahveh* que escuchan con atención, aceptan con sencillez y responden con generosidad. Su eclesialidad es, como el conjunto de su fe, sencilla y sana.

El otro subgrupo está constituido también por gente formada en una tradición religiosa intensa y envolvente. Mantiene buena parte del legado heredado, con sus virtudes, pero también con sus deficiencias. He aquí las que nos parecen más reseñables.

La primera es el individualismo religioso. La Iglesia es para ellos una agrupación en la que se congregan las personas individualmente religiosas para responder más adecuadamente a sus aspiraciones.

La segunda es la conciencia de ser principalmente destinatarios, no sujetos activos de la acción de la Iglesia. Esta, particularmente a través de sus ministros, les asegura los servicios que ellos esperan de la comunidad cristiana.

La tercera es el «espíritu de contrato»: su adhesión creyente al Dios vivo y a la comunidad de Jesús parecen reguladas más por el pacto calculado que por la entrega desinteresada.

La cuarta es la debilidad misionera. Situados en el interior de su Iglesia, experimentan sólo de modo tenue el impulso y el reclamo de ofrecer a los distantes su fe y su comunidad.

En suma, tal vez se ajusten mejor al modelo de «fieles de la religión católica» que al de seguidores de Jesús en la comunidad de su Iglesia.

Encuestas y sondeos denotan que este subgrupo, ampliamente mayoritario en el pasado, está declinando bastante aceleradamente. La fe y la eclesialidad de sus com-

ponentes será cada vez más difícil, si no se desplaza hacia zonas de adhesión más consistente.

## 3. EL GRUPO DE LA ADHESION «CRITICA Y TENSA»

Congrega una minoría, aunque activa y relevante, de la Iglesia actual. Su práctica religiosa se realiza con frecuencia separada de la gran comunidad. Sensibles a los valores éticos del mensaje cristiano y afines a formaciones sociales y políticas situadas en la izquierda, viven su compromiso cristiano en áreas cívicas no eclesiales.

Su conciencia de pertenecer a la Iglesia es viva, pero incómoda y sufriente. La crítica a la comunidad cristiana y a sus responsables es bastante habitual y recia. Se despliega a través de conductos intraeclesiales y, con alguna frecuencia, a través de medios de comunicación social cercanos a sus posiciones.

Esta crítica alcanza, en primer lugar, al conjunto de la comunidad cristiana. La tachan, fundamentalmente, de mediocridad. Tal mediocridad se manifiesta sobre todo en una fe poco personal y poco contrastada con la sensibilidad moderna. Además, en un compromiso ético preferentemente individual y débilmente social.

La crítica se dirige especialmente a los responsables, en los cuales detectan actitudes autoritarias incompatibles con el espíritu democrático requerido por el Evangelio y la sensibilidad social: los derechos humanos exigidos en la sociedad no son respetados en la Iglesia. Encuentran a sus pastores recelosos ante todo verdadero cambio eclesial en la doctrina, en la moral o en la disciplina: los teólogos abiertos son marginados y reducidos al silencio. Ven a sus dirigentes eclesiales poco sensibles a las capas populares y plegados a los poderes fácticos económicos y políticos: obispos y poderosos de este mundo están de acuerdo en puntos capitales como la validez del modelo capitalista, la legitimidad de los bloques armados y la defensa del orden social.

Según el parecer de este grupo, comunidad y pastores están viviendo -en el seno de una sociedad que tiende a regresar hacia la derecha - un intenso proceso de «involución eclesial», dirigido desde Roma y secundado en amplias zonas por una porción del pueblo cristiano y una mayoría creciente de los responsables. El resto se muestra medroso, dócil y condescendiente con el «centralismo romano», que quiere asegurar la cohesión de la Iglesia universal mediante la vuelta a la uniformidad en torno a las viejas seguridades del pasado.

## 4. EL GRUPO DE LA ADHESION DOLORIDA Y NOSTALGICA

Son justamente estas viejas seguridades las que añoran los componentes del grupo que ahora describimos. Según su visión, la Iglesia ha cambiado demasiado. Ya no es lo que era. Ha ido perdiendo tres cualidades capitales que constituían su grandeza: claridad meridiana, unidad monolítica y respetabilidad social.

La Iglesia era diáfana en su doctrina dogmática y moral, y en su código disciplinar. Ofrecía el testimonio de actuar como un solo hombre en todas sus manifestaciones. Era reverenciada por los poderes de todo género y respetada por el pueblo sencillo. Hoy este universo eclesial está dislocado.

La causa fundamental de este desajuste es, en opinión del grupo citado, la acomodación exagerada al

mundo y su pasión desmedida por incorporar la novedad. En este punto muchos pastores han sido poco clarividentes: creían que el esfuerzo de acomodación favorecería la aceptación de su mensaje. De este modo, el mensaje político ha sustituido al Evangelio en la predicación y en la pastoral. Junto a la clarividencia, ha faltado fortaleza. Presionados por corrientes mundanas que han penetrado por las ventanas de la Iglesia, los obispos y presbíteros han sido débiles para oponerse a ellas. El temor a la etiqueta de *desfasados* ha congelado su función correctora.

No todos los pastores son, pues -según este grupo-, igualmente merecedores de confianza. En medio de la confusión es preciso seleccionar a los fiables. En muchos casos es más seguro prescindir de los obispos y presbíteros propios y recurrir al Vicario de Cristo, que, con su magisterio intenso, ilumina prácticamente todas las dimensiones y problemas de la existencia.

El grupo a que nos estamos refiriendo, también minoritario, es bastante homogéneo. Se trata de personas de una intensa práctica religiosa y de un código de comportamiento moral exigente, sobre todo en los aspectos de moral individual y familiar. Aceptan mental y cordialmente la doctrina tradicional de la Iglesia. Manifiestan una inclinación a considerar a su propia tendencia eclesial como la única legítima.

Su misma nostalgia por la Iglesia del pasado se inscribe en el contexto global de una nostalgia de los tiempos pasados. Sus realizaciones políticas, culturales, sociales, económicas y religiosas les resultan más familiares.

Una porción apreciable de dicha tendencia eclesial está agrupada en diversas organizaciones. En tal caso sus líderes o fundadores realizan para sus afiliados muchas funciones propias de los pastores: marcan las líneas doctrinales y las pautas del comportamiento colectivo.

## 5. EL GRUPO DE LA ADHESION DESVANECIDA

Cuatro son las características más acusadas de este grupo. La primera es el abandono de la práctica religiosa habitual, que ha quedado reducida a momentos especiales de la existencia por su importancia (nacimiento, matrimonio y muerte) o su dramatismo (acontecimientos dolorosos o gozosos de extraordinaria intensidad). Tal abandono, motivado por diversos factores (como el desarraigo de la parroquia de origen, la creciente importancia y organización del ocio en los fines de semana, la desaparición de todo clima social favorable e incluso la aparición de un clima desfavorable a la práctica), es señal inequívoca de un desapego afectivo y efectivo de su comunidad eclesial.

Al abandono de la práctica acompaña frecuentemente una desconfianza en la institución eclesial y sus responsables. Veamos algunas de las reservas más acusadas.

La educación recibida de la Iglesia es percibida retrospectivamente por ellos como un proyecto de dominación ideológica, incompatible con la dignidad de la conciencia y el desarrollo autónomo de la persona. Más que una comunidad al servicio de la sociedad, la Iglesia les parece un gigantesco ente de reflejos corporativistas que defiende más o menos discretamente sus propios intereses en un mundo en el que cada grupo procura extraer para sí el máximo provecho. En este sentido la Iglesia se mostraría más preocupada por la escuela católica que por la calidad de la escuela más sensible a su propio sustento económico que al problema del paro; más inquieta por su peso social decreciente que por la marcha de esta sociedad. Incluso sus intervencio-

nes en problemas cívicos parecerían más tocadas de un afán de recuperar protagonismo que de un deseo de aportar a la comunidad.

La fe personal, de los componentes de este grupo desasistida del riego de la práctica religiosa y erosionada lentamente por la desconfianza en la institución eclesial, se confina en la vida privada de estos creyentes y, dentro de ella, ocupa solamente una parcela, a veces muy reducida. Carente de casi todo contraste con la fe de la comunidad, se vuelve cada día menos precisa y más subjetiva.

Con todo, en la entraña religiosa de estos creyentes desvanecidos, subsisten, aunque pueda parecer paradójico, dos rasgos de valor incalculable. Uno es el recurso habitual o esporádico, a veces bien intenso, a la oración. El otro es el sentimiento de seguir perteneciendo a la comunidad grande de la Iglesia. En las encuestas se autodenominan «católicos no practicantes». Todo parece indicar que desean pertenecer a una comunidad que sobrepasa los grupos, las clases y las nacionalidades, dotada de una perennidad por encima de la sucesión de las épocas históricas.

## 6. EL GRUPO DE LA ADHESION INEXISTENTE

Estamos ante un grupo de talla numérica creciente. El sentido de pertenencia eclesial se ha desvanecido casi por completo. El vínculo de la práctica ocasional se ha fracturado. A los sentimientos agresivos que, a su manera delataban una relación aún subsistente, ha sucedido la indiferencia, no siempre exenta de una antipatía cordial bastante moderada, que sólo se enciende de indignación o de impaciencia ante determinadas intervenciones de la Iglesia en la vida social.

La imagen que este grupo tiene de la Iglesia es realmente dura. La Iglesia se caracterizaría, en primer lugar, por su ambición. La perciben como un colectivo que intenta retener ávidamente parcelas del gran poder que ha detentado hasta un pasado muy reciente. La confesionalidad encubierta del Estado, la escuela católica, la prensa confesional, las leyes que protegen la *moral judeo-cristiana* serían los últimos despojos, todavía importantes, de aquel inmenso imperio. El segundo rasgo de la Iglesia sería su inmovilismo. Los responsables pretenderían anclarla en su vieja tradición dogmática: la doctrina de siempre, la moral de siempre, la disciplina de siempre ligeramente perplejas entre la obediencia a sus dirigentes y la adaptación a la vida social.

La Iglesia es, además, según este grupo, escasamente participativa. El autoritarismo de la jerarquía que se cree investida de poderes de lo alto y el dócil conformismo del pueblo cristiano congelan dentro de ella la corresponsabilidad y el reparto del poder.

Para este grupo, las perspectivas de fruto de la Iglesia no son muy risueñas. A pesar de su envergadura actual, subsiste gracias a su enorme vigencia en el pasado. Es una realidad residual, aunque todavía se mantiene en pie como los árboles corpulentos ya envejecidos. De hecho, las franjas más activas de la población se han apeado en buena parte. En los foros sociales más vivos, su influencia es muy pálida. El futuro de la Iglesia consiste, a lo sumo, en subsistir como un gigantesco club de actividades privadas (encaminadas a satisfacer las *necesidades religiosas* de sus socios), dedicado a tareas caritativas y sociales de tono menor. Ayudarle a morir o a reducirse a su cuadrícula es un alto servicio social.

## II. CARA Y CRUZ DE LA ADHESION ECLESIAL (...)

### 1. LOS ASPECTOS POSITIVOS (...)

### 2. LOS ASPECTOS PREOCUPANTES

#### 2.1 La fragmentación de la adhesión católica

##### a) *Los síntomas*

Pero la adhesión eclesial tiene también sus oscuridades y debilidades. Está sometida a un proceso de desintegración que no queremos ignorar.

- Este proceso afecta, en primer lugar, a la misma *fe de la Iglesia*. Un número creciente de creyentes de condición diferente se resiste a aceptar a la Iglesia como instancia normativa de la fe, que discierne lo auténtico de lo inauténtico, lo fundamental de lo innecesario, lo inmutable de lo variable. Es el mismo sujeto quien se erige en *selector* del mensaje presentado por la Iglesia y asigna, según su propio criterio, un coeficiente de adhesión, de duda o de rechazo a cada una de las proposiciones de este mensaje.

Afirmaciones absolutamente centrales de la fe cristiana como la misma condición divina de Jesús son puestas en entredicho por bastantes católicos. Mayor escepticismo despiertan todavía las relativas a la presencia del Señor en su Iglesia o la vida más allá de la muerte. Pero la tendencia a hacer pasar las verdades católicas por el filtro de la propia subjetividad se extiende a todo el mensaje.

- Un fenómeno todavía más extendido nos parece el desacuerdo entre la normativa moral propugnada por la Iglesia y los criterios de comportamiento adoptados por muchos de sus miembros, incluso practicantes y militantes. El problema principal no es la distancia entre normas y comportamiento; esta distancia ha existido y existirá siempre. Lo verdaderamente preocupante es *la falta de correspondencia entre normas eclesiales y pautas de comportamiento*. Existe hoy en una muchedumbre de cristianos una notable dificultad para aceptar mental y vitalmente la normativa eclesial. Esta dificultad se extiende incluso a algunos de los principios inspiradores de tal normativa.

No en todas las áreas del comportamiento se experimenta el mismo grado de dificultad. Tal vez la sima más llamativa se abre en el terreno de la moral sexual y familiar. El control de la natalidad, las relaciones prematrimoniales, la fidelidad conyugal e incluso el respeto a la vida humana ya concebida se rigen a menudo por criterios discordantes de lo establecido por el magisterio moral de la Iglesia. Es muy común calificar dicho magisterio de rigorista y poco actualizado. Más aún: la misma autoridad de la Iglesia como instancia moral en terrenos *tan privados y tan íntimos* es puesta en entredicho.

Aunque no de manera tan clamorosa ni tan extendida, percibimos en otros ambientes esta misma resistencia ante el magisterio social de la Iglesia.

- El desmarque doctrinal y moral de muchos creyentes está revelando ya un problema de *confianza en la Iglesia y más concretamente en sus pastores*. La nativa confianza general del pasado se ha enrarecido en muchos ambientes cívicos y eclesiales, y ha sido suplantada por un clima bastante generalizado de sospecha.

No se trata simplemente de la dificultad para admitir la pretensión de infalibilidad de la comunidad eclesial: una institución puede mantener intacta la confianza de los suyos a pesar de no ser infalible. Ni se trata de una decepción ante las debilidades de la Iglesia: la gente sabe confiar a

pesar de la debilidad. Se trata de una duda que afecta al fondo mismo, a la *buena fe* de la Iglesia, a su credibilidad social.

- El descenso drástico de la práctica religiosa es tal vez el fenómeno más inmediatamente visible. Tiene su termómetro principal en la Eucaristía dominical. Pero se refleja también en la práctica sacramental del Matrimonio, del Bautismo y de la Penitencia. Afecta de manera especial a determinadas generaciones juveniles y adultas, aunque deja sentir sus efectos en otros niveles generacionales de mayor y menor edad.

El descenso de la práctica es signo de una adhesión debilitada. Cuando se relajan los vínculos con la comunidad se altera el ritmo ordinario de la participación en sus reuniones. Pero es, al mismo tiempo, causa de un mayor debilitamiento de la adhesión. El sentimiento de pertenencia queda desguarnecido cuando le falta el riego y el abono del encuentro regular con la comunidad.

##### b) *La identificación del fenómeno(...)*

##### c) *La interpretación del fenómeno*

¿Cómo comprender más adecuadamente este fenómeno tan importante y tan preocupante?

Ciertamente procesos como los descritos no son del todo ajenos al comportamiento de la misma Iglesia. Una pastoral que no insista suficientemente en la necesaria trabazón entre los diversos elementos de la experiencia creyente facilitaría su desintegración. Si el culto se vuelve tedioso y desconectado de la vida; si la doctrina moral se muestra en exceso minuciosa y poco atenta a las nuevas circunstancias; si el mensaje aparece escasamente actualizado; si la comunidad es percibida como poco relevante y atractiva; si los pastores resultan lejanos y poco asequibles, no será extraño que la experiencia creyente se descomponga.

Pero los factores más determinantes no son sólo intraeclesiales, sino culturales. En primer lugar, no podemos olvidar que vivimos en una sociedad que ha puesto en crisis las adhesiones globales, es decir, aquellas que vinculan toda la persona a una única causa. El hombre y la mujer viven hoy inmersos en muchas comunidades, cada una de las cuales tiene sus propios fines y sus propias reglas. La fragmentación de la vida ha facilitado la fragmentación de la conciencia. El clima cultural imperante dificulta las adhesiones globales y favorece las adhesiones parciales. Con todo sigue siendo verdad que la misma exigencia de unidad interior está pidiendo adherirse a una comunidad de referencia que le ayude al hombre a articular la pluralidad de pertenencias.

Por otro lado, la cultura moderna resalta fuertemente el valor de la subjetividad. Llevada al límite esta tendencia reconoce como valioso para la personas sólo lo que sintoniza con su sensibilidad y sus apetencias. Aplicada al terreno religioso se manifiesta en una mentalidad según la cual cada creyente debe recrear la fe por sí mismo. En esta atmósfera, la adhesión que puede recabar una institución como la Iglesia que intenta socializar y fijar su oferta religiosa y moral se reduce notablemente.

Añadamos a estos factores la dificultad, para la actual sensibilidad, de traducir y asimilar formulaciones teológicas y, sobre todo, morales, acuñadas en tiempos pasados en los que la imagen del mundo y el modo de vida eran tan diferentes de los nuestros. La siempre difícil aceptación de las opciones de nuestra fe y de las exigencias del Evangelio se torna todavía más difícil.

La crisis religiosa del momento presente guarda, en fin, estrecha relación con este fenómeno. En efecto, es el vigor de la vivencia religiosa el que anima por dentro y man-

tiene trabadas las práctica cultural, la conducta, la fe y la identificación con la Iglesia. Al igual que un sistema solar se desmorona cuando se apaga el astro central que funda y alimenta la cohesión, los diversos elementos del comportamiento eclesial se deshilachan cuando por causas múltiples se enfría la vivencia de la fe. La crisis religiosa comporta siempre una crisis de adhesión eclesial.

## 2.2 El déficit de aliento colectivo

Si el fenómeno de la fragmentación afecta sobre todo -aunque no exclusivamente- a los creyentes distantes del núcleo de la Iglesia, el déficit de aliento colectivo afecta de manera muy viva a los núcleos eclesiales más implicados. Intentemos acercarnos a él para comprenderlo.

Un grupo tiene una alta imagen de sí mismo cuando intuye y valora su misión, entiende que está básicamente respondiendo a ella y se siente con fuerzas para continuarla.

Ahora bien, estos tres elementos parecen bastante desdibujados en amplios sectores eclesiales. La viva conciencia de misión se debilita fácilmente cuando la comunidad cristiana percibe que la sociedad valora cada vez menos su mensaje y su misión específica. La convicción de estar a la altura de esta misión se desvanece cuando la Iglesia toma conciencia, a veces casi enfermiza, de sus errores del pasado y de sus insuficiencias del presente. La imagen de su propio vigor palidece cuando la comunidad cristiana se encuentra cada día con la impotencia interior y la resistencia exterior ante la evangelización.

Esta imagen devaluada induce un estado anímico poco propicio al entusiasmo y al coraje. La comunidad tiende a que *la dejen vivir en el mundo*, y no tanto a *hacer vivir al mundo*. La pretensión de ser para el mundo una comunidad de contraste, que vive de manera alternativa y estimuladora, se congela en su misma raíz y es percibida como una ambición desmedida para el momento presente. Los tiempos de *moral colectiva baja* en una comunidad ponen en crisis la cohesión y la adhesión, y estimulan el reflejo del *sálvese quien pueda*. Los sentimientos colectivos de miedo, de impotencia, de agresividad y de culpabilidad se desatan y resquebrajan los vínculos existentes. La figura de Tomás, el apóstol, descolgado de un grupo en el momento de la prueba, y la imagen de un colegio apostólico encerrado en el cenáculo y tentado por la dispersión, se vuelven muy actuales. (...)

## III. SENTIDO Y ALCANCE DE NUESTRA FE EN LA IGLESIA (...)

### 1. CREER EN LA IGLESIA ES DESCUBRIR SU VERDADERO MAGISTERIO.

Crear en la Iglesia significa, pues, primordialmente, afirmar que ella es más que lo que nos arroja el balance de resultados de un análisis realizado con datos y elementos extraídos de la experiencia, de la sociología o de la historia. Existe en ella una dimensión que se escapa a dichos análisis y que sólo es registrada por la mirada de la fe. Esta dimensión es, paradójicamente, lo más propio y lo menos propio de la Iglesia. Lo más propio porque, sin ella, la Iglesia no se distingue de muchos otros colectivos semejantes. Lo menos

propio, porque no procede de su cosecha particular, sino que la recibe continuamente de Otro. (...)

### 2. CREER EN LA IGLESIA ES ACEPTARLA COMO ESPACIO DE SALVACION

La palabra de Dios nos asegura, en primer lugar, que la Iglesia concreta y limitada que conocemos es espacio en el que Dios hace explícitamente presente, patente y operante su voluntad irrevocable de salvar por Cristo a los seres humanos. Es ámbito en el que esta voluntad se expresa y se realiza. La acción salvadora de Dios, presente y activa en el mundo por la acción del Espíritu, se hace consciente de modo explícito en la Iglesia y suscita una comunidad que, movida por ese mismo Espíritu, acepta a Jesús como Señor, y al Evangelio como pauta de vida, y es llamada a testificarlo y anunciarlo al mundo.

Crear en la Iglesia consiste, por tanto, en reconocer con gratitud y con asombro que este espacio limitado y manchado es al mismo tiempo espacio en el que acontece la salvación. Si su condición limitada y manchada retrae momentáneamente la adhesión, su condición portadora de salvación la justifica y la reclama.

### 3. CREER EN LA IGLESIA ES ACEPTARLA COMO MEDIO DE SALVACION

A la luz de la palabra de Dios, la Iglesia no es un puro espacio en el que acontece la salvación, sino *medio* de esta salvación. En otras palabras: los creyentes recibimos la salvación o autocomunicación liberadora de Dios no sólo en la Iglesia, sino *de* la Iglesia y *por* la Iglesia. (...)

Con todo, la fecundidad de la Iglesia es un dato de fe sometido en estos tiempos a una dura prueba. Muchos creyentes experimentan con mayor intensidad la esterilidad de la Iglesia que su vitalidad; su debilidad, mucho más que su vigor evangelizador; su dificultad para renovarse, más que su docilidad para convertirse.

No podemos ignorar esta experiencia real y doliente que nos alcanza a todos en una u otra medida. Pero tampoco podemos sustraerla a la mirada de una fe despierta. Ella nos enseña que el vigor de la Iglesia en el mundo ha de ser semejante al del Dios escondido, al del Siervo doliente, al del Hijo del hombre impotente y derrotado en la cruz, al del Reino que se abre paso en el mundo en condiciones de inferioridad. (...)

### 4. CREER EN LA IGLESIA ES ACEPTARLA COMO SUJETO PRIMORDIAL DE LA FE

La comunidad cristiana que colabora con Dios en el alumbramiento y crecimiento de los creyentes no es un medio externo a la fe. Es la primera destinataria de esa vida de fe. La comunidad cristiana despierta la fe de sus miembros porque ella misma ha sido ganada para la fe. Ella es no sólo *objeto* de nuestra fe sino *sujeto* de esta fe.

La Escritura testifica de muchas maneras que Dios ofrece primordialmente su salvación, no a individuos aislados, sino a un pueblo, a una comunidad. Esta se abre a la salvación de Dios acogéndola por la fe. La fe de cada uno es una llama que se enciende en la hoguera de la fe de la comunidad. Creer es un acto personal y libre. En cada creyente la misma fe común tiene acentos y resonancias particulares. Pero no es algo totalmente autónomo y subjetivo. Cuando creemos, nos adherimos a una comunidad que profesa una fe que precede a la de cada uno. Aceptamos la fe

de la comunidad de tal modo que, por esta aceptación, nuestra fe no expresa sólo convicciones individuales, sino compartidas; no recoge opiniones personales, sino persuasiones comunes.

Creer en la Iglesia significa, en consecuencia, aceptar mental y vitalmente que la propia fe es participación en la fe de la Iglesia. Que la fe eclesial es anterior, más grande y más rica que la propia. Que ninguna persona vive toda la fe ni todo el Evangelio, sino que en la comunidad de la Iglesia cada uno aporta su propia vivencia y se enriquece con la de los demás. Que la fe de la Iglesia, enriquecida por aquellos acentos que en cada uno suscita el Espíritu, es la norma de la propia. Que mi fe, necesariamente fragmentaria y tentada de deformación, se completa, se contrasta y se reequilibra en la fe de la comunidad cristiana.

## 5. CREER EN LA IGLESIA ES ACEPTARLA COMO NECESARIA Y RELATIVA

Las consideraciones precedentes sitúan nuestra fe en la Iglesia en su lugar adecuado. No se diviniza la Iglesia; pero tampoco se la relega a un papel insignificante. Ella es, al mismo tiempo, necesaria y relativa.(...)

## IV. ALGUNOS CRITERIOS DE DISCERNIMIENTO DE LA ADHESION ECLESIAL

### 1. UNA IGLESIA VISIBLE Y ESPIRITUAL

No puede negarse que uno de los mayores obstáculos para prestar a la Iglesia una adhesión creyente proviene de su rostro visible. Y, sin embargo, este rostro visible es, al mismo tiempo, condición necesaria para la fe.

#### 1.1 La Iglesia visible.

Jesús quiso una Iglesia visible, no una comunidad impalpable, formada por miembros no identificados, sin Escritura ni símbolos ni lazos estables y tangibles. La Iglesia que Jesús quiso no es únicamente una comunidad de almas y de corazones, sino una sociedad identificable. Jesús quiso un pueblo, no una pura comunidad espiritual.(...)

#### 1.2 La Iglesia, Institución

Cuando la vida de una comunidad se extiende y se intensifica, su rostro visible se vuelve inevitablemente más denso: nace la institución. Y la institución trae consigo normas, autoridad, organización, programas, relaciones. No cabe, pues, una Iglesia de Cristo arraigada en la historia y extendida por el mundo que no tenga carácter institucional.

La institución no es un puro envoltorio necesario de la Iglesia. No es un andamio que le es imprescindible, pero no pertenece a su meollo. La institución es también Iglesia, al igual que el cuerpo es ser humano y no pura cobertura del espíritu. «Un cristiano cree que Dios ha hecho de la Iglesia palpable y concreta, donde se ejerce el ministerio de

la palabra y del sacramento, su comunidad. Cree que esta Iglesia es el cuerpo de Cristo, la presencia de Cristo en el mundo. Cree que, según la promesa, obra en ella el Espíritu de Dios» (D. Bonhöffer). Ya la comunidad cristiana del Nuevo Testamento presenta innegables rasgos de institución. Algunos de ellos, como la Eucaristía, el Bautismo y el ministerio apostólico aparecen claramente como intangibles y normativos.

No podría ser de otra manera. Un movimiento que no se encarna en una institución, siquiera sobria y flexible, tiene los días contados. Pocas generaciones son suficientes para borrar del todo la memoria de un movimiento que no se dote a sí mismo de una estructura institucional. Nunca podremos agradecer bastante a esta Iglesia así estructurada el que nos haya transmitido de generación a generación la memoria viva del Señor, los Evangelios, la utopía de Jesús, su presencia sacramental.(...)

Porque la institución tiene siempre sus propias tendencias que le inducen a sacudirse su vocación de servicio a la vida. Sobre todo a través de sus responsables, propende a centralizar y a controlar. Tiende a la uniformidad y a la burocracia. Estos riesgos -que son tentaciones, pero no fatalidades- se han hecho presente con fuerza en determinadas épocas, por razones diferentes. Hoy esta tentación no es un riesgo imaginario.(...)

Con tal comportamiento compromete, sin pretenderlo, algo que pertenece al estilo mismo de la Iglesia, casa del Espíritu: la creatividad, la libertad, y la variedad dentro de la unidad católica.(...)

#### 1.3 Institución y carisma

La institución, por muy ajustada que sea a su función, presenta siempre un rostro austero e incluso rudo. Ante él tropiezan hoy muchas personas y grupos que, tras aceptar en teoría la legitimidad y necesidad de la institución de la Iglesia, no la admiten en la práctica de modo concreto. Su dificultad parte ya de una concepción inadecuada del binomio *carisma-institución*. El carisma, incluso en su encarnación concreta, será *lo puro* que tiene que pagar el precio de esperar y de ser podado, para recibir, tarde por supuesto, el refrendo de legitimidad y la garantía de su viabilidad en la Iglesia. La institución sería la instancia de control sometida a la inercia y a la *prudencia*.

La realidad es más matizada: el carisma del Espíritu, absolutamente puro, en sí mismo al encarnarse en un impulso histórico concreto dentro de la Iglesia, lleva consigo, junto al sello del Espíritu, la marca de lo *demasiado humano*. La institución, por su lado, está también sometida a la luz del Espíritu y a la ceguera humana. Institución y carisma nacen en la Iglesia del mismo Espíritu, que actúa a través de ambos para que el conjunto de la comunidad sea el signo y la mudiciación adecuada de salvación.

## 2. UNA IGLESIA SANTA Y NECESITADA DE PURIFICACION

### 2.1 El pecado en la Iglesia

La experiencia del pecado es tan antigua en la historia de la Iglesia, como la misma comunidad cristiana.

El pecado de la Iglesia consiste sobre todo en el desacuerdo que existe entre sus opciones y la opciones fundamentales de Jesús: la adhesión absoluta al Padre, la pasión por el Reino, la debilidad por los marginados, el servicio abnegado a todos los hombres, la esperanza inquebrantable en Dios.

Nos encontramos con el pecado de la Iglesia en varios niveles diferentes. En primer lugar, en la vida de sus miembros, sea cual sea nuestra función en la Iglesia. La Iglesia lleva sobre sí este pecado, que le pesa y le oscurece. Se llama impiedad, autoexaltación, incomunicación, esclavitud, desesperanza.

El pecado de la Iglesia consiste también en aquellas querencias colectivas que contradicen frontal o lateralmente las opciones de Jesús: la preocupación excesiva por sí misma, la insensibilidad para con los pobres, la tibieza para promover la paz, la inercia apostólica, la mediocridad, el afán de los honores, la afición al dinero, la anemia de su ardor por Dios.

### 2.2 La santidad en la Iglesia

La santidad incluye la fragilidad, pero excluye la mediocridad. La santidad constituye para la Iglesia no sólo un atributo de su Señor, de su Escritura, de sus sacramentos, sino una vocación (cf. Ef 5, 25-27), es decir, un sedimento latente en ella y presto a ser activado para resplandecer en la comunidad y en sus miembros. «Sólo una Iglesia que, en cualquiera de sus niveles de realización, tenga el coraje de adoptar la santidad como modo de vida, es alternativa para la humanidad» (G. Lohfink). En este sentido la Iglesia lleva en su seno un Evangelio que es fermento activo que no le deja descansar. El suelo de la Iglesia, a veces reseco, tiene un subsuelo inagotablemente rico: el Espíritu de Jesús.

Basta abrir los ojos para, ver que esta santidad produce sus frutos en una muchedumbre de personas y grupos de la Iglesia. Todos hemos recibido en momentos decisivos el testimonio de creyentes que nos han hecho menos difícil y más atractivo el camino del Evangelio. Más discreta que el pecado, la santidad se encuentra realizada en mil existencias, casi siempre escondidas. Más fuerte y más atrevida todavía que el pecado (cf. Rom 5,15), se deja entrever incluso en aquellas instancias que pueden parecernos reacias a su incansable y callada insistencia: las estructuras de la Iglesia. La historia de la iglesia ha conocido reformas audazmente evangélicas.(...)

La lectura de la vida de la Iglesia en clave de gracia y de pecado puede debilitar la adhesión o fortalecerla según la óptica mental y la actitud cordial en que se sitúe el lector. Los creyentes somos invitados a leerla en la clave paulina: «donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia» (Rom 5,20).

### 2.3 La crítica exterior e interior en la Iglesia.

La crítica exterior puede ser un instrumento para esta purificación. La comunidad cristiana forma parte de la comunidad humana y, como tal, no tiene por qué ser exenta del control social a que, justamente por la vía de la crítica, se someten mutuamente los diferentes colectivos. La crítica

puede ayudarle a conocerse mejor y le es indispensable para conocer cómo es percibida e interpretada. Es evidente que este extremo interesa vivamente a una comunidad que alberga la pretensión de ser signo para la sociedad.

La crítica interna se legitima también por razones teológicas. La Iglesia no coincide sino parcialmente con el Reino de Dios. Es simplemente su signo y su realización anticipada e imperfecta. El Reino es, pues, su modelo y su meta. Es preciso, por tanto, que la Iglesia se avalue a sí misma a la luz de los criterios emanados de la naturaleza del Reino. En esto consiste la genuina crítica intraeclesial.(...)

Toda crítica *cristiana* que se hace a la Iglesia desde dentro se atiene a este criterio fundamental, que se refracta en una serie de criterios más concretos.

Debe, en primer lugar, situarse inequívocamente dentro de la Iglesia. Quien critica a la comunidad eclesial «acepta a la Iglesia como una realidad irrenunciable para su existencia cristiana y para su relación con Dios» (K. Rahner). Ha de considerarse sinceramente pecador y causante solidario de la situación real de la Iglesia; no al margen de dicha responsabilidad. Quien tiene experiencia de la fragilidad propia; quien sufre por sus propias incoherencias ante el Evangelio; quien en la intimidad sondea su propio corazón y le pregunta si quiere sinceramente seguir a Jesús; quien tiene el valor para reconocerse pecador, el arranque para perdonarse a sí mismo y la humildad para aceptar el perdón de Dios, ése podrá tener, cuando critique a su comunidad todo el ardor del profeta, pero tendrá al mismo tiempo las entrañas condescendientes del pecador reconciliado.

La crítica intraeclesial genuina nace del amor a la Iglesia, y no de otras afiliaciones y pertenencias que nos predisponen con respecto a ella. Sucede con alguna frecuencia que cristianos que comparten su pertenencia eclesial con otras pertenencias a grupos cívicos lastrados también por deficiencias y miserias, toleran mucho mejor estas últimas que las de su comunidad de fe. Tal indulgencia, ¿no será signo de un más intenso sentido de pertenencia? En cualquier caso, ningún creyente debería convertir más o menos conscientemente su crítica en vehículo de complejos eclesiales o cívicos mal resueltos.

La crítica ha de ser realista. Debe saber distinguir entre lo que puede ser mejorado en una sociedad de hombres limitados y pecadores, y lo que forma parte del inevitable lastre de una colectividad cuyos miembros, incluido el mismo crítico, no son genios ni santos. Estimula saber que la comunidad que tenemos puede ser sensiblemente mejor; pero sosiega saber que no puede ser inmensamente mejor.(...)

## 3. UNA IGLESIA VARIABLE E INMUTABLE

Si la visibilidad y el pecado de la Iglesia dificultan la adhesión de muchos; los cambios provocan en otros decepción y aturdimiento. No es extraño que así sea. Toda sociedad provista de un aparato institucional consistente tiende a la estabilidad. Cada sociedad está dotada para asimilar una tasa y un ritmo determinado de cambios sin que cruja su coherencia interna. Dentro de ella existen siempre algunos grupos más proclives y otros más alérgicos a estas modificaciones.

Este es también el caso de la Iglesia. Las modificaciones vividas por ella a lo largo de la historia han sido motivo de crisis y han provocado desafecciones e incluso dolorosas separaciones. Tenemos todavía en la mente casos muy palmarios y recientes.(...)

Precisamente porque la Iglesia es histórica tiene la misión de vivir en continuo intercambio con la sensibilidad de cada época. Evangelio y cultura deben estar en continuo diálogo. El Evangelio asume y eleva, purifica y critica las culturas (cf. *Gaudium et Spes*, 54) Estas arrancan del Evangelio, en diálogo y contraste con él, virtualidades dormidas. Cuando este diálogo no se realiza, los creyentes están condenados a vivir escindidos interiormente, solicitados por dos sensibilidades extrañas entre sí, que conviven en ellos en sorda confrontación o en mutua ignorancia. Las formulaciones doctrinales, la normativa moral, las leyes eclesiales, la vida litúrgica, las opciones pastorales, han de ser repensadas a fin de que el mensaje de siempre no resulte *in-significante* para los seres humanos de una determinada época. Las mismas definiciones dogmáticas son ricas adquisiciones irreversibles. Pero no son metas finales, sino puntos de partida normativos para posteriores desarrollos. Lo que está dicho en ellas es verdad de fe. Pero no todo está dicho con ellas.

La condición histórica induce a la Iglesia a favorecer un encuentro semejante entre la cultura de cada lugar y el mensaje cristiano. No sólo tiene derecho a ser diferente la Iglesia de cada época, sino también la Iglesia de cada lugar. Las Iglesias locales o diócesis están justamente plantadas en áreas socioculturales diferentes para realizar esta encarnación y traducción del mensaje cristiano a cada cultura y a cada pueblo. La uniformidad de la Iglesia contraría la ley de la encarnación.(...)

#### 4. SERVIR AL MUNDO Y CONSTRUIR LA COMUNIDAD ECLESIAL

Si la tentación sectaria que ama casi en exclusiva una porción de la comunidad puede desvirtuar la adhesión, el mismo amor a la entera comunidad cristiana ha de inscribirse en el contexto de una amor, hecho voluntad de servicio, a la comunidad humana.

En efecto, llamada por Dios y enviada al mundo para ser signo e inicio del Reino, la Iglesia encuentra en estas tres referencias fundamentales su propio modesto estatuto: ella se debe al Señor que la llama, al mundo al que es enviada y al Reino que anuncia y promueve en el corazón del mundo. No tiene más dueño que el Señor. Pero sirve al Señor sirviendo al mundo. Y el servicio que ha de ofrecer al mundo es contribuir a que sea transformado en Reino. Esta transformación convierte al mundo en ofrenda inmensamente grata a Dios. De este modo, todo nace en Dios y todo vuelve a El.(...)

A la luz de esta perspectiva, la misión de la Iglesia no consiste en conservarse a sí misma, sino en servir a este mundo, objeto de la pasión creadora y salvadora de Dios. Dios ha creado a la Iglesia por amor al mundo, como una comunidad a su servicio.(...)

##### 4.1 La tentación del eclesiocentrismo(...)

Esta tentación no es del todo inexistente en la adhesión eclesial, admirable por otros conceptos, de muchos cristianos. Registramos en ellos una marcada preferencia por compromisos intraeclesiales (catequesis, liturgia, Cáritas, Consejos Pastorales; Juntas económicas, etc.). Los cálidos espacios eclesiales parecen resultar más acogedores y estimuladores que la intemperie de la vida civil.(...)

##### 4.2 La presencia específica en la sociedad

Pero la adhesión eclesial puede también ser tentada por otro flanco. Muchos creyentes establemente vinculados a la Iglesia mantienen una presencia *inespecífica* en la construcción de la sociedad. Padres, profesores, obreros,

empresarios, políticos y trabajadores sociales tienen escasa conciencia de ser en este trabajo portadores de la misión servicial que la Iglesia ha recibido de su Señor. Evidentemente no se trata de ser «agentes de la Iglesia», sino testigos del Evangelio y de la comunidad; ni de favorecer a la Iglesia, sino de promover los valores del Reino. La comunidad cristiana y sus pastores motivamos, iluminamos, cultivamos y apoyamos insuficientemente la calidad cristiana y la eclesialidad de esta presencia transformadora, tan urgida por el Vaticano II y tan vital como cauce de un servicio eclesial inestable.(...)

#### 5. UNA IGLESIA EN COMUNION Y EN CONTRADICCION CON EL MUNDO (...)

##### 5.1 Las Iglesias del Nuevo Testamento, comunidades alternativas

Recogiendo la herencia de Jesús, las comunidades apostólicas aparecen en los escritos del Nuevo Testamento inspirados por un talante bien opuesto a la filosofía reinante en la sociedad de su tiempo. Son conscientes de este espíritu diferente que las anima y están convencidas de que deben mantenerlo y afirmarlo en la sociedad, constituyendo para ésta un grupo que le haga pensar y le muestre prácticamente que es posible una sociedad basada en principios y opciones diferentes (cf. Mt 5,13-16).

Los rasgos diferenciales más salientes del talante nuevo de estas comunidades son la viva conciencia de la presencia del Espíritu (cf. He 2,16-21), la supresión de las barreras sociales y culturales en su seno (cf. Gal 3, 26-29), la activa dedicación de unos a otros para la mutua edificación (cf. 1 Ts 5, 14-15), el sentido de hermandad (Cf. 1Jn 2, 7-11), la renuncia a la dominación (cfr. Mc 10,42-45), a la reivindicación (cf. 1Co 6,7) y a la violencia (cf. Mt 5, 39-42).

Encontramos en estas comunidades una neta afirmación de su diferencia respecto del mundo (Jn 17, 14-19). Están convencidas de que su quehacer consiste en mantener el propio estilo diferencial, no en disolverse en el mundo. Muestran al mismo tiempo, una decidida voluntad de servicio a la sociedad y de amor a todos incluso a los enemigos (cf. Mt 5, 43-48). Pero con igual vigor manifiestan una actitud de resistencia y de negativa cuando así lo pide la fidelidad a Dios (cf. He 4, 18-21).

Están dotadas de una impresionante vitalidad misionera que les conduce a implantarse en innumerables rincones del mundo greco-romano. Pero, una vez implantadas en un lugar, la presencia, el testimonio y la sorpresa que causa la comunidad se convierten en el anuncio misionero por excelencia. La acción misionera no es sino el eco de este anuncio básico.

No son comunidades sin pecado, sin divisiones, sin conflictos, sin historia de sufrimiento. Pero han asumido con claridad y generosidad que su quehacer es mantener la identidad de este mundo, ofrecerle una base alternativa sobre la cual construir la vida en sociedad e invitar a todos, sobre todo por el testimonio, a formar parte de la comunidad eclesial.

##### 5.2 La Iglesia en nuestro mundo

La Sagrada Escritura, leída desde la situación actual, obliga y ayuda a la Iglesia a reformular su misión en la sociedad. La existencia de un denso estrato de población desvinculada de la comunidad cristiana y de la fe, nos ayuda a asumir más conscientemente el mundo como mundo, como diferente de la Iglesia, como magnitud aparte, como in-



terlocutor ineludible para descubrir concretamente y realizar adecuadamente su misión en la historia. Nos previene contra toda tentación intervencionista, contra toda actitud paternalista, contra todo reflejo corporativista. El reconocimiento y el respeto de la alteridad del mundo están llenos de consecuencias.

Pero este respeto no supone complejo alguno ante el mundo. Sigue íntegramente en pie la misión universal de la Iglesia, dirigida a todos, en sus cuatro caracteres: anuncio, testimonio, compromiso transformador y denuncia. Seguimos, pues, reconociendo un gran relieve al problema de la adhesión de todos. Seguimos considerando una inmensa fortuna y una gracia inestimable para todos los hombres creer en Jesús y pertenecer a su comunidad eclesial. Nos sigue urgiendo la inquietud misionera. Pero el aumento numérico de sus miembros no acapara toda la atención de la comunidad. Es situada en una perspectiva más ancha: el amor de la Iglesia al mundo.(...)

- a) anunciar a Jesucristo (...)
- b) Ser «sacramento del mundo» (...)
- c) Colaborar con el mundo (...)
- d) La contradicción con el mundo (...)

## V. PERFIL TEOLOGICO DE LA ADHESION ECLESIAL

Los rasgos de la adhesión eclesial dispersos o implícitos a lo largo de nuestra exposición forman un rostro coherente. La adhesión a la Iglesia no está sólo surcada de tensiones; tiene una armonía interna que ahora intentamos describir.(...)

### 1. EL CONTENIDO DE LA ADHESION ECLESIAL

Los creyentes no nos adherimos a una Iglesia puramente invisible, sino a una Iglesia concreta que es, a la vez, visible e invisible (cf. *Lumen gentium*, 8). Precisamente porque es también visible, es para nosotros signo de salvación.

No nos adherimos tampoco a una Iglesia perfecta, sino necesariamente deficiente, «santa y necesitada de purificación» (*Lumen gentium*, 8), llamada continuamente a la renovación y a la conversión.

Adherirse a la Iglesia equivale a participar en su comunión y en su misión que son la sustancia misma de la comunidad cristiana.

La comunión consiste primordialmente en que todos los miembros compartimos el mismo y único Espíritu que el Resucitado. Entraña por tanto comunión en la misma fe, en el mismo estilo de vida moral y en la misma celebración. Se expresa en una vida comunitaria animada por el amor y la corresponsabilidad.

La misión se sustancia en servir al mundo para contribuir a su transformación en Reino de Dios. Se desgrana en el anuncio explícito del Señor, en el testimonio coherente con el anuncio, en el compromiso transformador y en la denuncia profética.

La adhesión es tanto más plena cuanto más plenamente se viven la comunión y la misión.

La única Iglesia de Cristo se realiza en toda comunidad que celebra legítimamente la Eucaristía, en la diócesis y en la Iglesia universal. La auténtica adhesión eclesial se enraiza y se expresa simultáneamente en estos tres niveles. Excluir o subestimar cualquiera de ellos revela una eclesialidad notablemente incompleta.

La adhesión es, ante todo, adhesión a la comunidad eclesial. En ella se contiene, como un elemento notable, la adhesión a los pastores, que simbolizan a toda la comunidad y la presiden en nombre del Señor.

### 2. LOS MOTIVOS DE LA ADHESION ECLESIAL

La Iglesia no merece nuestra adhesión creyente porque sea una institución que pertenece a la herencia cultural que hemos recibido. Ni por la coherencia de su doctrina, ni por su solidez institucional, ni por su relieve social, ni siquiera por su calidad moral. Tampoco porque nos brinda

identidad, seguridad o compañía en un mundo en el que nos sentimos desarraigados.

Nos adherimos a la Iglesia porque, fiados de Dios, la reconocemos como espacio de salvación. Ella es el pueblo en el cual Dios sigue realizando su obra salvadora y por el cual sigue llamando a los pueblos a adherirse a su Hijo. Ella es el cuerpo en el cual Jesucristo se hace presente, visible y activo por la palabra y los sacramentos y por el cual sigue viva su influencia en la historia humana. Ella es la casa en la que el Espíritu habita y despierta continuamente impulso renovadores, movimientos hacia la unidad y la reconciliación, sensibilidad para sintonizar con Dios y entrañas para comprometerse con los pobres.

Nos adherimos a la Iglesia porque sólo en ella y por ella hemos nacido a la fe, y podemos ir madurándola y purificándola sin cesar. «En la vida y en la muerte, en esta Iglesia, mejor que en ningún sitio, podemos perseverar en Jesús, testigo fiel del Dios eterno» (K. Rahner).

### 3. RASGOS DE LA ADHESION ECLESIAL

No somos nosotros los que tomamos la iniciativa de elegir a la Iglesia; es Dios quien nos elige y llama a ella. Adherirse a la Iglesia no es, pues, primordialmente, prestarle un servicio o responder a una obligación. Es recibir *el don* de pertenecer a ella y de interiorizar la salvación de Dios a través de ella. En vez de preguntarnos acerca las razones por las que no hemos abandonado a la Iglesia; deberíamos pensar en aquéllas por las que Dios no nos abandona y nos mantiene en su comunidad. «No permanezco en la Iglesia a pesar de ser cristiano. No me tengo por más cristiano que la Iglesia. Permanezco en la Iglesia porque soy cristiano» (H. Kung).

La adhesión a la Iglesia es dinámica en un doble sentido. En primer lugar, porque la Iglesia misma es una realidad dinámica. No se ha instalado estáticamente en su forma perfecta. Con la mirada puesta en su Señor guiada por su Espíritu y en diálogo y contraste en la sociedad, va buscando continuamente, entre aciertos y tropiezos, una configuración más adecuada para testificar a Jesús en cada situación histórica y en cada área cultural. Está dotada de una columna vertebral invariante, procedente de Jesús y de la Iglesia apostólica, y normativa para todas las épocas y lugares. Ella le permite ser percibida e identificada como *la misma* Iglesia a lo largo de la historia y a lo ancho del mundo. Pero esta estructura invariante es sobria, se reviste de formas diferentes en el tiempo y el espacio, y va envuelta en otras muchas formas variables que aparecen y desaparecen en la vida de la Iglesia.

En segundo lugar, la adhesión tiene en cada individuo y en cada grupo su propio ritmo de crecimiento, que es preciso respetar y, al mismo tiempo, estimular. Su dinámica interna le impulsa a ser *plena*, es decir, a abarcar todas las dimensiones y todos los dinamismos del creyente. Con todo, nunca es *total*: siempre es posible una adhesión más aquilatada en cada una de estas dimensiones y dinamismos.

Contemplada desde la perspectiva del creyente, la adhesión eclesial comprende el sentido de pertenencia, la estima, la confianza, el afecto y el compromiso activo.

Contemplada desde la perspectiva de la comunidad, «el grado de pertenencia a la Iglesia no se mide por nuestro lugar en la jerarquía, sino por la intensidad y la pureza de nuestro amor, por nuestra unión con Cristo en el Espíritu Santo» (M.M. Philipon).

Lejos de anular o minimizar otras pertenencias humanas legítimas y saludables, la adhesión a la Iglesia se articula con ellas y se convierte en factor que favorece la unidad interior del creyente.

## VI. HACIA UNA ADHESION ECLESIAL RENOVADA

### 1. PURIFICAR LA IGLESIA (...)

#### 1.1 Purificar la realidad de la Iglesia

Convertirse significa, para la Iglesia, profundizar en sus opciones fundamentales: la pasión por Dios, la fraternidad entre sus miembros, la inquietud evangelizadora, la voluntad de servicio a la sociedad, la debilidad para con los pobres. La comunidad cristiana en todos sus niveles descubre sus infidelidades cuando se mira en el espejo de estas grandes opciones. Y en ese mismo espejo encuentra las pistas para su conversión.(...)

A la luz de la opción por la evangelización, tomamos conciencia más viva de una de las tentaciones eclesiales más poderosas del momento presente: *el miedo*. El nos induce con frecuencia a confinarnos dentro de los muros de la Iglesia en una actitud desconfiada e incluso reivindicativa ante la sociedad. Provoca en otras ocasiones un reflejo acomplejado de disolverse y diluirse en la sociedad. Confinamiento y dispersión son dos tentaciones, producidas por el mismo miedo, que encontramos ya en los albores de la Iglesia. Sólo cuando se libra de este miedo siente la Iglesia la libertad para anunciar sin complejos todo el Evangelio y la fortaleza para soportar la cruz de no ser compendida e incluso de ser perseguida.(...)

En fin, la opción por los pobres ha de obligar a la Iglesia a vencer la tentación de quedar atrapada en las redes, tan humanas y tan poco evangélicas, del afán de *hombres*, de la afición al *dinero* y del miedo a ser *marginada* con los marginados.

#### 1.2 Purificar los signos de la Iglesia

La Iglesia entera es el signo fundamental del Reino de Dios. Pero muchas personas no la perciben directamente en su globalidad, sino a través de realidades eclesiales fragmentarias, que son como signos menores del gran signo. Más aún: podemos decir que todos experimentamos el gran signo de la Iglesia a través de signos menores y parciales. Descubrimos la Iglesia en experiencias de Iglesia.

#### EL SIGNO DE LA ACOGIDA (...)

#### EL SIGNO DE LA CALIDAD HUMANA Y CRISTIANA DE NUESTROS SERVICIOS (...)

#### EL SIGNO DEL TESTIMONIO «CAPILAR» DE LOS CRISTIANOS

Arraigado como sus conciudadanos en el espesor de la vida civil, cada creyente es, en el área en que está enraizado, una presencia de la Iglesia. Puede sentirse con verdad allí signo y enviado de la comunidad cristiana. Su testimonio de palabra y obra no es pura expresión de su fe personal. Quienes conviven con él habrían de entrever también un reflejo del testimonio de la Iglesia.(...)

#### EL SIGNO DE LA VERDAD DE LOS SACRAMENTOS

La vida litúrgica de una comunidad es signo de Iglesia al alcance de muchas personas. La vitalidad de las ce-

lebraciones es un buen indicador cristiano de la comunidad.(...)

## EL SIGNO DE LOS PASTORES

Razones teológicas y sociológicas hacen de obispos y presbíteros un signo institucional, más intenso, de la comunidad cristiana a la que presiden y representan.(...)

Toda la vida de un pastor está llamada a ser un signo de la entera comunidad cristiana para cercanos y distantes.

## EL SIGNO DE LAS COMUNIDADES VIVAS

Pero el signo de la Iglesia resplandece con especial fulgor en sus comunidades menores más vivas y evangélicas. En ellas se reflejan muchos aspectos de la comunidad católica. Ellas poseen un fuerte poder evocador que alimenta la adhesión de otros creyentes y provoca incluso la sorpresa admirativa de muchos distantes.(...)

Estamos persuadidos de que sólo unas comunidades fuertes, de vida intensa e incluso exigentes, podrán ser para la gran mayoría de creyentes, hogar que los alimente para la ruda tarea de un vivir diario en condiciones difíciles para la fe. Sólo una participación activa en estas comunidades sostendrá una adhesión eclesial sometida al riesgo de la erosión continua. Sólo un aliento místico compartido podrá afirmar a Dios como Dios en una época propicia a las idolatrías, y a Jesús como a Señor en una sociedad poblada de tantos «Señores». Sólo un impulso misionero refrescado en comunidad mantendrá en los creyentes la viva conciencia de haber recibido una «buena noticia» y la encendida pasión por testificarla sin orgullo y sin complejos.(...)

### 1.3 Purificar el rostro de la Iglesia (...)

Si la comunidad cristiana mantiene su pretensión de ser signo de Jesús y de su Reino también para estos ambientes, habrá de intentar purificar esta imagen para que, lejos de ser piedra de escándalo, pueda ser reclamo que provoque un encuentro saludable.

Pero, además, la imagen ambiental de la Iglesia se ha convertido en mediación importante para la misma comunidad cristiana.(...)

Somos igualmente conscientes de nuestra limitada capacidad para rectificar y enriquecer esta imagen social, que se rige por leyes que se escapan a nuestro control. Pero existe un margen de posibilidades que no podemos subestimar. ¿De qué manera utilizarlas?

- La primera consiste en no generar hechos y acontecimientos que sean materia prima para la elaboración de unas noticias que crean descrédito entre los alejados y desazón entre los cercanos. La Iglesia tiene que adoptar a veces actitudes y compartimientos que escandalizan a los *sensatos* y a los *poderosos* de este mundo. Cuando se ponga del lado de los pobres o cuando recuerde verdades incómodas sobre el hombre ante una opinión pública que tiende a confundir modernidad con frivolidad, tendrá que cargar con una imagen negativa ante el mundo, que es, sin embargo, positiva ante Dios. Pero no siempre es éste el caso. Actitudes morales rigoristas, connivencias poco críticas con los poderes de este mundo, reflejos autoritarios y centralistas, celos desmedidos ante la sociedad..., son fuente de una imagen no sólo criticada por el mundo sino criticable ante el Evangelio.

Crear, ensanchar e intensificar los canales de comunicación internos a la comunidad cristiana parece otro medio más que deseable.(...)

- Los medios de comunicación social de la misma Iglesia pueden y deben ofrecer a la opinión pública una imagen eclesial más veraz y más estimuladora.(...)

- La comunidad eclesial y, sobre todo, sus representantes debemos ir madurando en transparencia informativa ante los medios de comunicación social.(...)

- Todos y cada uno de los cristianos somos, a la vez, emisores y receptores de una determinada imagen de Iglesia. Si nuestra adhesión eclesial es de mucha calidad, transmitiremos espontáneamente una imagen, que, incluso cuando sea crítica, resultará entrañable. Si la adhesión está averiada, no podremos evitar, aunque lo intentemos cuidadosamente, un poso de frialdad o de amargor que provocará una mayor distancia.

## 2. CULTIVAR LOS ELEMENTOS DE LA ADHESION ECLESIAL

Una comunidad cristiana renovada puede reclamar de manera más persuasiva la adhesión de sus miembros. Pero la comunidad más convertida se encontrará siempre con la libertad y la dificultad de una verdadera adhesión de la persona.

### 2.1 Conocer a la Iglesia

En el núcleo de la adhesión a la Iglesia está el conocimiento de la fe, la lectura creyente de la Iglesia.(...)

### 2.2 Estimar a la Iglesia

Para suscitar la adhesión, el conocimiento ha de ser impregnado de la estima. A través de ellas, nuestra afectividad queda vinculada al objeto de nuestra adhesión.

#### a) El sentimiento de pertenencia

El primer componente de la estima a la Iglesia es el *sentimiento de pertenecer* a ella. Se trata de una pertenencia recíproca: nosotros pertenecemos a la Iglesia y ella nos pertenece. Hemos sido convocados por Jesús a prolongar su misión perteneciéndonos unos a otros.(...)

Nuestra primera tarea es *valorar* esta pertenencia.(...) Una pertenencia así sentida y valorada ha de provocar una intensa *empatía* entre los miembros y su comunidad.

El sentimiento de pertenencia ha de impedirnos concebir y experimentar nuestras relaciones con la comunidad en términos de derechos y deberes, de utilidad e incomodidad.(...)

En una comunidad de amor, la relación desborda el cálculo y se rige por la generosidad y la abnegación.

El sentimiento de pertenencia a la Iglesia ha de extenderse a los tres niveles fundamentales en los que ella se actualiza: la comunidad inmediata, la comunidad diocesana y la comunidad universal.(...)

#### b) El afecto y la confianza

## EL AFECTO

No podemos ocultar que muchas apreciaciones de creyentes relativas a la Iglesia nos apenan precisamente por la frialdad que delatan dentro incluso de su misma moderación y «objetividad». Pero, ¿se puede ser objetivo con un ser humano sin amarlo? ¿Puede un hijo de la Iglesia llegar a «objetivarla» de esta manera? ¿No hay una lucidez compatible con el amor?

En los miembros de una familia los desacuerdos, la incompatibilidad de temperamentos y las mismas rivalidades se inscriben en un contexto de amor subyacente, que

envuelve a la familia entera y que es garantía y signo de la salud familiar. Es preciso que algo de esto suceda también en la Iglesia.

El afecto se engendra sobre todo en la experiencia de haber sido y de ser querido. Nuestra capacidad de amar depende de la cantidad y la calidad del amor con el que hemos sido amados. Ahora bien: cuando repasamos el itinerario de nuestra concreta vida creyente desde sus inicios hasta hoy, quedamos abrumados por el amor en que nos han venido envueltos los servicios que han alimentado aquella fe. La iniciación a la fe en la familia, la catequesis parroquial y escolar, la formación de nuestra fe adolescente y juvenil, las palabras y escritos de maestros de la vida cristiana, la orientación personal recibida en momentos importantes de nuestra existencia, el ejemplo estimulador de cristianos y de grupos eclesiales, es, ante todo, una *historia de amor*. Al evocarla emerge en nuestra memoria un nutrido grupo de testigos eclesiales con rostro concreto: padres, catequistas, educadores, monitores, presbíteros, comunidades... Tras todos ellos se nos revela discretamente el rostro de la Iglesia.

Podemos disentir de concretas orientaciones y contenidos; podemos criticar la validez para hoy de ciertos modelos y testigos; podemos reconocer que no todo lo que recibimos fue tan precioso como la fe y el amor. Pero no podemos ignorar el amor de estos creyentes en el cual se nos mostraba un «amor más grande»: el amor de la Iglesia y el amor del Señor.(...)

## LA CONFIANZA

El afecto facilita la confianza. Confiar en la Iglesia no significa entregar a nadie un *cheque en blanco*. Las personas, los grupos, las instituciones pueden decepcionarnos. También la Iglesia. Dios es el único que nos falla nunca.

Precisamente porque Dios no nos falla nunca confiamos en la Iglesia. Porque Jesús cumple siempre sus promesas, sabemos, con la sabiduría de la mente y del corazón, que estará con su comunidad hasta el fin de los tiempos (*Mt 28,20*) Porque Jesús ha empeñado su palabra de que no permitirá que la Iglesia claudique sustancialmente en lo fundamental, nosotros confiamos radicalmente en la Iglesia y preferimos sus garantías a nuestras propias seguridades.(...)

### 2.3 Comprometerse con la Iglesia

La adhesión posibilitada por el conocimiento e iniciada en la estima se madura en el compromiso.

La adhesión eclesial entraña un triple compromiso. Los tres componentes de este compromiso son inseparables en una lógica cristiana. Optar por Jesús es, al mismo tiempo, aceptar su mensaje e imitar su formas de existencia orante y comprometida. Seguir a Jesús en la comunidad significa aceptar que ésta es mediadora de nuestro comportamiento, tanto en el área de la confesión y celebración de la fe como en el plano de la conducta individual y social.(...)

#### a) Celebrar la fe

Hemos aludido ya a la crisis de la práctica religiosa. Es cierto que muchas de nuestras celebraciones litúrgicas no resultan estimuladoras para creyentes desganados ni, tal vez, para creyentes inquietos. Es verdad que en la vida de bastantes son un gesto vacío que no recoge una existencia que, entre debilidades y tropiezos, quiere desplegarse en coherencia con la fe.

Sin embargo, las deficiencias reales no anulan ni el valor ni la necesidad de una verdadera vida celebrativa. Ella expresa incomparablemente que toda la vida es ofrenda a Dios. En ella conscientes de que nuestra vida real es infiel y deficitaria en muchos aspectos, la abrimos al Señor y a su Espíritu para que la restauren y fortalezcan con su gracia. Ella posee, sobre todo en la Eucaristía, una eficacia sacramental que vigoriza nuestros vínculos comunitarios. Incluso el mero gesto social de encontrarse y compartir es un verdadero símbolo que, por serlo, refresca la solidaridad entre los participantes.(...)

#### b) Conducta moral

Seguir a Jesús en la Iglesia entraña indispensablemente aceptar como norma del propio comportamiento la enseñanza y la conducta moral del Señor tal cual son entendidas e interpretadas por la comunidad cristiana.(...)

Muchos factores, ya recogidos en otros pasajes de esta Carta vuelven hoy especialmente penosa la aceptación del magisterio moral de la Iglesia. Debemos añadir uno que acrecienta notablemente esta dificultad: la sensibilidad actual percibe muy negativamente el modo como se ejerce este magisterio.

Según esta sensibilidad, le magisterio invade a menudo el área íntima de la conciencia al formular normas minuciosas y casuísticas que en la práctica substituyen y suplantán la deliberación y decisión personales. Bastantes de sus prescripciones están trasnochadas, es decir, acuñadas en unos conceptos que suponen una visión del hombre, de la sociedad y de la misma naturaleza, ya superadas por las adquisiciones sólidas de la ciencia. Con frecuencia son urgidas con parecida intensidad aquellas propuestas morales que son claramente vinculantes para toda conciencia cristiana y aquellas otras que son sólo recomendables u opcionales. El magisterio es, en fin, más insistente y más preciso en el terreno de la moral sexual y familiar. Esta insistencia denota una sensibilidad selectiva que no se corresponde con los *puntos calientes* de la sensibilidad evangélica.

Las objeciones reseñadas no hacen menos necesario el ejercicio del magisterio moral. Antes bien, en una época en la que la sensibilidad secular es tan poderosa y tan desligada de la inspiración evangélica, resulta vital discernir para que el mensaje moral de Jesús no quede diluido y neutralizado en el seno de la misma comunidad cristiana. La comunidad y los especialistas en teología moral tienen su parte en este discernimiento. Tiene también el suyo el magisterio de los pastores. Y para aceptarlo se requiere una adhesión adulta, cuyos rasgos vamos a esbozar brevemente.

Una adhesión adulta se contraponen a la adhesión infantil y adolescente. La adhesión infantil, carente de una conciencia personal madura, permite - e incluso exige - al magisterio que le dicte unas normas morales netas y válidas para todos los casos concretos. La adhesión adolescente se ve tentada de oponerse sistemáticamente a las normas por recelo o espíritu de contradicción.

En la adhesión adulta, en cambio, se interpenetran y combinan fidelidad y libertad. Ella recoge y hace suyos con fidelidad religiosa, motivada por la fe, los grandes *valores* morales contenidos en el magisterio de sus pastores: el respeto a la vida humana, la defensa de la dignidad de todo hombre, la exigencia de solidaridad, etcétera. Una conciencia cristiana adulta es consciente de que existen todavía zonas paganas en su sensibilidad moral, sometida a la influencia del ambiente, y se deja interpelar y educar por la palabra de sus pastores. Sabe que, en una época que no se caracteriza precisamente por la fidelidad a los principios, corre ella

misma el riesgo de enredarse en mil pactos poco honorables consigo mismo y con el ambiente.

Pero la adhesión adulta no se contenta con una sintonía en el plano de los valores. Acoge también con espíritu abierto las aplicaciones de tales valores que la doctrina moral de la Iglesia hace a los comportamientos concretos. Esta apertura entraña disposición de la mente para asumir aquellas aplicaciones como rectoras de nuestra conducta, y actitud de la voluntad para cumplirlas. Con todo, hay casos en los cuales la conciencia individual no alcanza a percibir aquellas aplicaciones como vinculantes para su conducta actual y concreta. En tales situaciones, será la conciencia -« el núcleo más secreto... del hombre, en el que éste se siente a solas con Dios» (*Gaudium et Spes*, 16)- quien en actitud sincera y fiel ante El habrá de tomar una decisión responsable.

#### c) Compromiso apostólico

Por el compromiso militante, el creyente se identifica no ya con las normas, sino con el proyecto mismo de la comunidad. Este llega a formar parte de su propio proyecto.

La experiencia social y eclesial nos enseña con claridad que la militancia alimenta la adhesión. El paso de destinatario a sujeto activo es capital para favorecer la identificación. Iniciar desde muy temprano a un compromiso gradual y proporcionado es una pedagogía llena de sabiduría.

Notemos que compromiso con la Iglesia no equivale a compromiso intraeclesial. El creyente se compromete con su Iglesia tanto cuando asume el ministerio de la catequesis como cuando, movido por su fe, participa en una

asociación sindical. Una Iglesia vigorosa sabe alumbrar continuamente con igual empeño servidores de la comunidad cristiana y artesanos de la sociedad.

Nuestras diócesis han creado en estos últimos años servicios importantes para promover la formación espiritual, teológica y apostólica requerida por las tareas intraeclesiales. La preparación para el compromiso cívico es bastante más modesta. He aquí una asignatura todavía pendiente.

Se trata, en muchos casos, no de ampliar el campo de la presencia, sino de convertir la presencia en compromiso cristiano. Este primer objetivo se consigue cuando los creyentes descubrimos por la fe que somos testigos de Jesús y de la comunidad cristiana en el medio familiar, profesional y social en el que ya estamos inscritos y en virtud de este descubrimiento nos resolvemos a una contribución de servicio y testimonio.

Se trata, en otros casos, de ampliar la presencia a ambientes o instituciones en las que es posible un real servicio a la sociedad y un testimonio cristiano. La negligencia o el temor a las complicaciones no deberían retraernos de esta presencia.

En cualquier caso es imprescindible iluminar y confortar especialmente este tipo de compromiso cristiano, más necesitado todavía que el intraeclesial, por medio de una formación básica, de una revisión cristiana y de una comunidad creyente de apoyo. De un adecuado acompañamiento depende en buena medida la inserción de la Iglesia en el mundo y la calidad eclesial de muchos cristianos.



## COLABORACIONES

### ACLARACIONES EN TORNO A "JESUS, HOMBRE EN CONFLICTO".

Carlos Bravo Gallardo sj.  
Director de la revista CHRISTUS

Se me han hecho desde Roma algunas observaciones sobre mi libro *Jesús, hombre en conflicto*<sup>1</sup>, sobre las que se me piden algunas aclaraciones, dado que podrían lle-

var al lector común a consecuencias falsas. Se trata de observaciones de carácter general, exegético y doctrinal. Se enumeran las siguientes:

- + Exageración de la conflictualidad
- + Unilateralismo del método estructural
- + Ambigüedad del verdadero conflicto
- + Deficiente diferenciación entre el Jesús histórico, y su experiencia en la comunidad cristiana a la que se dirige Marcos.

Me da gusto el que ni en las indicaciones de Roma ni en ninguna de las recensiones que he conocido se hable de posiciones contrarias a la fe<sup>2</sup>. Dado que no se me concretan ni las consecuencias falsas que se podrían originar, ni las afirmaciones más que podrían dar pie a ello, sino que se hace un juicio más global, este artículo aclaratorio tendrá también un carácter global buscando avanzar en algunas de las propuestas del libro.

Estas aclaraciones las presento en cuatro partes. En la primera, la más importante para mí, busco dar razón de mi fe, a manera de una profesión de fe. En la segunda hablo sobre la metodología seguida en el estudio. La tercera versa sobre la intención que tuve al escribir el libro. En la

cuarta me refiero a algunas objeciones particulares que me parece importante tomar en cuenta, y planteo algunos puntos en los que ha avanzado mi pensamiento.

## 1.- La razón y el núcleo de mi fe.

Este es el núcleo de mi fe. Creo en Jesús, el Liberador, el Hijo de Dios, sin restricciones, con mayúscula. Pero creo que esos títulos no se comprenden adecuadamente si no es en referencia a la vida y práctica de Jesús, y que no son éstos los que dan razón de su vida, sino ésta la que los llena de contenidos. No sabemos qué es ser Mesías, Señor, Hijo de Dios más que en la manera concreta como lo fue Jesús de Nazaret. Esos tres sustantivos me hablan de su humanidad concreta (su nombre de hombre), de su tarea liberadora, y de su naturaleza divina. Creo que el hecho de que sea verdaderamente hombre -limitado, carne, despojado de sus privilegios divinos- no disminuye su ser Hijo de Dios, ni el ser tal lo hace ser superhombre. Creo que el Verbo se hizo hombre, pero no hombre genérico, sino *tal hombre situado y en proceso*, Jesús de Nazaret y que su vida y su ejemplo es para nosotros camino normativo al Padre y al hermano.

Muchas veces los hombres, azorados ante el misterio de la decisión de Dios de entrar en nuestra historia como uno de nosotros, le hemos hecho al Señor un flaco servicio, con posiciones peligrosamente cercanas al docetismo o al monofisismo, suponiendo una oposición entre la divinidad y la humanidad; Jesús sería Dios a costa de ser menos humano, o sería hombre a costa de ser menos divino. Yo he aceptado dejar a Dios ser hombre -misterio de la encarnación-, y no imponerle ninguno de los privilegios que supuestamente debería tener por ser tal, dado que él mismo quiso despojarse de ellos, para hacerse igual a nosotros en todo, excepto en el pecado -no más excepciones-.

### La perspectiva del conflicto

El conflicto no era una perspectiva espontánea desde la que me naciera abordar los textos evangélicos. Ni siquiera había sido el evangelio de Marcos mi preferido. Prefería con mucho el Evangelio de Juan y el de Lucas, -aunque nunca había caído en la cuenta de que éste último comienza con un atentado de muerte contra Jesús como falso profeta, y el de Juan, que tenía como el más espiritual de todos, narra dos intentos de apedreamiento, que Jesús supera escondiéndose-. Esta perspectiva fue algo que se me impuso, contra toda lógica, a medida que fui leyendo y meditando el texto de Marcos; en esta ruptura no sólo de mis esquemas lógicos humanos, sino de mis convicciones teológicas previas, descubro en concreto lo que es la gracia como algo impensado y que abre rutas y horizontes desconocidos. Ahora tengo la convicción de que, si no se asumen esos conflictos de Jesús, la cruz de Cristo queda vacía de contenido histórico. Pero para evitar desde el comienzo cualquier malentendido, quiero dejar en claro que "conflicto no significa 'ejercicio de la violencia', sino exactamente lo contrario: estar dispuestos a soportarla, cosa que la cruz de Jesús pone de relieve".

No fue, pues, un "prejuicio estructuralista" ni concepciones previas nacidas de "ideologías extrañas" lo que me llevó a concluir que la cruz no fue una sorpresa caída del cielo sino la consecuencia de un conflicto que atraviesa todo el relato.

Con Marcos creo que Jesús, el ajusticiado por "razones" de religión y de seguridad nacional, fue resucitado

por el Padre y confirmado así como el único Camino al reino del Padre. Pero también creo que esta experiencia del Resucitado sólo la tiene quien le sigue -en Galilea- prosiguiendo su causa: la causa del Padre de la vida, la causa de la vida de los pobres, gloria de Dios. Creo que ese es el lugar teológico privilegiado de la experiencia de fe en el Señor resucitado.

## 2.- Explicación del Método

Soy consciente de que nuestros métodos son inadecuados para adentrarnos en el misterio, al igual que nuestras formulaciones siempre serán inadecuadas para expresarlo. Y en el libro busqué una metodología que integrara varios aportes:

- En primer lugar, el método más asequible directamente, que es el de la lectura del evangelio como narración literaria -que es su género literario propio-. Mediante las claves de lectura de toda narración<sup>4</sup> busqué determinar los bloques de pasajes que literariamente formaban algún tipo de unidad temática. Eso es lo que expongo en la primera parte, capítulo 2, de mi libro. Una clave de particular importancia fue la de los Códigos legales, respecto de los cuales luego haré algunas observaciones que me parecen importantes.

- En base a ese análisis literario fui descubriendo una estructura interna al texto. Me guiaba la intuición de Schweitzer<sup>5</sup>, de que en la estructura está el mensaje del autor, porque es propiamente su aportación original. La estructura encontrada la comparé críticamente con todas las que tuve a mi alcance; así elaboré la que me pareció que más respondía al desarrollo interno de la práctica que narra el relato.

- He de decir una palabra en torno al método. Se me atribuye un "uso unilateral del método estructural". Inicialmente busqué conocer el método estructural, aunque con un sentimiento de frustración ante la complejidad de esas metodologías, cuyo provecho para una lectura creyente y en función del pueblo no logré descubrir. He de afirmar, pues, que mi estudio, no sigue el método estructural, que desconozco, sino que busca simplemente descubrir las claves de lectura que nos lleven a descubrir la estructura del relato, buscando un método de lectura asequible al pueblo. A este respecto quise dejar clara mi posición en la nota 19 de la introducción: «... tampoco hemos considerado adecuado el método semiótico -que es propiamente el estructural en sentido estricto- porque, aun teniendo elementos muy interesantes y que desbloquean algunas de las comprensiones exegéticas, sin embargo el tecnicismo en el que se mueve es únicamente asequible a iniciados; corre también el peligro de presentar estructuras vacías de contenido y sin ninguna incidencia en la fe práctica del pueblo. Da la impresión de un trabajo ingente y desproporcionado para la poca utilidad de sus conclusiones. La artificialidad de las estructuras propuestas, por otro lado, más parece querer confirmar la validez de una teoría que dejarse interpelar por el texto mismo y su mensaje. Sin embargo, hemos tenido en cuenta elementos importantes de este método para nuestra lectura, y no podemos negar que el interés por el análisis del texto nació del estudio del difícil y sofisticado, aunque inspirador, libro de F. Belo, *Lectura materialista del Evangelio de Marcos*». Mi proceso no partió de ninguna estructura previa, fuera de la intuición de que la llamada crisis de Galilea era algo muy fundamental en la estructura de la práctica misma de Jesús. *El descubrimiento de la estructura fue el resultado del análisis literario del relato*. Sostengo, sin embargo, lo que digo

sobre el particular en la nota 10 del cap. 2 de la primera parte: «Todo intento de encontrar la estructura de un texto preexistente tiene algo de re-creación y de re-lectura, y no es ni puede ser neutro ideológicamente, como no lo es la misma lectura; proyectan sobre el texto la pre-comprensión teológica e incluso las posiciones sociales y políticas desde las que se lee».

- Buscando confirmar o desconfirmar esa hipótesis de estructura, recurri seriamente a los estudios de autores europeos, particularmente en lo referente a la crítica textual y al estudio de la historia de la redacción para descubrir en los estratos redaccional y tradicional la confirmación o desconfirmación de la estructura hipotética que iba apareciendo ante mis ojos. Me interesaba particularmente confirmar o desconfirmar lo referente a lo que en el texto me parecía que eran *transiciones*. Lo que en el análisis meramente literario me parecían tales, lo encontré confirmado al ver que se trataba de textos redaccionales de Mc o textos modificados importantemente por su redacción. Para eso me apoyé fundamentalmente en los estudios de Neirinck<sup>6</sup>, Stein<sup>7</sup>, Prike<sup>8</sup>, Gnlika<sup>9</sup>, Schweitzer<sup>10</sup>, Pesch<sup>11</sup>, Standaert<sup>12</sup>, Minette de Tillesse<sup>13</sup>, Taylor<sup>14</sup>, Radermakers<sup>15</sup>. Obviamente ese estudio detallado no cabía dentro del plan de publicación de una obra de estudio, que ya de por sí resultaba compleja, que estuviera dirigida al público. Todo esto está más detallado en la tesis<sup>16</sup>, y en unos esquemas más pormenorizados en que comparo las posiciones de estos autores respecto de cada uno de los versículos del texto<sup>17</sup>, así como en otros escritos y artículos<sup>18</sup>.

También elaboré una traducción directa del griego, buscando respetar al mismo tiempo el carácter de un texto antiguo, escrito de corrido, y su corrección castellana; en ella incorporé el análisis secuencial y las claves de lectura que aparecen en el análisis literario<sup>19</sup>.

### 3.- Intención del libro

Me preocupan los hombres que han ido comprometiendo su vida en luchas sociales desde sindicatos, organizaciones populares, partidos políticos, que han tenido un pasado cristiano, pero que se han alejado de la fe en Jesús muchas veces por un mal testimonio de creyentes o de la Iglesia-Institución, o por una presentación inadecuada de la fe a su evolución (cultural, política, social). Me preocupan los jóvenes, particularmente los estudiantes, cuya fe tradicional es sometida duramente a prueba en las Preparatorias y en las Universidades, y bombardeada por lecturas de libros de corte esotérico y con pretensiones científicas<sup>20</sup>. Me preocupa el pueblo de Dios, oprimido y creyente, desconcertado ante propuestas fundamentalistas de las sectas, o ante ofertas culturales de tipo exaltatorio, que lo llevan o a la evasión de los compromisos de la historia o a desconfiar de una religión que no aporta nada a los procesos de liberación integral que se dan en el Continente<sup>21</sup>. Pensando en ellos he querido presentar la dimensión humana del misterio de la Encarnación del Hijo de Dios, la gran Buena Nueva que da Marcos como correctivo a una cristología y a una eclesiología de exaltación que llevaba a la evasión de los compromisos de la historia. No cualquier «Hijo de Dios» (término fuertemente ambiguo en el ambiente cultural greco-romano politeísta) sino el que se involucró en nuestra historia de conflictos y de pecado.

Mi estudio se inscribe dentro de la tradición cristiana de las «cristologías ascendentes», -camino seguido por Dios mismo para su revelación-, basadas en la búsqueda del

«Jesús histórico», pero con un acento dinámico en el «Jesús que hace historia», realidad cristológica que abarca tres elementos constituyentes del Cristo total: Jesús de Nazaret, El Resucitado, la Comunidad de seguidores suyos que lo siguen prosiguiendo su causa. No basta encontrarnos con los datos históricos sobre Jesús (las líneas fundamentales de su práctica); debemos encontrarnos con él como Resucitado, que es lo que convierte su práctica en normativa para nosotros; y eso debe suceder en el seno de la comunidad creyente, comprometida en el seguimiento de ese Jesús en el prosiguiendo de su causa; no basta la mera afirmación conceptual-histórica.

De ahí la convicción de que es definitivamente más importante el seguimiento de Jesús que sus formulaciones. Me explico: el momento *teológico* de la formulación es un momento segundo de la práctica cristiana; el momento *teológico* del seguimiento es el momento primero. Pienso que esto es lo que hay detrás de la parábola del Juicio: Los «benditos del Padre» son los que, siendo misericordiosos con los pobres, lo fueron con Jesús *aun sin saberlo*.

Y, por último, mi estudio se inscribe también en la perspectiva de la teología de la liberación, a cuya cristología quiere aportar elementos exegéticos. La cristología de la liberación ha puesto de relieve la importancia de los siguientes aspectos: a) el Reino de Dios como lo último para Jesús y lo que norma toda su vida; b) la práctica de Jesús, vista como su servicio al reino y como su respuesta a la voluntad del Padre; en este punto yo aporté tres características de dicha práctica: es procesual, situada y conflictiva; c) las consecuencias operativas de dicha práctica para la vida del cristiano, es decir, la normatividad que supone para el seguimiento; en este punto yo llamo la atención sobre las líneas de fuerza de esa práctica, tal como aparecen en el evangelio de Marcos; d) en esa normatividad -expresada en el título cristológico de «El Liberador»- hay una afirmación explícita de la trascendencia divina de la persona de Jesús, a la que tenemos acceso a través del misterio pascual: en el hecho de que el resucitado no es otro que el crucificado se nos ha dado la plenitud de la revelación de la Trinidad; e) la afirmación de Jesús, el Mesías-Liberador, como culmen de todo el proceso de revelación de Dios a los hombres, lleva a la comprensión de la Trascendencia de Dios no como distancia sacral sino como cercanía misericordiosa y amorosa; en eso nos trasciende Dios: en amar como nadie fuera de Él es capaz de hacerlo; y se descubre ese amor no como norma externa al cristiano, sino como principio de acción que lo lleva al compromiso ilimitado por la causa del Padre, que es la causa de la vida, la vida de los pobres, como Jesús, movidos por su Espíritu<sup>22</sup>; f) la parcialidad del Dios que nos revela, único punto de partida para una verdadera universalidad que mire por los marginados<sup>23</sup>.

Jon Sobrino señala otra característica general de la cristología latinoamericana: que está marcada fuertemente por la *indignación ética*, tanto ante la repercusión trágica que una manipulación del mensaje sobre Cristo puede tener para los pobres, como ante la injusticia que hacemos al mismo Señor al manipular su decisión de entrar en nuestra historia para cargar con ella, haciéndose cargo del pecado para echarlo fuera de nuestro mundo<sup>24</sup>. Esta es la perspectiva *teológica* desde la que hay que entender el *conflicto cristiano*. Yo realmente no sé qué más decir ante la advertencia de que en mi libro hay una «exageración de la conflictualidad» y una «ambigüedad del verdadero conflicto»<sup>25</sup>. Pienso que más bien las dimensiones mismas del conflicto que atenta contra la vida de las mayorías son exageradas, desproporcio-

nadas; tanto, que la tradición teológica latinoamericana lo considera un verdadero pecado grave, «mortal» en dos sentidos: en el ético y en el elemental, el de la muerte misma de víctimas que causa; Puebla afirma que

*vemos, a la luz de la fe, como un escándalo y una contradicción con el ser cristiano, la creciente brecha entre ricos y pobres. El lujo de unos pocos se convierte en insulto contra la miseria de las grandes masas. Esto es contrario al plan del Creador y al honor que se le debe. En esta angustia y dolor, la Iglesia discierne una situación de pecado social, de gravedad tanto mayor por darse en países que se llaman católicos y que tienen la capacidad de cambiar (PCJE 28).*

En esas situaciones la Iglesia discierne una interpelación de Dios mismo<sup>26</sup>, y reconoce en los rostros sufrientes de los pobres el rostro mismo sufriente de Cristo el Señor<sup>27</sup>. Y, sacudida por esta situación, afirma:

*Desde el seno de los diversos países del continente está subiendo hasta el cielo un clamor cada vez más tumultuoso e impresionante. Es el grito de un pueblo que sufre y demanda justicia, libertad, respeto a los derechos fundamentales del hombre y de los pueblos<sup>28</sup>.*

La Conferencia de Medellín apuntaba ya, hace poco más de diez años, la comprobación de este hecho:

*Un sordo clamor brota de millones de hombres, pidiendo a sus pastores una liberación que no les llega de ninguna parte<sup>29</sup>... El clamor pudo haber parecido sordo en ese entonces. Ahora es claro, creciente, impetuoso y, en ocasiones, amenazante<sup>30</sup>.*

Si estas afirmaciones del Magisterio Latinoamericano no son meras palabras, hay que asumir en serio que esto resulta amenazante tanto para la Iglesia que vive en América Latina como -y con mayor razón- para la Iglesia que vive en otras situaciones y otras culturas donde este clamor no se escucha con esta intensidad dramática.

#### 4.- Algunas aclaraciones y avances

Con esto creo haber aclarado algunos de los aspectos generales que preocupan a la Congregación de la Doctrina de la Fe.

4.1. El Jesús de la historia o el Jesús de la comunidad de Marcos.

Se afirma que se echa de menos en mi libro una adecuada diferenciación entre el Jesús histórico y la interpretación que de él pueda hacer la comunidad cristiana a la que se dirige Marcos.

Este punto es, sin duda, difícil, dado que no tenemos certeza histórica sobre la comunidad a que se dirige y sobre sus características. La más investigada es la de Juan, y luego, la de Mateo. Sobre la de Lucas y Marcos hay posiciones más hipotéticas. Por eso recurrí al argumento de analogía<sup>31</sup> para situar, al menos, las características probables de dicha comunidad.

La dificultad de distinguir la práctica narrada de la práctica histórica es inherente a los relatos evangélicos, cuya lectura común ordinariamente se hace desde la hipótesis de que todo lo que hay en ellos es histórico. Y es inherente y

común en nuestra predicación ordinaria<sup>32</sup>. Yo afirmo que el relato de Marcos nos permite adentrarnos en lo que llamo las *Lineas fuertes de la práctica de Jesús*<sup>33</sup> y, mediante ellas, al Jesús histórico<sup>34</sup>.

En la segunda parte de mi libro tomo el relato tal cual nos ha llegado de manos del autor. Soy consciente de que es posible que el lector lo tome como «real y biográfica historia de la vida pública de Jesús». La dificultad es doble: primero, distinguir los estratos tradicional y redaccional; segundo, distinguir entre el hecho y la interpretación teológica en ambos niveles. Es en la tercera parte, donde busco determinar lo normativo de la práctica de Jesús para nosotros, donde abordo directamente el problema tanto epistemológico como soteriológico de esta cuestión. Lo primero que afirmo es que

«Marcos conjuga las tres dimensiones del hecho-Jesús: quién es hoy, cuál es la *significatividad* histórico-salvífica de su vida-muerte-resurrección, y cómo se le ha de seguir, prosiguiendo la causa del Padre»<sup>35</sup>. En base a eso afirmo que «tres son las características principales que cualifican la práctica de Jesús en el relato de Marcos (subrayo ahora): se trata de una práctica procesual, situada y conflictiva»<sup>36</sup>.

Y me pregunto qué nos revelan esas características acerca del modo de ser Jesús el Hijo de Dios-Liberador y qué implican para el seguimiento. Esta es la manera como abordo la dimensión kerigmática del relato.

Todavía queda una cuestión importante: ¿Qué relación hay entre el relato y la práctica misma de Jesús y, concretamente, su práctica en cuanto conflictiva? Lo trato en el capítulo 2 de la parte III, Normatividad del conflicto. Este es mi planteamiento:

*Hemos destacado su centralidad (del conflicto) en el relato: tanto en la estructura narrativa como en los contenidos de la práctica narrada. Pero surgen varias preguntas: ¿por qué Marcos da tanta importancia al conflicto de Jesús con el Centro judío, siendo así que escribe a cristianos no judíos? ¿No podría haberlo omitido, o al menos haber atenuado el enfrentamiento con la Ley, como lo hace Mateo? ¿Fue realmente así la práctica de Jesús o es una creación de la comunidad? ¿Una semejante conflictividad ha de ser normativa para la práctica cristiana?»<sup>37</sup>.*

Y en la nota 28:

*Pueden plantearse tres hipótesis: a) la relevancia del conflicto se explica porque la comunidad de Marcos sufre persecución y transpone sus conflictos a Jesús, creando así un mito inverso: un Jesús en conflicto; b) el conflicto con el Centro es una creación de la comunidad en su lucha contra los judaizantes; c) el núcleo del conflicto se remonta a Jesús, y su centralidad es expresada fielmente en el relato; la situación de la comunidad es tan sólo la matriz socio-religiosa que posibilita la recuperación de la memoria conflictiva de Jesús. Analizando las tres hipótesis, sólo encontramos consistente la tercera, que integra los tres aspectos fundamentales del hecho-Jesús: la afirmación de un núcleo histórico referente a Jesús de Nazaret; la definitividad y relevancia de ese núcleo como norma, una vez confirmado por la resu-*

rección; y la manera en que esto determina la práctica del seguimiento<sup>38</sup>.

Mi argumentación para afirmar la historicidad de un núcleo de conflicto en la práctica de Jesús se encuentra en las páginas siguientes, y es un argumento «a pari» con el de los milagros: éstos son un hecho histórico, aunque la determinación de la historicidad de cada uno de ellos necesite un estudio ulterior; la fuerza del argumento estriba en que, si se supusieran no-históricos, sino creación de la comunidad a la que no respondiera nada real en el Jesús histórico, se perdería algo vertebral de la práctica de Jesús por el reino. Creo que lo mismo sucedería con los conflictos en el relato de Marcos: si se les suprimiera, suponiendo que no pertenecen al Jesús histórico sino que expresan sólo la situación de la comunidad, el relato de Mc quedaría desestructurado y se perdería el sentido de la muerte en cruz; esa es la importancia cristológica y soteriológica de la conflictividad: porque no cualquier cruz es la cruz de Jesús, sino la que llega como consecuencia de asumir la causa de Jesús al estilo de Jesús.

Más aún: «si el conflicto fuera un elemento secundario o inexistente en la práctica histórica de Jesús, habría que afirmar que el relato nos habría transmitido una imagen sustancialmente falseada de su persona, de su causa y de las condiciones del seguimiento, al dar tal centralidad al conflicto en la práctica narrada; tal "mito inverso" no podría ser propuesto como norma universal y absoluta de la fe y seguimiento cristianos. Y resultarían también falseados Mateo y Lucas, que están en estrecha vinculación con Marcos»<sup>39</sup>.

Y termino la argumentación relacionando conflicto y seguimiento:

*Y todavía una última cosa: no basta la correspondencia entre un núcleo histórico y lo nuclear de la narración*

*para que la conflictividad de Jesús sea propuesta como norma de seguimiento; esa "condición humana de Jesús" ha de ser referida a su resurrección, que es lo que la confirma y la hace normativa. Hasta allí llega el relato: viendo la práctica de Jesús desde la óptica pascual, remite a Galilea el seguimiento de "Jesús, el Nazareno-crucificado-que-resucitó". La resurrección no le quita aguijón al conflicto, sino que muestra la "necesidad" histórica de la cruz en un mundo configurado por un proyecto opuesto al proyecto de Dios<sup>40</sup>.*

Con lo dicho quedará claro qué es, para mí, lo fundamental del conflicto: el choque entre la misericordia (como opción por el *miser* y por su vida, que es la opción del Padre) y el pecado (como decisiones personales y como estructura que margina al *miser* de la vida y así va contra el proyecto del Padre).

#### 4.2. La Ley de la Alianza y la Ley de la Pureza

Este es el punto que me parece que requiere más explicación y más avance y al que se refiere ampliamente la reseña hecha por Victorino Girardi. Presento primero su punto de vista, con el que voy a dialogar en un segundo momento.

Dice Girardi:

*Cuando el autor, en su momento analítico muestra la derivación de la Ley de la Alianza de los documentos yahvista, heloista y deuteronomista, y de la Ley de la Pureza del Código de Santidad (Lev 17-25) del documento Sacerdotal y del Jeovista, da la impresión de olvidar que se trata siempre de Palabra de Dios. Opone en términos tan radicales los primeros documentos a los segundos, que el lector podría pensar que estos últimos*



fueran consecuencia exclusiva de la voluntad de poder que busca en Dios, en la religión, una sacralización de los privilegios de clase. Podríamos dar muchos ejemplos al respecto; baste el siguiente texto: "Quizá el elemento más negativo -escribe- es la deformación (causada por la escuela sacerdotal que dio origen al código de santidad) de la imagen de Yahvé y de las relaciones con su pueblo: el Dios liberador ahora se convierte en la amenaza de su pueblo, que se cobra sus derechos como cualquier poder dominante: todos los israelitas tendrán que pagar el rescate por su vida, amenazada por la presencia de Yahvé en medio de ellos, para que no haya plaga; es una especie de impuesto, de medio siclo, que hará de 'recordatorio' ante Yahvé para que respete sus vidas (Ex 30,11-16). El Dios atento al mínimo clamor del pobre ahora necesita un 'memorial económico' para no quitarle la vida (...). El Dios que veía por los derechos del oprimido ahora no tiene ojos más que para sus propios derechos amenazados por la existencia misma del hombre impuro en la cercanía de su santuario (p. 51).

Nos parece que es aquí donde el Autor paga un excesivo tributo a los principios del análisis marxista que ha derivado de F. Bello y de M. Clevenot. El considerar los dos bloques de Documentos Veterotestamentarios como expresión de 'lucha de clases'<sup>41</sup> tiene el riesgo de dejar en sombra que todo el Antiguo Testamento es igualmente Palabra de Dios y que no hay, para así decir, una palabra de Dios de segunda categoría. En esto no queremos negar en absoluto que el contexto y el pre-texto sociales constituyen un verdadero 'filtro' de la Palabra de Dios y de la misma Inspiración Divina, pero oponer tan radicalmente los distintos documentos veterotestamentarios, da la impresión de que se está olvidando el clásico principio según el cual el mejor intérprete de la Biblia es la Biblia misma, en que cada página es iluminada e integrada, nunca eliminada<sup>42</sup>.

En este punto creo necesario recurrir a mi proceso personal. Inicialmente me habían parecido válidas las dos tesis generales de F. Belo:

*Existen en los textos legislativos del AT dos sistemas distintos, el de la mancha y el de la deuda, siendo el primero dominante en los textos que provienen del documento sacerdotal P y el segundo de los textos elohista E y deuteronomista D (su elaboración es más acabada en este último). Estos dos sistemas poseen lógicas muy paralelas, por lo cual se hallan en estrecha relación<sup>43</sup>. A partir de cierta época de la monarquía subasiática, la relación entre estos dos sistemas manifiesta una dialéctica que es la de una lucha de clases<sup>44</sup>.*

Pero el mismo autor terminaba su largo y difícil estudio sobre *El orden simbólico de Israel*<sup>45</sup> con una advertencia respecto de su propuesta en la que sugiere la necesidad de un estudio sobre ese "proceso ideológico", respecto del cual se confiesa amateur. Y afirmaba con honestidad: "No sé si lo que he propuesto es verdadero, solamente lo creo"<sup>46</sup>.

En un primer momento me habían parecido correctas ambas tesis, y elaboré un esquema en el que me parecía que históricamente iban alternando ambos esquemas en oposición uno al otro. Pero no encontré confirmación de la hipótesis en el estudio diacrónico de la redacción de textos. A lo largo de seis meses dedicados al estudio del proceso diacrónico de redacción de los textos legales de Israel,

profundizando en varios autores<sup>47</sup>, me encontré con que el esquema de Pureza es muy posterior, propiamente del tiempo del exilio e incluso del retorno. Los preceptos primitivos de tipo ritual-tabúico no se han de situar, en sentido estricto, dentro de este esquema legal. En base a eso abandoné la hipótesis inicial, aunque me pareció que se confirmaba la posición más general de Belo, sobre la existencia de dos sistemas legales (afirmación que no implica que se den como un todo ya construido tal cual desde el principio), pero no la segunda parte de su primera tesis ni tampoco la segunda tesis.

Esto me causó un problema serio, porque cuestionaba mi manera de entender la Sagrada Escritura -de una manera un tanto ingenua y aun fundamentalista-. ¿Cuál era la manera adecuada y cristiana de entender tanto la inspiración como la verdad de la Palabra escrita? El hecho fuerte con que me encontraba era el de la constatación de diferencias objetivas en las leyes de Israel en diferentes momentos de su historia, no sólo como diversas sino como contrapuestas en algunos momentos y cuya causa habría que buscar, y no caer en un concordismo fácil que atribuyera a todo el mismo valor<sup>48</sup>. Detrás de este hecho me parecía que se podían señalar cuatro causas: a) que, buscando las leyes determinar las conductas de los hombres en función de la vida, prohibiendo lo que la daña y prescribiendo lo que la favorece, la determinación de esto cambiaría de acuerdo al cambio de las situaciones sociales diferentes en que se redactaban<sup>49</sup>; b) que no era ajeno a ese proceso la situación personal de los redactores<sup>50</sup>; c) que nos encontramos frente a un proceso de revelación de Dios y de su voluntad, en el que hay prescripciones que van quedando obsoletas, y que no tienen el mismo valor en cualquier situación ni para siempre<sup>51</sup> y es expresión tanto de su decisión de tomar en serio nuestra condición histórica como de su condescendencia divina que lo lleva a hablarnos de manera adecuada a nosotros; d) que eso nos situaba ante el hecho de la *kénosis* de Dios no sólo en su Palabra hecha carne, sino en su palabra escrita<sup>52</sup>, sujeta también a nuestros condicionamientos culturales y a nuestros procesos literarios<sup>53</sup>; ese es su divino modo de ser en la historia: en *kénosis*; no como poder que se impone sino como amor que se ofrece.

En el proceso de elaboración de las leyes, creo que se puede hablar de un primer esquema, (que yo llamo Ley de la Alianza<sup>54</sup>), donde se condensa la experiencia de Israel sobre qué es lo que garantiza su vida y su existencia como pueblo, y que se configura a lo largo de la primera etapa de Israel de Exodo, Conquista, Establecimiento; en ese momento la vida la garantiza la hermandad, el mirar unos por otros.

Luego vendrá la consolidación de la monarquía, el cambio del estatuto de igualdad entre las tribus, la construcción del templo real<sup>55</sup>, el establecimiento del sacerdocio y la sistematización del culto, con sus peligros que denunciarán los profetas; es también el momento del cisma de Israel y la existencia de los dos reinos. En el reino del norte es donde florecerán la escuela elohista, (al que pertenecen el Decálogo E -Ex 20,1-20- y el Código E de la Alianza -Ex 21,1-23,19-), los levitas y la corriente deuteronomista; al migrar al Sur luego de la destrucción de Israel se llevarán consigo 'la Ley' (tradición profético-deuteronomista: fundamentalmente la 'Ley de la Alianza'), en base a la cual se hará la reforma yahvista en tiempos de Josías.

Esta reforma encontrará oposición por parte de los sacerdotes sadoquitas<sup>56</sup>; su reacción dará origen al Código de Santidad (Lev 17-25). Después, vendrá el doloroso

exilio, *Sitz im Leben* de las leyes de Pureza<sup>57</sup>, fundamentales para mantener la vida e identidad del pueblo en esa situación de profunda tentación. Esto mismo será importante cuando, después del retorno, se dé la dominación helena. La revuelta macabea se convertirá luego en la dinastía asmonea: Jonatán asume la dignidad sacerdotal. Hay una reacción en dos líneas: la esenia, que radicalizará la línea de la Pureza sacerdotal de manera elitista, y la farisea, reacción laical que hace extensiva para el pueblo la Pureza sacerdotal. Buscando cumplir la voluntad de Dios con absoluta fidelidad determinará hasta los últimos detalles de la vida cotidiana, dando origen a lo que Jesús condenará como tradiciones humanas que impiden cumplir el mandamiento de Dios (cf. Mc 7, 8-13). Una de las consecuencias de la mentalidad farisea es la marginación del pueblo, de la promesa (cf. Jn 7, 49: la plebe maldita que no conoce la Ley). Jesús, en su momento, ante la marginación del pueblo por parte de los escribas y fariseos y desde la experiencia de la paternidad de Dios, consueña con la corriente profética, que sitúa la verdadera pureza y el verdadero culto en la misericordia, en la justicia, en el amor. Y lo hace porque su proyecto de reino del Padre es la hermandad, contra la que atenta esa concepción excluyente y elitista.

En ese proceso de revelación hay los momentos iniciales, los momentos privilegiados y el momento definitivo, culminante, en Cristo. Esa culminación puede darse a manera de confirmación, a manera de radicalización, a manera de complemento, y a manera de corrección. Si nos quedáramos en una interpretación literal del texto de Mateo 5,17-20, sobre la no abrogación de la Ley, creo que nos veremos en graves problemas para explicarnos las «transgresiones materiales» que él mismo hace respecto del precepto del sábado, cuya violación lo hacía reo de muerte<sup>58</sup>, ni su libertad ante las prescripciones sobre los alimentos<sup>59</sup>, ni su desautorización del Templo<sup>60</sup>. Creo que esa es la manera como Jesús lleva la Ley a la plenitud: el amor, el Espíritu, y la libertad que éste genera.

Con la declaración de Jesús: «Ustedes oyeron...; pero yo les digo» está llegando a su culmen<sup>61</sup> el proceso de revelación que se inició por medio de los profetas. Jesús no es un mero repetidor que se contentara con simples adaptaciones del mensaje; trae una novedad tal que no admite componenda con algunos planteamientos antiguos<sup>62</sup>. En síntesis: Jesús es plenitud de la Ley pero no de una manera etérea e ahistórica, sino dentro de un proceso histórico de revelación de Dios y de interpretación de los hombres situado en el espacio, en el tiempo y en la sociedad; en ellos es Palabra plena de Dios a veces a manera de confirmación, otras, a manera de radicalización, o a manera de complemento, incluso a manera de corrección (nueva afirmación que pasa por la negación de la posición anterior).

En este sentido Jesús es profeta, aunque no cualquier profeta, sino el enviado definitivo del Padre. Su crítica profética está en esa misma línea de exigir al hombre situarse ante una voluntad de Dios siempre mayor, y que no puede ser encerrada en ninguna Ley. Lo único que permite cumplirla en plenitud es el Espíritu. Como culmen del profetismo Jesús exigirá a las leyes humanas y a nuestras interpretaciones, que vayan más allá de la letra, y corregirá la letra misma de la Ley a veces radicalizando<sup>63</sup>, a veces negando<sup>64</sup>.

Hay, pues, una jerarquización de lo revelado, dentro de la cual lo germinal no coincide con la plenitud<sup>65</sup>. La primera comunidad sufrió un doloroso proceso dialéctico

de continuidad y ruptura respecto del Antiguo Testamento. Es probable que ese proceso se refleje en algunos de los textos evangélicos. Pero creo que es un proceso que primero se dio en Jesús mismo -aunque sea difícilmente determinable lo jesuánico y lo eclesial-. Creo que uno de los espacios en donde esto se manifiesta es precisamente en el terreno de las prescripciones legales (lo que he llamado Ley de Alianza y Ley de Pureza)<sup>66</sup>.

De esa manera tal vez Mc está dando contenido histórico al evangelio paulino que anuncia la libertad de la Ley, del pecado y de la muerte, y presenta a Jesús como la culminación del proceso de revelación de la Voluntad del Padre. Como dice Pablo, nos libera de la letra de la Ley, que mata, para comunicarnos no otra Ley sino su Espíritu mismo, que da vida. De hecho, Marcos presenta a Jesús como modelo de ortodoxia cuando; a la pregunta del Escriba sobre cuál es el mandamiento primero de todos, pone en su boca la fórmula ortodoxa del Deuteronomio: «*Shemá Israel...*» (Escucha, Israel, el Señor nuestro es el único Señor, y amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente, con todas tus fuerzas» (Dt 6, 4-5), y añade a continuación el texto de Lev 19, 18<sup>67</sup> «Amarás a tu prójimo como a ti mismo».

Jesús hace una síntesis acabada de lo mejor de la Ley de la Alianza (justicia, misericordia con el que sufre, amor al prójimo) con lo mejor de la Ley de Pureza (mostrando en qué consiste la santidad y el verdadero culto), síntesis que fue asumida progresivamente y no sin trabajo ni rupturas por la comunidad cristiana primera. Este asunto de la continuidad y ruptura con el Antiguo Testamento fue de los problemas más serios que vivió la primera comunidad cuando el Espíritu Santo la abrió a los paganos. La superación de la tensión existente entre Pablo y Santiago fundamentalmente, y también entre Pablo y Pedro, se resolvió gracias al papel mediador de Pedro y a su propia experiencia de la relatividad -derogación, por decirlo más claramente- de una serie de prescripciones rituales y culturales provenientes de la Ley de la Pureza (circuncisión, pureza de alimentos, días de fiesta...).

Una última aclaración: Si alguien pensara que es intención del autor el ampararse en esta presentación de la crítica de Jesús al Centro judío, para atacar a la Iglesia, estaría juzgando *de internis* de manera totalmente abusiva<sup>68</sup>. Sin embargo, tampoco se puede olvidar que las críticas de Jesús a quienes quieren acaparar poder, prestigio, riquezas y honores a costa del sometimiento de muchos seguirán siendo válidas contra esas pretensiones dondequiera que se den.

## Conclusión

Con esto creo haber aclarado algunas cosas respecto de mi libro *Jesús, hombre en conflicto*. Quizá una última cosa, que creo no haber tratado *in recto*: la objeción de ambigüedad respecto del verdadero conflicto. Cito una frase, que destaca González Faus en una nota de su prólogo a la edición española:

*Esto está preciosamente expresado por el autor en las siguientes palabras de la conclusión del libro: "Para romper el círculo de la violencia del Centro judío que lo amenaza, Jesús tiene la alternativa de huir, de responder con violencia o de no resistir a su fuerza homicida. Y el Padre tiene también la alternativa de destruir a los que han decidido asesinar a su Hijo, de rescatarlo mágicamente, saltándose la historia, o, finalmente, de sufrir*

que se lo maten. Y porque elige la tercera opción -que revela cómo el Padre y el Hijo 'son' en la historia-, por eso es necesario que Jesús muera asesinado, como tantos otros asesinados por el poder, a lo largo de la historia, en nombre de la 'Seguridad Nacional' y de la 'razón de Dios'. No es el Padre quien 'necesita' que el Hijo muera para satisfacer su 'honor herido' por el pecado. Son otros dioses los que 'necesitan' esa muerte: el del Centro judío y el del Imperio, que se alían contra el Dios de Jesús, el Padre<sup>69</sup>.

La teología latinoamericana ha puesto de manifiesto que el problema fundamental en América Latina no es tanto el ateísmo cuanto la idolatría, es decir, no tanto la fe en Dios, sino en qué Dios se cree. Y creo que éste fue el problema fundamental también para Jesús: por revelarnos un Dios insospechado -cognoscible sólo por autorevelación personal, por medio de su Palabra hecha carne- en un mundo estructurado por el pecado como negación de los derechos de Dios y de los derechos de los pobres.

Y éste mismo es el contenido del conflicto del cristiano en América Latina: la opción por la vida en un mundo de muerte, estructurado en función de la defensa de los privilegios de minorías a costa de los derechos de las mayorías empobrecidas, la opción por el Dios de la vida y su reino, lo lleva a anunciar a los pobres el proyecto de Dios de vida en abundancia que, en una situación de opresión tiene que pasar por la liberación integral. Así se ha entendido aquel deber de la Iglesia del que hablaba Paulo VI:

*Es bien sabido en qué términos hablaron durante el reciente Sínodo numerosos Obispos de todos los continentes y, sobre todo, los Obispos del Tercer Mundo, con un acento pastoral en el que vibraban las voces de millones de hijos de la Iglesia que forman tales pueblos. Pueblos, ya lo sabemos, empeñados con todas sus energías en el esfuerzo y en la lucha por superar todo aquello que los condena a quedar al margen de la vida: hambres, enfermedades crónicas, analfabetismo, de pauperación, injusticia en las relaciones internacionales y, especialmente, en los intercambios comerciales, situaciones de neocolonialismo económico y cultural, a veces tan cruel como el político, etc. La Iglesia, repitieron los Obispos, tiene el deber de anunciar la liberación de millones de seres humanos, entre los cuales hay muchos hijos suyos; el deber de ayudar a que nazca esta liberación, de dar testimonio de la misma, de hacer que sea total. Todo esto no es extraño a la evangelización<sup>70</sup>*

Este es el contenido concreto que reviste en América Latina la fidelidad a Jesucristo, son los contenidos ineludibles del seguimiento de Jesús en el proseguimiento de su causa. Es el objetivo primero. Afrontar los conflictos que surgen en el cumplimiento de esta misión es un elemento de la *parresía* cristiana, fruto del Espíritu Santo, que siempre ha llevado a los cristianos a enfrentar incluso los peligros de muerte, como consecuencia -de ninguna manera como finalidad pretendida- de la decisión de anunciar buenas nuevas a los pobres, de vivir de acuerdo a la misericordia eficaz del Padre.

## NOTAS

1 El libro fue editado en 1986, en México, Ediciones CRT, con una reimpresión en 1988, y en España, por la Editorial Sal Terrae, también en 1986.

2 La nota bibliográfica de Victorino Girardi, publicada en la Revista de la Universidad Pontificia de México (Efemérides Mexicana 8, 24 (1990) pp. 379-397) me parece, dentro de que hay un elemento de su crítica que no comparto, y con el que quiero dialogar más adelante, un juicio con altura teológica.

3 Ver Jesús, hombre en conflicto, Sal Terrae, 1986, p. 17, del prólogo de J.I. González Faus.

4 En este punto me fueron importantes los estudios de D. Rhoads y D. Michie, *Mark as Story*, Philadelphia, 1982, y el de F. Belo, *Lectura materialista del Evangelio de Marcos*, Navarra, 1975. Este último, a pesar de su complejidad y de un marco teórico materialista que no comparto, me ayudó a formular tanto las claves de lectura como lo referente a lo que él llama *Código de la Mancha* y *Código de la Deudadon* y que yo llamo *Ley de la Pureza* y *Ley de la Alianza*. Una crítica a sus posiciones aparece en las notas 19 y 20 del capítulo 1 de la primera parte.

5 E. Schweitzer, *Die theologische Leistung des Markus*, Ev.Th 24 (1964), 342-355, resumido en *SeLT* 33 (1970), 50-61: *La aportación teológica de Marcos*; también el artículo de X. Alegre, *Marcos, o la corrección de una ideología triunfalista. Para una lectura de un evangelio beligerante y comprometido*, *Rev.Lat.T.*, 229-264. Hay, en cambio, otras estructuras que no me convencen porque me parecen forzar el texto en función de un esquema previo: como ejemplo, la que -en base a una investigación profunda sin duda- presenta Radermakers (*La bonne nouvelle de Jésus*) y la que propone F. de la Calle (*Teología de los Evangelios de Jesús*, en colaboración con X. Pikaza). Tampoco me parece adecuada la de F. Belo (*Lectura materialista del evangelio de Marcos*).

6 F. Neirinc, *Mark in Greek*, Eph.Th.L. 47 (1971); *The Redactional Text of Mark*, Eph.Th.L. 53 (1977); *L'Evangile de Marc*, Eph.Th.L. 55 (1979).

7 R.H.Stein, *The proper Methodology for ascertaining a Mark Redaction History*, *Nov.Test* 13 (1971).

8 Prike, *Redactional Style in the Marcan Gospel*, Cambridge (1978).

9 J. Gnifka, *El Evangelio según san Marcos*, 2 vol., Salamanca, 1986.

10 E. Schweitzer, *Il Vangelo secondo Marco*, Brescia, 1971.

11 R. Pesch, *Il Vangelo di Marco*, Brescia, 1980.

12 B. Standaert, *L'Evangile selon Marc*, Paris, 1983.

13 G. Minette de Tillesse, *Le secret messianique dans l'Evangile de Marc*, Paris, 1968.

14 V. Taylor, *Evangelio según san Marcos*, Madrid, 1979.

15 J. Radermakers, *La bonne nouvelle de Jésus*, Bruxelles, 1974.

16 C. Bravo, *Marcos: Narrativa Teológica del Conflicto. La Respuesta de Dios al pobre*. (Ensayo de relectura sincrónica del relato), Sant Cugat del Vallés, Barcelona, 1984, 451 pp.

17 Apuntes personales.

18 C. Bravo, *Las raíces de Jesús. La no-historia del pueblo (o el "reverso de la historia")*, Sant Cugat del Vallés, Barcelona, 1984, 90 pp. La primera parte está publicada en la Revista Latinoamericana de Teología, *El Salvador*, 6 (1985) pp. 265-302.

19 Tesis doctoral, II, pp. 1-32.

20 Últimamente han proliferado tales publicaciones; enumero sólo algunas: Jesús vivió y murió en *Cachemira*; *Caballo de Troya* (4 vol); *Jesucristo, el gran desconocido*; *Cristo de carne y hueso*; *Jesús alias el Cristo*; *Manual del perfecto ateo*; *La era de Acuario*, y toda una serie titulada *Los enigmas del Cristianismo*, entre las que están *Jesús o el secreto mortal de los Templarios*, *El hombre que creó a Jesucristo*, *El misterio bíblico...* Tristemente constato que no existe ninguna advertencia seria contra ellas, ni menos una propuesta positiva que responda a las dudas que generan en nuestro pueblo.

21 Entiendo esta necesidad de colaborar a la liberación integral de nuestros pueblos en el sentido en que lo plantea el papa Paulo VI en su gran Encíclica *Evangelii Nuntiandi*.

22 Algo de esto es lo que planteo en el último capítulo de mi libro, *A manera de in-conclusión*, donde planteo lo que en el relato aparece sobre la revelación del Hijo de Dios en Marcos.

23 Se trata de la parcialidad del Padre en favor de la vida de sus hijos, contra la parcialidad de una sociedad que mira sólo por los intereses de las minorías; la razón evangélica de esa parcialidad es que desde la preocupación por los intereses de unos cuantos nunca se construirá la verdadera universalidad.

24 Jesús en América Latina, pp. 28-29.

25 Incluso parece que se me interpreta como si mi categoría exclusiva hermenéutica fuera un conflicto de corte preponderantemente socio-económico, cuya consecuencia sería desfigurar la persona de Jesús haciendo de él un activista social, que debe ser seguido sobre todo en América Latina. Que pueda ser considerado como un reformador religioso es cosa que afirman muchos teólogos y exegetas europeos. Yo afirmo expresamente en varias partes que la finalidad de Jesús se sitúa expresamente en el campo religioso, aunque desde allí tenga incidencia en lo político y lo económico. Ver, p. ej. mi interpretación de la Crisis de Galilea (pp. 159-165), las correcciones que hace a los criterios de los discípulos (pp. 173-189) y la de la Toma del Templo, (pp. 200-204).

26 Pue. 15

27 Pue. 31-39

28 Pue. 87

29 Med. Pobreza. 2

30 Pue. 87-89

31 JHC pp. 23-31.

32 Ultimamente me ha dado luz en este terreno un libro que considero excelente: el de Rinaldo Fabris, *Jesús de Nazaret. Historia e interpretación*, Sígueme, 1985, que no conocí hasta hace dos años, y que me ha ayudado a reformular algunos puntos en este sentido.

33 JHC pp. 285-290.

34 JHC pp. 279-284.

35 JHC p. 246.

36 JHC p. 249.

37 JHC p. 273.

38 JHC p. 272.

39 JHC p. 276.

40 JHC p. 276.

41 Yo no hablo en términos de lucha de clases, como lo plantea Belo (pp. 95-102); lo que yo afirmo es que del Esquema de Pureza surge una sociedad estratificada en torno a la Pureza y el mérito y, en cambio, del Esquema de Alianza, una estructura social igualadora (cf. JHC p. 69).

42 Victorino Girardi, *Consideraciones en torno a la obra de Carlos Bravo. Jesús, hombre en conflicto*, *Ef. Mex* 8/24 (1990) p. 386.

43 F. Belo, *Lectura materialista del Evangelio de Marcos*, Estella, 1975, p. 70.

44 *Id. ib.*

45 *Id.* pp. 69-102.

46 *Id.* p. 101.

47 No considero justa la afirmación de que "pago un excesivo tributo" a las posiciones marxistas de Belo y Clevenot: fueron para mí punto de partida, no de llegada. El mismo Belo reconoce la debilidad de su propuesta en la falta de un análisis diacrónico, que es lo que yo intenté hacer (cf. Belo 101,2-3). Me siento más deudor a Auzou, Arenhoevel, Cazelles, De Fraigne, De Sivaite, De Vaux, Gottwald, Gröllenberg, Herrmann, Lohfink, Noth y Von Rad, que fueron la base de mi estudio, entre otros. Ellos son la base de mi exégesis.

48 Está, por ejemplo, la tensión que se da entre algunas posiciones proféticas y otras sacerdotales.

49 El proceso de redacción de las leyes de Israel atraviesa toda su historia (Exodo, Conquista, Establecimiento, Monarquía, consolidación del sur, exilio, retorno) y llega hasta Jesús, tiempo en que los escribas fariseos y los escribas saduceos diferían en la interpretación de las mismas, e imponían sus propias convicciones al pueblo.

50 Esto es lo que descubre el estudio del *Sitz im Leben*. La tradición deuteronómica la emparenta Von Rad con las tradiciones levíticas: «Será preferible buscar los exponentes de esta concepción en los últi-

mos tiempos de la monarquía y precisamente en los círculos de la tradición rural... De hecho parece probable que en el campo existieron círculos en los cuales se reavivaron las antiguas concepciones sobre Yahvé y sus guerras santas... Sólo estos últimos (la población rural) podían seguir manteniendo vivas y podían cultivar las antiguas tradiciones yahvistas... Sin embargo debemos buscar los verdaderos portavoces de este movimiento entre los levitas...» Cf. *teología del Antiguo testamento*, I, pp. 109 ss. Coinciden también Auzou y Haag en fijar la actividad deuteronómica en el sur. Dice el último: «Hay que suponer que los levitas fugitivos con motivo de la catástrofe del 722 llevaron consigo tales colecciones jurídicas al reino del sur. Aquí fueron objeto de la actividad coleccionadora que desplegó Ezequías (cap. 12-26). La fijación de un centro único de culto se comprende perfectamente en esta época» (cf. *Dicc. Bibl.* p. 460). Respecto de los conflictos surgidos en ese momento por parte del sacerdocio de Jerusalén afirma Cazelles: «Los sacerdotes de Jerusalén, descendientes, por Sadoq, de Aarón... prácticamente no habían aceptado el Dt (cf. 2 Re 23,9 y Dt 18,8). Poco accesibles al espíritu de esta corriente venida del norte... se inspiraban más bien en la teología tradicional de la trascendencia de Yahvé, el Dios 'santo', inaccesible a las empresas humanas... Si Dios es trascendente, el hombre, mediante la liturgia, su código y sus reglas, puede vivir con él y participar de su santidad» (cf. Robert-Feuillet, *Introducción a la Biblia*, 351s.). Esto es la base de la explicación de las diferencias que encuentro entre Ley de la Alianza y Ley de la Pureza.

51 Es el caso de muchísimas de las prescripciones que yo llamo "de pureza", vg. lo referente a la sangre, a la lepra, a los sacrificios, etc.

52 Esto lo afirma explícitamente la *Dei Verbum* cuando habla de «la admirable "condescendencia" de la sabiduría divina "para que conozcamos la inefable benignidad de Dios, y de cuánta adaptación de palabra ha usado teniendo providencia y cuidado de nuestra naturaleza". Porque las palabras de Dios expresadas con lenguas humanas se han hecho semejantes al habla humana, como en otro tiempo el Verbo del Padre Eterno, tomada la carne de la debilidad humana, se hizo semejante a los hombres» (DV 13). El término de la comparación es la *debilidad humana de la carne* («humano sermoni assimilia facta sunt... humanae infirmitatis assumpta carne»).

53 Es el objeto de estudio de la historia de las formas y la historia de la redacción. A este propósito dice la DV: «Para descubrir la intención del autor, hay que tener en cuenta, entre otras cosas, "los géneros literarios". El intérprete indagará lo que el autor sagrado dice e intenta decir, según su tiempo y cultura, por medio de los géneros literarios propios de su época. Para comprender exactamente lo que el autor propone en sus escritos, hay que tener muy en cuenta el modo de pensar, de expresarse, de narrar que se usaba en tiempo del escritor, y también las expresiones que entonces más se empleaban en la conversación ordinaria» (n.10).

54 El primer texto legal será llamado Código Yahvista de la Alianza: Ex 34,10-26, cuyo núcleo se remonta probablemente al mismo Moisés (Eichrodt, Lods, De Vaux) y se debe haber fijado oralmente en tiempos del establecimiento en Canaán.

55 A juicio de Cazelles se trata de un templo concebido más a imitación de los cultos cananeos que en continuidad con las tradiciones israelitas (cf. Cazelles, en Robert-Feuillet, *Introducción a la Biblia*, I, 355).

56 Dice De Vaux: «Parece ser que los sadoquitas fueron un clero rutinario, poco propenso a innovaciones que cambiasen sus procedimientos habituales. En todo caso, las reformas religiosas fueron debidas a iniciativas de reyes, no de sacerdotes» (cf. *Instituciones*, 483). La BJ deja entrever un motivo económico en esa oposición: «La ley preveía (Dt 18,6-8), que los sacerdotes de la provincia que vinieran a Jerusalén, gozaran de los mismos derechos que los sacerdotes de la ciudad, 'sus hermanos'. La oposición del clero de la capital consiguió sin duda reducir a un rango subalterno a los 'sacerdotes de los altos' concentrados en Jerusalén» (Nota a 2 Re 23,9).



57 Podemos hablar de cuatro momentos, si consideramos la Ley de Santidad como parte de este esquema de leyes:

- Etapa preexílica, en Jerusalén, hacia fines del s. VII, en torno al Templo (Lev 17-26).

- Etapa del exilio (alred. 598, con sus tres deportaciones, hasta el decreto del retorno en 538); la escuela de Ezequiel será fundamental: se elaboran Lev 11-16 y Lev 1-7 (a no ser que esta segunda parte suponga la práctica sacrificial del segundo Templo, lo que la situaría en Jerusalén en torno a 520-515).

- Etapa del retorno (538-515) y tal vez hasta Nehemías (445-432). Fusión del Pentateuco; Lev 8-10; Num 5-8 y 15-19; Ex 34,29-40,38; Ez 40-48.

- Etapa de purificación y reestructuración bajo Esdras.

58 «Esta fue la razón de que los judíos empezaran a perseguir a Jesús, que hacía aquellas cosas en sábadó. Jesús les declaró: "Mi Padre hasta el presente sigue trabajando y yo también trabajo". Ante esto les entraban a los judíos más ganas de matarlo, porque no sólo abolía el sábadó, sino además decía que Dios era Padre suyo, haciéndose igual a Dios» (Jn 5,16-18). «Estaban al acecho para ver si lo curaba en sábadó y acusarlo... Nada más salir de la sinagoga, los fariseos se pusieron a planear con los herodianos el modo de acabar con él» (Mc 3,2,6).

59 Cf. Mc 7,1-23.

60 Cf. Mc 11,12-19; 13,1-2; Jn 4, 21-24.

61 La carta a los hebreos utiliza el término 'ep'esjatou' (literalmente: en orden a lo definitivo) tiene una dimensión no meramente temporal sino teológica, y se refiere a la plenitud de la revelación, como contrapuesto al 'polymerôs kai polytropôs' (fragmentariamente y con una pluralidad de formas) que corresponde a la etapa anterior.

62 En Marcos, Jesús es ntuy tajante: «No hay quien remiende un vestido viejo con un parche de tela nueva, porque lo añadido tirará de él, lo nuevo de lo viejo, y se hará un desgarrón peor. No hay quien eche vino nuevo en odres viejos, porque el vino romperá los odres y se perderán el vino y los odres; el vino nuevo, en odres nuevos» (Mc 2,21-22). Esa misma es la temática, de manera aún más dramática, del capítulo 7 de Marcos, y es el punto central de las controversias de los capítulos 11 y 12.

63 Cf. vg. Mt 5,20-48; Mc 10,1-12; Lc 6,20-26 y Mt 5,1-12.

64 Cf. vg. Mc 7,1-23; Mt 23,8-10. Jn 4,21-24. Es de notar que Jesús nunca aparece ni realizando sacrificios ni purificaciones.

65 El pasaje de la transfiguración creo que esa es una de las cosas que viene a decir: Jesús es más que Moisés y Elías; después de la teofanía «no ven a nadie más, sino a Jesús solo»: es el único al que hay que oír y seguir.

66 Creo que el texto da base suficiente para afirmar que la posición personal de Jesús, de su práctica y de su mensaje, consuena más con la línea de la Ley de la Alianza y disuena de la de Ley de la Pureza. Obviamente esto no supone afirmar que los distingue formalmente **qua tales**, sino que, entre esas dos maneras de entender y vivir el acceso a Dios y a su voluntad, él claramente se identifica con la línea de la misericordia y de la justicia y no con la interpretación oficial ritual (cf. vg. Mt 12,7: «si comprendieran lo que significa "misericordia quiero y no sacrificios", no condenarían a los que no tienen culpa»; cf también Mt 23,13-35 y Lc 11,39-54).

67 Texto que pertenece a la tradición deuteronomica, de acuerdo a los estudios sobre los estratos redaccionales.

68 Lo dice expresamente Glez. Faus en su prólogo: «Y por eso quisiera terminar con una pequeña observación dirigida, sobre todo, al lector español: a mi entender, se desenfocaría la conflictividad del Jesús de Marcos si nos limitáramos a dirigir esa conflictividad sólo contra la Iglesia institucional. Y ésta sería una tentación fácil... No es ésa la perspectiva de Marcos ni la lectura que de él hace Carlos Bravo... Ahora se trata de una conflictividad que Jesús desata ante todos y cada uno de nosotros y ante este mundo nuestro (que fue el suyo) y que no nos permite a nadie una exaltación orgullosa que absolutice demasiado nuestras mediaciones y nuestras causas propias, sino que obliga a lo que Carlos Bravo propone como elemento descriptivo de lo que significa ser el Hijo: "vivir de cara al Padre y a su Reinado... Preferir absolutamente al Padre y a los hombres, por encima de la propia vida"» (JHC p.19).

69 JHC, p.18.

70 EN 30.

---

# LA PALABRA A FONDO: IDEAS PARA LA HOMILIA

---

Casiano Floristán  
Pastoralista. Madrid, España

## EL ADVIENTO

1. El año litúrgico, año de la comunidad cristiana, no comienza el 1º de enero ni con la entrada de los estudiantes a sus colegios. Empieza con el tiempo del adviento, término que significa *advenimiento* o *hacia la venida* (de Cristo). Procede del verbo *venir*. En el lenguaje pagano *adventus* indicaba la venida periódica de Dios y su presencia teofánica en el templo. Es, pues, retorno o aniversario. Desde el punto de vista cristiano, *adventus* era la última venida del Señor al final de los tiempos. Pero al aparecer las fiestas de la navidad y epifanía, significó también la venida de Jesús en la humildad de la carne. Estas dos venidas (la histórica y la escatológica) se consideran como una única venida, desdoblada en dos etapas. Esta doble dimensión de espera caracterizada todo el adviento.

2. Adviento es el tiempo litúrgico que precede, como preparación, a la fiesta de navidad. Nació en el siglo IV con tres semanas de duración, a imitación de la cuaresma, o de las tres semanas de preparación pascual, exigidas por el catecumenado. La duración del adviento variaba según las iglesias, entre tres y seis semanas. Se caracterizó en unos sitios por la penitencia (las Galias) y en otros por la alegría (Roma). En todo caso, el aspecto de la *espera* prevaleció sobre el de la *preparación*.

3. Al ser la venida de Cristo anunciada por los profetas, señalada por el Precursor y realizada por la Virgen, tres son las figuras centrales del adviento: Isaías, Juan Bautista y María. Durante el adviento, tiempo de esperanza y de preparación, se lee el libro de Isaías. Los domingos segundo y tercero se centran en la persona y obra del Bautista. El final de este tiempo está referido a María, la madre de Jesús, que vivió intensamente el adviento durante los nueve meses de gestación del Salvador en su seno.

4. El evangelista del ciclo C, que comienza el 1º de diciembre de 1991, es Lucas, pagano convertido, médico, excelente escritor, oriundo de Antioquía. Según el evangelio de Lucas, Jesús es la imagen del Padre, plenitud de misericordia y de amor. Con el Señor comienza una historia nueva, la del Reino, al que se accede con caridad y servicio, no con riquezas, poder o conciencia satisfecha de uno mismo. Lucas es el evangelista de los pobres y marginados, de

las mujeres que no cuentan y son testigos, de los pecadores arrepentidos, de los nacimientos humildes y decisivos (de Jesús y de la Iglesia). En el evangelio lucano aparece Jesús frecuentemente en oración. La ciudad de Jerusalén ocupa una plaza central: es lugar simbólico de salvación.

---

## PRIMER DOMINGO DE ADVIENTO (1.12.1992)

Frase evangélica:

*Esten siempre despiertos*

Tema de predicación:

**LA ESPERANZA**

1. No es lo mismo espera (lo que llega es debido al esfuerzo humano) que esperanza (nos sobrepasa humanamente lo que adviene). Nunca hay que contraponerlas; la esperanza cristiana pasa a través de esperas genuinas humanas. A veces nuestro pueblo tiene una gran esperanza y pocas esperas humanas. Los acomodados viven únicamente pendientes de las esperas cifradas en el dinero, el poder, la comodidad, etcétera. Los pobres y marginados esperan siempre una sociedad nueva, un reparto de bienes y de oportunidades, un Reino de Dios con libertad y justicia. Esto entraña que se derrumben muchos *mundos* viejos, muchas esperas falsas.

2. Podemos distinguir tres niveles de espera, según necesidades y deseos: la espera pasiva de los no comprometidos; la espera interesada del burgués a su favor, y la espera creadora de los activos a favor del pueblo. La esperanza es el entramado de la vida. Según cómo esperamos, así somos: impacientes o tranquilos, afirmativos o escépticos, comprometidos o desganados. Algunos profetas de catástrofes sólo ven la llegada de una *mala noticia* no de la *buena nueva*. La persona que espera de verdad tiene confianza en el cumplimiento de las promesas de Dios.

3. Jesús esperó activamente la venida del Reino. Y porque esperaba, encontró lo esperado: una nueva vida de resucitado. El cristiano debe esperar, al modo de Jesús, la plenitud del Reino, a pesar de los fracasos, de los *signos* catastróficos, de *lo que se nos viene encima*. Espera con firmeza quien espera la liberación. Para eso es necesario tener una actitud básica: la vigilancia, con objeto de ver en el tiempo de los signos los signos de los tiempos. El Evangelio no nos garantiza que los cristianos escapemos de las desgracias, naturales o indebidas. Nuestra existencia no es fácil. El Señor nos pide que levantemos la cabeza y tengamos en cuenta que el fin de *un* mundo es preparación de la venida del Señor.

Reflexión cristiana:

¿En dónde ponemos nuestras esperas y esperanzas?

¿Cómo podemos captar mejor los signos de esperanza que se dan en nuestro mundo?

## LA INMACULADA CONCEPCION (8.12.1992)

Frase evangélica:

HAGASE EN MI SEGUN TU PALABRA

Tema de predicación:

LA INMACULADA

1. Para nuestro pueblo, María es la Madre (con el niño) que concibe y fructifica; la Dolorosa (viuda a quien le matan al hijo), llena de dolores indebidos; y la Purísima (sin mancha), inmune de todo pecado por una gracia singular de Dios. Por el contrario, todos los seres humanos están dañados en la raíz. La contemplación de una mujer inmaculada, purísima, revela la decisión de Dios de hacer una nueva creación. La Inmaculada es el orgullo de nuestra naturaleza corrompida, la hermosa, la creación nueva sin pecado.

2. Toda fiesta mariana posee un clima festivo, popular, dulce, maternal. María es el polo femenino de un catolicismo masculino. Lleva a cabo lo imposible: engendrar a la sombra del Espíritu de Dios. No vive en sueños sino despierta, es receptiva al mensaje de Dios, escucha y habla lo justo, está siempre en movimiento llevando o visitando y vive la entrega hasta el final, al pie de la cruz. Por ser la Inmaculada es asunto a los cielos.

3. El Vaticano II dijo que al hablar de la Virgen se evite «toda falsa exageración» y una «excesiva estrechez de espíritu». María es una mujer sencilla encarnada en el pueblo, madre de los creyentes por la palabra recibida y cumplida, y figura de liberación o modelo de compromiso.

Reflexión cristiana:

¿Tenemos un justo aprecio por María?

¿Qué rasgos de María debemos ensalzar hoy?

## SEGUNDO DOMINGO DE ADVIENTO (8.12.1991)

Frase evangélica:

PREPAREN EL CAMINO DEL SEÑOR

Tema de predicación:

EL PROFETISMO

1. El profeta no es un adivino. Lo que le caracteriza no es el *predecir* sino el *decir*. El profeta se encara ante todo poderío personal y social, habla desde el *clamor de los pobres* y pretende que haya justicia. Naturalmente, le preocupa el futuro del pueblo, la situación sangrante de los pobres. Hay profetas seculares y cristianos. En los momentos de crisis y de cambios surgen los profetas con fuerza. Entreven una situación nueva, llena de libertad, de justicia, de solidaridad, de paz.

2. La misión del profeta cristiano es cuestionar los sistemas infieles al Espíritu, defender a toda persona atropellada y a todo pueblo amenazado, alentar esperanzas en situaciones catastróficas y promover la conversión hacia actitudes solidarias. Tiene experiencia del pueblo (está encarnado) y contacto con Dios (es un místico). De esas dos fuentes, entrelazadas, obtiene la fuerza para su misión. Por medio de los profetas, Dios guía a su pueblo «con su justicia y su misericordia» (Baruc 5, 9). El profeta «allana los caminos».

3. Juan Bautista, profeta precursor de Jesús, fue hijo de un *mudo* (pueblo en silencio) que renunció al sacerdocio (a los privilegios de la herencia) y de una *estéril* (fruto del Espíritu). Le vino la palabra en el desasimiento, es decir, en la lejanía del poder y en el contacto con las bases, con el pueblo. La palabra siempre llegó desde el desierto (sólo hay palabra) y se dirige a los instalados (donde están los ídolos).

La palabra profética le costó la vida a Juan. Su deseo profético es profundo y universal: «Todos verán la salvación de Dios». La salvación viene en la historia (nuestra historia se hace historia de salvación) con una condición: la conversión («preparen el camino del Señor»).

Reflexión cristiana:

¿Dónde encontramos hoy el profetismo?

¿Qué debemos hacer para ser todos un poco profetas?

## TERCER DOMINGO DE ADVIENTO (15.12.1991)

Frase evangélica:

¿QUE HACEMOS NOSOTROS?

Tema de predicación:

LA CONVERSION

1. Tres veces repite Lucas una misma pregunta pronunciada por «la gente», «unos publicanos» y «unos militares»; ¿qué debemos hacer? No se pone el acento en lo que se debe pensar o incluso creer. El evangelio pretende ayudar a que el oyente de la palabra de Dios se convierta, es decir, que su conducta y su comportamiento estén de acuerdo con la justicia que exige el Reino. La buena noticia entraña una exigencia nítida; los que tienen bienes o poder deben compartírselos con los que no tiene nada o son más débiles. Gracias a esta conversión, los pobres y menesterosos son iguales a los otros. En realidad, los pobres no preguntan sino que están en expectación. Preguntan o deben preguntar los que tienen dinero, cultura o poder.

2. La conversión es un cambio de conducta más que un cambio de ideas; es tránsito de una situación vieja a una nueva. Convertirse es actuar de manera evangélica. El evangelio nos invita a una conversión al futuro, que se despliega en el Reino; no es mirar y volverse atrás. El futuro (que es Dios y su Reino) es la meta y la llamada a la conversión. La conversión es un paso de la no fe a la fe, que incluye el salto de la no justicia a la justicia.

3. La tentación para no convertirse es quedarse en una búsqueda incesante o contentarse con preguntar sin escuchar verdaderas respuestas. Según el Bautista, la conversión exige «aventar la parva» (seleccionar o elegir), «reunir el trigo» (ir a lo medular y no andarse por las ramas) y «quemar la paja» (echar por la borda lo inservible o lo que nos inmoviliza).

4. Este domingo se denominó tradicionalmente domingo *gaudete* o de la alegría. Dos veces nos dice san Pablo que estemos alegres. Alegres por la venida del Señor, por la celebración próxima de la navidad, por mantener la esperanza, por situarnos en proceso de conversión y por compartir con los hermanos la cena del Señor.

Reflexión cristiana:

¿Por qué nos cuesta tanto convertirnos?

¿Estamos contentos de ser cristianos?

## CUARTO DOMINGO DE ADVIENTO (22.12.1991)

Frase evangélica:

¡DICHOSA TÚ, QUE HAS CREIDO!

Tema de predicación:

LA BENDICION

1. Pendientes del final de la misa, el pueblo ha percibido la bendición descendente que da el sacerdote. Naturalmente, todos necesitamos el favor de Dios o su protec-

ción. Queremos que Dios nos bendiga. Pero somos menos sensibles a la bendición ascendente dirigida a Dios para alabarle o glorificarle. Y sin embargo, esta bendición es más importante que la primera, ya que el centro cristiano está en Dios o en los otros en cuanto necesitados, no en nosotros mismos. En definitiva, sabemos pedir más que dar gracias, reconocer o alabar.

2. Bendecir significa hablar bien, ensalzar, glorificar. En el tiempo previo al nacimiento de Jesús se hacen patentes bendiciones por parte de Zacarías, Simeón, Isabel y María. Todos bendicen a Dios por lo que hace. Pero al mismo tiempo Jesús bendice a los niños, a los enfermos, a los discípulos, al Padre. Toda bendición, en última instancia, va dirigida a Dios. la oración de bendición es, sobre todo, alabanza y acción de gracias. De este modo celebramos la eucaristía. Pero también la bendición se extiende a todas las criaturas, incluso a las inanimadas: ramos, ceniza, pan y vino. Son bienaventurados los santos y, especialmente bendita es María, madre del Señor y nuestra madre.

3. El Espíritu Santo ayuda a que Isabel pronuncie una bendición: «¡Bendita eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre!». Desde entonces, millones de veces lo hemos dicho todos los cristianos en el Ave María. Son benditos, bienaventurados o dichosos los que creen en Dios, los que practican la palabra, los que dan frutos, los pobres con los que se identifica Jesús.

#### *Reflexión cristiana:*

¿Por qué nos cuesta tanto dar las gracias y bendecir?

¿Dónde encontramos hoy la visita del Señor?

## **NATIVIDAD DEL SEÑOR (25.12.1991)**

Frase evangélica:

**TRAIGO UNA BUENA NOTICIA: HA NACIDO EL SALVADOR**

Tema de predicación:

**SENTIDO CRISTIANO DE LA NAVIDAD**

1. Una de las fiestas religiosas más importantes del calendario popular es la navidad, que celebra el nacimiento de Jesús, Salvador del mundo, su presencia entre nosotros. Para el pueblo, la navidad es el contrapunto del viernes santo: nacimiento del niño Dios, vida nueva, alegría, regalos y derroche. Para el catolicismo militante es comienzo del Evangelio, justicia, fraternidad, libertad y paz. En torno a la navidad todo es iluminación, villancicos, adoración y coros angélicos de alabanza. En los días navideños, coincidentes con los finales del año civil, se desorbita todo, quizá por ser un tiempo intensamente festivo, popular, hogareño y religioso. Incluso las autoridades aprovechan este momento propicio para comunicar mensajes de felicidad y de paz. En medio de este clima ruidoso y sosegado, tenso y relajado, pretendemos los cristianos celebrar la navidad.

2. La navidad surgió como cristianización del solsticio de invierno, ya que Cristo es «sol de justicia» (Mal 4, 2), «astro que nace de lo alto» (Lc 1, 78) y «luz que se revela a las naciones» (Lc 2, 32). Su celebración exige voluntad de vivirla a la luz de la fe, en un clima de sosiego y de paz. Son fundamentales los textos evangélicos de los relatos de la infancia de Jesús (de Lucas y Mateo), escritos para el creci-



miento de la fe y de la piedad, no para satisfacción de la curiosidad.

3. La Navidad nos descubre quién es Jesús y de dónde viene. El primer mensaje navideño es la entrañable humanidad del Dios cristiano o el misterio de Dios hecho hombre. El segundo mensaje, consecuencia del primero, es la divinización de la persona humana en virtud de la fecundidad de la «sombra del Altísimo». Es la fiesta del optimismo cristiano respecto del ser humano y del mundo.

Reflexión cristiana:

¿Qué es en realidad la Navidad para nosotros?

¿Qué nos ayuda a celebrar cristianamente la Navidad?

## LA SAGRADA FAMILIA (29.12.1991)

Frase evangélica:

SE PUSIERON A BUSCARLO

Tema de predicación:

LA BÚSQUEDA DE JESÚS

1. Buscar equivale a indagar, escudriñar, preguntar por una cosa o por alguien. Evidentemente, el que busca de verdad encuentra. Pero hay personas que no buscan nada porque tienen de todo, porque son perezosas, porque no tienen esperanza o porque están de vuelta de todo. Naturalmente, hay que saber buscar y disponerse a conseguir lo que se desea. Dios nos sale al paso y debe ser buscado. A veces desaparece del nuestro entorno y lo perdemos de vista. Pero cuando lo buscamos con sincero corazón, lo encontramos.

2. Las primeras palabras de Jesús en el evangelio de Lucas son éstas: «¿Por qué me buscan? ¿No saben que yo debía estar en la casa de mi padre?» Jesús revela así su personalidad, vinculada al Padre. Deben ser relacionadas con estas otras palabras, también de Lucas: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu» (Lc 23, 46). El templo y la ciudad de Jerusalén son para Lucas lugares simbólicos de comunidad y de revelación de Dios.

3. No es fácil entender los planes de Dios. Ni siquiera María *entiende*. Pero hay tres exigencias fundamentales para entrar en comunión con Dios: 1) buscarlo, (José y María «se pusieron a buscarlo»); 2) creer en Él (María es «la que ha creído») y 3) meditar la palabra del Señor (María «conservaba todo esto en su corazón»).

Reflexión cristiana:

¿Sabemos buscar a Dios?

¿Cómo lo encontramos?

## SANTA MARÍA, MADRE DE DIOS (1.1.1992)

Frase evangélica:

SE VOLVIERON DANDO GLORIA Y ALABANZA

A DIOS

Tema de predicación:

EL AÑO NUEVO

1. El comienzo de un nuevo año suscita en todos nosotros deseos de comenzar de otra manera, con menos desgracias, con más felicidad. Por eso nos decimos «feliz año nuevo». Termina lo viejo con el año que acaba y empieza lo nuevo con el año que se inaugura. Por una coincidencia, hoy se cumple la octava de la Navidad. A los ocho días, Je-

sús es circuncidado (se somete a la vieja creación) y se le pone el nombre de Jesús, que significa *liberador* (es Salvador de la creación, haciéndola nueva). Hoy es una fiesta antigua de la Virgen, madre de Dios, *mujer nueva*. Es día de renovarse, de comenzar.

2. La Biblia aplica el término *nuevo*, ya sea en el tiempo o en la naturaleza, a las realidades de salvación. Los seres y las cosas se renuevan, pero Dios es fiel, es siempre nuevo. Especialmente se aplica el término *nuevo* a la plenitud salvadora de los tiempos mesiánicos. Según los profetas (Isaías, Jeremías) habrá entonces un «nuevo éxodo», una «nueva alianza», una «nueva creación». Con la aparición de Jesucristo todo es nuevo: su concepción, su nombre, su cometido.

3. La novedad del año nuevo es para el cristiano renovación en Cristo. Somos personas nuevas por la fe, por el bautismo, por la esperanza, por el compromiso de caridad. El hombre viejo se hace nuevo por la conversión, por un empezar de nuevo. Las personas renovadas, como los ángeles del nacimiento, oyen, se ponen en camino, reconocen y dan «gloria y alabanza a Dios por lo que ha visto y oído».

Reflexión cristiana:

¿Por qué nos deseamos un año nuevo?

¿Por qué nos cuesta tanto renovarnos?

## SEGUNDO DOMINGO DE NAVIDAD: (5.1.1992)

Frase evangélica:

LA PALABRA SE HIZO CARNE Y CAMPO ENTRE NOSOTROS

Tema de predicación:

DIOS HABITA ENTRE NOSOTROS

1. El evangelio de Juan empieza con un prólogo, cuya idea central es que Jesús es la revelación de Dios, venida en la carne. De ahí que *la palabra* sea la expresión más adecuada. Con Jesús comienza la nueva creación. La expresión *acampó* significa que en Jesús ha tenido lugar la presencia de Dios entre nosotros.

2. La inhabitación de Dios en la humanidad se manifiesta por algunos signos: la nube, la gloria, el templo. Pero al no ser el pueblo judío fiel a la presencia de Dios, queda destruido el templo. Su ruina es signo de una nueva inhabitación por medio de la conversión, en un corazón nuevo, lleno de justicia. Con el anuncio del ángel a María se hace realidad el nuevo templo de Dios.

3. De acuerdo a la tradición sapiencial, con la revelación llega al mundo la luz y la vida, es decir, la salvación y la gracia. La luz es transparencia, nitidez, honrades, verdad. La vida es germinación, plenitud, felicidad, justicia.

Reflexión cristiana:

¿Dónde encuentra el pueblo a Dios?

¿Creemos que Dios habita entre nosotros?

## EPIFANIA DEL SEÑOR (6.1.92)

Frase evangélica:

VENIMOS A ADORARLO

Tema de predicación:

LA ADORACION

1. La adoración es el acto de reverencia por el que se reconoce a Dios como Señor. A los santos se les ve-



nera, no se les adora. Ante la presencia de Dios, de su gloria o de su santidad, la persona religiosa adora. De una parte, tiene conciencia de que es pecador y venera temblando; de otra, se llena de alegría al reconocer la santidad divina.

2. En todas las religiones, la adoración se manifiesta con signos exteriores: inclinación, postración, beso. Así adoramos el signo del niño en Navidad o la cruz del viernes santo. Adoramos a Cristo. Pero de nada sirven los gestos si no adora el corazón; de este modo se expresan los profetas.

3. Mateo señala la veneración a Cristo de unos magos extranjeros, como Lucas muestra la adoración de unos pastores marginados. En cambio, los dueños de este mundo que sólo reconocen su señorío intentan adorar cínicamente y con sentido perverso. La adoración cristiana es «en espíritu y en verdad». No es un gesto externo sino una entrega. Con la adoración hay unos dones. La adoración de Dios se hace en la asamblea, cuyo centro es la doble mesa, la del hermano pobre y la del Señor.

*Reflexión cristiana:*

¿Por qué motivos adoramos a Dios?  
 ¿Sentimos veneración por algunas cosas?

## EL BAUTISMO DEL SEÑOR (12.1.1992)

*Frase evangélica:*

TU ERES MI HIJO, EL AMADO, EL PREDILECTO

Tema de predicación:

### LA MANIFESTACION DEL PADRE

1. Dios se nos muestra como Padre (también es Madre) a través del símbolo paterno. Al nacer y dar los primeros pasos, vivimos todos una unión ilimitada con la madre, física y afectiva, dichosa y replegada. La presencia del padre nos abre el encuentro con lo nuevo, es decir, con la alteridad y la trascendencia. El padre ayuda a que el niño recobre libertad, autonomía, futuro. Es la imagen de una liberación, de un porvenir personal.

2. Al celebrar el bautismo de Jesús como epifanía, se conmemora el cierre de las fiestas navideñas y se manifiesta el comienzo del diálogo de Dios con Jesucristo y con nosotros. La epifanía del bautismo de Jesús revela la relación de Jesús (y de todos los cristianos) con el Padre: 1) «Se abrió el cielo» por la intervención del Padre (Dios no se cierra a la tierra); 2) «Bajó el Espíritu Santo», espíritu de Dios (que nos hace hijos del padre) y 3) «Vino una voz del cielo», que es la palabra de Dios (revelación y fuerza de transformación).

3. El bautismo es la primera epifanía sacramental: nos comunica la vida de hijos de Dios (es gracia), nos incorpora a la Iglesia (es entrada en la comunidad) y nos regenera del pecado (es perdón).

*Reflexión cristiana:*

¿Tenemos relación con Dios Padre?  
 ¿Escuchamos la palabra del Señor como voz de

Dios?

Toda la presión internacional y nacional no había sido suficiente para doblegar, durante un mes, la decisión de la injusticia.

La Secretaría de Gobernación pidió al Obispo que detuviera la marcha. Don Samuel, tratando de mediar, presentó esa petición al pueblo, ya organizado para esa temible actividad política que es marchar.

El obispo presentó esa petición a los indígenas. Y ellos dieron una lección de dignidad, que D. Samuel nos ha transmitido con humildad, porque era a él a quien reclamaban. Y, en palabras del mismo D. Samuel, le dijeron lo siguiente:

«Señor obispo, parece que amarraron tu boca. Tú nos diste a entender que ya iban a liberarlo; ahora nosotros no podemos detenernos. Está triste nuestro corazón que nos hicieran injuria, que dañaran afuera la fama del padre.

«Queremos rezar con penitencia y caminar para que se vea que estamos tristes. Queremos llevar oración para que se vea que estamos tristes».

Inicialmente eran sólo quinientos; luego serían tres mil; finalmente, más de siete mil llegarían hasta la capital del Estado. Esto se vuelve peligroso para un Gobierno que no conoce el corazón del pueblo. Le tiene miedo a esos indígenas que se ponen en camino a golpe de pie, a golpe de oración, a golpe de ayuno ya secular. Busca la intervención del obispo, con quien no hay relaciones, porque cree que el pueblo puede ser manipulado a antojo. Hay una amplia experiencia de acarreo; por eso no se cree que el pueblo pueda ponerse en movimiento por sí mismo, sin que nadie lo manipule, sin que nadie le pague, sin que nadie lo engañe. Y luego reflexiona D. Samuel:

«El funcionario... me habló casi angustiadosamente, pidiéndome que evitara la peregrinación; le dije que yo no era un líder como ellos; me decían que, al serlo, yo debía detenerlos; yo les dije que era un servidor. Además, nosotros no pensamos en la ley, sino en la justicia, y veremos si la justicia es más clara. Los feligreses me decían 'tú no nos puedes impedir que hagamos penitencia', y tienen razón».

El acatamiento que había por parte de los indígenas a sus propuestas de evitar fricciones con autoridades había cambiado. Sigue D. Samuel: «Ahora lo que noto en ellos es una decisión medida, madura, pues parten de reconocer la posibilidad de que el juez pueda decir que se siente presionado y posponga la audiencia de amparo, o que el reconocimiento de inocencia llegue cuando, como ocurrió en el pasado, el sacerdote a quien va dirigida ya ni siquiera está en el estado. No es que nosotros, como decía un funcionario de Gobernación, seamos suspicaces; es simplemente que tenemos memoria histórica».

### Usted perdone

El día 6 de noviembre, después de un mes y 19 días, el juez segundo de distrito falla a favor del am-

paro solicitado para el P. Joel, en contra de la orden de aprehensión girada en su contra por el juez tercero del fuero común. Determinó que se habían violado los artículos 16 y 19 constitucionales: nadie puede ser molestado en su persona ni se puede librar ninguna orden de aprehensión en su contra sin que exista denuncia, acusación o querrela de un hecho determinado que la ley castiga con pena corporal; ninguna detención puede exceder tres días sin que se justifique con un auto de formal prisión en el que deben quedar asentados plenamente los elementos, el cuerpo y la presunta responsabilidad.

Nada de esto se había cumplido en el caso del P. Joel. Sin embargo estaba en la cárcel. Por cerca de dos meses.

Se preguntó al juez que concedió el amparo si había habido un atropello de la justicia de Chiapas. Contestó: «Yo no estimo eso, no podría opinar en ese aspecto, pero creo que es un asunto muy concreto, como tantos otros. En lo que se analiza la constitución de un acto no es posible que se mencione esa palabra, *arbitrariedad*. Simplemente la función que cumple una autoridad en ocasiones no concuerda con lo que la ley suprema marca, y eso es todo» (La Jornada, 5 noviembre 1991, p.14).

Pero sigue sujeto a sospecha

El P. Joel ya fue puesto en libertad. Se le acusó de diez delitos. Ninguno merecía libertad bajo fianza. Se le libera sin condiciones. Sin embargo, tres días después --esto no se publicó en la prensa-- el secretario de gobierno de Chiapas, vocero del gobernador, en una reunión con ganaderos en Chiapa de Corzo volvió a atribuirle irresponsablemente, maliciosamente, las acusaciones que se le habían imputado y que no fueron probadas: dijo que el P. Joel había invadido unos predios encabezando a cuarenta campesinos, armados con armas de alto poder y lanzando bombas molotov,.... para robar 10 gallinas...

¿Qué seguirá luego? Con esas actitudes cualquier cosa se puede esperar, en un Estado en el que se ha encarcelado ya hasta el momento presente a cuatro sacerdotes, de los que uno fue torturado; se sacó violentamente de La Selva a dos religiosas; se tuvo desaparecida a una doctora evangélica que trabajaba con la Diócesis, se expulsó sin motivo a un sacerdote belga. Es evidente la intención de atacar la línea pastoral de compromiso con los más pobres. Es clara también la presión que ejerce una masonería trasnochada, que vive aún en el siglo dieciocho, sobre el Gobernador. Es claro también el resentimiento de éste contra la Diócesis por las denuncias que ha hecho de violaciones a los derechos humanos, afirmando que es el gobierno más represor de los últimos treinta años, motivo por el cual se le negó un galardón que se le iba a dar en Berkeley. Y ahora, ante la reforma de la ley agraria, ¿qué seguirá?

# INDICE GENERAL 1991

## INDICE DE MATERIAS

NOMBRE	APELLIDO	TITULO DEL ARTICULO	MES Y PAG
<b>América Latina</b>			
	Conf. Religiosos Brasil	Análisis del Documento de Santo Domingo	Feb 12
	CRT	Aportaciones al Doc.de Consulta de la IV CELAM	Oct 7
Eleazar	López	Aportes de los Indígenas al CELAM IV	Oct 47
Cristian	Parker G.	Desafíos al Cristianismo en los 500 años A.L.	Abr 38
Rafael	Landerreche	Doctrina social de la Iglesia y teología...	Ago 38
Enrique	Marroquín	Evangelización de las culturas	Oct 22
	Editorial	Haití: ¿Un sacerdote presidente?	Feb 2
		III Consulta Ecuaménica Latinoamericana de....	Sep 19
	Editorial	La CLAR: renace la esperanza	Abr 2
Pablo	Latapí	La Centesimus Annus desde América Latina	Ago 31
	Provinciales de A.L.	La Compañía de Jesús y la Nueva Evangelización	Mar 34
Antonio	González Dorado	La Iglesia ante las sectas	Nov-Dic 50
Jon	Sobrino	La herencia de los mártires de la UCA	Feb 51
Aiban	Wagua	Las teologías indias ante la globalidad...	Sep 33
Jon	Sobrino	Los pueblos crucificados, actual siervo...	Abr 32
Fernando	Castillo	Más que un análisis, lluvia de impresiones	Feb 42
	Conf. Nac. Obispos Brasil	Preparación para Santo Domingo 92	Feb 7
		Primer Encuentro Episcopal de Pastoral indígena	Sep 17
		Primer Encuentro de congresos generales indígenas	Sep 20
Victor	Codina	Reflexiones en torno a la iluminación	Feb 48
Manuel	Canto	Transformaciones del Mundo Contemporáneo...	Oct 28
Carlos	Bravo	Tres Ateísmos, dos idolatrías y un solo Dios....	Oct 37
Felipe	Sánchez	Una Iglesia con el corazón en camino	May-Jun 51
Gonzalo	Arroyo	Una realidad histórica sin orientación	Feb 45
Francisco	Taborda	Vida Religiosa y Nueva Evang.Propuesta a partir A.L.	Abr 7
Camilo	Maccise	Vida en el Espíritu de Jesús, en A.L.	May-Jun 38
Rafael	Landerreche	Visión histórica de 500 años de Evang. A.L.	Feb 37
Oscar	Rodríguez	¿Dónde está tu hermano el indio?	Sep 8
Clodovis	Boff	¿Hacia dónde irá la Iglesia de A.L.?	Feb 32
Cristian	Parker G.	Desafíos al Cristianismo en los 500 años A.L.	Abr 38

## Análisis Social

	Editorial	500 mil muertos en Bangladesh: la prensa...	May-Jun 2
Juan Luis	Orozco	Acuerdo de Libre Comercio	May-Jun 78
	CRT	Aportaciones al Doc.de Consulta de la IV CELAM	Oct 7
Bartolomé	Carrasco Briseño	El cristiano ante las situaciones nuevas hoy	Sep 52
Rogelio	Segundo	Espiritualidad del Corazón de Jesús....	May-Jun 66
Rogelio	Segundo	Espiritualidad desde el pueblo y el carisma	May-Jun 15
	Editorial	Fin de la guerra, ¿principio de qué?	Mar 3
	Editorial	Haití: ¿Un sacerdote presidente?	Feb 2
Javier	Garibay	Inserción de Jesús en su realidad	May-Jun 24
	Editorial	Justicia secuestradora: el Padre Joel Padrón	Nov-Dic 2
Pablo	Latapí	La Centesimus Annus desde América Latina	Ago 31

Antonio	González Dorado	La Iglesia ante las sectas	Nov-Dic 50
Bernardo	Barranco	La conquista espiritual de la modernidad.	Ago 7
David	Fernández	La postmodernidad como desafío.(Ap.para un Manif)	Abr 51
Rogelio	Segundo	La realidad, lugar histórico de la inserción	May-Jun 13
	PRODH	La situación de los der. humanos en Méx 1990	May-Jun 70
Pablo	Richard	La teología de la liberación en la nueva...	Ago 46
	Editorial	La tortura nuestra de cada día	Oct 2
	Editorial	Los medios de comunicación, su tremenda ambigüedad	Ago 2
Fernando	Castillo	Más que un análisis, lluvia de impresiones	Feb 42
Rafael	Landerreche	Nueva Evangelización y Primera Evangelización	Oct 14
	Mujeres para el Diálogo	Nueva Evangelización, Promoción Humana y Cult...	Oct 42
		Perdona nuestras deudas como nosotros....	Sep 50
		Primer encuentro de congresos generales indígenas	Sep 20
Francisco	Ramos	Quinientos años de marginación	Sep 7
Eleazar	López	Teología india hoy	Sep 22
	Editorial	Tiempos de sobresalto para la esperanza	Sep 2
Manuel	Canto	Transformaciones del Mundo Contemporáneo...	Oct 28
Rafael	Landerreche	Visión histórica de 500 años de Evang. A.L.	Feb 37
Oscar	Rodríguez	¿Dónde está tu hermano el indio?	Sep 8
Neftalí	Vélez	¿Un Papa anticapitalista?	Ago 44

### Biblia

Carlos	Bravo	Aclaraciones en torno a Jesús, h. en conflicto	Nov-Dic 67
Carlos	Bravo	Cristo, sacramento de la Misericordia	May-Jun 29
Carlos	Bravo	Iglesia, Vocación y misión en inserción	May-Jun 56
Mons. Samuel	Ruiz	La Biblia paradigma de la teología india	Sep 27
Francisco	López	La Iglesia en Lucas	Nov-Dic 10
Casiano	Floristán	La palabra a fondo: Ideas para homilias	May-Jun 86
Casiano	Floristán	La palabra a fondo: Ideas para homilias	Ago 56
Casiano	Floristán	La palabra a fondo: Ideas para homilias	Sep 58
Casiano	Floristán	La palabra a fondo: Ideas para homilias	Nov-Dic 77
Casiano	Floristán	La palabra a fondo: Ideas para la homilía	Oct 61
Casiano	Floristán	La Palabra a fondo: ideas para la homilía	Feb 58
Casiano	Floristán	La Palabra a fondo: ideas para la homilía	Abr 56

### Compañía de Jesús

I.	Iglesias	El P.Arrupe: 18 años de vida y magisterio esp.	Mar 52
	Card. Tarancón	El Padre Arrupe: un hombre de Dios	Abr 42
	Provinciales de A.L.	La Compañía de Jesús y la Nueva Evangelización	Mar 34
Cristóbal	Sarrias	Los Aniversarios Ignacianos: 1540/1990-1491/1991	Abr 43
P. Pedro	Arrupe	Padre Arrupe: se despide un testigo	Mar 58
	Editorial	Pedro Arrupe: Un profeta	Mar 2
José I.	González Faus	¡Yo aquí...catlar. Abandonarme en Dios!	Mar 51

### Cristología

Carlos	Bravo	Aclaraciones en torno a Jesús, h. en conflicto	Nov-Dic 67
Carlos	Bravo	Cristo, sacramento de la Misericordia del Padre	May-Jun 29
Carlos	Bravo	Hacia una esp. del seguimiento, a la luz del...	May-Jun 35
Javier	Garibay	Inserción de Jesús en su realidad	May-Jun 24

## Derechos Humanos

Editorial	Justicia secuestradora: el Padre Joel Padrón...	Nov-dic 2
PRODH	La situación de los der. humanos en Mex. 1990	May-Jun 70
Editorial	La tortura nuestra de cada día	Oct 2

## Discernimiento

	Editorial	La CLAR: renace la esperanza	Abr 2
Francisco	López	La Iglesia en Lucas	Nov-Dic 10
Sebastián	Mier	La lucha por el Reino ¿en esta Iglesia?	Nov-Dic 32
Javier	Jiménez Limón (+)	Marginales sobre la eclesialidad	Nov-Dic 28
	Obispos Vascos	Seguir a Jesucristo en nuestra Iglesia	Nov-Dic 55
José María	Rambla	Una espiritualidad eclesial hoy	Nov-Dic 35
Alvaro	Quiroz	Vaticano II: Iglesia que opta por los pobres...	Nov-Dic 19

## Doctrina social

Jesús	Vergara	Coincidencia básica de la doctrina social	Ago 17
Rafael	Landerreche	Doctrina social de la Iglesia y teología...	Ago 38
Bernardo	Barranco	Esquema de los principales documentos Sociales..	Ago 61
Manuel	Velázquez	La Rerum Novarum y la Iglesia de los pobres en M.	Ago 11
Bernardo	Barranco	La conquista espiritual de la modernidad.	Ago 7
Sebastián	Mier	Unidos en la fe luchando por la vida y la justicia	Ago 29
Raquel	Pastor	¿La doctrina social de la Iglesia es la...	Ago 23

## Economía

Juan Luis	Orozco	Acuerdo de Libre Comercio	May-Jun 78
David	Fernández	La postmodernidad como desafío.(Ap.para un Manif)	Abr 51
Neftalí	Vélez	¿Un Papa anticapitalista?	Ago 44

## Espiritualidad

		Carta al Dios de la Vida	Sep 16
Camilo	Maccise	Comunidades en la Igl. y en la Historia	May-Jun 62
	Equipo Coordinador	Corazón por los pobres, ayer, hoy y siempre	May-Jun 7
Edgardo	de la Peza	Culto al Sagrado Corazón:Origen y desarrollo...	May-Jun 12
Rogelio	Segundo	Espiritualidad del Corazón de Jesús.....	May-Jun 66
Rogelio	Segundo	Espiritualidad desde el pueblo y el carisma,...	May-Jun 15
Alvaro	Quiroz	Espiritualidad y Teol.en crisis.	May-Jun 9
Carlos	Bravo	Hacia una esp. del seguimiento, a la luz del...	May-Jun 35
Luis	del Valle	Invitación a la Eclesialidad	Nov-Dic 7
Francisco	López	La Iglesia en Lucas	Nov-Dic 10
Sebastián	Mier	La lucha por el Reino ¿en esta Iglesia?	Nov-Dic 32
Aíban	Wagua	Las teologías indias ante la globalidad...	Sep 33
Cristóbal	Sarrías	Los Aniversarios Ignacianos: 1540/1990-1491/1991	Abr 43
Javier	Jiménez Limón (+)	Marginales sobre la eclesialidad	Nov-Dic 28
Leonardo	Boff	Mística y Contemplación en la liberación	Abr 27
Francisco	López	Seguimiento de Jesús a ejemplo de María	May-Jun 45
	Obispos Vascos	Seguir a Jesucristo en nuestra Iglesia	Nov-Dic 55
José María	Rambla	Una espiritualidad eclesial hoy	Nov-Dic 35
Camilo	Maccise	Vida en el Espíritu de Jesús, en A.L.	May-Jun 38

## Homilias

Casiano	Floristán	La palabra a fondo: Ideas para homilias	May-Jun 86
Casiano	Floristán	La palabra a fondo: Ideas para homilias	Ago 56
Casiano	Floristán	La palabra a fondo: Ideas para homilias	Sep 58
Casiano	Floristán	La Palabra a fondo: ideas para la homilía	Abr 56
Casiano	Floristán	La Palabra a fondo: ideas para la homilía	Feb 58
Casiano	Floristán	La palabra a fondo: Ideas para la homilía	Oct 61
Casiano	Floristán	La palabra a fondo: Ideas para la homilía	Nov-Dic 77

## Iglesia

Carlos	Bravo	Aclaraciones en torno a Jesús, h. en conflicto	Nov-Dic 67
	Conf. Religiosos Brasil	Análisis del Documento de Santo Domingo	Feb 12
Alberto	Parra	Carismas y ministerios de los pobres en la Ig...	Nov-Dic 44
Pedro	Trigo	Criterios de la Nueva Evangelización	Mar 14
Bartolomé	Carrasco Briseño	El cristiano ante las situaciones nuevas hoy	Sep 52
Luis	Del Valle	Invitación a la Eclesialidad	Nov-Dic 7
	Editorial	La CLAR: renace la esperanza	Abr 2
Antonio	González Dorado	La Iglesia ante las sectas	Nov-Dic 50
Francisco	López	La Iglesia en Lucas	Nov-Dic 10
Bernardo	Barranco	La conquista espiritual de la modernidad.	Ago 7
Sebastián	Mier	La lucha por el Reino ¿en esta Iglesia?	Nov-Dic 32
Carlos	Bravo	Las tentaciones de la Nueva Evangelización	Mar 24
Javier	Jiménez Limón (+)	Marginales sobre la eclesialidad	Nov-Dic 28
	Conf. Mac. Obispos Brasil	Preparación para Santo Domingo 92	Feb 7
	Obispos Vascos	Seguir a Jesucristo en nuestra Iglesia	Nov-Dic 55
	Editorial	Tiempos de sobresalto para la esperanza	Sep 2
José María	Rambla	Una espiritualidad eclesial hoy	Nov-Dic 35
Alvaro	Quiroz	Vaticano II: Iglesia que opta por los pobres....	Nov-Dic 19
Clodovis	Boff	¿Hacia dónde irá la Iglesia de A.L?	Feb 32

## Iglesia de los Pobres

Eleazar	López	Aportes de los Indígenas al CELAM IV	Oct 47
		Aportes del Vic. Apost. Tarahum. al Doc. Sto. Dom.	Mar 44
Alberto	Parra	Carismas y ministerios de los pobres en la Ig...	Nov-Dic 44
Jesús	Vergara	Coincidencia básica de la doctrina social	Ago 17
Cristian	Parker G.	Desafíos al Cristianismo en los 500 años A.L.	Abr 38
		Documentos sobre el caso del P. Padrón	Oct 51
Rogelio	Segundo	Espiritualidad desde el pueblo y el carisma,...	May-Jun 15
		III Consulta Ecueménica Latinoamericana de ....	Sep 19
Luis	Del Valle	Invitación a la Eclesialidad	Nov-Dic 7
Manuel	Velázquez	La Rerum Novarum y la Iglesia de los pobres en M.	Ago 11
Jon	Sobrino	La herencia de los mártires de la UCA	Feb 51
Pablo	Richard	La teología de la liberación en la nueva...	Ago 46
Sebastián	Mier	Los Pobres nos Evangelizan	Oct 35
Jon	Sobrino	Los pueblos crucificados, actual siervo...	Abr 32
	Vic. Apost. Tarahumara	Tarahumara: una Iglesia Particular	Mar 40
J.	Libanio	Utopía y Nueva Evangelización	Mar 7
Alvaro	Quiroz	Vaticano II: Iglesia que opta por los pobres....	Nov-Dic 19
Ivone	Gebara	Vida Religiosa, Evangelización y pobreza	Abr 20
Camilo	Maccise	Vida en el Espíritu de Jesús, en A.L.	May-Jun 38
Raquel	Pastor	¿La doctrina social de la Iglesia es la...	Ago 23

## Indígenas

		Aportes del Vic.Apost.Tarahum. al Doc.Sto.Dom.	Mar 44
		Carta al Dios de la Vida	Sep 16
Enrique	Marroquín	Evangelización de las culturas	Oct 22
	CEMI	Formación a los ministerios indígenas	Sep 42
	Obispos Norteamericanos	Herencia y Esperanza	Oct 53
Aiban	Wagua	Las teologías indias ante la globalidad...	Sep 33
		Perdona nuestras deudas como nosotros....	Sep 50
		Primer Encuentro Episcopal de Pastoral indígena	Sep 17
		Primer encuentro de congresos generales indígenas	Sep 20
Francisco	Ramos	Quinientos años de marginación	Sep 7
	Vic. Apost. Tarahumara	Tarahumara: una Iglesia Particular	Mar 40
Eleazar	López	Teología india hoy	Sep 22
Oscar	Rodríguez	¿Dónde está tu hermano el indio?	Sep 8

## Inserción

Camilo	Maccise	Comunidades en la Iglesia y en la Historia	May-Jun 62
Carlos	Bravo	Iglesia, vocación y misión en inserción	May-Jun 56
Felipe	Sánchez	Una Iglesia con el corazón en camino	May-Jun 51

## Magisterio

	Editorial	500 mil muertos en Bangladesh: la prensa	May-Jun 2
Rafael	Landerreche	Doctrina social de la Iglesia y teología...	Ago 38
Bartolomé	Carrasco Briseño	El cristiano ante las situaciones nuevas hoy	Sep 52
	SGCEM	Elecciones libres y democráticas: Un reto...	Ago 53
Bernardo	Barranco	Esquema de los principales documentos Sociales..	Ago 61
	CEMI	Formación a los ministerios indígenas	Sep 42
	Obispos Norteamericanos	Herencia y Esperanza	Oct 53
Mons. Samuel	Ruiz	La Biblia paradigma de la teología india	Sep 27
Pablo	Latapí	La Centesimus Annus desde América Latina	Ago 31
Manuel	Velázquez	La Rerum Novarum y la Iglesia de los pobres en M.	Ago 11
Bernardo	Barranco	La conquista espiritual de la modernidad.	Ago 7
	Editorial	Los medios de comunicación, su tremenda ambigüedad	Ago 2
		Primer Encuentro Episcopal de Pastoral indígena	Sep 17
	Obispos Vascos	Seguir a Jesucristo en nuestra Iglesia	Nov-Dic 55
Sebastián	Mier	Unidos en la fe luchando por la vida y la justicia	Ago 29
Raquel	Pastor	¿La doctrina social de la Iglesia es la...	Ago 23
Neftalí	Vélez	¿Un Papa anticapitalista?	Ago 44

## Martirio

Jon	Sobrino	La herencia de los mártires de la UCA	Feb 51
Jon	Sobrino	Los pueblos crucificados, actual siervo...	Abr 32

## María

Bartolomé	Carrasco Briseño	El cristiano ante las situaciones nuevas hoy	Sep 52
Clodomiro L.	Siller	El método teológico Guadalupano	Sep 37
Rogelio	Segundo	Espiritualidad del Corazón de Jesús.....	May-Jun 66
Rafael	Landerreche	Nueva Evangelización y Primera Evangelización	Oct 14

Francisco	López	Seguimiento de Jesús a ejemplo de María	May-Jun 45
-----------	-------	---	------------

### México

Juan Luis	Orozco	Acuerdo de Libre Comercio	May-Jun 78
		Documentos sobre el caso del P. Padrón	Oct 51
	SGCEM	Elecciones libres y democráticas: Un reto...	Ago 53
	CEMI	Formación a los ministerios indígenas	Sep 42
	Editorial	Justicia secuestradora: el Padre Joel Padrón	Nov-Dic 2
Pablo	Latapí	La Centesimus Annus desde América Latina	Ago 31
Manuel	Velázquez	La Rerum Novarum y la Iglesia de los pobres en M.	Ago 11
	Editorial	La tortura nuestra de cada día	Oct 2
Francisco	Ramos	Quinientos años de marginación	Sep 7
	Editorial	Tiempos de sobresalto para la esperanza	Sep 2

### Nueva Evangelización

	Conf. Religiosos Brasil	Análisis del Documento de Santo Domingo	Feb 12
		Aportes del Vic.Apost.Tarahum. al Doc.Sto.Dom.	Mar 44
Pedro	Trigo	Criterios de la Nueva Evangelización	Mar 14
Enrique	Marroquín	Evangelización de las culturas	Oct 22
	Provinciales de A.L.	La Compañía de Jesús y la Nueva Evangelización	Mar 34
Carlos	Bravo	Las tentaciones de la Nueva Evangelización	Mar 24
Sebastián	Mier	Los Pobres nos Evangelizan	Oct 35
Fernando	Castillo	Más que un análisis, lluvia de impresiones	Feb 42
Rafael	Landerreche	Nueva Evangelización y Primera Evangelización	Oct 14
	Mujeres para el Diálogo	Nueva Evangelización, Promoción Humana y Cult...	Oct 42
	Conf. Nac. Obispos Brasil	Preparación para Santo Domingo 92	Feb 7
Victor	Codina	Reflexiones en torno a la iluminación	Feb 48
	Vic. Apost. Tarahumara	Tarahumara: una Iglesia Particular	Mar 40
Eleazar	López	Teología india hoy	Sep 22
Felipe	Sánchez	Una Iglesia con el corazón en camino	May-Jun 51
Gonzalo	Arroyo	Una realidad histórica sin orientación	Feb 45
J.	Libanio	Utopía y Nueva Evangelización	Mar 7
Francisco	Taborda	Vida Religiosa y Nueva Evang.Propuesta a partir A.L.	Abr 7
Ivone	Gebara	Vida Religiosa, Evangelización y pobreza	Abr 20
Rafael	Landerreche	Visión histórica de 500 años de Evang. A.L.	Feb 37
Clodovis	Boff	¿Hacia dónde irá la Iglesia de A.L.?	Feb 32

### Padre Arrupe

I.	Iglesias	El P.Arrupe: 18 años de vida y magisterio esp.	Mar 52
	Card. Tarancón	El Padre Arrupe: un hombre de Dios	Abr 42
P. Pedro	Arrupe	Padre Arrupe: se despide un testigo	Mar 58
	Editorial	Padre Arrupe: Un profeta	Mar 2
José I.	González Faus	¡Yo aquí...callar. Abandonarme en Dios!	Mar 51

### Política

Juan Luis	Orozco	Acuerdo de Libre Comercio	May-Jun 78
		Documentos sobre el caso del P. Padrón	Oct 51

	SGCEM	Elecciones libres y democráticas: Un reto...	Ago 53
	Editorial	Haití: ¿Un sacerdote presidente?	Feb 2
Luis	Del Valle	Invitación a la Eclesialidad	Nov-Dic 7
	Editorial	Justicia secuestradora: el Padre Joel Padrón	Nov-dic 7
David	Fernández	La postmodernidad como desafío.(Ap. para un Manif)	Abr 51
	PRODH	La situación de los der. humanos en Mex 1990	May-Jun 70
	Editorial	La tortura nuestra de cada día	Oct 2
Leonardo	Boff	Mística y Contemplación en la liberación	Abr 27

### Quinto Centenario

		Carta al Dios de la Vida	Sep 16
Cristian	Parker G.	Desafíos al Cristianismo en los 500 años A.L.	Abr 38
	Obispos Norteamericanos	Herencia y Esperanza	Oct 53
Mons. Samuel	Ruiz	La Biblia paradigma de la teología india	Sep 27
Rafael	Landerreche	Nueva Evangelización y Primera Evangelización	Oct 14
		Perdona nuestras deudas como nosotros....	Sep 50
		Primer encuentro de congresos generales indígenas	Sep 20
Oscar	Rodríguez	¿Dónde está tu hermano el indio?	Sep 8

### Sagrado Corazón

Camilo	Maccise	Comunidades en la Iglesia y en la Historia	May-Jun 62
	Equipo Coordinador	Corazón por los pobres, ayer, hoy y siempre	May-Jun 7
Carlos	Bravo	Cristo, sacramento de la Misericordia del Padre	May-Jun 29
Edgardo	de la Peza	Culto al Sgdo. Corazón: Origen y desarrollo...	May-Jun 12
Rogelio	Segundo	Espiritualidad del Corazón de Jesús.....	May-Jun 66
Rogelio	Segundo	Espiritualidad desde el pueblo y el carisma,...	May-Jun 15
Alvaro	Quiroz	Espiritualidad y Teol. en crisis.	May-Jun 9
Carlos	Bravo	Hacia una esp. del seguimiento, a la luz del....	May-Jun 35
Carlos	Bravo	Iglesia, Vocación y misión en inserción	May-Jun 56
Javier	Garibay	Inserción de Jesús en su realidad	May-Jun 24
Rogelio	Segundo	La realidad, lugar histórico de la inserción	May-Jun 13
Francisco	López	Seguimiento de Jesús a ejemplo de María	May-Jun 45
Felipe	Sánchez	Una Iglesia con el corazón en camino	May-Jun 51
Camilo	Maccise	Vida en el Espíritu de Jesús, en A.L.	May-Jun 38

### Santo Domingo

	Conf. Religiosos Brasil	Análisis del Documento de Santo Domingo	Feb 12
	CRT	Aportaciones al Doc. de Consulta de la IV CELAM	Oct 7
Eleazar	Lopéz	Aportes de los Indígenas al CELAM IV	Oct 47
		Aportes del Vic. Apost. Tarahum. al Doc. Sto. Dom.	Mar 44
Fernando	Castillo	Más que un análisis, lluvia de impresiones	Feb 42
	Mujeres para el Diálogo	Nueva Evangelización, Promoción Humana y Cult...	Oct 42
	Conf. Nac. Obispos Brasil	Preparación para Santo Domingo 92	Feb 7
Victor	Codina	Reflexiones en torno a la iluminación	Feb 48
	Vic. Apost. Tarahumara	Tarahumara: una Iglesia Particular	Mar 40
Carlos	Bravo	Tres Ateísmos, dos idolatrías y un solo Dios....	Oct 37
Gonzalo	Arroyo	Una realidad histórica sin orientación	Feb 45
Rafael	Landerreche	Visión histórica de 500 años de Evang. A.L.	Feb 37
Clodovis	Boff	¿Hacia dónde irá la Iglesia de A.L.?	Feb 32

## Teología India

Eleazar	López	Aportes de los Indígenas al CELAM IV	Oct 47
		Carta al Dios de la Vida	Sep 16
Clodomiro L.	Siller	El método teológico Guadalupano	Sep 37
	CEMI	Formación a los ministerios indígenas	Sep 42
		III Consulta Ecueménica Latinoamericana de ....	Sep 19
Mons. Samuel	Ruiz	La Biblia paradigma de la teología india	Sep 27
Aíban	Wagua	Las teologías indias ante la globalidad...	Sep 33
		Perdona nuestras deudas como nosotros....	Sep 50
		Primer Encuentro Episcopal de Pastoral indígena	Sep 17
Eleazar	López	Teología india hoy	Sep 22

## Teología de la Liberación

Carlos	Bravo	Aclaraciones en torno a Jesús, h. en conflicto	Nov-Dic 67
	CRT	Aportaciones al Doc.de Consulta de la IV CELAM	Oct 7
Alberto	Parra	Carismas y ministerios de los pobres en la Ig...	Nov-Dic 44
Jesús	Vergara	Coincidencia básica de la doctrina social	Ago 17
Carlos	Bravo	Cristo, sacramento de la Misericordia del Padre	May-Jun 29
Pedro	Trigo	Criterios de la Nueva Evangelización	Mar 14
Rafael	Landerreche	Doctrina social de la Iglesia y teología...	Ago 38
Clodomiro L.	Siller	El método teológico Guadalupano	Sep 37
Carlos	Bravo	Iglesia, Vocación y misión en inserción	May-Jun 56
Javier	Garibay	Inserción de Jesús en su realidad	May-Jun 24
Jon	Sobrino	La herencia de los mártires de la UCA	Feb 51
David	Fernández	La postmodernidad como desafío.(Ap. para un Manif)	Abr 51
Pablo	Richard	La teología de la liberación en la nueva...	Ago 46
Carlos	Bravo	Las tentaciones de la Nueva Evangelización	Mar 24
Jon	Sobrino	Los pueblos crucificados, actual siervo...	Abr 32
Javier	Jiménez Limón (+)	Marginales sobre la eclesialidad	Nov-Dic 28
Leonardo	Boff	Mística y Contemplación en la liberación	Abr 27
Víctor	Codina	Reflexiones en torno a la iluminación	Feb 48
Francisco	López	Seguimiento de Jesús a ejemplo de María	May-Jun 45
Carlos	Bravo	Tres Ateísmos, dos idolatrías y un solo Dios....	Oct 37
Sebastián	Mier	Unidos en la fe luchando por la vida y la justicia	Ago 29
J.	Libanio	Utopía y Nueva Evangelización	Mar 7
Alvaro	Quiroz	Vaticano II: Iglesia que opta por los pobres....	Nov-Dic 19
Francisco	Taborda	Vida Religiosa y Nueva Evang. Propuesta a partir A.L.	Abr 7
Ivone	Gebara	Vida Religiosa, Evangelización y pobreza	Abr 20
Raquel	Pastor	¿La doctrina social de la Iglesia es la...	Ago 23

## Vida Religiosa

Camilo	Maccise	Comunidades en la Iglesia y en la Historia	May-Jun 62
	Equipo Coordinador	Corazón por los pobres, ayer, hoy y siempre	May-Jun 7
Edgardo	de la Peza	Culto al Sagrado Corazón: Origen y desarrollo...	May-Jun 12
I.	Iglesias	El P. Arrupe: 18 años de vida y magisterio esp.	Mar 52
	Card. Tarancón	El Padre Arrupe: un hombre de Dios	Abr 42
Alvaro	Quiroz	Espiritualidad y Teol. en crisis	May-Jun 9
Carlos	Bravo	Hacia una esp. del seguimiento, a la luz del...	May-Jun 35
	Editorial	La CLAR: renace la esperanza	Abr 2
Rogelio	Segundo	La realidad, lugar histórico de la inserción	May-Jun 13

Cristóbal	Sarrias	Los Aniversarios Ignacianos: 1540/1990-1491/1991	Abr 43
Leonardo	Boff	Mística y Contemplación en la liberación	Abr 27
P. Pedro	Arrupe	Padre Arrupe: se despide un testigo	Mar 58
J.	Libanio	Utopía y Nueva Evangelización	Mar 7
Francisco	Taborda	Vida Religiosa y Nueva Evang. Propuesta a partir A.L.	Abr 7
Ivone	Gebara	Vida Religiosa, Evangelización y pobreza	Abr 20
José I.	González Faus	¡Yo aquí...callar. Abandonarme en Dios!	Mar 51

## INDICE DE AUTORES

NOMBRE	APELLIDO	TITULO DEL ARTICULO	MES Y PAG
		Aportes del Vic. Apost. Tarahum. al Doc. Sto. Dom.	Mar 44
		Carta al Dios de la Vida	Sep 16
		III Consulta Ecuemélica Latinoamericana de ...	Sep 19
		Perdona nuestras deudas como nosotros....	Sep 50
		Primer Encuentro Episcopal de Pastoral indígena	Sep 17
		Primer encuentro de congresos generales indígenas	Sep 20
		Documentos sobre el caso del P. Padrón	Oct 51
		Una realidad histórica sin orientación	Feb 45
		Padre Arrupe: se despide un testigo	Mar 58
		Esquema de los principales documentos Sociales..	Ago 61
		La conquista espiritual de la modernidad.	Ago 7
		Mística y Contemplación en la liberación	Abr 27
		¿Hacia dónde irá la Iglesia de A.L.?	Feb 32
		Aclaraciones en torno a <i>Jesús, h. en conflicto</i>	Nov-Dic 67
		Cristo, sacramento de la Misericordia	May-Jun 29
		Hacia una esp. del seguimiento, a la luz del..	May-Jun 35
		Iglesia, Vocación y misión en inserción	May-Jun 56
		Las tentaciones de la Nueva Evangelización	Mar 24
		Tres Ateísmos, dos idolatrías y un solo Dios....	Oct 37
		Formación a los ministerios indígenas	Sep 42
		Aportaciones al Doc. de Consulta de la IV CELAM	Oct 7
		Transformaciones del Mundo Contemporáneo...	Oct 28
		El Padre Arrupe: un hombre de Dios	Abr 42
		El cristiano ante las situaciones nuevas hoy	Sep 52
		Más que un análisis, lluvia de impresiones	Feb 42
		Reflexiones en torno a la iluminación	Feb 48
		Preparación para Santo Domingo 92	Feb 7
		Análisis del Documento de Santo Domingo	Feb 12
		Invitación a la Eclesialidad	Nov-Dic 7
		500 mil muertos en Bangladesh	May-Jun 2
		Fin de la guerra, ¿principio de qué?	Mar 3
		Haití: ¿Un sacerdote presidente?	Feb 2
		Justicia secuestradora: el Padre Joel Padrón	Nov-dic 2
		La CLAR: renace la esperanza	Abr 2
		La tortura nuestra de cada día	Oct 2
		Los medios de comunicación, su tremenda ambigüedad	Ago 2
		Padre Arrupe: Un profeta	Mar 2
		Tiempos de sobresalto para la esperanza	Sep 2
		Corazón por los pobres, ayer, hoy y siempre	May-Jun 7
		La postmodernidad como desafío. (Ap. para un Manifi)	Abr 51
		La palabra a fondo: Ideas para homilias	May-Jun 86
		La palabra a fondo: Ideas para homilias	Ago 56
		La palabra a fondo: Ideas para homilias	Sep 58
Gonzalo	Arroyo		
P. Pedro	Arrupe		
Bernardo	Barranco		
Bernardo	Barranco		
Leonardo	Boff		
Clodovis	Boff		
Carlos	Bravo		
Carlos	Bravo		
Carlos	Bravo		
Carlos	Bravo		
Carlos	Bravo		
Carlos	Bravo		
	CEMI		
	CRT		
Manuel	Canto		
	Card. Tarancón		
Bartolomé	Carrasco Briseño		
Fernando	Castillo		
Victor	Codina		
	Conf. Nac. Obispos Brasil		
	Conf. Religiosos Brasil		
Luis	Del Valle		
	Editorial		
	Editorial		
	Editorial		
	Editorial		
	Editorial		
	Editorial		
	Editorial		
	Editorial		
	Editorial		
	Editorial		
	Equipo Coordinador		
David	Fernández		
Casiano	Floristán		
Casiano	Floristán		
Casiano	Floristán		